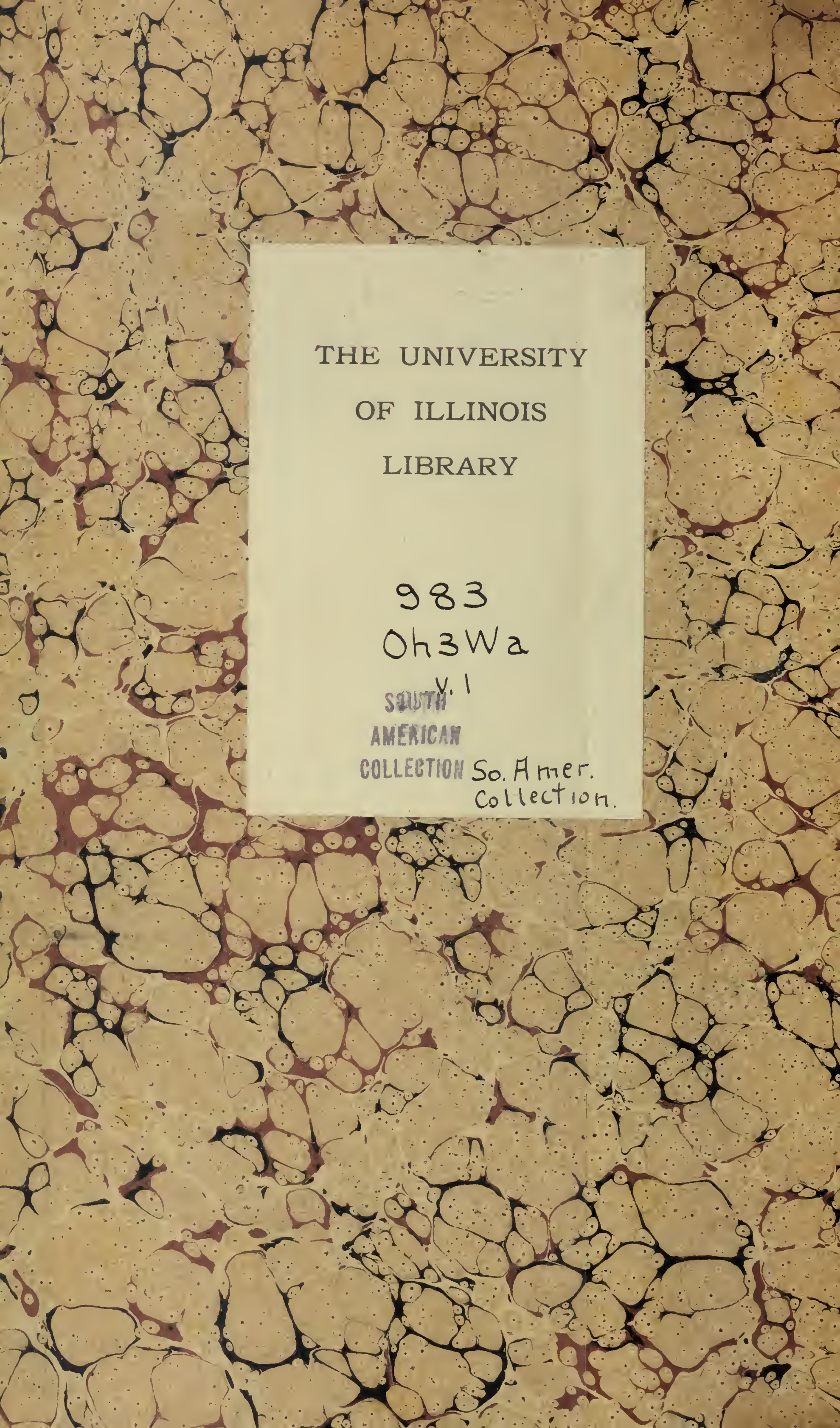
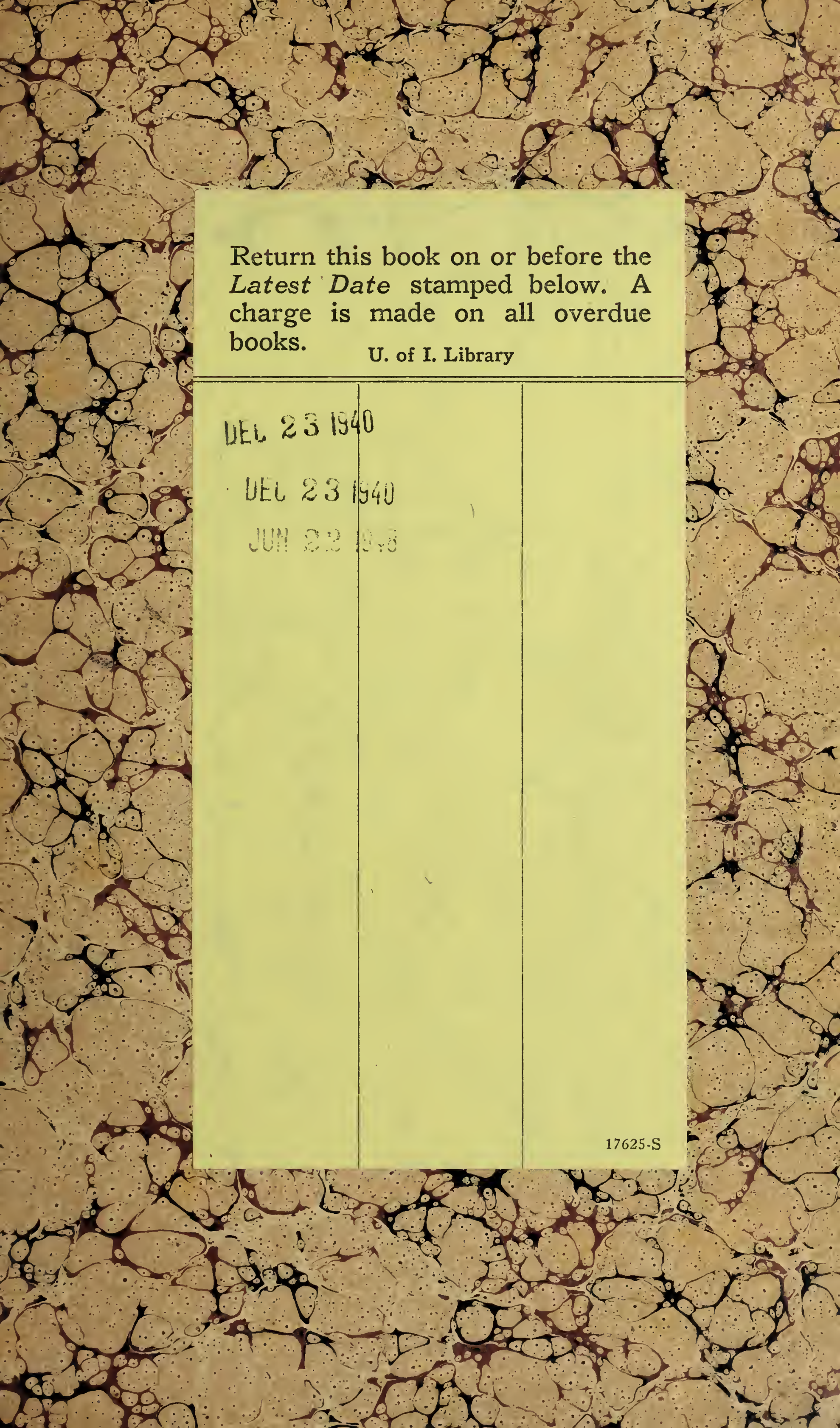

983
Jh3Wa
v.1


THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
983
Oh3Wa
v. 1
SOUTH
AMERICAN
COLLECTION
So. Amer.
Collection.



Return this book on or before the *Latest Date* stamped below. A charge is made on all overdue books.
U. of I. Library
DEC 23 1940
DEC 23 1940
17625-S

PARTE PRIMERA

LA DICTADURA



Lit. P. Cadot

RAFAEL JOVER, EDIT.

O'HIGGINS

VIDA DEL JENERAL

DON BERNARDO O'HIGGINS

(SU DICTADURA. — SU OSTRACISMO.)

POR

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI

Y

B. VICUÑA MACKENNA

Ilustrada con planos, retratos, etc., etc.

SANTIAGO DE CHILE

RAFAEL JOVER, EDITOR

CALLE DEL PUENTE, NÚM. 15

1882.

SANTIAGO.—IMP. CERVANTES.—1882.



Lit. P. Cadot. RAFAEL JOVER EDITOR

JENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTIN

Copia de un grabado hecho en Buenos-Aires en 1818

HISTORIA JENERAL DE CHILE

(1810 a 1831)

O SEA

INDEPENDENCIA I ORGANIZACION DE LA REPÚBLICA

POR LOS SEÑORES

Don J. V. Lastarria, don M. A. Tocornal, don D. J. Benavente don M. L. i G. V. Amunátegui, don S. Sanfuentes, don B. Vicuña Mackenna, don A. García Reyes, don D. Santa María, don D. Barros Arana, don M. Concha i Toro, i don F. Errázuriz, etc , etc.

EDICION AUTORIZADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE.

Con preciosos retratos grabados en acero.

Esta historia que abraza la parte mas interesante i hermosa de la vida de este país, es una reunion de memorias universitarias hecha con esquisito cuidado i vijilancia por el distinguido escritor nacional don B. Vicuña Mackenna, quien se ha

tomado el cuidado de poner al principio de cada una de ellas una corta biografía del escritor correspondiente.

La sola lectura de los nombres de los autores señalados, sin duda las plumas mas bien cortadas i brillantes de este país, es sólida garantía de probidad en la narracion, amenidad en el estilo, seriedad en el juicio, intelijencia en la crítica histórica, rectitud en los razonamientos, culto sincero por la verdad i la justicia.

El interes de cada una de las memorias insertadas en esta edicion, se podrá ver, ademas, por las materias de que tratan:

I.

Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile, por don José Victorino Lastarria.

Este trabajo, uno de los mas notables del eminente publicista i uno de los que le ha dado mas justa fama, es un estudio filosófico i razonable del sistema colonial, en su lejislacion, sus costumbres, sus tendencias, sus debilidades, sus sombras, su jurisprudencia i su política, i la influencia que ha ejercido en nuestras instituciones públicas, en la condicion social de los chilenos, en nuestras industrias, en nuestras costumbres privadas i en nuestro carácter.

II.

El primer Gobierno Nacional, por don Manuel Antonio Tocornal.

Como el título lo espresa, en esta memoria, el distinguido orador i hombre público cuya temprana pérdida tanto sintió Chile entero, narra las peripecias, los obstáculos, los hombres, los acontecimientos, en una palabra, todo lo que contribuyó a formar nuestra primera junta, que fué a la vez el pri-

mer paso dado en el camino de la independencia i de la República. Allí se ven dibujados con primor, no solo los sucesos verificados, sino tambien los hombres que empujaron con mano firme el carro de la revolucion i los que quisieron detenerlo cuando principiaba a marchar.

III.

Historia de la Independencia de Chile (1811-1812) por Diego Barros Arana.

El consumado bibliófilo e historiador, el mas paciente en las investigaciones i uno de los que mas bellos descubrimientos ha hecho, cuenta en estas pájinas los sucesos que en aquellos dos años se desenvolvieron en este país. Da una esplicacion clara, documentada e imparcial del corto gobierno del conde de la Conquista i de los que le sucedieron en el mando, es decir, el de Juan Martinez de Rosas i el de don José Miguel Carrera. A su vez describe con fácil i galano estilo el motin de Figueroa i las disensiones entre Rozas i Carrera, hasta que el segundo triunfó sobre el primero.

IV.

Primeras campañas de la Guerra de la Independencia de Chile, por don Diego José Benavente.

El injenioso periodista, como ardoroso hombre de partido, narra con amenidad e interes los hechos verificados desde que el brigadier español don Antonio Pareja desembarcó en San Vicente, hasta que nuestras lejiones, vencidas despues de sublime resistencia en Rancagua, se ven obligadas a emigrar a la República Arjentina. En el curso de la memoria desfilan la sorpresa de Yerbas Buenas, el combate de San Cárlos, el asalto de Talcahuano, el sitio de Chillán, la accion de Trocayani, del Membrillar, las batallas de Quechereguas, de Maipo i de Rancagua.

V.

La Reconquista Española, por Miguel Luis i Gregorio Victor Amunátegui.

Estos eminentes escritores que tantos servicios han prestado a la educacion, a las letras, a la política, a la historia i al país en jeneral, narran en esta memoria, escrita con un lujo de estilo sorprendentes i con gala de conocimientos históricos, desde la heróica defensa de los patriotas en Rancagua, hasta la batalla de Chacabuco, haciendo de paso un estudio detenido i razonado de los crueles gobiernos de Osorio i de Marcó del Pont, con el lúgubre cortejo de miserias i crímenes que dejaron tras de sí i cuyos siniestros resplandores todavía fulguran en la memoria de la posteridad.

VI.

Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la batalla de Maipo, por Salvador Sanfuentes

Como lo espresa el título, esta historia abarca un espacio de tiempo mui interesante en la vida política de nuestro país. La batalla de Chacabuco, así como la sorpresa de Cancha Rayada i la gran batalla de Maipo, están descritas con mano maestra, con consumado conocimiento de los hechos, con elevacion de miras i con completa imparcialidad. Hai movimiento, galanura, buen juicio. Se lee con entusiasmo i con provecho.

VII.

La guerra a muerte, por Benjamin Vicuña Mackenna.

Sin duda que este trabajo es de los mas bien escritos que tiene el fecundo entre los fecundos historiadores americanos. Viveza en la narracion, enerjía, tacto i buen gusto en la distribucion de los acontecimientos, habilidad en la esposicion.

Vicuña ha concluido una historia documentada, séria i circunspecta con todos los encantos de una novela. Las campañas del feroz Benavides, del terrible Picó i de los sanguinarios Pincheiras, desfilan a la vista del lector como evocaciones siniestras, como sueños sombríos. ¡Qué vida, qué toques, qué descripciones! Sin querer el lector se transporta a las profundas selvas i ásperas montañas de Arauco, en donde se desarrollaron los dramas i trajedias cuyos protagonistas son los antes nombrados.

VIII.

Primera Escuadra Nacional, por Antonio García Reyes.

Hé aquí una hermosa memoria, culta, elegante, amena, que cuenta los episodios marítimos de nuestra independencia desde 1810 hasta 1823. Lord Cochrane, Blanco Encalada i el puñado de heróicos marinos que pasearon triunfante el tricolor chileno por el Pacifico, a principios de nuestra vida independiente, aparecen a la vista del lector rodeados de una aureola de luz i de esplendor que encanta i conmueve. Las prodijiosas hazañas de nuestros primeros marinos, precursores de Prat i de Thomson, están narradas con tal precision i elegancia, que hacen de esta memoria una obra histórica de indisputable mérito.

IX.

Sucesos ocurridos desde la caida de don Bernardo O,Higgins en 1823 hasta la promulgacion de la Constitucion dictada en el mismo año, por don Domingo Santa María.

Esta memoria, redactada por tan eminente hombre público, da una idea completa de la caida de O'Higgins i de la discusion i formacion de nuestra primera constitucion política, pri-

mer gran paso dado en el camino de las instituciones republicanas afianzadas sólidamente por leyes democráticas. Las leyes actuales son hijas de aquel movimiento que, dando eterno adios a la dictadura, aseguraba de un modo definitivo al gobierno legal i constitucional.

Estas nueve interesantes memorias, cuyo conjunto puede mui bien llamarse la mas completa

HISTORIA

DE LA INDEPENDENCIA I ORGANIZACION

DE LA

REPUBLICA DE CHILE,

están comprendidas en cuatro tomos, de 400 a 700 pájinas de lectura compacta cada uno, formato cuarto mayor, i van adornados con los retratos de los diversos autores, delicadamente grabados en acero.

PRECIO DE LA OBRA:

DIEZ PESOS LOS 4 TOMOS EN RUSTICA

Para mayor comodidad de las personas que no quieran hacer de una sola vez este desembolso, ofrecemos la suscricion por tomos a $ 2.50 cada uno, pero imponiendo por condicion que la suscricion empiece por el tomo cuarto i se concluya por el primero.

PUNTOS DE VENTA Y SUSCRICION:

Santiago.—Joya Literaria, Puente 8-X.
Librería de Servat.
Id. del Mercurio.
Valparaiso.—Joya Literaria, Victoria 124.
Librería Universal.
Id del Mercurio.
Provincias.—En casa de los ajentes de las historias de las Campañas de Tarapacá, Tacna, Arica i Lima, o dirijiéndose a Rafael Jover, Santiago, incluyendo el valor de los tomos en jiros postales o letras de fácil cobro.

RELACIONES HISTORICAS

POR

B. VICUNA MACKENNA

Comprende dos hermosos volúmenes, en los que el señor Vicuña ha reunido una série numerosa de narraciones históricas, episodios nacionales de palpitante interes, tradiciones empapadas de ternura i poesía, leyendas que trasmitidas por nuestros antepasados han sido conservadas con cariño por nuestros contemporáneos. Historia i novela se dan la mano con arte encantador. Son lecciones de alta filosofía histórica dadas en estilo ameno i chispeante. Arduas cuestiones políticas i sociales están ventiladas con circunspeccion i gracia.

Por el título de los diversos artículos se puede conocer en parte la materia de que tratan:

PRIMERA SÉRIE.

El crucero de la Rosa de los Andes.—Del oríjen del nombre de Chile....Un duelo a muerte en Valparaiso.—La batalla de Maipo.—Pedro de Valdivia.—La Cañada de Santiago.—San Martin despues de Chacabuco.—San Martin ántes de Maipo.—¡Cosas de Chile!—El primer corsario chileno.—El jeneral Blanco Encalada.—La ciudad de los Césares.—Suplicio de Sancho de la Hoz.—Historia de la ciudad de los muertos.

SEGUNDA SÉRIE.

Los hogares i las calles de Santiago.—Los caracteres de la Independencia.—La Matanza de San Luis.—Los precursores del Mar.—El barrío de los Presidentes.—La Conspiracion del Tabaco.—Los Jirondinos chilenos.—Los Pañales de la Marina Nacional.—El primer escultor chileno.—El coronel Lorenzo Barcala.—La Inglaterra chica i la Inglaterra grande.—San Martin en marcha al Perú.—El crimen de Curicó.—Juan María Gutierrez.

Cada série forma un tomo de mil pájinas.

ADVERTENCIA.

El argumento principal de este libro es la historia de las tentativas que hizo sin fruto el capitan jeneral don Bernardo O'Higgins para establecer en Chile la dictadura. La conclusion que se deduce de los hechos referidos en él es la imposibilidad de plantar en América de un modo durable esa forma de gobierno.

Para que mi narracion fuera clara, he principiado por dar a conocer los antecedentes de los partidos i personajes políticos que figuran en el período histórico comprendido entre el 12 de febrero de 1817 i el 28 de enero de 1823.

El resto de este trabajo contiene dos categorías de sucesos que, aunque mezclados entre sí, son diferentes i aun opuestos. La una abraza las hazañas, los eminentes servicios de don Bernardo O'Higgins, los méritos que le valieron su gran prestijio sobre los contemporáneos, i que le han hecho acreedor a la gratitud de la posteridad; la otra las faltas que le hizo cometer su desmedida ambicion de mando, las conspiraciones a las cuales dió orijen su falsa política, las venganzas que ensangrentaron su gobierno, los grandes abusos que justificaron su caída.

He contado con mas detencion los sucesos políticos, que los sucesos militares; porque así convenia al objeto de mi trabajo, i porque los segundos han sido perfectamente narrados por don Salvador Sanfuéntes en una memoria que lleva por título *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo;* por don Antonio García Réyes en otra que se denomina *La Primera Escuadra Nacional;* i por don Diego Bárros Arana en una tercera que tiene por nombre *Vicente Benavides i las Campañas del Sur.*

Para la redaccion del mio, me he aprovechado de los interesantes datos consignados en esos tres escritos.

He consultado ademas para la composicion de este libro todos los impresos de que he tenido noticia, todos los documentos depositados en los archivos públicos o conservados por las familias de los interesados, i el testimonio de varios contemporáneos que intervinieron en aquellos acontecimientos. He tomado de esas fuentes lo que me ha parecido verdadero, i lo he escrito *sin odio i sin temor.*

Antes de concluir, tengo una deuda de gratitud que satisfacer. Para la redaccion de este libro, he recibido útiles consejos de mi ilustrado colega don Francisco Várgas Fontecilla, i es para mí una satisfaccion manifestar en este lugar el reconocimiento con que he escuchado las acertadas indicaciones de un jóven a quien respeto como hombre de ciencia, a quien amo como amigo.

INTRODUCCION.

Imposibilidad de que las monarquías se establezcan de un modo durable en los nuevos estados que se constituyan.—Causa que impidió en América la fundacion de monarquías hereditarias o electivas.—Sistema monárquico sostenido por San Martin.—Presidencias vitalicias imajinadas por Bolívar.—Negativa de Washington para ser proclamado rei constitucional.—Funestos efectos de los gobiernos de larga duracion para la América.—Tema del presente libro.—Esfuerzos impotentes de O'Higgins para fundar en Chile la dictadura.

La república es el gobierno que mejor corresponde al espíritu del siglo XIX. De ahí resulta que es el mas sólido, el mas razonable, el mas duradero, el único posible en las nuevas naciones que se constituyan.

Todo nuevo estado que aparezca, todo pueblo que se emancipe, ha de ser necesariamente republicano.

A las monarquías, se les ha pasado su tiempo.

Esa forma de gobierno está basada sobre un absurdo que repugna a la razon, que degrada a la dignidad humana. Su principio de existencia es un error conocido, una preocupacion insostenible. Desde que no se admite el derecho divino de los reyes, las monarquías están minadas en sus cimientos. Para ser acatados como ántes, necesitarian los monarcas que tam-

bien como ántes el aceite sagrado se derramase sobre sus cabezas.

En el dia, la igualdad de los hombres es un dogma jeneralmente respetado. Son pocos, mui pocos, los que creen aún que Dios ha dotado a ciertas familias con el privilejio de rejir a las naciones. Ese error garrafal constituia todos los títulos de los reyes a las soberanias de los pueblos; era ese el diplóma apócrifo con que justificaban su dominacion. La falsedad de semejantes despachos está demostrada, es evidente. ¿Qué fundamentos podrán en adelante alegar para sostener sus pretensiones? ¿Por qué motivo los demas hombres, sus iguales en todo, en naturaleza i en derechos, habrán de acatar su poder, habrán de conformarse con ser sus súbditos?

Solo la creencia en el derecho divino convierte el trono en el pedestal de un ídolo; sin eso, no es mas que un armazon de cuatro tablas cubiertas de terciopelo color púrpura, donde se sienta un hombre. En los pueblos que no miran ya a sus reyes como a los unjidos del Señor, la monarquía puede subsistir durante algunos años, apoyada por el imperío del hábito i el egoismo de los intereses existentes, haciendo concesiones, adoptando ciertas formas e instituciones republicanas; pero no conservará sino una sombra de su antigua autoridad, i su existencia no será larga.

A la creencia en la supremacía de ciertas razas, de ciertas familias, de ciertos individuos, ha sucedido la creencia en la igualdad de todas las razas, de todas las familias, de todos los individuos. Las ideas son las que determinan los hechos. Es indispensable, pues, que a los gobiernos fundados en el privilejio, que correspondian a la primera de esas creencias, se sustituyan los gobiernos fundados en la igualdad de derechos, que corresponden a la segunda; es inevitablemente preciso que a las monarquías hereditarias o presidencias vitalicias, sucedan las repúblicas basadas en la soberanía popular, i en las cuales los cargos públicos son electivos i alternativos.

Todos los esfuerzos que se hagan para impedir ese re-

sultado, serán impotentes; todos ellos servirán solo para derramar sangre, para producir trastornos, para causar la desgracia momentánea de las naciones. No hai hombre bastante sabio, no hai pueblo bastante poderoso para contener el torrente de las ideas de una época.

La revolucion de la independencia americana es una prueba irrefutable de mis asertos. Si en el siglo XIX las monarquías hereditarias o electivas hubieran sido posibles, esa revolucion las habria enjendrado

No habia países peor preparados para la república, que las colonias españolas. Por las venas de sus moradores, corria la sangre del pueblo mas monárquico de la Europa, de un pueblo que profesaba idolatría a sus reyes, de un pueblo que talvez ha hecho mas sacrificios para defender el absolutismo de sus soberanos, que otros para conquistar la libertad. La educacion del coloniaje habia robustecido, en lugar de combatirlas, esas tendencias de raza. El gobierno mas despótico i arbitrario habia creado en el nuevo mundo costumbres e ideas favorables a la forma monárquica. Así, los americanos por su oríjen, por el atraso de su civilizacion, por sus hábitos, parecian predestinados a darse un nuevo amo en el momento de renegar de la España como de dura i desapiadada madrastra.

Sin embargo, la revolucion de 1810, en vez de dos o tres monarquías, como algunos lo aguardaban, crea en América diez u once repúblicas.

¿Por qué?

Durante aquella época memorable, no faltan los amigos de esa forma de gobierno. Ese sistema cuenta con hombres de ciencia i con hombres de espada, con hombres que ponen a su servicio todo el prestijio del saber, todas las intrigas de la diplomacia, con hombres que poseen la fuerza, que mandan ejércitos! La mayoría de los criollos está educada para la tiranía, está habituada al servilismo. ¿Cómo entónces no triunfa ese sistema?

La razon es mui sencilla.

Eso depende de que, por mas que los buscan, no encuentran en ninguna parte ni monarca que sentar sobre el trono, ni nobles que compongan su corte. Todos los americanos se consideran iguales entre sí, se consideran iguales a los europeos, iguales a todos los hombres. Nadie cree en las castas; nadie admite la predestinacion de ciertas familias i de ciertos individuos para el mando. Cuando en una sociedad hai tales convicciones, no puede colocarse a una sola persona bajo el solio; es preciso que todos los ciudadanos se coloquen a su sombra. El pueblo es el único soberano posible.

Hé ahí el motivo que impidió, que impedirá siempre en América, el establecimiento de monarquías o de instituciones que se le parezcan.

Estimándose todos iguales, hai muchos que se creen con el derecho de aspirar al honor de dirijir a su nacion. Con semejante convencimiento, la reyecía i cualquiera otro gobierno vitalicio son una quimera, un absurdo.

Para que no quedara la menor duda sobre esta verdad, quiso Dios que, desde el principio de nuestra revolucion, se intentara sin fruto i sin consecuencias laudables el ensayo de las dos combinaciones conocidas de esa forma de gobierno, i que tuvieran por padrinos a los dos hombres mas grandes de la independencia, a los dos héroes mas ilustres de la América moderna.

Bolívar i San Martin no eran republicanos. El primero trabajó por constituir en las colonias emancipadas presidencias vitalicias, creadas en favor de los jefes militares que mas habian sobresalido en la guerra contra la metrópoli, es decir, en provecho suyo. El segundo deseó fundar monarquías constitucionales con príncipes traídos de las dinastías europeas. El uno se lisonjeó de improvisar reyes por la gracia de la victoria, i buscó sus títulos en los grandes servicios prestados a la patria, el otro procuró continuar en el nuevo mundo i en el siglo XIX los reyes por la gracia de Dios, i buscó un apoyo a sus tronos en el principio gastado de la *lejitimidad.*

Los dos quedaron burlados en sus planes, i los dos llevaron a la tumba, como justo castigo de su error, el pesar de un triste desengaño.

El sistema de San Martin, ménos ambicioso, pero mas quimérico que el de su émulo, no fué sino el pensamiento, el sueño de ciertos políticos que, como sucede a veces, por ser demasiado previsores, demasiado sabios, no supieron apreciar convenientemente la marcha de la revolucion i el estado de las ideas. Notaron las dificultades que se ofrecian para que la América fuera republicana, i no vieron que las habia mayores para que fuese monárquica. Ese falso juicio los precipitó en una crasa equivocacion. La esperiencia no tardó en dar a sus ilusiones un completo desmentido. Así que la historia de esos proyectos monárquicos está reducida a unas cuantas negociaciones estériles. Todo el poder de los soberanos europeos que los fomentaban, todo el jenio de Chateaubriand que los patrocinaba, no alcanzaron a hacerlos triunfar.

El gobierno de Buenos Aires ofreció la corona primero al infante don Francisco de Paula, hijo de Cárlos IV, i en seguida a un príncipe de Luca. Despues de varias notas cambiadas i de algunas estipulaciones, uno i otro rehusaron el regalo.

Entre tantos vástagos de sangre real sin patrimonio, no se presentó uno solo que quisiera admitir el obsequio de un reino!

Es que la donacion no era gratuita; es que tenian que conquístar ese reino a la cabeza de un ejército; es que para empuñar el cetro que se les prometia, necesitaban sostener una guerra larga, sangrienta, de resultados mas que dudosos para el príncipe aventurero que lo pretendiese.

¿De dónde sacaba ese ejército? ¿de dónde desenterraba los millones que habia menester para la empresa? ¿dónde encontraba los hombres que habian de formar su cortejo?

Ese monarca que, a despecho de las cosas, se trataba de improvisar, o era un Borbon, o se escojía entre las familias reales del viejo mundo. En el primer caso, ¿cómo habian jamas los criollos de doblar la rodilla ante uno de los miembros

de esa dinastía que detestaban, contra la cual habian combatido a costa de tantos sacrificios, que habian vencido en los campos de batalla? En el segundo caso, ¿cómo habian de obedecer a un príncipe estranjero, cuyo idioma no entenderían, que profesaría talvez una relijion distinta, que no tendría con ellos ninguna de las relaciones que ligan a los hombres?

Se atribuye a Bolívar una frase espiritual que envuelve la crítica mas completa de semejante sistema. «Un rei europeo en América, decia el fundador de Colombia, será el rei de las ranas.» Efectivamente, un monarca como lo concebia San Martin, no habría podido gobernar, porque no habría hallado súbditos que le respetasen. La duracion de su reinado se habría contado por meses, i no por años.

Pero si este plan era irrealizable, el de Bolívar lo era poco ménos. ¿Quién sería el presidente vitalicio entre tantos jefes de un mérito poco mas o ménos igual, ambiciosos, animados de un noble orgullo por sus servicios, que no estaban dispuestos por ningun pienso a reconocer superiores?

Si álguien lo hubiera merecido, habría sido Bolívar, el primer guerrero americano, el libertador de cinco repúblicas. Bolívar lo intentó; pero su pronta caída suministró una idea irrecusable de la vanidad de sus proyectos. Ese grande hombre, cuyas sienes rodeaba una tan brillante aureola de gloria, fué a morir oscura i miserablemente en un destierro, olvidado de sus antiguos compañeros de armas, maldecido quizá por los pueblos mismos que habia emancipado, ¡él que habia soñado para sí la dominacion de toda la América del Sur! I todavía en sus últimos momentos, pudo mui bien dar gracias al cielo de que no se hubiera cambiado en nn cadalso el trono que habia ambicionado.

¿Quién conseguirá lo que Bolívar no consiguió?

Frescos están los ejemplos de las espantosas caídas que han dado cuantos despues han tenido la pretension de imitarle. La triste suerte que han corrido todos esos ambiciosos imprevisores i visionarios, debe ser un escarmiento para los que parti-

cipen de sus ideas. La desgracia que los ha seguido en sus empresas, como el remordimiento al culpable, debe infundirles el convencimiento de que en América las dictaduras, las presidencias vitalicias son imposibles.

Los semidioses no son de este tiempo.

Desde que el mérito personal, i no la casualidad del nacimiento, es el único título lejítimo para obtener los honores i las dignidades, hai muchos que se creen con derecho de alcanzarlos, i esos no tolerarán nunca que otro, quien quiera que sea, se los arrebate para siempre.

En esta época, el monopolio del poder no puede ser duradero. La creencia en la igualdad de todos los hombres trae consigo la participacion de todos, segun sus capacidades i virtudes, en el gobierno de las sociedades. Ni la monarquía hereditaria, ni la monarquía electiva o presidencia vitalicia, cumplen esa condicion. Esas dos formas de gobierno tienen por base el privilejio, la esclusion. Eso es lo que las condena, lo que hace de ellas un anacronismo en el siglo XIX. lo que las convierte, para la América sobre todo, en un plajio impracticable.

He dicho mas arriba que Bolívar habia resumido en una corta frase la crítica del sistema propuesto por San Martin. Este último le pagó la deuda, i le criticó el suyo en otra frase mas pintoresca, i no ménos profunda. «No podrémos nunca, decia San Martin hablando de las dictaduras soñadas por Bolívar, obedecer como soberano a un individuo con quien habemos fumado nuestro cigarro en el campamento.» Este pensamiento, trivial en su espresion, comprensivo en su significado, envuelve una verdad incontestable. La esperiencia ha probado con hechos toda la exactitud i todo el alcance de esa sagaz observacion.

Bolívar i San Martin, el uno con su proyecto de presidencias vitalicias, el otro con su plan de monarquias exóticas, se equivocaban grandemente. La América no podia, no puede ser sino republicana.

El gran Washington, mas hábil, mas moral que San Martin i que Bolívar, lo comprendió así, iluminado por su admirable buen sentido, i guiado por la austeridad de su conciencia. Si álguien en un pueblo moderno hubiera contado con probabilidades de ser rei, habría sido ese santo de la democracia, ese guerrero esforzado, ese varon respetable que habia conducido sus compatriotas a la gloria i a la libertad. Si álguien hubiera podido alegar titulos para mandar perpetuamente, habria sido por cierto ese hombre sobre cuya tumba se pronunciaron por oracion fúnebre estas palabras, que seguramente merecia: «Ha sido el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el amor de sus conciudadanos.» Sin embargo, Washington, que disponia de tantos recursos para sostenerse, recibió con horror, i desechó con indignacion la propuesta que le hizo su ejército de proclamarle rei. Habría mirado la admision de ella, no solo como un crímen de lesa-patria, sino tambien como una torpeza política. La verdad es que Washington mismo no se habría sostenido sobre un trono.

Para que se perciba en toda su grandeza el contraste que forma la conducta del héroe del norte con la que han observado sobre el mismo particular algunos jefes militares del sur, conviene recordar las circunstancias favorables para su ambicion en que aquél se encontraba, i las nobles palabras con las cuales rechazó como un grave insulto el ofrecimiento de una corona.

Corria el año de 1782. Washington se hallaba en el apojeo de su poder i de su popularidad. Estaba al frente de un ejército que le amaba con entusiasmo. Todo el mundo reconocia la magnitud de sus servicios i de sus talentos; nadie se atrevia a poner en duda que era el hombre necesario de la revolucion.

Una porcion considerable del pueblo se hallaba disgustada con el congreso i la forma republicana, a la cual atribuia las lentitudes i embarazos de la guerra. Las tropas estaban mal pagadas, i murmuraban. Esto fué causa de que comenzara a

cundir entre los oficiales i soldados una opinion monárquica mui marcada.

Muchos de los primeros se reunieron en conciliábulos; i despues de haber creído descubrir en la organizacion del estado el oríjen de todos los males, convinieron en proponer a Washington que se dejara coronar. Uno de los coroneles mas respetables por su edad i su carácter fué designado para comunicar al jeneral en jefe los sentimientos del ejército.

Como la severidad de aquel ilustre republicano era conocida, el comisionado no tuvo osadía suficiente para manifestarle el pensamiento en toda su desnudez, i se valió de rodeos i circunloquios a fin de espresarle los deseos de sus compañeros de armas. Principió por hacer un resúmen de todos los males i dificultades que habia orijinado la forma de gobierno adoptada, i concluyó ofreciéndole el título de rei constitucional, como el remedio que sacaría al país de su crítica situacion.

Si Washington hubiera sido un ambicioso vulgar, si el cielo no le hubiera dotado de un talento tan perspicaz a la par que positivo, habría caído en la tentacion, i habría sido monarca,..... se entiende por unos cuantos años. Pero era el primero en saber que su coronacion sería, no solo un abuso de confianza, sino tambien una usurpacion efímera i temporal. La voz de su conciencia estaba de acuerdo con la de su razon. Conocia mas que nadie que la América por sus circunstancias habría de ser necesariamente republicana. La vanidad del engrandecimiento personal no le impidió ver claro en la situacion. Con un corazon desinteresado i un juicio certero, consideró preferible la gratitud de sus conciudadanos a una dominacion transitoria, que tarde o temprano habia de envolver a su patria en trastornos i disensiones civiles.

La respuesta severa que dió a una invitacion que tanto habría lisonjeado a otros caudillos ménos íntegros que él, le honra mas que sus triunfos, i es uno de sus títulos a la admiracion de la posteridad. Héla aquí:

«Señor: He leído atentamente, con una mezcla de estrema

sorpresa i de doloroso asombro, los pensamientos que me habeis dirijido. Estad cierto, señor, de que en todo el curso de la guerra, ningun suceso me ha causado sensaciones tan penosas, como la noticia que me comunicais de que existen en el ejército las ideas que me decis, i que yo debo mirar con horror i condenar con severidad. Por ahora, esa comunicacion quedará depositada en mi seno, a ménos que, viendo ajitarse de nuevo semejante materia, encuentre necesario publicar lo que vos me habeis escrito.

«Busco vanamente en mi conducta lo que ha podido alentar una proposicion que me parece contener las mayores desgracias que puedan caer sobre mi pais. Si no me engaño en el conocimiento que tengo de mí mismo, no habríais podido encontrar ningun otro a quien vuestros proyectos fuesen mas desagradables, que a mí. Debo agregar al mismo tiempo, para ser justo con mis propios sentimientos, que nadie desea mas sinceramente que yo hacer al ejército una amplia justicia; i si fuere preciso, emplearé con el mayor celo cuanto poder e influencia tenga, conformándome a la constitucion, para alcanzar ese objeto. Permitidme, pues, conjuraros, si teneis algun amor a vuestro país, alguna consideracion a vos mismo o a la posteridad, o algun respeto a mí, que desecheis de vuestro espíritu esos pensamientos, i que no comuniqueis nunca como nacidos de vos o de alguna otra persona, sentimientos de tal naturaleza.—Soi, señor, etc.—Firmado—*Jorje Washington.*»

Esta carta tan sencilla, i tan llena de nobles ideas, revela al hombre honrado, i descubre la sinceridad del individuo que no pretende tomar una apostura para la historia, sino que habla con su conciencia. Pero ese documento tan sin pretensiones, de estilo tan modesto, consigna la grande idea que ha proporcionado a los Estados-Unidos una prosperidad fabulosa, proclama las ventajas de la organizacion democrática sobre todas las otras, i espresa el temor de las *grandes desgracias* que se contienen en una constitucion monárquica.

Esas palabras escritas en ocasion tan solemne, i con una

persuasion tan relijiosa, por el fundador de la república mas grande de los tiempos modernos, de la república que trata de potencia a potencia con los imperios del viejo mundo, merecen ser meditadas mui maduramente. Con ellas, Washington ha dado a los que pueden encontrarse en su caso un ejemplo de moralidad i una leccion de sabia política.

En efecto, los que han promovido el establecimiento en América de la monarquía hereditaria o electiva, no han obrado únicamente por motivos egoistas.

Me complazco en hacer esa justicia a los que la merezcan; quiero suponer un estímulo jeneroso aun a los que no lo han tenido.

Los individuos a que me re [illegible]
su sistema una de las condicior [illegible]
do bien organizado, la consolid [illegible]
colonias españolas demasiado a [illegible]
la república sería solo una ana [illegible]

Pero conocido el fin qne se [illegible]
conducentes los medios que ha [illegible]
Esta es la cuestion, pues el *ór* [illegible]
bres honrados, cualesquiera q [illegible]
cas.

A mi juicio, la forma mo [illegible]
afianzar la tranquilidad, trae c [illegible]
to, la anarquía mas espantosa. [illegible]

Lo que avanzo no es una pa [illegible]
ra que se ha ensayado una de [illegible]
una de esas dictaduras de larg [illegible]
una revolucion sangrienta i [illegible]
una serie casi interminable [illegible]
vadas.

Eso no puede ser de otro m [illegible]

No hai ningun individuo ent [illegible]
supongamos, que no tenga sus émulos en méritos i en servicios. ¿Cómo puede entónces esperarse que éstos se conformen

nunca con ser cuando mas los opacos satélites de uno de sus pares? Eso seria desconocer absolutamente el corazon humano. ¿Por qué motivo respetarian por toda la duracion de una vida, o por un período mui largo, la dominacion de uno de sus semejantes? No diviso ciertamente qué podría contenerlos. No veo cómo muchos de ellos, sintiéndose con capacidad para gobernar, sufririan pacientes su eterna subordinacion i aun su completa segregacion de los negocios. Establecido el gobierno de la manera que critico, todo el que cayera en desgracia del jefe supremo, quedaba a un lado para siempre, no levantaba nunca la cabeza, por grandes que fueran sus talentos, por esclarecidas que fueran sus virtudes. ¿Puede creerse que habria muchos que se resignasen a ser ilotas políticos en su patria?

Sobre el horizonte de los gobiernos de esa especie, se divisan siempre nubes borrascosas, i esas nubes son de pólvora. Con esas organizaciones, el trastorno, la guerra civil, pueden aplazarse mas o ménos, pero indefectiblemente vienen tarde o temprano. Las dictaduras no son el afianzamiento de la tranquilidad, de la paz, del órden; son la constitucion del complot, del motin, de la conspiracion. Cuando se cierran las vías lejítimas a las aspiraciones humanas, es indudable que éstas recurrirán a las maquinaciones subterráneas.

Las disensiones intestinas que producen esas presidencias con pretensiones de vitalicias, son mas terribles que las que nacen bajo los gobiernos democráticos. En aquéllas, la lucha es sobre personas; en éstos es sobre ideas. Podemos reprobar las convicciones diferentes de las nuestras, i respetar a los individuos que las profesan; pero cuando la cuestion se hace personal, los odios son a muerte: entónces se persigue al amigo i al pariente del contrario, sin otra razon que el ser su amigo i su pariente; entónces no se perdona ni a las mujeres ni a los niños.

La monarquía i la dictadura han sido, i serán siempre en la América, la conjuracion, la persecucion implacable, la insu-

rreccion, la proscripcion, la guerra civil, la guerra sin cuartel. Siempre, en lugar de consolidar el órden, lo alterarán: en vez de traer la paz, producirán la anarquía.

No son ellas el antídoto contra los trastornos. Para evitar las revoluciones, es preciso hacerlas imposibles, i para hacerlas imposibles, es preciso hacer que no aprovechen a ninguna persona honrada. No cerreis la puerta a ninguna aspiracion lejítima; dejad espeditas las vias de alcanzar el poder a todo el que haya obtenido la confianza del mayor número; haced por este medio innecesarias las revueltas, i las revueltas no vendrán.

La república es la única forma de gobierno que puede llenar esas condiciones; es la única qun no sumerje en la desesperacion a los vencidos en las luchas políticas. Siendo los gobernantes alternativos i periódicos, todos los ciudadanos, aun los que han sufrido una repulsa, pueden abrigar una espectativa fundada de triunfar en otra ocasion; solo necesitan para eso una constitucion que asegure las garantías i los derechos de todos.

Hé ahí por qué la república bien organizada es el órden, es la paz, es el único gobierno que corresponda perfectamente a ese sentimiento de igualdad que se ha desarrollado en los pueblos modernos.

No puede decirse otro tanto ni de la monarquía, ni de la dictadura, las cuales entregan el mando a un círculo determinado de individuos, i condenan a todos los demas a la nulidad. Ese defecto orgánico es el jérmen de ruina que llevan en sí mismas esas formas de gobierno.

Para subsistir sin contradiccion i sin derramamiento de sangre, necesitan por guardianes una preocupacion relijiosa i una ignorancia supina. En los paises como la Rusia i el Paraguai, es donde florecen con todo su esplendor. En las naciones adelantadas, donde la fuerza de ciertos intereses existentes i con raíces profundas en una socidad vieja, ha hecho necesaria su conservacion, se han visto, sin embargo, obligadas,

para no caer, a adoptar ciertas instituciones republicanas que modifican notablemente su principio constitutivo. En los pueblos modernos, en los pueblos sin pasado, en los pueblos americanos, en una palabra, ni aun con esas concesiones, serian posibles las monarquías. Su establecimiento sería efímero, i ocasionaria desastres sin cuento.

Fuera de la república, no hai salvacion para la América.

No se objeten contra este aserto las convulsiones que desde su emancipacion han ajitado a las antiguas colonias españolas, i que han causado nuestro descrédito a los ojos del mundo. Esas convulsiones no traen su oríjen del sistema democrático, sino que al contrario han provenido de esa funesta pretension de fundar díctaduras, *per fas o per nefas* Léjos de ser una acusacion contra la república, son un argumento poderoso contra esas presidencias indefinidas, creadas por la gracia del sable. Recorred nuestra historia contemporánea, i vereis que casi todos esos desórdenes han sido orijinados por la ambicion de los caudillos, por sus rivalidades entre sí, por el empeño de los unos en conservar el poder como si fuera su patrimonio, por la impaciencia de los otros por atraparlo, como si fuero una propiedad qne se les hubiera arrebatado.

Ha habido anarquía, porque hemos tenido miedo a las instituciones republicanas, i las hemos establecido a medias. Hai hombres de bien que, para consolidar el *órden*, esa condicion de toda sociabilidad, han querido los gobiernos de larga duracion, sin reparar que precisamente eso era el *desórden*, porque no dejaban a los pretendientes desairados o derribados otra esperanza de medrar que la conspiracion, i porque ninguno de los favorecidos podia tener títulos suficientes i aceptados por la gran mayoría para distincion tan exhorbitante.

Los gobiernos no pueden tener otro fundamento sólido, que las creencias de cada época. Es preciso organizarlos en conformidad con ellas. Cuando se creía en la *lejitimidad*, en razas privilejiadas, la monarquía era admisible; pero en los tiempos i paises donde ese rancio principio ha sido remplazado por el

dogma de la igualdad de todos los miembros del jénero humano, no hai otro gobierno estable, no hai otro gobierno posible, que la república cuyos majistrados son electivos i alternativos.

Deseoso de corroborar con la esperiencia de nuestra propia nacion lo que acabo de decir, he escojido para tema de este libro la historia de la única época en la cual se ha intentado entre nosotros la fundacion de una dictadura. Espero que si hai quien tenga la paciencia de leer este trabajo, la simple narracion de los hechos le hará palpables la imposibilidad de que la dictadura se establezca jamás, i la multitud de males que arrastra consigo el mero conato de esa quimera.

Ese período comprende desde la batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817) hasta la caida del capitan jeneral don Bernardo O'Higgins (28 de enero de 1823).

Si hubiera habido un hombre capaz de plantear la dictadura de un modo algo duradero, ese hombre habria sido seguramente O'Higgins. Era la primera reputacion militar de su tiempo: su valor era proverbial; sus hazañas formaban la conversacion del soldado en los cuarteles; su arrojo habia asustado en mas de una ocasion a San Martin mismo, que continuamente se veia forzado a calmar la impetuosidad de su amigo en la pelea. Los militares le admiraban, porque nunca se habia contentado con ordenar una carga, sino que siempre habia dado el ejemplo marchando a la cabeza. Habia combatido en cinco campañas por la libertad de la patria, i habia tenido la gloria de firmar la proclamacion de la independencia.

Con un erario exhausto, habia levantado ejércitos, i creado una marina. Bajo su dominacion, la bandera de la revolucion habia dominado sobre tierra i sobre mar; la guerra se habia convertido de defensiva en ofensiva; el Perú habia sido invadido, i los chilenos habian cesado de contemplar el humo del campamento enemigo. El prestijio de la gloria se unia para engrandecerle a los ojos de sus conciudadanos con el afecto de la gratitud inspirada por sus servicios.

Contaba además con un ejército que habia formado; todos sus oficiales, desde el primero hasta el último, tenian sus despachos firmados por su mano.

Pues bien, O'Higgins dió indicios, solamente indicios, de aspirar a la dictadura, i esperimentó la caída mas miserable de que haya ejemplo en nuestra historia El norte i el sur de la república, la capital i las provincias, el pueblo i el ejército, se sublevaron contra él; ni siquiera su escolta le permaneció bien fiel en su desgracia.

A pesar de su fama, a pesar de sus incontestables méritos, tuvo que espiar su falta muriendo en el destierro, sin haber tenido el consuelo de admirar en sus últimos dias el cielo azul de su querido Chile.

Ese escarmiento memorable, no lo dudo, será una leccion bastante elocuente para contener a cuantos intenten renovar semejantes pretensiones. Mas confio que en el porvenir no habrá, como no lo ha habido en el pasado, ningun ambicioso tan insensato, que se atreva a repetir el ensayo.

Hai una cosa que honra a los chilenos, i que con orgullo importa recordar. Jamás en Chile ningun partido ha inscrito en sus banderas la palabra *monarquia;* nunca ningun escritor, ningun publicista, ningun orador se ha proclamado el campeon de esa añeja i absurda idea. La dictadura misma, nadie ha osado sostenerla en alta voz. Ha habido conatos, pensamiento secreto de llevarla a cabo; pero se ha tenido pudor, o miedo de revelar el proyecto con franqueza i sin disfraz.

Si eso ha sucedido en las épocas anteriores, con mayor razon sucede en la presente. Estamos divididos sobre la organizacion que conviene dar a la república, pero todos somos republicanos

Esta falta de preocupaciones políticas es un bien inmenso, cuyos saludables efectos esperimentaremos alguna vez.

La Europa nos aventaja incomparablemente en ciencia, en industria, en riqueza, pero en cambio nosotros la ganamos con

usura en el reconocimiento por todos de una gran verdad que ella no ha logrado propagar entre sus hijos tanto como es debido, la creencia en la *igualdad de todos los hombres.*

Debemos gracias a Dios, de que nuestro espiritu se halle libre de esas supersticiones políticas, i de que esté tan virjen como el suelo feraz de la América.

Santiago, diciembre 11 de 1853.

CAPITULO I.

Importancia histórica de don Bernardo O'Higgins.—Su padre el marqués de Vallenar.—Nacimiento i educación de don Bernardo O'Higgins.—Su jénero de vida antes de la revolución.—Su carácter.

I.

El período histórico cuya narración voi a emprender, tiene un protagonista que lo domina todo entero con sus hechos desde el principio hasta el fin. Hai un hombre que llena toda esa época con sus proezas, con sus faltas, con sus odios, con sus afecciones, con su política, con sus triunfos, con sus reveses. Todos los sucesos que entonces se verifican en Chile, tienen relación con ese hombre. Nada sucede ni de bueno ni de malo en la vida pública, donde deje de hacerse sentir su presencia. Todo lo que se emprende o maquina es en su provecho o en su contra. Es el centro de

todos los acontecimientos, el objeto de las simpatías de una mitad de sus conciudadanos, el blanco de los resentimientos de la otra mitad.

Héroe para los unos, tirano para los otros, las miradas de todo un pueblo están fijas sobre su persona. Estos le ensalzan, aquellos le denigran; pero su nombre tiene el raro privilejio de que todos lo pronuncien, los grandes i los pequeños, los magnates de la alta aristocracia i los individuos de la humilde plebe. Es la esperanza para un gran número de personas, la desgracia para otro no menor.

Durante seis años, ocupa la cima del poder, i proporciona con sus actos materia para los debates de toda una nación. La América observa su conducta con interés; la misma Europa presta a sus procedimientos alguna atención.

II.

Ese personaje se llama don Bernardo O'Higgins.

Su nombre se encuentra en todos los grandes sucesos de la revolución chilena. Está inscrito en las actas del primer congreso, en las providencias de los primeros gobernantes, en los boletines de seis ejércitos de la independencia. Ese jefe ha combatido contra las tropas de Pareja, después contra las de Gaínza, en seguida contra las de

Ossorio, más tarde contra las de Marcó, a continuación contra las de Ordóñez i de Ossorio. Ha creado una marina para destrozar a los realistas en el mar, como los habia derrotado en tierra, i ha contribuido de todos modos a que San Martín organizase la espedición que condujo en ausilio de los patriotas peruanos. La declaración de la independencia de Chile está autorizada con su firma, i ha sido promulgada por su orden.

Con estos títulos, hai de sobra para comprender su fama i su influencia. Después de leer semejante hoja de servicios, se concibe cómo a los trece años de ostracismo, i cuando centenares de leguas le separaban de su patria, el nombre de ese jeneral servía todavía en 1830 de pendón á los partidos.

III.

Un personaje como ese merece ser estudiado detenidamente.

No todo el que quiere remueve tantas pasiones como O'Higgins. Los hombres vulgares no consiguen hacerse amar con fanatismo, ni aborrecer a muerte. Los que eso logran deben estar dotados de grandes cualidades para el bien o para el mal.

La apreciación del comportamiento público del jeneral O'Higgins ha dividido las opiniones, no solo de sus contemporáneos, sino también de la

posteridad misma. Los individuos de las jeneraciones que sucedieron a su época, aquellos que han comenzado a pensar cuando hacía largo tiempo que estaba asilado en un país estranjero, i confinado en su hogar doméstico, están tan discordes en los juicios sobre sus acciones, como los que le ausiliaron o resistieron en esas luchas, viejas ya para nosotros, i que no tienen ninguna conexión con las diverjencias del presente. Los problemas de su vida despiertan casi tanta exaltación en los hombres de ahora que no le han conocido, como despertaban en aquellos a quienes habia favorecido o agraviado personalmente.

Para comprender a fondo un personaje histórico de esa altura, que ha removido tan encontrados afectos en el corazón de sus contemporáneos, i que ajita de una manera tan apasionada a los que no saben sus hechos sino por tradición, es preciso enterarse con paciencia de todos los pormenores de su existencia, examinar su educación, estudiar su carácter, i descubrir, si es posible, el secreto de su alma. De otra manera nos esponemos a no darnos una cuenta mui exacta de su personalidad, i a equivocarnos sobre los verdaderos motivos de su elevación, de su prestijio i de su caída.

Esta consideración me obliga a relatar los antecedentes de don Bernardo O'Higgins, antes de ponerme a referir los sucesos que forman el tema

de este libro. La historia de la época no quedará clara, si no se ha principiado por trazar la biografía del protagonista.

IV.

Don Bernardo O'Higgins no fué uno de esos favoritos de la fortuna que se elevan de la nada, i que lo deben todo a sus acciones. Al entrar en la vida, se encontró con una posición formada. Habria merecido serios reproches, si no hubiera sabido aprovecharla. Estaba llamado por la sola casualidad de su nacimiento a ocupar un alto puesto en su país, cualesquiera que hubieran sido los sucesos.

Con la revolución o sin ella, O'Higgins habria representado un papel en Chile. Unicamente, si no hubiera estallado la insurrección de la independencia, ese papel habria sido mas modesto; en vez de adquirir una reputación americana, no habria conseguido mas que una fama casera. Pero habria sido necesario suponer cualidades mui menguadas en el individuo que hubiera quedado nulo i desairado con los medios de engrandecimiento que él tenia. O'Higgins debió mucho a su propio mérito; pero también debió mucho al prestijio que habia dejado su padre.

Fué éste uno de los presidentes mas distingui-

dos que gobernaron este reino, i uno de los hombres mas estraordinarios que aparecieron en los últimos tiempos de la dominación española. Se llamaba don Ambrosio O'Higgins, i era natural de Irlanda. En 1767, arribó a Chile pobre i sin protectores. Habia pasado de España a Lima, habilitado por algunos comerciantes de Cádiz para establecer una lonja en aquella ciudad. Pero la suerte no le habia favorecido, sus cálculos habian sido errados, su negociación se le habia frustrado. Habia quebrado en una gruesa cantidad; i para huir de sus molestos acreedores, habia venido a pedir un asilo a este suelo hospitalario.

Treinta i tres años mas tarde, todo habia cambiado en la condición de ese hombre.

En 1796, ese deudor fallido habia llegado a ser teniente-jeneral de los reales ejércitos, barón de Vallenar, marqués de Osorno, presidente de Chile, virrei del Perú.

Habia trepado a esa altura grada por grada, i a despecho de obstáculos de toda especie. Habia principiado por ser sobrestante en la obra de las casuchas que Guill i Gonzaga hizo construir en la cordillera para abrigo de los correos, i habia terminado por ser la segunda persona del monarca en América.

Para alcanzar ese elevado puesto, se habia visto forzado a superar toda clase de dificultades. Siendo estranjero, habia tenido que hacerlo olvi-

dar en una tierra donde la calidad de tal era un signo de reprobación, un motivo de desconfianza. Siendo pobre, habia tenido que proporcionarse dinero para ganarse los favores de una corte venal. No llevando un nombre ilustre, habia impuesto a las familias aristocráticas cuya escrupulosidad en punto a nobleza ya se sabe cuán exajerada era.

Ese hombre de fortuna venció todos los estorbos, todo lo consiguió, i se conquistó un rango que muchos titulados de Castilla podian envidiarle. Con hechos, demostró que era digno de los empleos que sucesivamente fué obteniendo. En ellos, desplegó la actividad i los talentos de un grande administrador.

Durante su gobierno, ejecutó obras que conservarán por largos años su recuerdo entre nosotros. Visitó el país de una estremidad hasta la otra; refaccionó las fortificaciones de las plazas de guerra; mejoró el camino que atraviesa las cordilleras para dar pasaje a las comarcas trasandinas, i abrió otro hasta el puerto de Valparaíso por entre cerros i desfiladeros a despecho de la naturaleza; pacificó la siempre indómita Araucanía; fundó cinco ciudades, i entre ellas la de Osorno, que habia sido arruinada por los indios.

Pero si don Ambrosio O'Higgins hubiera contado solo con su mérito personal, con sus disposiciones para el mando, se habria quedado de so-

brestante toda la vida. Necesitábanse en aquellos tiempos otros apoyos para medrar.

O'Higgins, que conocia la época i la tierra, no lo ignoraba, i por eso se encumbró con tanta rapidez. Ese irlandés sabía como maestro la ciencia del cortesano; parecia que hubiera nacido de algún palaciego, i que se hubiera educado en las antecámaras. A fuerza de insinuaciones i de obsequios, se proporcionó padrinos en Chile i en Madrid; i empujado por ellos, subió hasta donde quiso. Ese fué el secreto de su elevación. Ese fué el talismán que le dió la presidencia de Chile, el virreinato del Perú. El oro i la intriga del aspirante abrieron de par en par a su presencia las puertas del poder i de los honores. Los manejos encubiertos, mas que sus servicios, mas que sus brillantes cualidades, le valieron el grado de jeneral, el título de barón, el título de marqués.

O'Higgins exijia de sus inferiores la misma deferencia que él tributaba a sus superiores. Queria que se le entregasen en cuerpo i alma, i que le perteneciesen sin restricciones. A los que eso hacian, los apoyaba sin rebozo, i los sostenia con todos sus recursos; a los que le resistian, los combatia implacablemente i sin cuartel. Era amigo decidido de sus amigos, i enemigo terrible para los que no lo eran. Sus criaturas podian esperarlo todo. Del mayordomo de su hacienda, hizo todo un brigadier de los ejércitos del rei.

Un gobernante con tal carácter i con tal sistema debia adquirir un prestijio i una influencia incalculables entre los apocados colonos. Las maneras imperiosas de don Ambrosio le suscitaron muchos resentimientos; pero fueron todavía mas numerosas las afecciones sumisas que se granjeó. Su habilidad para la política, su enerjía, su orgullo, sus relaciones con la corte, el incienso de las hechuras que habia colocado en todos los puestos, altos i bajos, del ejército i de la administración, rodearon de una gran consideración su persona, su nombre, i cuanto le pertenecia.

Esa idolatría se aumentó con el tiempo i la distancia. Los que le habian acatado de presidente de Chile, le acataron mas todavía a lo lejos de virrei del Perú.

Don Bernardo debia recojer un dia como herencia ese respeto ligado al recuerdo de su padre, esa veneración que muchos de sus compatriotas profesaban al apellido de su familia. El reconocimiento de aquellos a quienes el marqués habia dado una posición, la adhesión que siempre se concede al gobernante que sabe serlo, debian allanar al hijo el mayor número de las dificultades que se atraviesan en el camino de la vida. El legado forzoso de esa clientela importaba al joven mas que un cuantioso caudal para satisfacer las aspiraciones de la ambición.

A estas ventajas, consecuencia del rango que

habia ocupado su projenitor, se agregaban todavía otras. Para darlas a conocer, voi a hablar del orijen del joven O'Higgins, i de la conducta que con él observó el virrei.

V.

Don Ambrosio era a la sazon solo intendente de Concepción. Aunque llenasen casi toda su existencia los cuidados de su empleo, los cálculos del cortesano, las zozobras de la intriga, los deseos de mando i de distinciones, sin embargo, le quedaban tiempo i lugar para sentimientos mas tiernos, para ocupaciones mas dulces.

Vivia entonces en aquella provincia una niña llamada doña Isabel Riquelme, cuya belleza era sobresaliente en esas comarcas del sur, que la hermosura de sus mujeres ha hecho famosas. El adusto i grave intendente conoció a esa niña, la amó, i se hizo amar de ella. Don Bernardo fué el fruto de esa unión clandestina.

Una preocupación injusta i bárbara castiga en los hijos de esos enlaces ilejítimos la culpa de los padres. Mas en las ideas aristocráticas de la época, los bastardos de los grandes no eran los bastardos de la jente vulgar. Lo que para los segundos era una mancha, era un lustre para los primeros. Ser bastardo de un virrei equivalia a una ejecutoria en debida forma. Así, la debilidad de

su madre no iba a ser para el niño O'Higgins un estorbo en su carrera.

Por su parte, don Ambrosio se portó con él como hombre honrado, i como padre solícito. Proveyó con largueza a sus necesidades, le hizo criar con cuidado; i cuando tuvo la edad correspondiente, le envió a educarse en Inglaterra.

No volvió de allá hasta la muerte de su padre, que acabó sus dias de virrei en el Perú.

Creyó éste hacer lo suficiente por el hijo de su antigua querida con asegurarle su porvenir, i pensó que de ese modo cancelaba todas sus cuentas con el joven. Le habia costeado una educación europea. Para completar su obra, le legó en su testamento la valiosa hacienda de las Canteras, situada en el sur de Chile, i los numerosos ganados que la poblaban. Con esto, su conciencia quedó tranquila. ¿Qué mas podia darle? Le habia hecho rico e instruido. Le dejaba caudal, i los medios de adquirir consideración. Le daba cuanto era necesario para que se hiciese feliz. No le encontraba derecho para exijir nada mas.

Es cierto, don Ambrosio daba a su hijo ciencia i bienes; pero quedaba todavía una cosa que le rehusaba con orgullo, i que el joven podia reclamar con justicia. Era ese noble apellido de O'Higgins, que el ilustre marqués negaba tenazmente al hijo de su amor. En la misma claúsula del testamento en que le legaba una fortuna, le signifi-

caba con toda claridad que le prohibia llevar ese apellido, llamándose *Bernardo Riquelme.*

Sin duda el mercachifle ennoblecido, el barón de fresca data, el titulado de Castilla por el oro i por la intriga, no creia a su bastardo digno de heredar un nombre tan decorado como el suyo; i en eso por cierto se equivocaba grandemente el virrei, que echando en olvido la humildad de sus principios, tomaba ínfulas de rancio aristócrata. Ese joven iba a hacer por la ilustración de su apellido mucho mas que lo que habia hecho su altanero padre. Es mas glorioso combatir contra los opresores de la patria, que contra los bárbaros de la Araucanía, i es mas difícil vencer un ejército disciplinado, que una horda de salvajes. Vale mas atravesar los Andes para traer la libertad i la independencia a un pueblo, que abrir un camino en beneficio del comercio por entre sus rocas i sus nieves. Es mayor empresa improvisar una escuadra i enseñorearse del Pacífico, que defender sus costas contra miserables piratas. Importa mas fundar la república de Chile, que fundar la ciudad de Osorno.

Don Bernardo no se conformó con el agravio que el virrei le inferia en su testamento. Estaba precisamente en España de vuelta ya de Inglaterra para su patria, cuando supo la muerte del ilustre i altivo marqués, i sin tardanza entabló reclamación ante la corte por el apellido i los títulos

de su padre. Se le concedió que se llamara *O'Higgins*, i no *Riquelme*, pero no se le permitió que fuera barón ni marqués.

Sin desanimarse por una primera negativa, don Bernardo persistió en su pretensión. Estaba porfiando en el empeño, cuando un ataque de fiebre amarilla le puso a la muerte. Se salvó casi milagrosamente, pero quedó mui quebrantado. La debilidad de su salud i la diminución de sus recursos pecuniarios le obligaron a desistir de sus reclamaciones, i le hicieron regresar a Chile en el año de 1802.

VI.

De vuelta a su patria, se estableció en la hacienda de las Canteras, i se dedicó a los trabajos agrícolas. Vivió allí con su madre i con sus hermanos; se portó con su familia como un hijo amante i respetuoso.

Trabó desde luego relaciones con los oficiales que guarnecian la frontera, muchos de ellos compañeros de armas de don Ambrosio, que pagaron en afecto al joven lo que debian al padre, i con los cuales se entretenia en conversar acerca de las incidencias de sus campañas en la Araucanía. Esas discusiones familiares fueron la escuela en que aprendió los rudimentos de la guerra el futuro jeneral de los independientes. Por influjo de

esos veteranos, fué nombrado teniente coronel de las milicias de la Laja.

De cuando en cuando, hacía viajes a la ciudad de Chillán, o a la ciudad de Concepción, donde permanecia largas temporadas. En una i otra, era perfectamente recibido. Su caudal, su educación europea, su ilustre apellido, fijaban sobre su persona las miradas de la jente visible. Su comportación confirmaba la buena opinión que le granjeaban esas circunstancias accidentales.

Era modesto, franco, desinteresado, amigo de servir. Manifestaba amor a su patria, i un grande entusiasmo por su prosperidad.

En el seno de la confianza, i con la mayor reserva, hablaba de ciertas ideas de independencia para la América que circulaban en Europa, i de ciertas conferencias sobre el particular que habia tenido con el jeneral Francisco Miranda, que era uno de los que meditaban esos proyectos.

Todo esto le hacía popular en las poblaciones australes del país. Se respetaba en él al rico propietario que disponía de un gran número de inquilinos o vasallos, i se apreciaba al hombre bien educado, descendiente de un virrei, que no contrariaba los intereses de nadie.

Entre los protectores que por estos motivos se adquirió, habia sobre todo uno que le sirvió mucho para afianzar su crédito. Era el doctor don Juan Martínez de Rozas, abogado hábil i de co-

nocimientos mui adelantados para su época, que por sus riquezas, su ciencia i sus relaciones de familia, dominaba en la provincia de Concepción. Este tomó cariño a don Bernardo, i le protejió con su influencia. Cuando O'Higgins iba a la ciudad de Concepción, concurria todas las noches a su tertulia, i escuchaba silencioso i con devoción las palabras del *maestro*, como llamaban a Rozas sus parciales.

Distinguido por el dueño de la casa, los demás asistentes, que eran las primeras notabilidades de la provincia, le trataban con afecto, i se acostumbraban a estimarle. Pocos habrian sospechado, sin embargo entonces que ese joven retirado i taciturno sería uno de los próceres de la república, i el caudillo de un numeroso bando. Con todo, en esas reuniones, fué donde principió a relacionarse con muchos de los individuos que debian mas tarde ayudarle a apoyar la revolución, i a escalar el poder.

VII.

Su educación de niño i el jénero de vida que adoptó en su juventud robustecieron el carácter que los instintos naturales habían dado a don Bernardo, i determinaron su personalidad.

Su mansión en Inglaterra le amoldó a muchas de las costumbres de ese pueblo, tan orijinal en su jenio i en sus maneras. Tomó a los ingleses su

gravedad, su espíritu aristocrático, su puritanismo aparente de costumbres, su sometimiento a las exijencias sociales, su moralidad dentro del hogar doméstico, su seriedad en el modo de pensar; pero no les imitó en su respeto a la lei, su amor a las garantías del ciudadano, su veneración a todas las fórmulas protectoras de la libertad i seguridad de los individuos.

Su condición de rico propietario habitante de la frontera, considerado por sus superiores, reverenciado por sus subalternos, le infundió desde temprano tendencias despóticas, el hábito de ser obedecido sin réplica i tardanza, inclinaciones imperiosas. Estas propensiones debian cobrar todavía mayor fuerza en los campamentos, donde cada jesto del jefe es una lei que todos se apresuran a cumplir. Habia tela en este vástago de un virrei, para ser un dictador.

Ese joven circunspecto, bravo, amante de su suelo natal, lleno de modestia i de entusiasmo, tenia muchas cualidades para granjearse las simpatías de un pueblo como el chileno, i llegar a ser uno de sus héroes. Su índole era mui propia para hacerse popular en su nación, por poco que trabajara en ello. Resumia en sí un gran número de las dotes que caracterizan a los pobladores de esta tierra.

El chileno es austero de costumbres; exije que se guarden cuando menos las apariencias, i que se

respete siempre el decoro; no perdona nunca el descaro o el cinismo ni en las opiniones ni en los actos. Conserva su compostura en todas las circunstancias de la vida. Jamás es bulliciosa la espresion de su alegría o de su dolor. Tiene el pudor de sus sentimientos. Es raro que pierda en alguna ocasión su gravedad impasible. Su esterior es frío; i aunque capaz de entusiasmos ardientes, pocas veces los manifiesta por movimientos vivos o gritos descompasados. Se asemeja a esas montañas que, en nuestro horizonte, se levantan hasta el cielo, donde la nieve cubre el fuego de los volcanes.

Ensalza a los individuos que considera dignos, i rinde parias al talento i al valor; pero no tolera que sean los interesados mismos los que impudentemente soliciten el aura popular. No gusta nunca de darse en espectáculo, ni tampoco de que los demás se pongan en escena. Toda ostentación le es antipática; toda pretensión de vanagloria le incomoda. Concede con largueza sus favores a quienes los merecen, pero le repugna que se los pidan con vanidad.

Práctico i positivo, desprecia el ruido i el humo, i prefiere los hechos a las palabras. No escoje con apresuramiento las ideas cuya realización ve remota, ni se coloca en torno de los que las proclaman. Es poco utopista, i no se apasiona por las concepciones poéticas de la fantasía.

En O'Higgins, habia, como digo, muchas de esas cualidades; i bajo ese aspecto, puede decirse que era mui chileno.

Nada de estraño tiene entonces que le estuviera reservado un puesto brillante en el gobierno de su patria. Su carácter debia necesariamente conquistarle el afecto de un gran número de sus compatriotas, i poner en sus manos la suerte de Chile.

VIII.

Ahora, para esplicar su comportamiento en la revolución i la actitud que tomó mas tarde, me es indispensable bosquejar a la lijera la situación política del país desde ese famoso año de 1810, que cambió la condición de la América. Sin esos antecedentes, no se comprenderia la dirección que dió a los negocios públicos, i se nos escaparía la verdadera significación de muchos de sus actos.

Nos es indispensable, por otra parte, para poder juzgarle como corresponde, conocer a los rivales contra quienes combatió, i a los amigos que le sostuvieron.

CAPITULO II.

Orijen aristocrático de la revolución chilena.—Organización e influencia de las grandes familias del reino.—Establecimiento de la primera junta gubernativa el 18 de setiembre de 1810.—Marcha moderada i *legal* que adopta la revolución en su principio.—División de los revolucionarios en dos bandos los *moderados* i los *exaltados*.—Don José Miguel Infante.—Don Juan Martínez de Rozas.—Rivalidades de las grandes familias. —Motín de Figueroa el 1.° de abril de 1811.—Congreso de 1811.—Triunfos de los exaltados i política enérjica adoptada por ellos.

I.

La revolución de Chile fué al principio la obra de unos cuantos ciudadanos, i tuvo en su orijen una tendencia puramente aristocrática. Sus promotores, sus principales caudillos, fueron los cabezas de las grandes familias del país, los Larraines, los Errázuriz, los Eizaguirres. Por ellos, comenzó la ajitación; i de ellos, descendió a la mayoría de la población, que les estaba ligada por los vínculos de la sangre o del interés.

Es éste un fenómeno curioso, que debe examinarse con alguna detención.

Jeneralmente son los pueblos, i no los individuos, los que hacen las revoluciones. Las ideas nuevas solo se convierten en hechos cuando están admitidas por una porción considerable de hombres. Antes de ese momento, se van propagando lenta i gradualmente por todas las clases sociales, i no producen ningún resultado importante hasta que se han enseñoreado de un gran número de intelijencias. Solo entonces aparecen los que han de realizarlas, i esos son, no los iniciadores de sus compatriotas, sino sus personeros, los órganos de una opinión esparcida, la espresión de un pensamiento, que está en el alma de muchos.

En Chile, sucedió enteramente lo contrario. El movimiento principió en un centenar de personas, mientras que los demas habitantes estaban tranquilos, indolentes i mui ajenos de tales novedades. Unos cuantos aristócratas dieron la señal de la insurrección, cuando la idea de semejante empresa no se habia ocurrido al pueblo, ni siquiera como una ilusión de la fantasía.

A pesar de eso, arrastraron consigo a la jente acaudalada, a los comerciantes de las ciudades, a los labradores de los campos, a casi todos los pobladores de este suelo. Su grito de guerra no quedó sin eco, i su llamamiento a las armas fué obedecido.

Quien haya considerado la sociabilidad chilena en 1810, se esplicará sin mucho trabajo esta marcha de la revolución.

Dominaban en el reino un cierto número de familias, respetadas por el recuerdo de sus antepasados, poderosas por sus riquezas, por sus relaciones, por la multitud de sus dependientes, estrechamente ligadas entre sí, i con una organización patriarcal.

Unica poseedora de la tierra, del capital i de todos los instrumentos de la industria, esta nobleza indíjena disponia del país.

Los vecinos de las ciudades le estaban sometidos por razón de la protección que les dispensaba, i sin la cual no podian subsistir. Ella era la que los habilitaba, i la que les consumia sus productos. El interés le aseguraba con lazos difíciles de romper la fidelidad de esos subordinados por la fuerza de su posición. El enojo de algunos de esos magnates importaba para los comerciantes, para los artesanos, un atraso considerable en su fortuna, talvez una causa de ruina. Los industriales no tenian, como ahora, los mil recursos que les proporcionan la actividad del comercio, la multiplicidad de los capitales, los progresos de la población i del bienestar, que traen consigo el aumento del consumo i la facilidad de las transacciones. Ese círculo reducido de familias pudientes era su mayor sostén, su principal esperanza. Se concibe, pues,

que por lo comun no tuvieran otra opinión ni otra voluntad, que la de esos patronos, de los cuales aguardaban el mejoramiento de su suerte, i la subsistencia de sus hijos.

La dependencia de los campesinos era todavía mas estrecha. No les estaban solamente subordinados, sino que eran sus siervos. Descendientes de los indios, dueños primitivos de estas comarcas, habian heredado la triste condición que la conquista habia impuesto a sus padres. Tributaban a los propietarios, que los poseían juntamente con sus fundos, una obediencia pasiva, casi el respeto del esclavo a su amo.

Los hacendados, por su parte, los trataban como sus mayores habian tratado a los indios de las encomiendas. No diré que ejercian sobre ellos derecho de vida i de muerte, porque eso sería exajerado; pero con esa escepción, todo lo demas se lo creían permitido contra los infelices inquilinos.

Esto se practicaba sin violencia, sin escándalo, sin resistencia. Los pacientes no murmuraban; los opresores, caballeros quizá bondadosos i de alma compasiva, no esperimentaban repugnancia ni remordimiento al dar un trato como aquél a semejantes suyos. Esa degradación de seres humanos parecia cosa natural. La costumbre la habia sancionado, la habia despojado de su horror.

Los hacendados chilenos eran una especie de señores feudales, menos el espíritu marcial i los

hábitos guerreros. En sus tierras, su capricho era la lei, i no se respetaban otras órdenes, que las suyas. Casi puede decirse que la autoridad del presidente-gobernador no pasaba la raya de sus propiedades. En ellas, hacian justicia a sus inquilinos i les exijian servicios corporales como verdaderos soberanos.

Dentro de sus haciendas, eran amos en toda la estensión de la palabra. Cada uno de ellos habria podido hacer levantarse a su voz un escuadrón de leales servidores, que habria ido sin preguntar el motivo adonde su señor se lo hubiera mandado, i habria acometido del propio modo a quien el mismo le hubiera indicado.

Basta lo espuesto para concebir cuál era, al comenzar el siglo, el poder de las grandes familias del reino.

II.

Sépase ahora que esa inmensa influencia no estaba repartida entre varios individuos, sino concentrada en unos pocos, i se comprenderá la anomalía en la marcha de la revolución chilena que mas arriba he señalado.

Las familias de que hablo eran mui numerosas; hubo una entre ellas, la de los Larraines, que contaba mas de quinientos miembros; pero todas tenian una organización patriarcal, i reconocian

un jefe, un padre común que las gobernaba, i sin cuya anuencia nada se emprendia.

La persona a quien la respetabilidad de sus años, la riqueza o una prudencia consumada habian granjeado ese acatamiento de sus parientes, disponia de fuerzas incalculables, i valia por muchos hombres. Podia obrar a su antojo con el caudal, con la clientela, con la consideración, con el prestijio de toda la familia.

Suponed que una docena de esos altos potentados acojiese una idea cualquiera, la de la independencia, por ejemplo, i determinase realizarla. Está claro que en su posición no necesitaban preparar la opinión, ni detenerse en esas pequeñas escaramuzas que los innovadores ejecutan antes de las grandes revoluciones para tantear sus recursos. La mayoría de la nación eran aquellos pocos magnates. Con que ellos se resolviesen, estaba hecho casi todo. Sus parientes, sus habilitados, sus siervos o vasallos habian necesariamente de apoyarlos.

Pero lo que salvaba a la España de este riesgo inminente, era que ellos mismos no se tenian formada una noción bien clara de su poder, i mucho menos de sus derechos. Ignoraban que su voz podia conmover a aquel pueblo aletargado, i el mayor número no concebia siquiera las injusticias i sinrazones de la metrópoli a su respecto. Una intelijencia sin cultivo que admitia como puntos

de fe los errores mas crasos, una educación mal dirijida que los habia imbuido de preocupaciones groseras, habian apocado su ánimo, i embrutecido su alma. Así fué que muchos de ellos no abrazaron nunca la causa de la independencia, i sostuvieron con su bolsillo, i aun con su persona, la dominación de los españoles.

Sin embargo, no todos eran de esa casta. Habia algunos mas intelijentes, mas animosos, mas capaces de ambición, mas enterados de los adelantamientos que las ciencias políticas habian hecho en el viejo mundo. Estos, por sus viajes a Europa, por sus lecturas o por sus conversaciones, habian adquirido algunos conocimientos. El contajio bienhechor del siglo XVIII habia penetrado en sus espíritus.

Como era natural, esos no podian conformarse con la nulidad a que en su propia patria los tenia condenados la suspicacia recelosa de la corte de Madrid. Por lo mismo que su bienestar material estaba asegurado, por lo mismo que gozaban de fortuna, por lo mismo que se veian rodeados de consideraciones, deseaban con ansia lanzarse a la vida pública, i satisfacer esa necesidad de lucha i movimiento que todo hombre esperimenta.

Esa segregación absoluta del gobierno en que se pretendia mantenerlos, les era intolerable. Esa limitación a los asuntos domésticos que se les imponia, era una cosa que heria su amor propio.

Soportaban su vergonzosa condición con una impaciencia secreta, i ocultaban en el fondo de su corazón una profunda antipatía contra el gobierno español i sus ajentes.

III.

Tal era la disposición de sus ánimos, cuando la usurpación de José Bonaparte i la invasión de la Península por los franceses vinieron a ofrecerles una coyuntura favorable para obligar a los españoles-europeos a que les guardasen mas respeto, i a que atendiesen sus justas reclamaciones.

So pretesto de defender el reino contra las tentativas del emperador Napoleón i de su hermano el rei intruso, se apoderaron de la administración de la colonia, i sustituyeron al antiguo presidente una junta compuesta de siete individuos.

Adoptaron esta forma de gobierno, tanto por imitación de lo que habian hecho las provincias de España, sublevadas contra la dominación francesa, i las demas secciones insurreccionadas de América, como porque daba cabida en la dirección de los negocios a muchas de las familias que dominaban en la comarca. La elevación de una sola persona habria infundido celos a aquellos aristócratas, que se consideraban todos iguales, i entre quienes reinaba la mayor emulación.

Esta rivalidad de las grandes familias, tan

propia de esa organización medio patriarcal, medio feudal que he procurado describir, es una circunstancia que debe tenerse mui presente, porque contribuyó en gran manera al nacimiento de las facciones que se disputaron el mando en la primera época de la revolución. Estas competencias de lo que, a falta de otro nombre mejor, llamaré nuestra nobleza, esplican muchas de las evoluciones políticas de aquel período.

IV.

Pero sea de esto lo que se quiera, el cambio radical operado en la constitución de la colonia el 18 de setiembre de 1810, se ejecutó moderada i pacíficamente. No hubo ni derramamiento de sangre, ni destierros, ni prisiones. Algunas carreras de caballo, la guarnición sobre las armas, patrullas que recorrian las calles, la ajitación consiguiente del vecindario, pero sin actitud hostil ni amenazante; i eso i nada mas fué todo el trastorno que ocasionó un acontecimiento que iba a ser el principio de tantas mudanzas, de tantas peripecias, de tantas catástrofes.

Esta ausencia absoluta de violencias caracteriza a los próceres que dirijieron el movimiento, i manifiestan cuál era su naturaleza i sus tendencias.

La sociedad chilena estaba sometida entonces a

una especie de réjimen doméstico. Los majistrados de la colonia no empleaban casi nunca rigor o medios estremos, porque no tenian necesidad de hacerlo. Sus súbditos recibian con respeto las leyes del monarca, i era mui raro que murmurasen en voz alta. Las medidas severas eran cosa inusitada en la tierra, i por consiguiente repugnaban a la jeneralidad.

Todos los individuos de la clase acomodada tenian relaciones de parentesco, o eran amigos, o talvez compañeros de negocios, que se trataban con franqueza i cordialidad. Los temas mismos de sus conversaciones habituales versaban sobre asuntos caseros. El ruido de las luchas i contiendas de la vieja i alborotada Europa venian a turbarlos mui de tarde en tarde, i los colonos recibian la noticia de esos sucesos con toda indiferencia, como si no les atañesen o importasen.

Los acontecimientos del año diez alteraron esta tranquilidad monástica, e introdujeron la desunión entre los ciudadanos; pero estas diverjencias no podian desde luego i repentinamente cortar todas las relaciones i encarnizar odios que apenas comenzaban. Hubo opiniones encontradas, bandos opuestos i principios de enemistades que algún dia debian ser a muerte; mas no hubo ni sangre, ni persecuciones, ni escesos de ningún jénero. Discutióse la cuestión con grande acaloramiento, si se quiere, pero con todas esas conside-

raciones que se guardan en sus disputas los miembros de una misma familia.

Fué aquello un litijio, mas bien que una insurrección; una discusión de lejistas, mas bien que una asonada de tribunos.

Los grandes propietarios que sostenian la mudanza se habian asociado, para llevar a cabo su proyecto, con los abogados mas sobresalientes del reino, que representaban toda la ciencia del país, reducida entonces al derecho civil i al derecho canónico. Los primeros eran la fuerza, el poder de la revolución; los segundos su pensamiento, su palabra.

Esos letrados, Marín, Infante, Argomedo, Pérez, formulaban las pretensiones de los nobles colonos, i las apoyaban con raciocinios basados en el código.

Los defensores del antiguo réjimen, los oidores de la audiencia i sus secuaces, que eran tambien abogados, trataban el asunto como tales, replicando a los contrarios con citas de leyes i de reales cédulas.

Este método para dilucidar la contienda era posible entre ellos, porque estaban acordes en un principio que les servia de punto de partida. Unos i otros reconocian la soberanía de Fernando VII; unos i otros daban por motivo de su conducta el amor al rei, i el deseo de conservarle estos dominios.

Para evitar equivocaciones, debo advertir que esta ostentación de fidelidad era sincera en la mayoría de los innovadores o *juntistas*, como se les llamaba. Combatian por el establecimiento de un gobierno nacional; pero habrian retrocedido espantados si se les hubiera propuesto separarse de la metrópoli.

Basta estudiar superficialmente los hechos de esa época para percibir cuánta razón tengo al asentar que la cuestión ventilada en 1810 no fué mas que un pleito entre la España i una de sus colonias, en el cual patrocinaba a la primera la real audiencia, Argos vijilante de los intereses coloniales, i a la segunda el cabildo de Santiago, órgano de las nuevas ideas. Fué aquél un gran proceso que despertó mas pasiones, i metió mas bulla que los procesos comunes que se resolvian diariamente en los tribunales, porque los litigantes eran dos pueblos, i no dos individuos; pero que, salvo la magnitud de la disputa, se les asemejaba en todo lo demás, habiéndose tramitado i decidido poco mas o menos como ellos.

La lei i la fuerza estaban de parte de los patriotas, i así, como era de esperarse, ganaron su causa, logrando que una junta remplazase en el gobierno al presidente-gobernador.

Esta es la primera faz de la revolución chilena.

Una cierta porción de los grandes propietarios es la que promueve el cambio i la que lo opera.

La turba, la multitud no interviene en él para nada, i no lo comprende todavía.

Los abogados dirijen el movimiento; i habituados a los procedimientos del foro, tratan una cuestión de alta política, como si fuera un pleito sobre intereses privados.

La conducta de los innovadores es moderada, tímida, conciliadora hasta cierto punto, respetuosa para la metrópoli. Todo lo que hacen está autorizado por órdenes terminantes de los gobernantes españoles, que efectivamente mas tarde aprueban su comportamiento.

Si la audiencia se opone a la ejecución de esas órdenes, es porque, palpando las cosas de cerca i temiendo por el porvenir, calcula, en su prudencia, que la mas lijera alteración en el sistema colonial va a producir una serie de variaciones mas radicales, i a enjendrar, por último resultado, la completa ruina de la dominación española en América.

V.

Los hechos no tardaron en realizar el presentimiento de los oidores.

La pendiente de las revoluciones es resbaladiza. Cuando los pueblos se han comprometido una vez en ella, es difícil que se detengan.

Apenas los patriotas han conseguido la organi-

zación de una junta, cuando algunos de ellos quieren que se vaya mas lejos todavía, i se empeñan en que se despliegue mayor enerjía en contra de los amigos i sostenedores de la metrópoli. Antes, todas sus aspiraciones se reducian a colocar el gobierno en manos de los naturales del país; pero ya eso les parece poca cosa, i no les basta.

Entonces los revolucionarios se dividen en dos grandes fracciones.

La una, mas moderada, mas prudente, se esfuerza por que se continúe ese sistema solapado de transacción, que no se decide claramente, ni corta del todo con el pasado.

La otra, mas impaciente, mas atrevida, clama por resoluciones vigorosas i por una reforma pronta de los abusos.

Esos dos bandos enemigos tenian por centros las dos principales ciudades del reino, por sostenes las dos corporaciones mas influentes, i por caudillos a los dos hombres mas notables de la época. Los *moderados*, los nombraré así, aunque en ese tiempo ni ellos ni sus adversarios tenian una denominación especial, prevalecian en Santiago; los *exaltados*, en Concepción. Los primeros contaban con la inmensa mayoría de la población; pero los segundos tenian en su favor el arrojo i el ardor de los partidos reformistas. El cabildo de la capital, donde imperaba don José Miguel Infante, presidia a los moderados; i la junta guber-

nativa, cuya alma era don Juan Martínez de Rozas, capitaneaba a los exaltados.

VI.

Los caracteres de esos dos jefes ofrecian ciertos puntos de semejanza, pero los motivos que dirijian su conducta eran sumamente diferentes.

Infante era una alma varonil, recta i llena de entereza, cuya intelijencia estaba dotada de fuerza, pero no de flexibilidad. Cuando concebia una idea, era difícil que la abandonase. Cuando admitia un principio, deducia de él con todo rigor sus consecuencias.

Era incontrastable como un axioma, i tenaz como un dialéctico. No renegaba nunca i por nada de lo que estimaba la verdad. Hablaba como pensaba, i obraba como hablaba.

Le faltaban esa perspicacia i esa facultad de larga vista que constituyen el mérito de algunos hombres de estado. Le adornaban la rectitud i la moralidad política, que tanto realzan a los ciudadanos de las repúblicas antiguas. Podia equivocarse; pero no era capaz de desoír la voz de su conciencia, ni de guardar silencio por motivos egoistas.

En esta época, Infante no era ni fervoroso federalista, ni discípulo de la *Encicopledia*, como posteriormente se mostró. Era un revolucionario

que queria marchar con toda prudencia, que participaba talvez de muchas de las preocupaciones indíjenas, i que ¡cosa estraña! sostenia la preponderancia de la capital sobre las provincias.

Don Juan Martínez de Rozas desplegaba en su conducta tanta enerjía i tanta persistencia, como su rival; pero su tenacidad le venia de la pasión, i no de la cabeza, como al otro. Era de la casta de esos individuos fogosos e impresionables que corren riesgo de ser déspotas al servicio de los gobiernos, i demagogos cuando se colocan al lado del pueblo.

De razón despejada, de juicio firme, de conocimientos variados i modernos, de mucha lectura, aventajaba inmensamente a sus contemporáneos en el saber i en la profundidad del pensamiento. Era un publicista de nota, que se habria lucido en los tiempos actuales, mientras que cuantos le rodeaban no pasaban de meros abogados. Elocuente en sus palabras, elegante en sus escritos, añadia a sus otros medios de influencia el prestijio del literato.

Estaba, en cambio, mui léjos de ser tan puro i tan intachable como Infante.

Don Juan Martínez de Rozas, cuya clientela se encontraba particularmente en Concepción, defendia por conveniencia los intereses provinciales en contra de la centralización que pretendia establecer el cabildo de Santiago.

VII.

Fuera de la diferencia en las miras políticas que he señalado, contribuia a fomentar la desunión la rivalidad de las grandes familias que se disputaban el mando.

Habia, por cierto, oposición de ideas en la diverjencia de los patriotas; pero habia tambien lucha de intereses.

La emulación de ciertos magnates entraba para mucho entre las causas de la discordancia. La aristocracia inquieta i ambiciosa que habia encabezado la revolución, debia producir necesariamente todas esas querellas, todas esas incómodas competencias. Para comprender el movimiento de los partidos, es preciso tomar en cuenta ese choque de pretensiones al mismo tiempo que la disconformidad de las opiniones.

VIII.

Una intentona desgraciada de los realistas proporcionó a los exaltados una coyuntura para comprometer la revolución, haciendo dificultoso todo avenimiento con los partidarios de España.

Hasta entonces el bando del rei i el bando de la patria habian mutuamente combatido de palabra i por escrito; pero entre ellos no habia ni

persecuciones ni sangre. Fueron los exaltados los que derramaron la primera sangre en la lucha, i los que comenzaron las persecuciones.

El 1.° de abril de 1811, el coronel don Tomás Figueroa se puso al frente de una parte de la guarnición para derrocar las autoridades nacionales. El motín fué sofocado.

Rozas i sus amigos se aprovecharon de esta ocasión para aterrar a los realistas por la enerjía de su actitud. El mismo Rozas salió en persona a la pesquisa de Figueroa, le aprehendió por su propia mano, i le condujo a la cárcel. En seguida, autorizado por la junta gubernativa, le hizo juzgar por una comisión estraordinaria, condenar a muerte i ejecutar en el término de unas cuantas horas.

Todos los sospechosos, sin consideración a su rango, fueron asegurados, i algunos confinados poco despues a distintos lugares del reino. La real audiencia, que hasta aquel dia habia sido respetada, fué acusada de complicidad en el motín, e inmediatamente disuelta.

Los moderados, aunque en el fondo de su alma no simpatizaban con la mayor parte de estos rigores, sin embargo, bajo el imperio del terror que habia producido el motín de Figueroa, no se atrevieron a combatirlos, i guardaron silencio. La enemistad de las dos facciones se acaloró cada vez mas i mas.

IX.

Estaba próximo a reunirse un congreso jeneral de los diputados de todo el reino; i en esta asamblea, se prometian una i otra de dichas facciones hacer prevalecer sus principios.

Esta especie de convención se instaló efectivamente el 4 de julio de 1811. Pero las elecciones habian dado a los moderados una inmensa mayoría; los exaltados solo contaban con trece votos. Todos los esfuerzos de estos últimos para triunfar en las deliberaciones del cuerpo soberano, fueron inútiles. Todas sus cabalas quedaron burladas. El poder se les escapó de entre las manos, i sus contrarios se les sobrepusieron completamente. El congreso nombró una junta gubernativa para la cual ninguno de sus amigos fué elejido.

El temple de Rozas i sus parciales no era para soportar tal desaire con resignación. Aquellos políticos impetuosos no podian conformarse con que todas sus esperanzas se desvaneciesen en un momento. Protestaron, pues, contra todo lo obrado por el congreso, i se pusieron a conspirar. Consiguieron entonces por la fuerza i la audacia lo que no habian logrado por los trámites legales.

El 4 de setiembre de 1811, estalló en la capital un movimiento revolucionario, apoyado por las

tropas i una porción del pueblo, que cambió la situación de los negocios.

El 5 del mismo mes, se verificaba, en combinación con el anterior, otro igual en la ciudad de Concepción.

El congreso fué violado, espulsados ocho de sus miembros, entre los cuales se comprendia Infante, introducidos en su seno dos nuevos diputados a designación de los insurrectos, alterada la organización de la junta gubernativa, i variado su personal; es decir, los exaltados se enseñorearon del mando, i abatieron a los de la faccion opuesta.

X.

Su administración se mostró vigorosa, i la política que adoptaron fué franca i progresista.

Resueltos a continuar la revolución que habia comenzado el 18 de setiembre, buscaron cómo procurarse alianzas en el esterior, i cómo atemorizar o hacer espatriarse a los enemigos del interior. Con esta intención, estrecharon sus relaciones con los revolucionarios arjentinos, acreditaron un ajente cerca del gobierno de Buenos Aires, remitieron a este gobierno pertrechos de guerra, i le prometieron cuantos ausilios pudiesen. Con el mismo objeto, promulgaron un decreto por el cual ponian a los realistas en la alternativa: o de salir

fuera del país, o de decidirse por la causa nacional.

Entre otras reformas que plantaron, dignas de elojio i destinadas a mejorar la condición del pueblo i a favorecer la agricultura o el comercio, se encuentra la mui significativa del establecimiento de un tribunal supremo de justicia. Ante él debian ventilarse i resolverse los recursos estraordinarios que, segun las leyes españolas, no podian entablarse sino en los tribunales de la Península. Este era un paso más dado hacia la proclamación de la independencia, i todos lo entendieron de ese modo.

Como se ve, desde la creación de la junta gubernativa que se instaló el 18 de setiembre, la marcha de la revolución cambia visiblemente. Durante su primera faz, esto es, desde las primeras turbulencias a que dió marjen la administracion del presidente Carrasco hasta la época indicada, es solo un negocio de abogados, un pleito entre la audiencia i el cabildo de Santiago. Pero desde entonces la revolución se hace mas parlamentaria, discute en nombre de los principios de la razón i de la ciencia, en vez de procurarse apoyo en el testo de las leyes. Sus tendencias son menos encubiertas; su conducta es menos hipócrita; sus propósitos son mas confesados. Todavía permanece circunscrita a las altas clases sociales; pero una

parte de la aristocracia se ha fanatizado por ella, i se siente dispuesta a hacerla triunfar a toda costa. Entre Chile i la España, hai sangre derramada. La lucha está comprometida.

CAPITULO III.

Don José Miguel Carrera.—Su familia.—Sn introducción en los negocios públicos.—Sus desavenencias con los exaltados.—Su popularidad.—Movimiento del 15 de noviembre de 1811 promovido por él.—Disolución del congreso.—Lucha de Rozas i Carrera.—Política marcial seguida por don José Miguel Carrera, e impulso vigoroso que imprime a la revolución.—Resistencias que se le oponen i apoyos que le sostienen.—Campaña de 1813.—Destitución de Carrera i causas que la producen.

I.

La dominación de Rozas i su partido duró poco. Necesidades nuevas de la revolución llamaron hombres nuevos al poder. Iba a llegar el tiempo en que la cuestión debia controvertirse, no en los congresos a fuerza de argumentos, sino a balazos en los campos de batalla. Era urjentísimo que las masas la comprendiesen, i se acalorasen por ella, porque pronto iban a necesitarse soldados, que solo de la turba podian salir.

Rozas i sus amigos comprendian como teóricos

la revolución; pero en su calidad de togados i de hombres de gabinete, eran poco aptos para entusiasmar al pueblo, para levantar ejércitos, para defender el país de la invasión que desde el Perú amenazaba a los insurjentes chilenos. Debian ceder el puesto a otros que por su profesión i por su jenio fuesen mas capaces de llevar a cabo todas esas cosas.

Por el impulso de los acontecimientos, al período parlamentario, habia de suceder el período militar; los oficiales habian de remplazar a los políticos; don José Miguel Carrera a don Juan Martínez de Rozas. Los exaltados no habian descuidado enteramente la defensa del reino; habian principiado a acopiar armas; habian organizado algunos batallones; pero nada de eso habian hecho con la actividad i la dedicación que las circunstancias hacian indispensables. Su gloria era haber contribuido a hacer prosperar la revolución en el interior de Chile; mas, como digo, no eran aparentes para protejerla contra los ataques esteriores.

Apartados los obstáculos que aquí mismo, dentro de la tierra, le oponían las preocupaciones, el espíritu rancio i los intereses existentes que ella iba a perjudicar, quedaban todavía por desbaratar los esfuerzos que para sofocarla habia de intentar el virrei de Lima Abascal, o cualquiera otro que estuviese en su lugar. Esa obra difícil exijía,

no un literato como Rozas, que solo conocia la guerra por los libros, sino un militar de audacia i de intelijencia, que supiera continuar el sistema de tan hábil estadista, i conducir las tropas al combate.

Afortunadamente ese hombre no faltó.

Llamábase José Miguel Carrera.

Sus talentos, su carácter, su educación, sus antecedentes, la posición de su padre i de sus hermanos, todo, calidades personales i relaciones sociales, le destinaban a ocupar un alto puesto entre sus conciudadanos. Una grande ambición de fama i de poder le estimulaba a la acción, i le impedia desperdiciar en la indolencia esas ventajas con que le favoreciera la fortuna. Naturalmente altanero, i exijiendo de los demas una entera deferencia por la mucha estimación que de sí mismo tenia, era al propio tiempo insinuante, afectuoso i cordial. Acariciaba con sus palabras, i se ganaba las voluntades con su cortesanía. Se hacía perdonar su orgullo a fuerza de amabilidad. Esa mezcla graciosa de importancia i de franqueza le granjeaba el cariño de los que se le acercaban.

Su injenio era pronto i agudo. Su instrucción habia sido poco esmerada; i sin embargo, su *Diario*, escrito dia a dia en medio de los azares de la campaña, i de las intrigas de la política, deja apreciar cuánta era la rapidez i facilidad de sus concepciones.

Inclinado a la ostentación i al fausto, lujoso en sus vestidos, de bella presencia, de maneras elegantes, de una conversación chistosa i llena de donaire, reunia a los atractivos del alma los atractivos del cuerpo.

Sus defectos estaban compensados por grandes cualidades.

Tenia muchas de las dotes que se exijen en un jefe de partido. Era pródigo de su dinero, arrojado hasta la temeridad, incontrastable en los reveses, jeneroso con los vencidos.

En cambio, su índole impetuosa le quitaba en ocasiones toda prudencia, i le hacía confiar demasiado en la bondad de su estrella.

II.

Carrera habia pasado en España los primeros años de su juventud, batallando contra los franceses. Habia asistido a ocho funciones notables de esa guerra encarnizada. Habia recibido una herida; i se habia retirado con el grado de sarjento mayor en los húsares de Galicia.

No habia llegado a Chile de vuelta de sus campañas europeas, sino el 25 de julio de 1811, cuando la revolución estaba ya mui avanzada.

Su familia era una de las mas relacionadas, i una de las que gozaban en el reino de mayor con-

sideración. En el momento de su arribo sobre todo, ocupaba una posición brillante.

Su padre, don Ignacio de la Carrera, era un buen caballero, de ideas poco atrevidas, de ánimo poco arrebatado, a quien la suavidad de los modales hacía estimar jeneralmente. Habia sido vocal de la primera junta gubernativa, i candidato del cabildo de Santiago en oposición a don Juan Martínez de Rozas, caso que, como se habia dicho, éste hubiera pretendido restablecer la presidencia en su provecho. A pesar de la superioridad incontestable de Rozas, don Ignacio de la Carrera, mas popular, mas apegado a las opiniones dominantes, habria triunfado, si la lucha se hubiera comprometido, i si se hubiera resuelto en el terreno de la lei. Esto da la medida de su crédito.

Tenia una hija, doña Javiera, señora de salón, que daba el tono en la sociedad de Santiago. Hermana de don José Miguel, no solo por la sangre, sino tambien por el jenio, aunaba a las gracias de la mujer una arrogancia i una decisión verdaderamente varoniles. Ya desde entonces preludiaba a la influencia que la elevación de sus parientes debia adquirirle poco después.

La familia se componia además de otros dos miembros, don Juan José i don Luis.

Don Juan José era el primojénito por la edad; pero estaba mui distante de ser el primero de sus hermanos por las dotes del espíritu. Parecia que

lo que faltaba al desenvolvimiento de su inteligencia se habia compensado por el estraordinario desarrollo de sus fuerzas corporales. Tenia la contestura i el vigor de un atleta, i hacía pruebas que los hércules le habrían admirado. Sujetaba un carruaje tirado por una robusta mula, tomándolo de la trasera con la mano, i levantaba en el aire con los dedos una media docena de fusiles, agarrándolos por las puntas de las bayonetas. Pero sus fuerzas i su valor eran las únicas calidades que podian estimarse en él. Era pretencioso sin talento, puntilloso hasta el estremo; tenia vanidad i tenia envidia. Cualquier hombre algo diestro, picándole sus malas pasiones, podia convertirle en instrumento, i hacerle obrar contra su propia conveniencia.

En la época a que me refiero, era sarjento mayor del batallón de granaderos, residente en Santiago, i ejercia mucho prestijio sobre aquella tropa, que disciplinaba en persona, i a la cual imponia respeto su arrogante apostura.

Don Luis, el menor de todos, comenzaba apenas a vivir, puede decirse. Era, sin embargo, capitán en la compañía de artillería, i se manifestaba ya tal cual habia de ser durante todo el curso de su corta existencia, mozo alegre, bravo militar camarada leal.

Una parentela, como la que acabo de describir, ofrecia a un joven vivo i audaz muchos de los

elementos precisos para satisfacer las aspiraciones de una noble ambición.

III.

Don José Miguel desembarcó en Chile completamente ignorante de la situación de la política, i sin ningún proyecto fijo.

La noche de su llegada a Santiago, después de haber recibido la bienvenida de su familia, i de haber correspondido a sus cariños, se retiró con don Juan José a descansar en la misma pieza.

Los dos hermanos no durmieron.

Don Juan José se puso a enterar a don José Miguel del estado de las cosas públicas, i le confió que los parciales de Rozas le habian apalabrado a él i a don Luis para intentar un golpe de mano contra el congreso, i que se habian comprometido a ejecutarlo.

Don José Miguel, por la narración truncada de su hermano, alcanzó a adivinar algo de lo que habia en efecto; conoció que un gran partido tomaba a los Carrera por instrumentos para la realización de un acto peligroso; i comprendió que las circunstancias, aprovechadas como convenia, podian darle en los asuntos de su patria esa posición que venía con ánimos de conquistarse. Tenia que regresar en el término de tres dias a Valparaíso; i no podía, por consiguiente, recojer los

datos que necesitaba para arreglar su conducta; pero rogó a don Juan José que difiriese el cumplimiento del proyecto, i le arrancó la promesa de que hasta su vuelta nada haria.

El 10 o 12 de agosto, regresó a Santiago; i el 4 de setiembre, capitaneaba la asonada que entregaba el reino al imperio de los exaltados.

Plan i ejecución, todo habia sido suyo. Habíanle bastado veinte dias para ponerse al cabo de la política, para ganarse la confianza de los jefes de oposición, para hacérseles necesario, para acaudillar con éxito completo un movimiento revolucionario. En ese corto espacio, que quizá a otros apenas les habría sido suficiente para reponerse de las fatigas de una larga peregrinación, habia calado las intenciones de los mas encumbrados próceres del país, i penetrado la situación de las cosas; habia calculado todas las ventajas que tenia sobre ellos, habia puesto en juego los medios de influencia que le ofrecian sus calidades personales i el auje de su familia, i los resultados habian justificado todas sus previsiones.

Esa viveza de concepción, esa enerjía de voluntad, deberian haber alarmado a los hombres de estado que le habian dado injerencia en la política militante, tomándole por un joven osado, pero incapaz de hacerles sombra.

Nada de eso sucedió.

Repartiéronse los empleos i los cargos de go-

bierno. Unos fueron miembros del ejecutivo, otros diputados al congreso, éstos vocales del tribunal supremo de justicia, aquellos recibieron grados i mandos en el ejército que comenzaron a levantar. Mientras tanto, no se acordaron para nada de don José Miguel Carrera, que, el 4 de setiembre, habia sido el brazo derecho de ellos.

En vez de ofrecerle alguna colocación en recompensa de sus servicios, hicieron como ostentación de su indiferencia para con él. Dieron oficialmente las gracias a todos los jefes militares que habian intervenido en el movimiento; se las dieron aun a los jefes de la guarnición que lo habian apoyado con su prescindencia; i no hicieron otro tanto con Carrera, que habia sido el principal caudillo, sino en último lugar i despues de varios dias, cuando el agravio habia sido bien sentido. Quisieron tratarle como a un ajente secundario, que hubieran tenido a su sueldo, i todavía mas, como a un subalterno cuyas pretensiones exajeradas e injustificables convenia rebajar. Como el joven mayor de húsares no habia ocultado su disgusto al ver que se le hacía a un lado como instrumento inservible despues de acertado el golpe, los que se creian sus patronos habian tenido mui a mal esa soberbia que reputaban exajerada, i completamente injustificada.

IV.

Esta apreciación equivocada de la importancia de Carrera fué una falta mui grave en los exaltados; una torpeza de que bien pronto tuvieron que arrepentirse. El triunfo decisivo alcanzado sobre antiguos rivales, a quienes epreciaban tanto mas, cuanto habian esperimentado durante algunos meses lo que valian, los enorgulleció demasiado, i los sumerjió en una seguridad imprudente acerca de la estabilidad de su buena fortuna.

Habian derrocado al venerable Ovalle, al ríjido Infante, al cabildo de Santiago, a la mayoría del congreso; se habian enseñoreado de todos los altos puestos del gobierno; Rozas, su caudillo, habia insurreccionado en su favor la ciudad de Concepción i las tropas de la frontera; ¿cómo habian de temer a un recien llegado, casi imberbe, todavía sin relaciones personales, que no tenia mas títulos que su audacia i una buena hoja de servicios en la guerra de España?

El humo del incienso que siempre rodea a los victoriosos les ofuscaba la vista, i no les permitia ver claro.

El prestijio de Carrera se aumentaba, sin embargo, por horas. Su arrojo desplegado el 4 de setiembre, la colocación en primera línea que habia tomado entre los actores de esa jornada, la

felicidad que habia coronado su intentona, le habian granjeado en un dia la reputación i el aura popular que otros se conquistan en años.

Su numerosa parentela le acariciaba como al orgullo de su nombre.

La plebe admiraba en él al oficial de aire marcial, de mirada atrevida, de gallarda apostura, que el dia del movimiento habia recorrido las calles al galope de su caballo, dirijiéndolo todo, sin atolondrarse por nada.

La tropa, donde sus hermanos dominaban de antemano, le acataba como a un valiente que habia combatido en las guerras europeas. El, por su parte, no se descuidaba en atraerse a los soldados, cuyos cuarteles visitabá con frecuencia.

Los jóvenes le tomaban por modelo.

Los realistas abatidos se lo figuraban en medio de sus aflicciones talvez como un salvador. ¿Por qué ese mayor de los húsares de Galicia, que habia esgrimido en la Península su sable contra los enemigos de Fernando, no se habia de hacer una gloria de conservar a ese monarca desgraciado este reino de Chile, que díscolos mal intencionados pretendian arrebatarle?

Ese militar a la moda habia llegado a ser la esperanza de los bandos mas opuestos, la novedad del momento, el objeto de todas las miradas, el tema de todos los discursos.

Don José Miguel no desperdició la coyun-

tura dejando pasar con la indecisión el tiempo, i esa boga que, si no la alimentaba con nuevos hechos, podia ser tan rápida en nacer, como en apagarse. Se aprovechó de la situación con talento, i lleno de confianza en sí mismo, obró con esa temeridad que debia llevarle a la cumbre del poder, i mas tarde al patíbulo. Supo fomentar contra los exaltados el descontento que siempre acompaña a la elevación improvisada de un partido, sobre todo en las épocas revolucionarias; logró que todas las facciones decaídas se lisonjeasen con que el triunfo de aquel joven recien venido sería suyo, i consiguió que todas ellas lo pidiesen al cielo; se hizo el ídolo de los soldados, i sin tener los despachos, llegó a ser el jeneral en jefe de la guarnición de Santiago.

Cuando se colocó en esa posición, de la noche a la mañana, el 15 de noviembre de 1811, insurreccionó las tropas; bajo el amparo de sus cañones i de sus fusiles, reunió una poblada numerosa de todos los colores políticos, patriotas i realistas, i por su medio comunicó e impuso a los gobernantes sus condiciones. El joven recien venido se encumbró sobre los viejos políticos del país.

Carrera, no obstante sus resentimientos, simpatizaba hasta cierto punto con los exaltados; participaba de sus convicciones; estimaba la alta capacidad de algunos de ellos, i conocia demasiado los muchos recursos con que contaban. Don Juan

Martínez de Rozas imperaba en la provincia de Concepción, i tenia bajo sus órdenes un ejército.

Su interés personal i el de su causa aconsejaban a don José Miguel que transijiese con los exaltados mas bien que intentar el soterrarlos. La lucha era peligrosa; i cualquiera que fuese el resultado, debia aprovechar a los enemigos de la revolución.

Ensayó, pues, dividir el mando con los mismos a quienes se lo habia arrebatado. Dejó intacto el congreso, donde estos dominaban, i cambió solo la junta ejecutiva, organizada el 4 de setiembre, por otra de tres individuos. En esa junta, se reservó un puesto, i dió los otros dos al doctor Rozas i a don Gaspar Marín, el primero jefe reconocido, i el segundo una notabilidad de los exaltados.

Como calculaba mui bien que el porvenir de la revolución era la guerra, i que en adelante el ejército daria la supremacía, procuró asegurárselo, entregando a su hermano don Juan José la comandancia del batallón de granaderos, i a su hermano don Luis la brigada de artillería.

Para dar una prueba de su fidelidad a la causa patriótica, mandó salir sin tardanza del país a todos aquellos realistas a quienes su anterior reserva habia envalentonado, haciéndoles concebir esperanzas en su protección. Al propio tiempo, hizo que se cumpliesen estrictamente cuantos bandos se habian dictado contra los adversarios del sistema nacional.

Pero todos sus conatos de reconciliación fueron inútiles; todos sus actós de franqueza i de compromiso en favor de la revolucion fueron desatendidos.

Los exaltados no podian perdonarle su derrota. Así desecharon con terquedad todas las propuestas que les hizo. Ninguna combinación en que tuviese parte el que los habia derribado, les parecia admisible. Estaban arruinados, i todavía no creian en su vencimiento. ¿Cómo habia de superarlos un joven, que para ellos era solo un aventurero? Su elevación no podia ser sino una de esas peripecias políticas que asustan por su repentina e inesperada aparición, i que se concluyen en un momento, talvez sin dejar recuerdo. Rozas estaba en el sur; Rozas disponia de un ejército i de la provincia de Concepción; él vendria a poner las cosas en orden, i a castigar al insolente que las habia desarreglado.

Carrera, por su parte, no era hombre que aguantase negativas, ni que rogase por largo tiempo. Convencido de que toda transacción era imposible, resolvió tratarlos como enemigos, ya que no querian ser tratados como amigos.

El 2 de diciembre de 1811, a la voz de los Carreras, las tropas salieron de sus cuarteles, i fueron a acamparse en la plaza principal. En seguida, don José Miguel notificó al congreso que estaba disuelto. No podia gobernar con un cuerpo que era el

centro de la oposición a su persona. Los diputados principiaron por protestar con sus palabras; pero concluyeron por obedecer.

A los pocos dias, la junta ejecutiva fué modificada. Compúsose, como antes, de tres individuos; pero esta vez don José Miguel cuidó de no asociarse colegas que tuvieran un pensamiento propio i una voluntad firme como Rozas i Marín. Aunque en la forma fuese un triunvirato, puede decirse que el gobierno era él solo. Sin embargo, en esa época solo contaba veinte i seis años.

V.

La mitad del reino se sometió al imperio de Carrera sin resistencia; pero el sur, bajo la influencia de Rozas, tomó las armas, i se declaró vengador de ese congreso que la guarnición de la capital habia disuelto.

Comenzó entonces una lucha cuyo resultado era difícil de prever. El caudillo de Santiago i el caudillo de Concepción eran dignos competidores. Ambos eran categorías de primer orden, i ambos disponian de fuerzas que poco mas o menos se equilibraban.

Don José Miguel empleó contra su rival la diplomacia i la guerra. Envió a Concepción ajentes que procuraran arreglar sus diferencias con Ro-

zas, i tropas que atajasen sus progresos. Todo aquello fué una mezcla de negociaciones i de maniobras militares. Hubo mas intrigas, que batallas; mas cálculos de gabinete, que combates cuerpo a cuerpo.

En esta contienda de astucias, Carrera, ese joven húsar de que los exaltados no habian querido hacer mas que un mero capitán de motines, venció completamente al doctor don Juan Martínez de Rozas, el consumado estadista, el hábil político, que habia encanecido en la dirección de los negocios de la colonia.

Después de muchas alternativas, de propuestas desechadas, de réplicas i de contestaciones, obtuvo del jefe de los sublevados del sur que consintiera en una especie de tregua; las hostilidades debian suspenderse; el uno debia retirar sus tropas a Santiago, el otro a Concepción; mas tarde decidirian su contienda; en aquel momento era de temer que los realistas se les sobrepusiesen aprovechándose de sus disidencias.

Este convenio fué la pérdida de Rozas. Carrera no remitió a Concepción las cantidades que se enviaban de la capital para el ajuste de la guarnición de la frontera. Rozas no tuvo cómo pagarla. La tropa se disgustó con esto, i prestó oídos a las insinuaciones de don José Miguel. Como era natural, el descontento se convirtió en una insurrección abierta i declarada. Rozas i sus mas adictos

partidarios fueron aprehendidos, i despachados a Santiago bajo custodia.

Todo el reino, desde las márjenes del Biobio hasta el desierto de Atacama, reconoció la autoridad del audaz i feliz Carrera.

VI.

El vencedor apreciaba demasiado los talentos i la influencia de su respetable adversario para que estimara prudente su permanencia en el país, aun cuando estuviera aprisionado. Al cabo de algún tiempo, Rozas, recibió orden de pasar a Mendoza. Se creia necesario para la tranquilidad del estado que las cordilleras estuviesen entre él i Chile.

Cuando se encaminaba al destierro, el ilustre proscrito se detuvo para descansar en la villa de los Andes. Vivia en aquella población un hombre que, como él, habia estado empleado en la administración del presidente Carrasco, i cuyo destino era figurar todavía mucho mas en la historia de su patria. Don Juan Francisco Meneses (era ese su nombre) fué a saludar a Rozas, de quien era amigo. Los dos se pusieron a hablar sobre la marcha de la revolución, sobre los hombres i las cosas del tiempo. Rozas, como se concibe, estaba despechado. Habia servido la causa de la nación; habia trabajado por ella como el mejor; tenia ambición, i se sentia con fuerzas para trabajar totodavía mas;

sin embargo, era suplantado i recibia por premio el destierro. En tales circunstancias, su afecto al rival que le habia derribado no debia ser mui entrañable. A pesar de eso, juzgando la situación con la frialdad del hombre de estado, dijo a su amigo que todas las esperanzas de la revolución se cifraban en los Carreras, sobre todo en don José Miguel.

Esas palabras del profundo i perspicaz Rozas espresaban la verdad: don José Miguel Carrera representaba la esperanza del sistema, como entonces se decía. Ese joven militar personificaba al ejército; traia por principal objeto de su política la guerra; tenia por misión armar la revolución.

Era esa la necesidad que él antes que los otros habia sabido estimar en todo su valor.

La gran cuestión de la época era la independencia, condición de todos los progresos futuros. Todos los antecesores de Carrera la habian considerado como jurisconsultos, como políticos, como diplomáticos. Todos ellos habian pensado cómo escudar sus proyectos con las leyes españolas, cómo organizar junta gubernativas, cómo elejir congresos, cómo promover ciertas reformas políticas i sociales. El armamento del pueblo, los preparativos de guerra contra los defensores de la España, habian sido para ellos cosas secundarias.

La idea de un ataque esterior o de una insurrección interior eran riesgos que les habian parecido remotos.

Apénas si la intentona de Figueroa habia por un momento despertado sus temores sobre este punto.

Carrera, a diferencia de ellos, trató de dirijir la revolución como militar. Vió donde estaba el peligro, i buscó los medios de evitarlo. La invasión del reino por las tropas realistas del Perú fué su mayor zozobra, el objeto de todas sus previsiones.

Esta actitud marcial le hizo dar un empuje mas vigoroso a la marcha de la política. Mientras todo se habia reducido a litijios i discusiones, la conducta de los revolucionarios habia sido para la mayor parte ambigua, poco decisiva, casi enteramente legal. Si los delegados del monarca los hubieran juzgado por la significación esterna de sus actos, i no por sus intenciones, todos habrian sido absueltos.

Pero cuando Carrera principió a armar a la nación i a prepararla para el combate, las reservas, las transacciones, los subterfujios fueron imposibles. Una resistencia a mano armada contra los ajentes de la corte era ya un compromiso serio, que dejaba poco lugar a las disculpas.

Ese es el mérito de don José Miguel: haber comprometido la revolución, haberle quitado mucho de la hipocresía con que comenzó, haberla armado, como yo decia arriba. Bajo su gobierno, la decisión remplazó a la prudencia.

Por su mandato, se reclutaron soldados, se for-

maron batallones, se activó la disciplina de los que ya estaban organizados, se fabricaron armas, se aprontaron pertrechos i municiones. Con grande escándalo de la jente devota, se convirtieron en cuarteles dos conventos, el de la Recoleta Domínica i el de San Diego; i con mucho horror de los realistas i de las personas timoratas, se cambiaron los colores de la cucarda española por otros que se adoptaron como nacionales, lo que casi equivalia a la proclamación formal de la independencia. Fundóse una imprenta, i estableciose por primera vez en Chile un periódico. Fomentóse de todos modos en las masas el entusiasmo por la *Patria*, i el odio contra la metrópoli.

VII.

El sistema de Carrera encontraba, sin embargo, grandes resistencias, i el joven gobernante necesitaba para sostenerse de toda su habilidad.

Su enerjía exasperaba a los realistas, i asustaba al numeroso bando de los tímidos i pacatos.

Su triunfo importaba la supremacía de la jente de guerra, i el predominio de la familia de los Carreras sobre las otras grandes familias del reino. Esos eran dos crímenes enormes, que no le perdonaban ni los togados, ni los aristócratas. Para reconquistar su imperio perdido, unos i otros fra-

guaban con tenacidad la caída del caudillo militar que los habia suplantado.

El clero, aun la parte que habia abrazado las nuevas ideas, le era hostil. No podia tolerarle la conversión de los conventos en cuarteles, i su estrecha amistad con el cónsul de los Estados Unidos Mr. Joel Robert Poinsett, que no se manifestaba mui católico. Don José Miguel habia promulgado una constitución provisional; i en el artículo relativo a la relijión del estado, se la llamaba solo *católica* i *apostólica*, suprimiéndose el epíteto de *romana*. Esta supresión, atribuida al cónsul, habia despertado contra el gobierno todos los escrúpulos relijiosos del país.

Para remate, Carrera hallaba obstáculos en su propia familia. Su padre era un anciano débil, a quien espantaba la política impetuosa i demasiado revolucionaria de su hijo. Su hermano don Juan José le tenia envidia. No sobrellevaba con paciencia una superioridad tan abrumadora. En mas de una ocasión, fué juguete de los enemigos de su familia, i apoyó las intrigas que se tramaban contra don José Miguel.

A pesar de tantas contrariedades, éste se sostuvo en el mando. Fué tan hábil para conservar el poder, como audaz habia sido para escalarlo. Sofocó cuatro o seis conspiraciones, i supo conjurar todos los peligros.

Tenia contra el clero i contra los aristócratas,

contra los realistas i contra los prudentes, desde luego su arrojo i su jenio, i en seguida dos ausiliares mui poderosos, el ejército i el pueblo; designo con este último nombre la juventud i la plebe.

Los soldados le idolatraban; él atendia a sus necesidades i les daba importancia. Visitaba los cuarteles; velaba por el bienestar de los subalternos; trataba a los oficiales con benevolencia i cordialidad. En aquel momento, no habia ninguna fama militar que alcanzara a hacerle sombra, ni a contrabalancear su prestijio. La tropa era decididamente suya.

La turba i la juventud le pertenecian también. Ejercia sobre ambas esa fascinación que es propia de las naturalezas enérjicas i calorosas.

Hasta él, ningún gobernante se habia puesto en contacto con la multitud. La ajitación habia quedado estancada en las altas clases sociales. La revolución no habia descendido al pueblo. Fué Carrera quien la popularizó, quien inició a las masas en la cuestión que se debatia, quien las entusiasmó por la causa de la nación, i quien, como era natural, se ganó su afecto.

Esas asonadas que encabezó en provecho de su sistema i de su ambición, trasladaron las discusiones políticas del recinto de la cámara i de la sala capitular a las calles i a la plaza pública. Desde entonces, el pueblo comenzó a injerirse en los negocios de estado. Don José Miguel Carrera, el je-

fe de los movimientos revolucionarios, el hacedor de gobiernos, fué su héroe. La viveza de su jenio, la fertilidad de sus recursos, la temeraria arrogancia de su carácter, la prontitud de su elevación, impresionaron las imajinaciones populares. Creyeron que Carrera estaba destinado para el mando, que talvez nadie podria derribarle, i que, si por acaso llegaba eso a suceder, de la noche a la mañana, tramaria conspiraciones que le restituirian el gobierno. Su reputación de revolucionario llegó a ser colosal, casi fabulosa. Por ese abuso de jeneralización tan común en las masas, dedujeron que siempre triunfaria, porque habia triunfado tres veces. Así pudo contar con la multitud casi tanto como con el ejército.

VIII.

Si he logrado hacerme comprender, se habrá percibido sin trabajo el aspecto que tomó la revolución bajo la influencia de Carrera.

Como lo he dicho, su primera faz fué un pleito tramitado por abogados, la segunda, una discusión política i parlamentaria; la tercera, la preparación para una guerra inminente, que muchos ponian en duda, pero que la vista penetrante de don José Miguel columbraba en el porvenir.

Durante los dos primeros períodos, la aristocracia sola interviene en el movimiento; durante el

tercero, la ajitación se jeneraliza, i la turba se acalora a su vez por la causa de la patria.

Bajo el mando de Carrera, la marcha de los gobernantes es mas firme i menos solapada; es él quien decreta el cambio de la escarapela española.

IX.

Tal era el estado de las cosas, cuando el 31 de marzo de 1813, a las seis de la tarde, llegó apresuradamente de Concepción a Santiago un correo con la noticia de que en la tarde del dia 26 habia anclado en el puerto de San Vicente una espedición realista, capitaneada por el brigadier don Antonio Pareja.

La alarma de los habitantes de la capital fué grande; mayor todavia su entusiasmo. Todos los patriotas olvidaron sus resentimientos políticos para entregarse solo a su odio contra la metrópoli. Todos en aquel momento hicieron justicia a Carrera, confesando que sus aprestos militares no habian tenido únicamente por objeto apoyar su ambición. Don José Miguel fué nombrado por unanimidad jeneral en jefe.

Aquella misma noche hizo éste declarar la guerra al son de la retreta, amenazar con la muerte a los que tratasen de estorbarla, plantar en la plaza una horca, como señal de que la amenaza no

sería vana, convocar a todas las milicias del país, i formar lista de los realistas mas pronunciados para decretar su espatriación.

A las seis de la tarde del siguiente dia, partió para el sur con el cónsul de los Estados Unidos, el capitán don Diego José Benavente i una escolta de catorce húsares.

A las 9 de la mãñana del 2 de abril, supo en el camino que Pareja habia desembarcado, i se habia apoderado de Concepción. Carrera continuó su marcha.

Por donde quiera que pasaba, organizaba tropas, buscaba pertrechos i víveres; i por medio de confinaciones, limpiaba la tierra de *sarracenos*, como entonces se denominaba a los partidarios de España.

A las 8 de la noche del 5, estaba en Talca, i establecia allí su cuartel jeneral.

El 24, el ejército enemigo avanzó hasta Linares.

El 29, estaba acampado en Yerbas Buenas, a siete leguas del rio Maule; pero al amanecer de ese mismo dia, fué sorprendido en ese sitio por una corta división patriota, i habria sido completamente destrozado, si la luz del alba no hubiera venido en su ausilio. La campaña se abria con una victoria; era un buen agüero.

No obstante este descalabro, Pareja, el 30 de abril, estaba a las orillas del Maule, e intentaba

atravesarlo; pero su tropa desalentada rehusó seguirle.

El 10 de mayo, tuvo que emprender la retirada.

El 15, Carrera alcanzó su retaguardia en la villa de San Carlos, i se batió con ella.

Los realistas continuaron con trabajo la retirada, i fueron a encerrarse en Chillán, bajo el mando de don Juan Francisco Sánchez, que los capitaneaba en remplazo de Pareja, a quien la fiebre i el pesar tenian moribundo.

El 25, los insurjentes recobraron a Concepción, i el 29, a Talcahuano.

Los realistas que por un instante se habian posesionado de la mitad del reino, quedaban reducidos al estrecho recinto de una ciudad. Carrera, primero por su previsión, i luego por su actividad, habia salvado el estado. Si él no lo hubiera estorbado con sus acertadas providencias, los españoles podian haber llegado sin disparar un tiro hasta la plaza de Santiago.

Impaciente por esterminar las reliquias del ejército real, antes que le enviasen socorros del Perú, sitió el 8 de julio a Chillán, último asilo de ellas, i único punto de la provincia de Concepción donde tremolaba la bandera de Castílla. Pero todo su empeño i todo su coraje se estrellaron en vano contra aquellas murallas. Sus soldados sabian combatir contra hombres; mas no contra los elementos.

Los realistas se defendieron heroicamente; eran chilenos; pero tarde o temprano habrian sucumbido, si no hubiera venido en su ayuda ese terrible invierno de 1813, que sepultó en las estepas de la Rusia el mayor ejército de Napoleón el grande. Mientras ellos peleaban sobre un suelo enjuto, mientras tenian techos donde guarecerse, abrigos contra el viento, amparo contra la lluvia, los patriotas marchaban con el barro hasta las rodillas, el huracán arrebataba sus tiendas, la tempestad los hostigaba sin tregua ni descanso. La putrefaccion de los cadáveres de amigos i enemigos, enterrados por rimeros en su campo, infestaba el aire, i envenenaba sus pulmones. La falta de forraje i el rigor del tiempo habian aniquilado hasta tal estremo las cabalgaduras, que era mas cómodo caminar a pié antes que sobre aquellas bestias estenuadas.

Para colmo de desgracia, una bala lanzada por las baterías de Chillán cayó sobre el principal depósito de municiones, i las incendió todas, causando entre los soldados de la patria estragos espantosos.

Sin víveres para alimentarse, sin cartuchos para combatir, sin medios de movilidad, la continuación del sitio era humanamente imposible. El 7 de agosto, don José Miguel Carrera dió la señal de la partida a los restos gloriosos de su brillante ejército que la muerte i la deserción habian dejado a su lado.

Los realistas se movieron para perseguirlos, e intimaron la rendición a esa tropa en retirada, que apenas llevaba tiros en las cartucheras. La contestación de Carrera fué una bravata dictada por la desesperación, i una salva de 21 cañonazos con que saludó a la bandera de Chile en torno de la cual se agrupaban sus compañeros resueltos a vender caras las vidas, aunque fuese resistiendo cuerpo a cuerpo, ya que las balas les faltaban.

Los españoles los dejaron partir.

X.

Este descalabro importaba la ruina del jeneral Carrera. Durante su ausencia, sus adversarios políticos se habian rehecho en la capital, i ejercian grande influencia en el gobierno. Si algo diferia la caída de don José Miguel, era el prestijio de la victoria. Un revés como aquel iba a precipitarla, i a suministrar a sus émulos la coyuntura que atisbaban.

La gran popularidad de Carrera se habia momentáneamente menoscabado. En Chile, puede decirse, no se conocia la guerra sino de oídas. Por primera vez, esperimentaban sus habitantes los males que ocasiona. Las familias tenian muchas desgracias que llorar. Habian ocurrido enemistades, destierros, muertes. Las propiedades habian sido taladas por uno i otro ejército. Se habian co-

brado contribuciones forzosas para subvenir a los gastos ordinarios del tesoro. Todo esto se miraba, no como una consecuencia precisa de la guerra, sino como una culpa del jeneral que la habia declarado, i que la dirijia.

Los hombres pacatos de la época se asustaban de la magnitud de los desembolsos que ella orijinaba, ponian el grito en los cielos por el destrozo de sus haciendas, se horrorizaban por el número de vidas que costaba la lucha. Para muchos, don José Miguel era el responsable de todos estos desastres.

Parece que aquellos inespertos vecinos se figuraban que las montoneras, las marchas i contramarchas, las batallas no son mas que simples paseos i correrias que no dejan rastros. Pretendian que la guerra se hiciera sin persecuciones, sin gastos, sin muertes. Querian que se pelease sin que nadie derramase lágrimas; que las mieses crecieran bajo las patas de los caballos. Como esa bella ilusión de niños era irrealizable, Carrera cargaba con la odiosidad de todos aquellos que la veian desvanecida.

Bajo el predominio de este sentimiento, se renovaban todas las viejas acusaciones que se habian levantado contra él. Se gritaba contra su ambición, contra su encumbramiento debido a las bayonetas, contra su fanatismo revolucionario que comprometia las cosas demasiado, contra la pre-

ponderancia de su familia sobre todas las demás, contra su induljencia interesada para con los soldados, de quienes, segun se vociferaba, lo sufria todo a fin de que le sostuvieran.

Estos murmullos impresionaron hasta a los miembros de la junta que gobernaba el país. El remplazo de Carrera habria sido el cumplimiento de su voto mas querido; pero les parecia demasiado arriesgado el intento de arrebatar un jeneral victorioso a un ejército que habia formado, i que le adoraba.

El mal éxito del sitio de Chillán fué lo que envalentonó a todos los adversarios de don José Miguel. Los exaltados, que nunca le habian perdonado su derrota, se aprovecharon de esta circunstancia para acabar de perderle, i para infundir a la junta gubernativa alientos en contra de él. En virtud de sus cabalas, la destitución de Carrera fué convenida i definitivamente acordada. Pero, ¿por quién remplazarle? Si resistia, ¿cómo forzarle a obedecer, cuando él se encontraba al frente de tropas adictas, i ellos no las tenian?

Resolvieron entonces debilitar disimuladamente el ejército de Carrera, i comenzar a organizar otro distinto en Santiago. Con este objeto, fomentaron por lo bajo la deserción, suspendieron la remisión de recursos a las tropas del sur, i se pusieron a reclutar jente so pretesto de formar una nueva división.

En vano, don José Miguel les pidió una i otra vez los socorros que necesitaba; le entretuvieron con dilaciones, i abandonaron las reliquias del sitio de Chillán a la providencia de Dios i a los desvelos de su jeneral.

Hácia este tiempo, vino a Santiago, de allende la cordillera, un cuerpo de ciento cincuenta cordobeses enviados en nuestro ausilio por el gobierno de BuenosAires. Con este refuerzo, los exaltados cobraron todavía mas ánimos para derribar a su enemigo.

Creyeron aun haber encontrado un sucesor idóneo para don José Miguel en el coronel don Marcos Balcarce, jefe de los ausiliares, i no ocultaron que era su candidato para aquel destino.

Considerándolo todo preparado para dar el golpe, la junta gubernativa se trasladó a Talca con el motivo aparente de activar las operaciones de la campaña; pero en realidad para proceder desde mas cerca al cambio de jeneral.

Carrera tuvo conocimiento de todos estos manejos. Si hubiera querido resistir, lo habría podido. Estaba seguro de sus soldados; sabía que le sostendrian hasta lo último; pero repugnó a su patriotismo hacer de su nombre en tan crítico momento un grito de guerra civil.

Por otra parte, el cansancio se habia apoderado de su ánimo. Las intrigas i el encarnizamiento de sus rivales le tenian fastidiado. No se

sentia dispuesto a disputarles por mas largo tiempo un mando que era menos liviano de lo que ellos se imajinaban.

A estos motivos, se agregaba quizá la presunción secreta de que no tardarian mucho en rogarle, i en volverle a buscar. Como tenia la conciencia de su superioridad, el orgullo le impedia descubrir entre los que le rodeaban un competidor. Mas si estaba decidido a admitir un remplazante, ese remplazante debia ser chileno, i no estranjero. Este es un rasgo que caracteriza a Carrera. Su espíritu de nacionalismo era mui pronunciado i puntilloso; no transijia por nada. Era altanero en lo que se refería a su persona, i altanero en lo que tocaba a su patria.

Hizo entender a los gobernantes que entregaria el ejército a uno de sus camaradas, pero no a un arjentino.

La junta, que debia participar hasta cierto punto de la misma repugnancia, desistió de su primer pensamiento, i buscó entre los oficiales chilenos el individuo que necesitaba. La elección no era difícil. El coronel O'Higgins sobresalia entre sus camaradas, i era el que se habia conquistado mayor prestijio. Si Carrera no mandaba, la dirección de la guerra no podía corresponder a otro. La facción dominante se fijó, pues, definitivamente en este jefe, i su nombramiento quedó acordado.

CAPITULO IV.

Actitud de don Bernardo O'Hggins en la revolución.--Su gran reputación militar.—Es nombrado sucesor de Carrera.--Campaña de 1814.--Convención de Lircai.—Descontento jeneral que este convenio produce en el pueblo.--Entrevista de O'Higgins i Carrera en Talca.—Proscripción de don José Miguel Carrera.—Movimiento de 23 de julio de 1814 capitaneado por éste.—Lucha de O'Higgins i de Carrera.--Nueva invasión de Ossorio.—Reconciliación de O'Higgins i de Carrera.—Batalla de Rancagua.—Emigración a Mendoza.

I.

Don Bernardo O'Higgins, el sucesor que se iba a dar a Carrera, gozaba en aquel momento de una gran reputación de buen militar. Su arrojo i su impetuosidad en el combate le habian hecho conocido en todo el país. Se le hacian muchos elojios; no se le dirijia ninguna crítica. Habia llegado a ese período, que no se repite nunca en la vida de los hombres públicos, en que son bastante grandes para tener aplaudidores, i no lo son demasiado para tener enemigos.

Don Bernardo habia abrazado con calor la revolución desde el principio. Habia seguido a Rozas como fiel discípulo, i apoyado todas sus ideas. Habia representado el partido de la Laja en el congreso de 1811, i habia pertenecido a la minoría de los trece diputados exaltados.

Despues del movimiento operado por Carrera el 15 de noviembre, se erijió, como lo he dicho en otra parte, una junta compuesta del mismo don José Miguel, del doctor Marín i del doctor Rozas. Como este último se hallase ausente en Concepción, Carrera llamó a O'Higgins para que integrase la junta en calidad de suplente.

Don Bernardo se resistió, i costó trabajo que admitiera; pero al fin consintió. Sin embargo, permaneció en el mando con disgusto. Su maestro Rozas i sus antiguos amigos hacian oposición, i el no podia estar contento al lado del hombre que les habia arrebatado el poder. Tomó por pretesto una enfermedad i elevó su renuncia. Se le concedió, en vez de lo que solicitaba, una licencia de tres meses.

Dábase entonces en Santiago por mui próxima la insurrección de la provincia de Concepción, insurrección atizada por don Juan Martínez de Rozas, que reprobaba la marcha del gobierno central. Con la esperanza de evitarla, Carrera, aprovechándose de la separación de O'Higgins, le nombró su ajente al lado de Rozas, a fin de

que se esplicara i arreglara con él. Don Bernardo aceptó el encargo, llegó aun a celebrar una especie de convenio con los opositores de Concepción; mas incidencias que no es del caso referir aquí, anularon las negociaciones, e hicieron estallar el alzamiento del sur, que ocasionó por resultado final el destierro de Rozas que lo habia promovido.

La intervención de O'Higgins en todos estos sucesos fué modesta, su papel secundario, su actitud por lo jeneral no mui decidida. No tuvo iniciativa en nada, ni dirijió cosa alguna. Adicto de corazón a Rozas, fué colega de Carrera en la junta, i su plenipotenciario en Concepción. En toda esa época, ocupó una posición de segunda línea. Tenia un nombre demasiado ilustre i una fortuna demasiado cuantiosa para permanecer ignorado; pero sea cual fuere la causa, durante esa temporada, solo sirvió de satélite a otros astros mas brillantes.

Fué la guerra la que le dió fama e importancia.

Abrió la campaña de 1813 con una guerrilla. Con ella, salió el primero al encuentro de los realistas, i les sorprendió en Linares una avanzada, que hizo prisionera sin que se le escapase un solo hombre. Durante toda esa campaña, siguió comportándose como bravo, i se conquistó la reputación de intrépido oficial.

Cuando hubo dado sus pruebas, nadie puso en duda su coraje, lo que es raro en un campamento,

donde frecuentemente la emulación trata de cobarde al valiente. Siempre se le habia visto arremeter con arrojo al enemigo; siempre los suyos le habian visto por delante i a su frente.

En los vivac, los soldados hacian conversación de las proezas del coronel O'Higgins.

Con nueve veteranos, diez i nueve milicianos, seis oficiales, un pito i un tambor, se habia precipitado en la plaza de los Anjeles, habia penetrado en el fuerte sable en mano, i aprisionado en medio del espanto causado por su repentina aparición al comandante, una compañía de artillería, cuarenta dragones i un batallón de milicias.

El 17 de octubre de 1813, habia combatido como un héroe en la sorpresa del Roble. Al amanecer de ese dia, una división realista habia caído de repente sobre el campamento de los patriotas, que no aguardaban el ataque. La confusión habia sido espantosa, la tropa no atinaba a defenderse. O'Higgins habia conservado una sangre fria admirable; habia desplegado un denuedo estraordinario; i habia logrado que sus compañeros volviesen en sí hasta rechazar i escarmentar a los acometedores.

Carrera, en el parte de esta función de armas, entusiasmado con la valiente comportación de don Bernardo, no habia podido menos de llamarle el *digno*, el *intrépido*, el *benemérito*, el *invicto* O'Higgins, el *primer soldado de Chile*, *capaz de*

resumir en sí solo el mérito de todas las glorias i triunfos del estado.

Tal era el jefe que se daba por sucesor a don José Miguel. Solo era conocido, puede decirse, por sus hazañas guerreras. No era objeto de ningún odio encarnizado, i era de suponer que él tampoco lo abrigase contra nadie. Su elevación no inspiraba ni sobresaltos ni temores. Así, los adversarios de Carrera se dieron prisa para poner a O'Higgins al frente del ejército.

II.

El 27 de noviembre de 1813, se firmó en Talca la separación de don José Miguel Carrera i las de sus hermanos don Luis i don Juan José.

El 1.° de febrero de 1814, Carrera, según las órdenes de la junta, dió a reconocer por jeneral en jefe a don Bernardo O'Higgins; i a los dos dias, le entregó el mando del ejército.

Desde entonces, data la enemistad de esos dos grandes hombres. Carrera estaba resentido por el pago que recibian sus servicios. Naturalmente se hallaba dispuesto a mirar como un insulto personal todas las providencias que tomase su sucesor para variar el réjimen establecido. El caído no aplaude nunca en el primer momento al que se le ha sobrepuesto. El hombre público en desgracia lo ve todo de color sombrío, i se siente

agraviado por pequeñeces, por actos talvez inocentes, a los cuales atribuye una significación hostil que no tienen.

O'Higgins, cuya alma era seca i poco espansiva, no comprendió la situación de ánimo en que debia encontrarse su antiguo jeneral, i no supo guardarle las consideraciones delicadas que las circunstancias reclamaban. En vez de tratarle afectuosamente, como a camarada, se mostró frío, terco quizá. Fué hasta manifestarle desconfianza, impaciencia por que se alejara del campamento, como si temiera que amotinase la tropa. Parecia que miraba con emulación i recelo el que los soldados se despidiesen llorando de su primer jeneral. Dejó que los enemigos de Carrera ostentasen su odio a la luz del sol, i no puso obstáculo a sus manifestaciones ofensivas. Al contrario; se rodeó de ellos. Eso era natural, lójico. El subalterno que de repente se veia encumbrado sobre su jeneral, debia sentirse inclinado a tomar por amigos a los enemigos del otro, i a hacer precisamente lo opuesto de lo que su antecesor habia practicado.

Carrera i O'Higgins comenzaron a odiarse.

Su enemistad se hizo trascendental al ejército. Los oficiales, según sus simpatías, se decidieron por don Bernardo o por don José Miguel; i desde entonces, desgraciadamente, las fuerzas patriotas se dividieron en dos bandos rivales, orijen en el porvenir de las mas fatales consecuencias.

El 4 de marzo de 1814, una guerrilla realista aprisionó en Penco Viejo a don José Miguel i don Luis Carrera, que iban de camino para la capital. Esos dos guerreros de la independencia fueron a sufrir el castigo de su patriotismo en los calabozos de Chillán, donde se les mandó formar causa como traidores al rei.

El 7 del mismo mes, una poblada destituyó en la capital a la junta compuesta de Infante, Eizaguirre i Cienfuegos, que habia decretado la separación de los Carreras, i concentró el mando en un solo individuo con el título de director supremo. Para este cargo, fué nombrado el coronel don Francisco de la Lastra.

III.

Entretanto, el aspecto de la guerra era poco lisonjero para los insurjentes.

A fines de enero, habia desembarcado en la costa de Arauco el brigadier español don Gabino Gaínza, que, con refuerzos de tropa i de dinero, venía de Lima a remplazar a don Juan Francisco Sánchez, i a dirijir las operaciones de la campaña,

El nuevo jeneral tomó la ofensiva con actividad i empeño; i aunque el 20 de marzo fué rechazado en el Membrillar, donde se hallaba atrincherado con una división el coronel don Juan Mackenna, sin embargo, este descalabro estaba superabun-

dantemente compensado con la toma de Talca, que habia verificado el 5 del mismo mes el realista Elorreaga.

La posesión de esta ciudad permitia a los españoles cortar toda comunicación entre la capital i las tropas patriotas. De este modo, O'Higgins quedaba aislado del centro de sus recursos. El gobierno de Santiago comprendió toda la importancia del punto que acababa de perder, i destacó un cuerpo de tropas para que lo recobrase; pero éste, en vez de lograrlo, sufrió una completa derrota en los campos de Cancha-Rayada, que no solo en aquella ocasión habian de ser infaustos para la república.

Con esto, la situación se empeoró. Talca permaneció en poder del enemigo, i Santiago quedó desguarnecido.

Gaínza concibió entonces el proyecto de interponerse entre el ejército de O'Higgins i la capital, para marchar sobre ésta sin resistencia. O'Higgins presumió el plan de su adversario, i determinó estorbarlo a toda costa, porque su cumplimiento era la ruina de Chile.

Para conseguir su intento, uno i otro se encaminaron hacia el Maule. La victoria debia ser de aquel que lo atravesase primero.

Ambos ejércitos llegaron a la ribera meridional del rio casi a la misma hora el 3 de abril. Con corta diferencia, lo pasaron al mismo tiempo; pero

Gaínza lo cruzó en barcas, con toda comodidad, protejido por la fuerza enemiga que ocupaba a Talca; i O'Higgins, a nado, puede decirse, cortando la corriente de aquellas caudalosas aguas con los pechos de sus caballos, i temiendo a cada instante que la guarnición de esa ciudad viniese durante el tránsito a fusilar sin piedad a sus soldados.

Los dos ejércitos se encontraron a este lado del rio, siempre inmediatos; i de cuando en cuando, se saludaban disparándose con sus cañones balas i metralla. Uno i otro continuaron empeñándose por ganarse la delantera. Veian demasiado bien que de eso dependia el triunfo.

Gaínza logró que una división suya se adelantase al ejército patriota, i le cerrase el paso; pero un cañoneo bien dirijido por don José Manuel Borgoño, i una valiente carga de caballería mandada por don José María Benavente despejaron el camino i lo limpiaron de realistas. Con esto, O'Higgins consiguió lo que quería i dejó, atrás al enemigo. Santiago, i por consiguiente, Chile, estaban salvados por entonces. Para apoderarse de la capital, como lo habia deseado, el jeneral español tenia que atravesar por sobre el ejército nacional; lo que ciertamente le habria sido mas costoso que atravesar el Maule.

Furioso por el malogro de su plan, intentó, sin embargo, obtener por la violencia lo que no habia

podido alcanzar por el apresuramiento de las marchas. Se precipitó como un desesperado sobre los acantonamientos de los patriotas en la hacienda de Quechereguas. Durante dos dias, renovó el ataque i volvió a la carga; pero todas sus maniobras fueron desbaratadas, todos sus ímpetus impotentes. Los insurjentes permanecieron firmes, i no cejaron por un solo instante.

El 10 de abril, desistió, en fin, i se retiró a Talca.

Su ejército estaba aniquilado, i era materialtemente imposible que continuara la campaña. La marcha que habia emprendido desde Chillán lo habia destruido mas que una derrota. A proporción que se habia ido alejando de las provincias del sur, una deserción incontenible i numerosísima habia enrarecido sus filas. Despues del pasaje del Maule, sobre todo, sus batallones estaban en esqueleto. Los campesinos chilenos de que se componian sus tropas, como los de todo el mundo, aman sus hogares, i no es cosa fácil retenerlos lejos de la tierra natal.

El largo viaje por aquellos ásperos caminos, i el pasaje de los rios que los cortan, habian destruido su caballería i las bestias de carga. El ejército realista estaba verdaderamente a pié. Gaínza habria deseado replegarse a Chillán para reorganizar su jente; pero una falta absoluta de medios de movilidad le encadenaba al suelo de Talca.

La condición de las tropas de O'Higgins era enteramente distinta. Su proximidad a Santiago, centro de todos los recursos, i su establecimiento en las provincias que menos habian sufrido por la guerra, les habian permitido completar sus cuadros, i aperarse de cuanto necesitaban. Bastábales moverse para terminar la ruina de Gaínza.

IV.

Todos aguardaban la destrucción completa de las fuerzas españolas. Los sucesos no correspondieron a esas espectativas. Lo que se verificó fué, no la derrota de Gaínza, sino un convenio que el 3 de mayo firmaron los belijerantes a las márjenes del Lircai bajo la mediación del comodoro inglés Mr. James Hillyar.

Los principales artículos de este ajuste comprendian el reconocimiento de Fernando VII i del consejo de rejencia durante el cautiverio de aquel, la conservación de las autoridades nacionales a la sazón existentes hasta que las cortes españolas decidiesen lo que debia hacerse, i la evacuación del territorio chileno por el ejército de Lima en el plazo de treinta dias contados desde la ratificación del tratado por el gobierno patrio.

Ni el jeneral Gaínza, ni los mandatarios chilenos habian estipulado estas condiciones de bue-

na fe. Ni una ni otra de las partes contratantes estaba dispuesta a darles cumplimiento.

Para Gaínza, aquel convenio era solo un pretesto mentiroso, un ardid fraguado para retirar con descanso las aniquiladas reliquias de su ejército a Chillán, donde pensaba rehacerse para recomenzar la campaña. Sin este embuste, no podia dar un paso, i era esterminado dentro de la ciudad de Talca.

Para los caudillos insurjentes, era una hipocresía, una simple suspensión de armas con el objeto de orientarse de la situación de la metrópoli, i tomar consejo.

Les habian venido malas, mui malas noticias del esterior.

La alianza de la Inglaterra con España estaba sólidamente afianzada. No habia ya esperanza de que esa gran potencia favoreciese la insurrección de las colonias, como lo habian aguardado de su egoismo comercial. Por lo contrario, quizá iba a prestar ayuda para que fuesen sometidas. Los defensores de Fernando, unidos con los ingleses, habian alcanzado en Vitoria i los Pirineos dos triunfos importantes. Todo presajiaba que los franceses serian espulsados de la Península. ¡Cuántos ejércitos lanzaria la España contra la América el dia que se viese libre de su guerra interior!

Habia mas aun. Los patriotas arjentinos habian sufrido dos grandes desastres en Vilcapujio i Ayohuma. Gracias a esas dos victorias, el virrei Abas-

cal iba a encontrarse mas espedito para contraer su atencion a los negocios de Chile.

Los gobernantes divisaron el horizonte cargado de negros nubarrones. Esos signos de una próxima tempestad los acobardaron. Les faltó la fe en la justicia de su causa, en la proteccion del cielo, i quisieron una tregua para reflexionar con despacio sobre su conducta delante de tantos riesgos como les amenazaban. ¿Continuarian la revolucion? ¿Volverian atrás? El honor i la conciencia les aconsejaban lo primero; mas era necesario pensarlo.

El tratado de Lircai no era para ellos sino un descanso de que habian menester para observar bien lo que habia en realidad.

V.

Los motivos justificativos de la conducta del gobierno, eran un secreto de gabinete, que solo poseian unos cuantos magnates.

La mayoría de los habitantes no atendia para nada a los sucesos de Europa o del Alto Perú, i solo consideraba lo que acaecia a su vista en Chile. Esa ni leia periódicos estranjeros, ni tenia corresponsales en las naciones estrañas. ¿Qué sabía ella ni de los reveses de Vilcapujio i Ayohuma, ni de las batallas que se habian empeñado en Vitoria i los Pirineos?

De lo que sí tenia noticia, era de que Gaínza habia estado casi destrozado, i de que se le habia dejado escapar; de que se habia tratado con los *godos*, i de que se habia reconocido por soberano a Fernando. Eso no podian tolerarlo ni el ejército, ni la juventud, ni el pueblo. La sangre derramada en los combates habia enardecido los ánimos, i no aguantaban transacciones de ningún jénero con la metrópoli, esa madrastra desnaturalizada, que, por tantos años, se habia estado alimentando sin compasión con el sudor i la sustancia de sus colonias.

La indignación pública se manifestó sin embozo. El convenio fué reprobado con franqueza i exaltación. El gobierno, que lo habia autorizado, recibió toda especie de críticas, i aun de escarnios.

En medio de la ajitación causada por este acontecimiento, comenzó a pronunciarse con entusiasmo el nombre de don José Miguel Carrera. Si él hubiera estado en el mando, no se habria cometido aquella infamia. Si no se encontrara padeciendo en un calabozo, ya estaria castigada i reparada.

Ese nombre solo repetido de boca en boca, como una voz de reunión para los protestantes del tratado, llenó de zozobras i de cuidados a los gobernantes, i a los émulos de don José Miguel que formaban su círculo. Ya se les figuraba que se les aparecia de repente, i que con solo presen-

tarse, les arrebataba el mando. Habian como olvidado que él i su hermano Luis se hallaban prisioneros de los españoles, i bien guardados en la ciudad de Chillán.

Nada contribuye mas a elevar a ciertos hombres que el temor de sus enemigos. A fuerza de llevarse a toda hora manifestando sobresalto por lo que pueden intentar, llegan a circundarlos de cierto prestijio misterioso, que allana delante de ellos todos los obstáculos. El miedo que les muestran les presta un poder inmenso que de otro modo no tendrian.

Nadie negará por cierto que Carrera poseia un injenio vivo, una voluntad varonil, una prontitud admirable de concepción i de ejecución, que le hacian triunfar amenudo en sus empresas; pero nadie negará tampoco que le ayudaba mucho para ello esa fama de revolucionario irresistible con que le habian favorecido.

El desasosiego muchas veces injustificable que inspiraba a sus contrarios su sombra, su recuerdo, su solo nombre, era causa de que toda maquinación tramada por él, se estimara, apenas se anunciaba, como si ya estuviera felizmente terminada. No se necesita esplicar lo que para un hombre público vale tal concepto en una época revolucionaria.

VI.

La multitud, despues de haberse limitado en un principio a invocar el nombre de don José Miguel i a desear su presencia, se puso a repetir con toda seguridad, como si lo supiera mui de cierto, que no tardaria en venirse a Santiago para arrojar del gobierno a los autores de las capitulaciones de Lircai.

Estaba tan convencida de que este rumor vago tenia un fundamento razonable i serio, que aguardaba de dia en dia su llegada.

Por una rara casualidad, los hechos confirmaron estas locas hablillas del vulgo.

Un artículo del convenio estipulaba la libertad de todos los prisioneros; mas una cláusula secreta establecia una escepción en contra de don Luis i de don José Miguel. Segun toda probabilidad, el gobierno se proponia alejarlos del país, enviándolos al Janeiro o a los Estados Unidos. Mas Carrera i su hermano burlaron este plan, i se escaparon de Chillán a favor del bullicio de un baile.

La noche era oscura i lluviosa. El guia que habian tomado tuvo miedo, i los dejó abandonados en medio del campo i de las tinieblas.

No sabian absolutamente qué rumbo habian de seguir para continuar su ruta i evitar la persecución. Una vieja los sacó de su perplejidad, i les

ayudó a orientarse. Un salteador de caminos, mediante una buena recompensa, los condujo en seguida hasta Talca por bosques i sendas estraviadas.

El 14 de mayo, despues del toque de oraciones, se presentaron a O'Higgins, que estaba acampado con su ejército en esta ciudad. Don Bernardo estendió sus brazos a don José Miguel, i le estrechó fuertemente contra su pecho con un cariño de hermano. Pero una cosa eran las apariencias, i otra lo que sentia en el fondo del alma.

A aquella hora, estaba ya informado, por mensaje que le habia enviado Gaínza, de la fuga de los dos Carreras, i este suceso le tenia sumerjido en la mayor ansiedad. Nadie mejor que él conocia la influencia de don José Miguel sobre la tropa. Estaba persuadido de que aquel joven ambicioso i emprendedor no se avendria nunca a vivir como simple particular; que jamás preferiria voluntariamente las dulzuras de la vida privada a los azares de la vida pública, ni una condición humilde i retirada al primer puesto del estado de que habia descendido. No tenia ningún dato sobre que apoyar sus sospechas; pero tal era el juicio que se habia formado de su rival, que la sola escapada de éste le parecia, no un acto natural de todo prisionero, sino un principio de maquinación contra él mismo i sus amigos.

Sus recelos se aumentaron con el arribo de los

fujitivos. ¿A qué se introducian en su campamento?

La respuesta a semejante pregunta era sencillísima. Pasaban para Santiago, i aquel era camino. El proceder de los Carreras no tenia nada de alarmante con esta observación que se ocurria por sí misma.

Pero O'Higgins, en su suspicacia i en sus cuidados, se figuró que venian a corromperle el ejército, i a tramar conspiraciones con sus soldados.

Imbuido de esta idea, adoptó toda especie de precauciones para vijilarlos i para impedirles todo contacto con la tropa. Intentó nada menos que vijilarlos de vista, i mantenerlos encerrados en sus cuartos.

A pretesto de que algunos oficiales que estaban resentidos con ellos podian insultarlos si salian a la calle, les pidió, les rogó aun en nombre de la amistad, que no se moviesen de su casa, donde les habia dado alojamiento. Estas desconfianzas hirieron a don José Miguel en lo mas vivo. El tratamiento que con él usaba O'Higgins, su camarada, su subalterno poco habia, removió todo su orgullo.—Si usted quiere impedir que me mueva, contestó a sus importunidades, póngame en arresto. Mientras un centinela no esté a mi puerta, nada me impedirá salir. Pierda usted cuidado por las injurias que puedan hacerme mis enemigos, que yo sabré estorbarlas.—Delante de esta firme-

za, O'Higgins quedó cortado, sin hallar que replicar.

Los dos hermanos fueron entonces a hacer visitas a las personas que conocian en la ciudad.

A poco andar, observaron que ocurria algo de estraordinario. La población estaba alarmada. Ningún soldado, ningún oficial andaba por las calles. Toda la guarnición estaba acuartelada i sobre las armas, como si se acercaran los realistas.

Los motivos de este redoble de prudencia no se ocultaron a los Carreras. Su sola presencia se consideraba como un amago a la tranquilidad pública.

Don Luis, cuyo jenio era pronto i travieso, corrió, luego que se cercioró del temor ridículo que se les manifestaba, a preguntar al jeneral si por ventura temia algún asalto traicionero de Gaínza, i a ofrecerle sus servicios, caso que el aparato militar del campamento no le hubiera engañado. O'Higgins, viendo descubiertas sus intenciones, se turbó todo, no encontró que responder a la burla del joven, i devoró su rabia.

Al dia siguiente por la tarde, los Carreras continuaron su viaje para Santiago.

En Concepción, don José Miguel i O'Higgins se habian separados resentidos; en Talca, se despidieron con el odio en el corazón.

VII.

El jeneral comunicó al director Lastra por un correo estraordinario, i antes de que partiesen, la libertad de los Carreras i su marcha para la capital.

El gobierno se sobresaltó casi tanto como si se le avisara que un ejército invasor estaba a las puertas de la ciudad. Aquellos mozos revoltosos no podian venir sino a tramar conspiraciones, i a aprovecharse del descontento producido por las capitulaciones de Lircai. Habia que desbaratar sus designios luego al punto, pues demasiadas pruebas tenian dadas de que apenas proyectaban algo, cuando sin demora lo ejecutaban. Tardarse en perseguirlos era dejarse vencer.

Entretanto, los dos terribles conspiradores se detenian pacíficamente en la hacienda de San Miguel, distante doce leguas de Santiago, para abrazar a su anciano padre, i saludar a su familia.

Desde allí, don José Miguel escribió al director poniéndose a sus órdenes, i disculpándose de no ir en persona por falta de ropa. El jeneral Gaínza habia mandado vender en almoneda sus equipajes durante su prisión.

En pos de la contestación a su carta, vino un piquete de soldados a prenderle a él i a su hermano. Ambos alcanzaron a ocultarse en un bos-

quecillo. Los ajentes del gobierno gastaron cuatro dias en buscarlos por ranchos i quebradas. Despues de inútiles pesquisas, aparentaron que se iban, i volvieron de repente para sorprenderlos. Nada! trabajo perdido! los Carreras no pudieron ser habidos.

Con su desaparición, las zozobras de los gobernantes subieron de punto. Sin duda estaban tramando algun complot infernal. Cada dia que amanecia, esperaban que estallase el movimiento. Los declararon traidores a la patria; ofrecieron por bando grandes premios al que los entregase o descubriera su paradero; esparcieron que el proyecto que estaban fraguando era tan diabólico, que era su padre mismo quien horrorizado los habia delatado.

Sin embargo, todo aquello era puro susto. Hasta la fecha los Carreras no habian proyectado cosa alguna contra las autoridades existentes.

Apenas se habian libertado de los españoles, sus correlijionarios se habian puesto a perseguirlos. No les habian dejado siquiera tiempo para respirar. En el momento mismo en que tantos horrores se propalaban contra ellos, en que se les daba caza como a bestias feroces, acompañados solo por unos cuantos sirvientes fieles, i empapados por la lluvia de un deshecho temporal, iban camino de Mendoza para buscar un amparo al otro lado de la cordillera contra la saña de sus

implacables enemigos. Mientras se les suponia conspirando, marchaban para una tierra estranjera, casi desnudos, sin provisiones, sin equipajes. Estaban resueltos a asegurarse la tranquilidad con un destierro voluntario.

La naturaleza, no obstante, fué mas poderosa que sū voluntad. Una gran nevada cubrió los senderos de los Andes, i los puso intransitables para muchos meses. Los fujitivos tuvieron que renunciar a su pensamiento de huida.

Se volvieron a la hacienda de San Miguel todavía sin ideas mui fijas sobre qué conducta adoptarian.

En este escondite, los visitaron varios de sus amigos, que incitaron a don José Miguel a trabajar en una revolución. El director estaba desprestijiado. Lo mismo sucedia con sus allegados. Poniendo sus firmas al pié del convenio de Lircai, habian firmado todos ellos su propia destitución. El pueblo murmuraba; el ejército estaba furioso. Ni el uno ni el otro podian contemplar, sin que la sangre le ardiese en las venas, que la bandera española hubiese vuelto a ser enarbolada en vez de la bandera nacional. Carrera no necesitaba decir sino *yo quiero* para salvar a la patria, a sus hermanos, a sus amigos.

Don José Miguel se dejó persuadir, i comenzó a tramar la caida de la facción que le era opuesta.

Sus incitadores, a pesar de lo halagüeño de las noticias, no le habian engañado. En pocos dias, todo estuvo preparado para un golpe de mano. Ganóse la guarnición; todos los aprestos quedaron espeditos; todos los papeles fueron repartidos entre los que se habian comprometido.

Sin embargo, principiaron mal. Don Luis fué sorprendido, encarcelado, i sometido para ser juzgado a una comisión estraordinaria. Don José Miguel fué emplazado por edictos para el 23 de julio a fin de que viniese a responder a los cargos que aparecian contra él.

La noche que precedió a ese dia, ejecutó felizmente el movimiento, se apoderó del gobierno i de los gobernantes, i pudo decir al director Lastra, a tiempo que éste era conducido preso a su presencia:—Aquí estoi. Dispense usted que no haya respondido mas pronto a su llamado.—Después de estas palabras alusivas a los edictos i bandos que contra él se habian dictado, ordenó al ex-director se retirase en libertad.

Por lo que toca a los demas prohombres de la faccion que derrocaba, desterró los unos a Mendoza, i los otros a sus haciendas.

Para rejir el país, hizo reconocer una junta que debia constar de él mismo, del presbítero don Julian Uribe i de don Manuel Muñoz Urzúa.

VIII.

El triunfo alcanzado por Carrera en la capital no bastaba para terminar la cuestión en su favor. Quedaba todavía por saber cuál sería la actitud que tomaria el ejército de Talca. Habia en él numerosos partidarios de Carrera; pero estaba bajo las órdenes de O'Higgins, i era hasta cierto punto arrastrado por el influjo que un jeneral ejerce necesariamente sobre su tropa.

Carrera intentó negociar con su rival, i envio con este objeto cerca de él varios comisionados; pero don Bernardo desechó todas las propuestas con terquedad, i declaró que marchaba sobre Santiago para restablecer el directorio que habia sido derribado.

A este anuncio, la junta se dispuso a defenderse. Carrerra se superó a sí mismo en actividad. En pocos dias, formó, organizó i medio disciplinó un ejército.

El 26 de agosto de 1814, las dos divisiones se batian en los llanos de Maipo, i los reclutas de don José Miguel rechazaban a los veteranos de su adversario.

O'Higgins, sin embargo, no salió del todo deshecho. Estaba preparándose para tentar de nuevo la fortuna, i las tropas de Carrera, que habian quedado dueñas del campo, sepultaban los muer-

tos i recojian los heridos, cuando el sonido de una corneta, instrumento que no se usaba entre nosotros, anunció la llegada de un parlamentario español.

Era éste el oficial don Antonio Pasquel, que habia venido a alguna distancia de la división de Talca, calculando su marcha para no presentarse sino cuando los patriotas se hubieran destrozado entre sí.

El virrei Abascal habia desaprobado el convenio de Lircai, i habia ordenado que la guerra continuara.

Haré aquí de paso una observación que exije la imparcialidad de la historia. Ese potentado ha sido calumniado por su proceder en esta ocasión. Se le ha atribuido injustamente una doblez mas que púnica, por no haber ratificado las capitulaciones. Abascal estaba, sin embargo, en su derecho. Sus ajentes no solo habian obrado sin la autorización competente, sino contra las instrucciones espresas que les habia dado.

Toda la culpa fué de los gobernantes chilenos. El auditor don José Antonio Rodríguez, que asistia con sus consejos a Gaínza en la negociación, advirtió al doctor don Jaime Zudáñez, quien desempeñaba igual oficio con los revolucionarios, que el jeneral español no estaba autorizado para tratar con aquellas condiciones. Los patriotas se desentendieron de la observación, porque no que-

riendo ajustar una paz definitiva, sino ganar tiempo, poco les importaba el alcance de los poderes de Gaínza.

El virrei obraba, pues, en buena lei desaprobando el convenio.

El jeneral Gaínza habia sido remplazado por don Mariano Ossorio, que, el 13 de agosto de 1814, acababa de desembarcar en Talcahuano con un cuadro de oficiales, quinientos cincuenta hombres del rejimiento español de Talavera, cincuenta artilleros i una buena provisión de municiones, efectos i dinero.

Pasquel traia pliegos del último, en los cuales intimaba *a los que mandaban en Chile* (era el sobre del oficio) que no les quedaba otro medio de salvarse que rendirse a discreción, porque sino «venian con la espada i el fuego, a no dejar piedra sobre piedra en los pueblos que, sordos a su voz, rehusasen someterse». Este insolente mensaje hizo enmudecer todas las facciones; acalló todos los resentimientos personales; todos olvidaron sus injurias para pensar únicamente en la defensa de la patria amenazada.

Delante del peligro común, Carrera, aunque vencedor, propuso un avenimiento a O'Higgins. Don Bernardo aceptó la reconciliación.

Las dos divisiones que acababan de medir sus fuerzas en los llanos de Maipo, se unieron para rechazar la invasión de los realistas.

O'Higgins i Carrera, para dar ejemplo de concordia a sus subalternos, se pasearon juntos del brazo por la ciudad, vivieron como hermanos en una misma casa, i dirijieron a sus tropas proclamas firmadas por uno i otro.

Pero tal armonía era mas de aparato, que real. Al siguiente dia de una batalla, es difícil que se estrechen cordialmente la mano soldados que acaban de combatir entre sí. Aunque en la superficie apareciese lo contrario, las heridas del amor propio no se habian cicatrizado en todos; bajo la máscara de la cortesía, el rencor se escondia en mas de un corazón. La desmoralización de la discordia tenia vencidos a los patriotas antes de la derrota del 2 de octubre.

IX.

Entretanto, el ejército del rei distaba solo sesenta leguas de la capital. Ascendia a cinco mil veteranos bien armados, bien disciplinados, para quienes hasta aquel momento la campaña no habia sido mas que un paseo, i que venian enorgullecidos con sus ventajas i las espectativas de una victoria segura.

Según el arreglo ajustado entre O'Higgins i Carrera, el segundo debia ser el jeneral en jefe i tomar a su cargo la dirección suprema de la guerra. Hizo éste los mayores esfuerzos para organi-

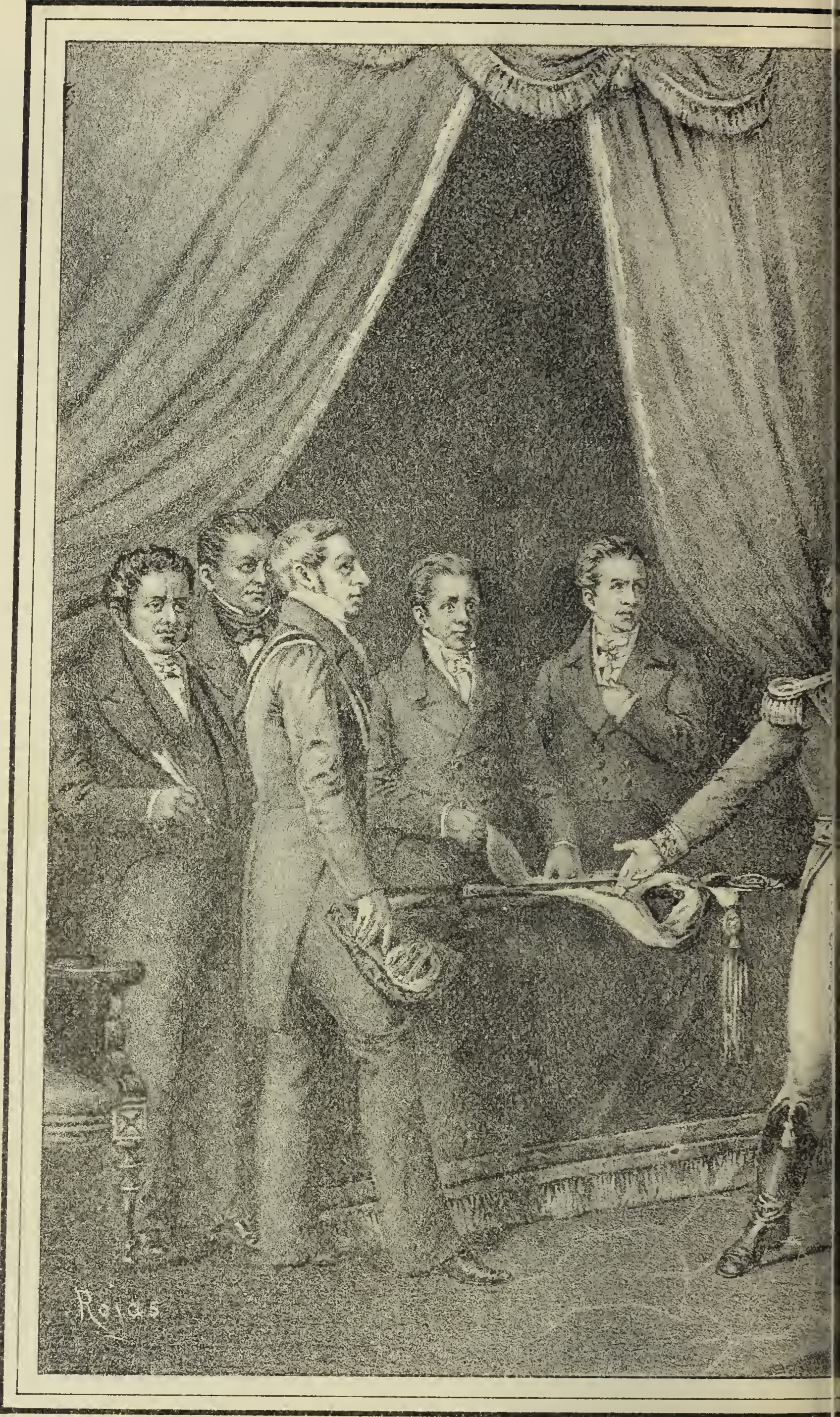
zar la resistencia; pero le faltaron elementos, i sobre todo tiempo. No tuvo mas plazo para todos los preparativos que treinta dias escasos.

En ese término, alcanzó a reunir una división de tres mil novecientos veinte i nueve hombres, pero no soldados. Habia batallones que se componian de criados, recien sacados del servicio doméstico, que nunca habian hecho fuego ni aun con pólvora. Casi todos ellos solo tenian de militares las gorras, i no habian aprendido otra disciplina que marchar mal i por mal cabo. El armamento era digno de lo demás; muchos no llevaban ni aun fornituras.

Para colmo de desgracia, no habia unión ni acuerdo. Cuando estuvo empeñada la pelea con los españoles, algunos de los oficiales de O'Higgins se repetian por lo bajo en medio de las balas, que, despues de vencer a las tropas de Ossorio, tenian que precipitarse sobre los partidarios de Carrera para destrozarlos.

Sin embargo, la comportación de este ejército, así mal equipado, i cuyos individuos se miraban de reojo los unos a los otros, fué heroica.

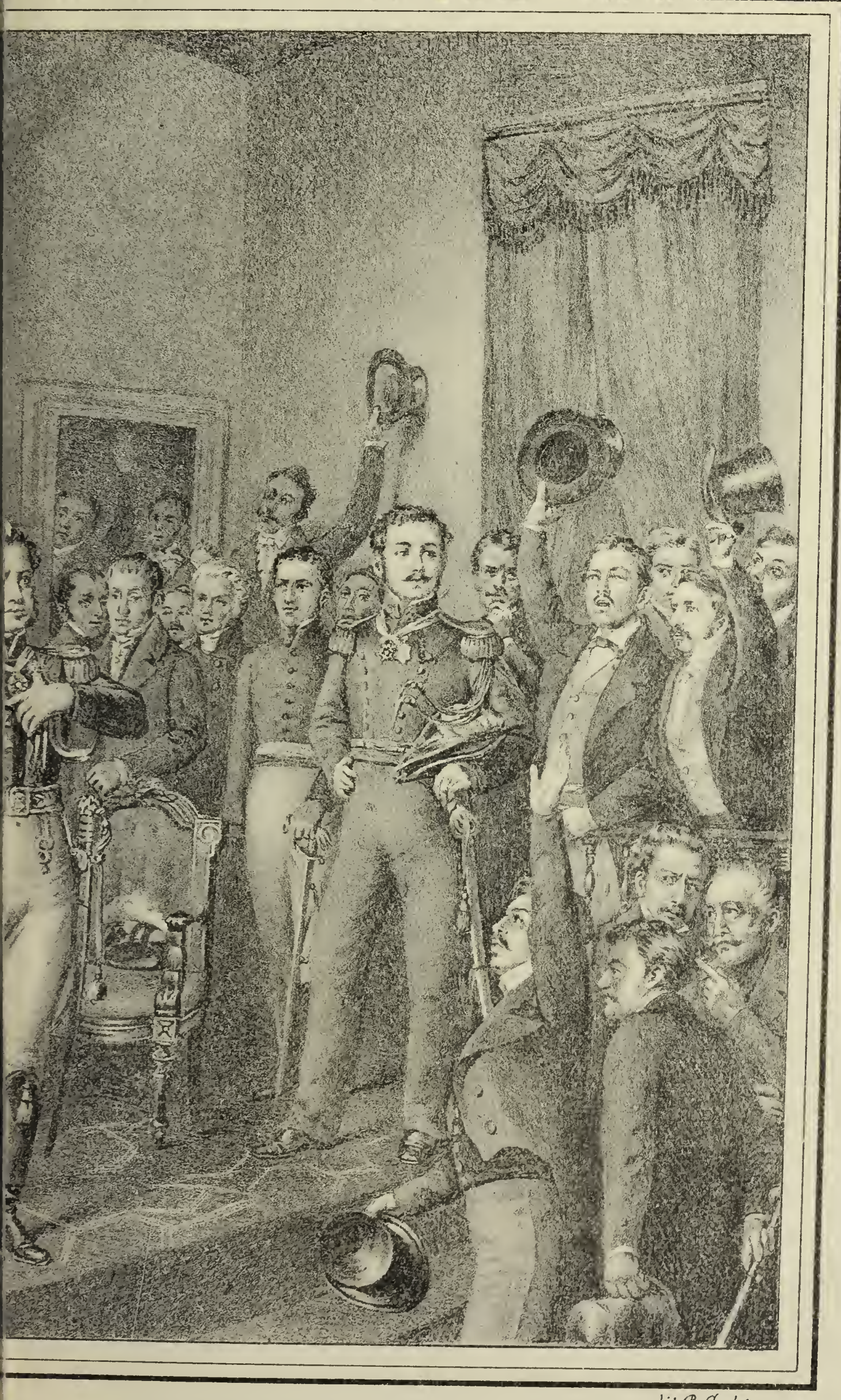
Tan solo la mitad de él, atrincherada en la plaza de la villa de Rancagua, sostuvo el 1.° i el 2 de octubre de 1814 un combate de treinta i seis horas sin descanso. El choque fué furioso. Los realistas i los patriotas habian enarbolado banderas negras, i no se daban cuartel.



R. Jover, Editor.

LA ABDICACION

COPIA DEL CUADRO D



Lit. P. Cadot.

DE O'HIGGINS

SR. M. A. CARO

A los insurjentes, les acosaban, no solo los hombres i las balas, sino tambien el fuego i la sed. Los españoles habian incendiado los edificios detrás de los cuales se habian guarecido sus contrarios, i habian cortado las acequias que proveian de agua a la población. Los batallones de Ossorio avanzaban por el camino que les iban abriendo las llamas. El incendio ahogaba a los sitiados. Se veian obligados a mojar sus cañones con orines, porque hasta para eso les faltaba el agua.

No obstante, se defendian como leones. El que moria caia en su puesto. Por un momento aun hicieron desesperar a los realistas de vencer a valientes como aquellos, i el jeneral español estuvo tentado a desistir del empeño. Pero al fin triunfaron la superioridad en las armas i pertrechos, el número, la disciplina.

Los patriotas dispararon hasta sus últimos cartuchos. Al terminar la batalla, a falta de balas, cargaron con pesos fuertes los cañones. Hicieron para sostenerse cuanto podia exijirse a hombres.

Entonces don Bernardo O'Higgins, jeneral de la vanguardia, i don Juan José Carrera, jeneral del centro, que habian capitaneado a estos bravos, viéndolo todo perdido, a punta de lanza i a sablazos, se abrieron paso con algunos de los suyos por entre las filas de los vencedores, i fueron a juntarse con la retaguardia que, al mando del

jeneral en jefe, habia quedado fuera i a alguna distancia de la plaza.

Don José Miguel venia el 1.° de octubre de Santiago con la tercera división.

El estampido del cañón era el primer anuncio que habia recibido de que las otras dos divisiones habian trabado la pelea.

Habia volado entonces en su ayuda; habia llegado hasta la línea que los sitiadores habian formado en torno de Rancagua; los habia acometido con su jente; pero no habia conseguido desbaratar sus filas.

Volvia precisamente a la carga, cuando la presencia de los fujitivos i la noticia del desastre introdujeron el pavor en la tropa que mandaba. Con esto, se concluyó la subordinación, se apoderó de los soldados un desaliento contajioso, i la mayor parte solo pensó en salvarse.

La victoria de los realistas era completa, i Chile estaba perdido.

Todos los militares, todos los que tenian compromisos serios i presentimiento de las venganzas que iban a ejercer los ajentes de la metrópoli, buscaron cómo interponer entre ellos i sus perseguidores la barrera de los Andes. Mas de dos mil personas corrieron a Mendoza por entre las breñas de la cordillera, como Dios les ayudó, i sin saber qué suerte les estaba deparada al término del viaje.

Carrera protejió la retirada de los fujitivos con las reliquias de su ejército; el 11 de octubre se batió todavía con los realistas en la ladera de los Papeles; i al siguiente dia, pasó el último de todos la cumbre de los Andes, de donde arrojó también la última mirada sobre los hermosos campos de su patria, que nunca habia de volver a ver.

CAPITULO V.

Desavenencias de los emigrados.—Don José de San Martín.—Competencia de éste con Carrera.—Esfuerzos inútiles de Carrera para proporcionarse de Buenos Aires ausilios con que volver a Chile, i su partida a Estados Unidos.—Obstáculos superados por San Martín para emprender la restauración de Chile.—Batalla de Chacabuco.

I.

Como siempre sucede, la desgracia hizo renacer mas enconados que nunca en el pecho de los emigrados chilenos esos odios que por un momento habia adormecido el peligro común. Jamás las facciones de Carrera i de O'Higgins se habian manifestado tan enardecidas como se mostraron en ese viaje de la proscripción.

Son un triste accesorio de las catástrofes públicas i privadas esas recriminaciones que en su desesperación se arrojan recíprocamente aquellos que las padecen, aquellos que, en lugar de atacarse, deberian consolarse, aquellos a quienes une

la fraternidad del dolor. Parece que hallaran un lenitivo contra su aflicción en hacerse cargos unos a otros.

Los gloriosos derrotados de Rancagua no se eximieron de ésta que llamaré la injusticia de la desgracia. Necesitaban un pretendido culpable, colocado a sus alcances, sobre quien descargar los golpes de su pesar. La víctima que escojieron fué don José Miguel Carrera. Atribuyóse la derrota del 2 de octubre, la pérdida de Chile, a una traición del jeneral en jefe. El no haber éste socorrido a los sitiados de Rancagua habia sido, no por impotencia, sino por el execrable deseo de que quedaran sepultados bajo los escombros de la plaza O'Higgins i los principales partidarios de ese rival odiado.

La acusación no podia ser mas absurda i desnuda de fundamento. ¿Era tan implacable el odio de don José Miguel contra O'Higgins, que, por hacerle perecer, fuera hasta sacrificar a su propio hermano que combatia al lado de éste dentro de la villa? ¿Tanto le cegaba la pasión, que se ocultara a su perspicaz intelijencia que la destrucción de aquella tropa era la ruina de todo el reino? ¿Importábale tanto la vida de ese émulo, que, por arrebatársela, consintiera en perder su ejército, su patria, las espectativas de su ambición? Si estaba dispuesto a asesinar, ¿le faltaria acaso ocasión mas propicia i oportuna?

Pero el espíritu de partido nada reflexiona, i acoje con favor todo lo que ensalza a sus héroes, o abate a sus contrarios.

Esa calumnia infundada, arrojada por los o'higginistas al rostro de los carrerinos, acabó de exasperar sus resentimientos. Estos últimos volvieron a sus adversarios injuria por injuria, i les replicaron con las capitulaciones de Lircai, que calificaban de ignominiosas, i desde las cuales hacian datar la pérdida del país. Todo fué acusaciones i cargos; todo fué reproches i denuestos.

Los emigrados arribaron a Mendoza divididos en dos bandos, que se aborrecian de muerte, i entre los cuales todo avenimiento era imposible.

II.

En aquellas circunstancias, gobernaba la provincia de Cuyo don José de San Martín.

La figura de este guerrero famoso es una de las mas prominentes de la revolución americana. Grande por el jenio, grande por los resultados que obtuvo, ocupa el segundo lugar en la numerosa falanje de ilustres capitanes que se inmortalizaron en la guerra de la independencia. Solo se encuentra inferior delante de Bolívar.

Habia militado con brillo en las tropas españolas, i su nombre es citado con elojio en el parte de la batalla de Bailén.

En Europa, habia aprendido no solo la táctica de los ejércitos, sino tambien la de las sociedades secretas. Habia sido soldado, i miembro de lojias masónicas. En esas dos escuelas diferentes, habia estudiado las dos ciencias que habian de asignarle entre sus contemporáneos un puesto tan elevado, la ciencia de los combates i la ciencia de los manejos encubiertos, la que enseña a vencer por el cañón, i la que enseña a triunfar por la intriga.

Las armas i la astucia mas refinadas fueron siempre las dos palancas que San Martín empleó para realizar sus propósitos. Como el jeneral de Maquiavelo, tenia algo del león i algo del zorro. Valiente e instruido como militar, era aun mas hábil como diplomático. Por temible que fuera en un campo de batalla, lo era todavía mucho mas dentro de su gabinete fraguando tramoyas, armando celadas, maquinando ardides para envolver a sus enemigos.

Conocedor profundo del corazón humano, tenía el arte de escojer sus ajentes, i de hacer que los hombres cooperasen a sus designios, talvez sin que ellos mismos lo comprendiesen.

En la política, no tenia ni conciencia ni moralidad. Todo lo creia permitido. Para él, todos los medios, sin escepción, eran lícitos. No retrocedia ni delante de la perfidia, ni delante del asesinato.

Seguia en esto sin vacilar el sistema de los príncipes italianos de los siglos XV i XVI.

Poseia una intelijencia fuerte para concebir los planes mas vastos i complicados, una imajinación fecunda en recursos, una voluntad persistente para ejecutarlos. Hombre de cálculo mas bien que de inspiración, todo lo hacía pensado. Procuraba dejar lo menos que fuera posible a la casualidad. Cuando emprendia la menor cosa, se esforzaba por prever todas las incidencias probables, todos los resultados posibles. Concedia a la razón humana un poder inmenso, i no era fatalista ni en las creencias, ni en las acciones. Así, son admirables la fe i constancia con que llevaba a ejecución sus proyectos.

Puede decirse que toda la vida pública del jeneral San Martín no es mas que la realización de una sola idea, que todos habrian quizá tachado de quimérica, si la hubiera proclamado cuando la concibió, i a la cual se debió mas tarde la emancipación de una gran parte de la América Meridonal.

Lima era la metrópoli de la dominación española en esta estremidad del nuevo mundo; el Perú, el centro de sus recursos; el virrei, el jefe visible de los realistas en estas comarcas. A nadie, se ocultaba que, mientras no se aniquilase ese foco de realismo, la guerra no tendria término.

Hasta San Martín, los patriotas arjentinos, para sostener i propagar la revolución, habian elejido

por campo de batalla las rejiones del Alto Perú, que les son limítrofes. La suerte de las armas habia sido para ellos mui variable. Habian alcanzado grandes victorias, habian soportado desastrosas derrotas.

San Martín, con su vista penetrante, percibió que los ejércitos de la revolución habian equivocado su itinerario. Para ahogar en Lima el poderío de los reyes de Castilla, pensó que era camino mas corto i trillado pasar por Chile i atravesar el océano, que no empeñarse en hacerlo por el Alto Perú, como hasta entonces se habia intentado. Hacer triunfar definitivamente en Chile la causa de la independencia, era, pues, una condición precisa para poner en práctica este sistema.

San Martín, que lo habia elaborado, determinó tambien ejecutarlo, i en efecto lo llevó a cabo a despecho de los obstáculos que le opusieron la naturaleza i los hombres.

Habia arribado de Inglaterra a Buenos Aires en 1812. Casi inmediatamente habia sido nombrado comandante de un rejimiento de caballería, que organizó i disciplinó a la europea. A principios de 1813, con solo ciento cincuenta de estos jinetes, habia destrozado en San Lorenzo a trescientos españoles. Con esta hazaña, su fama militar habia acabado de consolidarse.

En 1814, habia sido puesto bajo sus órdenes el ejército del Alto Perú. San Martín solo permane-

ció algunos meses en este puesto, que tantos le habian envidiado. Él no divisaba por aquel lado una victoria duradera i definitiva. Desde la provincia de Tucumán, donde acampaban las tropas, su pensamiento se lanzaba a los Andes, a Chile, al Pacífico, a Lima.

Para abandonar el mando, aparentó que estaba enfermo. Finjió que escupía sangre, i pidió su retiro so pretesto de curarse. El gobierno accedió a sus deseos.

Al poco tiempo, solicitó la gobernación de Mendoza. Este pedido se le otorgó con menos trabajo que el otro. Era aquella una provincia pobre i retirada, cuya administración ningún jefe de categoría habria codiciado. Mas su situación al pié de la cordillera la hacía para San Martín de una importancia inmensa. Era en ella donde debia preparar la ejecución de su gran proyecto.

III.

En el mes de Octubre de 1814, estaba en ese destino, cuando la emigración chilena llegó en busca de hospitalidad i protección.

San Martín no podia contentar a un mismo tiempo a los dos bandos rivales en que iba dividida. No lo pensó tampoco. Desde el primer momento, se decidió por O'Higgins i los suyos.

Los confinados que Carrera le habia remitido despues del movimiento de julio, entre los cuales se encontraban hombres de mucha labia, le tenian ya prevenido en su contra.

Los jefes arjentinos que iban con la emigración confirmaron las acusaciones de los confinados chilenos, i les dieron la autoridad de sus testimonios. Don José Miguel se habia malquistado en Chile con todos ellos. La decisión que los ausiliares cordobeses habian demostrado por sus adversarios, la oposición que él mismo habia hecho al nombramiento de Balcarce para jeneral en jefe, los habian recíprocamente enemistado.

Estos dos motivos habrian bastado para que el gobernador de Cuyo hubiera escojido con marcada preferencia a O'Higgins; pero a ellos se agregaron todavía otros mas poderosos. Don José Miguel era altanero en sus negocios privados, i mas altanero aun en aquellos que ventilaba como representante de Chile. La desgracia sobre todo le ponia mas inflexible, que una barra de hierro. En la prosperidad, era capaz de ceder; en el infortunio, nunca.

A nombre de la alianza que ligaba a los dos paises, solicitaba el apoyo de los arjentinos para restaurar la patria; pero jamás habria tolerado que la espedición libertadora no se efectuara bajo su mando, ni con otra bandera, que la de Chile. Como miembro de la junta ejecutiva, pedia que se

le prestasen socorros, no que se le alistase como subalterno.

San Martín, que también era orgulloso, i que como Carrera habia nacido para el mando, no sobrellevaba con mansedumbre semejante arrogancia. La aguantaba tanto menos, cuanto columbraba en don José Miguel un estorbo para sus planes, un competidor que le disputaria con tenacidad la dirección de una empresa de que habia hecho el sueño dorado de su vida.

Esos dos hombres no estaban hechos para entenderse. Ni el uno ni el otro reconocian superiores.

O'Higgins era mas dócil, mas flexible, mas manejable. Se doblegaba mucho mejor que su émulo bajo el imperio de las circunstancias. En vez de aspirar a ser jeneral en jefe, se avenia a ser simple jeneral de una división.

San Martín le caló de una mirada. Comprendió al instante que se conformaria con ser su segundo, que le ayudaria con su prestijio i con su brazo, i que nunca pensaria siquiera en hacerle sombra. Era ese el hombre que necesitaba, el hombre que le convenia. Desde entonces, fué su amigo declarado, i el enemigo implacable de Carrera, que le ofendia con su orgullo, i le hacía competencia con su ambición.

No habiendo logrado imponer a don José Miguel con su título de gobernador, trató de some-

terle por la fuerza. Para eso congregó las tropas del país, i por el influjo de O'Higgins insurreccionó contra el soberbio Carrera una parte de la división chilena. De este modo, pudo desarmarle, i enviarle con escolta a Buenos Aires.

IV.

Don José Miguel no perdió el tiempo en la capital de las provincias arjentinas. No obstante las persecuciones de que fué víctima muchas veces, no obstante su falsa posición de proscrito desvalido, no cesó un momento de solicitar ausilios para salvar a su patria de la opresión en que yacia, pretendiéndolos ante los diversos personajes que sucesivamente tomaron a su cargo el gobierno arjentino. A fin de conseguirlos, movió toda especie de resortes; acarició las pasiones, i se dirijió al convencimiento de aquellos majistrados; pero tan vanos fueron sus halagos, como poco escuchados sus argumentos.

Después de tantos esfuerzos frustrados, cualquiera otro habria desesperado. Don José Miguel sintió redoblarse su constancia con el mal éxito de sus pretensiones. Por no haber encontrado amparo en Buenos Aires, no desconfió de ser mas dichoso en otra parte.

En noviembre de 1815, se embarcó para Estados Unidos con la esperanza de traer bien pronto

de la estremidad septentrional de la América los recursos que necesitaba para libertar a Chile. No llevaba consigo mas que su jenio i una suma de dinero que se habria tenido por módica para cualquiera especulación mercantil de regular importancia.

V.

Hácia la misma época San Martín, cuyo carácter no era menos tenaz, comenzaba a organizar un ejército en Cuyo para realizar su pensamiento favorito, la consolidación de la independencia en Chile, el aniquilamiento del realismo en el Perú.

El permiso solo de levantar levas, de hacer los preparativos, le habia costado esfuerzos increíbles.

El gobierno de Buenos Aires agotado de recursos, distraído con las disensiones civiles que ajitaban el país, dedicado esclusivamente a la guerra inmediata que sostenia en Montevideo, o en el Alto Perú, no se sentia mui dispuesto a emprender, como lo proponia San Martín, una campaña allende la cordillera. Escuchaba esta indicación como una cosa de ejecución remota, que se haria con el tiempo; talvez como una ilusión quimérica. San Martín fomentó entonces las sociedades secretas en Buenos Aires, i se hizo conspirador para allanar el camino del poder a hombres

que le prestasen su cooperación. Este arbitrio le surtió el efecto deseado. Logró que subiesen al gobierno amigos, que por lo menos le dejasen obrar libremente en las provincias de Cuyo, San Luis i San Juan. No pedia nada mas. Pero poco le faltó para que perdiese en un momento todas estas ventajas.

Una asamblea constituyente reunida en la ciudad de Tucumán proclamó el 9 de julio de 1816 la independencia de la república arjentina, i nombró director supremo del estado a don Juan Martín Pueirredón. Este caballero era contrario a la espedición a Chile. San Martín lo sabía. Si no se le hacía variar de opinión, todo estaba perdido.

Pueirredón debia pasar de Tucumán a Buenos Aires para hacerse cargo del mando. San Martín determinó convencerle de la bondad de su proyecto en el camino.

Principió por despachar a la capital un emisario de toda su confianza con ciertas instrucciones para los amigos que allí tenia, muchos de los cuales ocupaban puestos elevados en el gobierno. Este ajente debia ir a mata caballo. El tiempo andaba escaso.

San Martín partió en seguida con dirección a Córdoba, donde se proponia salir al encuentro del director.

En el camino, se le presentó su emisario que le traia la respuesta de los amigos de Buenos Aires.

El objeto de su comisión se habia llenado completamente.

San Martín le escuchó, i continuó su carrera hasta Córdoba.

A poco de haber llegado, hizo también su entrada en la ciudad don Juan Martín Pueirredón. Desde las cinco de la tarde hasta la una de la noche, el presidente i el jeneral tuvieron una larga conferencia. Al salir de ella, Pueirredón estaba conforme con que se llevase a cabo la espedición de Chile.

Nunca se ha sabido de un modo positivo cuál fué el irreplicable argumento que empleó San Martín para convencerle; pero entonces se susurró por lo bajo que, entre otras razones, le habia indicado que si no se convenian, corria riesgo de ser asesinado antes de alcanzar a la posta vecina.

San Martín regresó a Mendoza con la autorización del director para preparar la espedición. Desde ese momento, se dedicó con tesón a la organización i disciplina del ejército. El gobierno central solo le ayudó con ausilios casi insignificantes. Lo sacó todo, hombres i pertrechos, de las tres provincias de Cuyo, San Juan i San Luis. Quien conozca la pobreza de esas comarcas, ese solo sabrá apreciar en su justo valor los talentos i la actividad de San Martín. Con los escasos elementos que ellas le proporcionaban, levantó un ejército de cuatro mil soldados, bien armados i equipados.

Junto con hacer los aprestos correspondientes, el gobernador de Cuyo pensó cómo superar la gran dificultad que se oponia a la realización de su plan. Lo que mas le asustaba para invadir el territorio chileno era, no las tropas realistas, sino la naturaleza, los Andes, ese baluarte colosal con que Dios ha fortificado nuestro país por el oriente.

Los ajentes de la metrópoli, que, después de la batalla de Rancagua, se habian encargado de la administración del reino, estaban mui distantes de hallarse a la altura de la situación. Eran por lo común individuos groseros, ignorantes, fanáticos, que, en vez de hacer amar su causa, la hicieron aborrecer. Con sus persecuciones inútiles, con sus estorsiones de toda especie, convirtieron al patriotismo a cuantos no lo habian abrazado todavía. En este sentido, puede decirse que la reconquista española de 1814 fué un gran bien para el sistema de la independencia. Ella, con la elocuencia de los hechos, hizo revolucionario de corazón a casi todo el pueblo.

El presidente don Francisco Casimiro Marcó del Pont fué particularmente la personificación verdadera de ese período de estupidez i de tiranía. Era ese un ente tan presuntuoso como necio, tan cobarde como sanguinario, que se perfumaba como una mujer, i gobernaba a los chilenos como déspota.

Ese jeneral almizclado, i los realistas atrabila-

rios que formaban su cortejo, eran ciertamente demasiado pequeños para luchar con San Martín; pero teñian un ejército de cinco mil veteranos aguerridos, i por parapeto para resguardarse, la cordillera mas escabrosa i emcumbrada del mundo. Esa inmensa muralla de piedra, fortificación digna de un reino, no tiene en toda su estensión, sino seis boquetes o pasajes que sean transitables. Un jefe vivo i esperto habria desbaratado todas las fuerzas de los insurjentes en sus ásperos desfiladeros, en sus angostas gargantas.

Era eso lo que temia San Martín, i lo que supo impedir.

Nadie mas propio que él para lograrlo. Antes de emplear contra los realistas las maniobras militares, los atacó con intrigas. Desde Mendoza, burló completamente a Marcó i su camarilla, i les persuadió de cuanto le convino. Usó para ello de grandes i pequeños resortes; de argucias domésticas, puede decirse, que harian reir en una comedia, i de insurrecciones populares, como las montoneras de Colchagua, que forman un hermoso episodio del poema de la revolución.

Con estas maquinaciones, las unas pueriles, las otras magníficas, todas injeniosas, consiguió su objeto. Marcó perdió la cabeza. San Martín tuvo el talento de dejarle vacilante sobre cuál de los seis boquetes iba a ser la entrada de los invasores. Marcó, desorientado, quiso estar en todas partes,

prepararse para rechazar a los patriotas por cualquier punto que se presentasen, i ocupar militarmente todas las ciudades, todas las aldeas, todos los villorrios para sofocar la sublevación jeneral de los habitantes que le amenazaba. Con este sistema, no estuvo realmente en ninguna parte. Despedazô su ejército en destacamentos, i lo inutilizó.

San Martín atravesó los Andes sin ser sentido; i casi junto con la noticia de su llegada, se supo que estaba al pié de la cuesta de Chacabuco, a unas cuantas leguas de la capital.

Marcó, en su confusión, se habia olvidado hasta de nombrar jeneral en jefe para sus tropas. El coronel don Rafael Maroto, en quien recayó su tardía eleccion, no llegó al campamento realista, situado al lado meridional de la cuesta de Chacabuco, sino la antevíspera de la batalla.

El 12 de febrero de 1817, los dos ejércitos vinieron a las manos. Todo se redujo a una carga a la bayoneta, dada por O'Higgins, i otra carga de los granaderos a caballo. Los realistas fueron completamente deshechos. Puede decirse que el jeneral arjentino los habia derrotado desde su gabinete en Mendoza.

Después de este descalabro, Marcó, en lugar de pensar en defenderse con los brillantes restos que aun le quedaban de su numeroso ejército, pensó únicamente en buscar la salvación en la fuga.

Todos los demas jefes le imitaron, menos el coronel don José Ordóñez, intendente de Concepción, que concentró en aquella provincia todas las fuerzas del sur, i fortificó a Talcahuano para sostenerse contra los patriotas, como correspondia à un valiente, mientras remitia ausilios el virrei de Lima.

El dia 13, los vencedores de Chacabuco tomaron posesión de Santiago.

El 15, un cabildo abierto proclamó a don José de San Martín director supremo del estado que acababa de libertar. San Martín, por política, para no ofender con un vano título las preocupaciones nacionales, renunció por dos veces el honor que se le ofrecia en señal de gratitud. En consecuencia, al siguiente dia, fué elejido del mismo modo director supremo don Bernardo O'Higgins, como se traia acordado desde el otro lado de los Andes.

La primera campaña de la restauración estaba terminada. La bandera española no conservaba a su rededor sino unos cuantos centenares de hombres. La mayor parte del territorio chileno reconocia ya, o iba a reconocer mui pronto, la autoridad de los insurjentes. San Martín, para dar cuenta a su gobierno del resultado de su espedición, habria podido imitar ese famoso boletín de César al senado de Roma: *veni, vidi, vici.*

CAPITULO VI.

Abandono de la capital de Chile por los realistas.--Elección de don José San Martín para director supremo, i su renuncia de este cargo.—Elección de don Bernardo O'Higgins para el mismo empleo.—Primer ministerio de O'Higgins.—La *Lojia Lautarina.*—Política inflexible adoptada por el gobierno.—Medidas fiscales.--Ejecución de don Manuel Imas.—Ejecución de San Bruno i Villalobos.—Nombramiento del jeneral arjentino don Hilarión de la Quintana para director delegado, i descontento que produce. — Nombramiento de una junta en remplazo del gobernante anterior.--Nombramiento de don Luis de la Cruz para director delegado.— Creación de la *Lejión de Mérito.*—Proclamación de la independencia de Chile.—Campaña de 1817 contra los realistas del sur. —Campaña de 1818 contra el ejército de Ossorio.

I.

Después de la batalla de Chacabuco, la fuga precipitada de Marcó del Pont, de sus cortesanos i de sus tropas, dejó en acefalía la ciudad de Santiago.

La plebe, viéndose libre de toda sujeción, dió rienda suelta a su furor contra los sostenedores de la metrópoli, i principió sus venganzas por el saqueo del palacio de los presidentes-gobernado-

res. En pocas horas, los lujosos tapices, los magníficos muebles, las primorosas porcelanas, todos los dijes que constituian la vanagloria i el deleite del último gobernante español, pasaron a manos de individuos menos relamidos i delicados, que su dueño primitivo.

El destino que habia cabido a los bienes de Marcó inspiró serios cuidados al vecindario de la capital. Temió que el populacho, cebado con el botín del tirano, i sin freno que le contuviera, entregase al pillaje las propiedades de los demás ciudadanos.

Para evitar un riesgo tan inminente, muchos de los principales habitantes rogaron a don Francisco Ruiz Tagle que invistiera el mando de la ciudad hasta la entrada del ejército libertador. Este señor, convencido de la gravedad de las circunstancias, se prestó a sus deseos, i aceptó para conservar el orden aquella delegación popular.

Tal era el gobierno provisional que habia establecido, cuando el jeneral San Martín hizo su entrada en la capital.

Una de sus primeras providencias fué convocar a los notables del pueblo para que, reunidos en *cabildo abierto*, designasen tres electores, uno por cada una de las tres provincias en que estaba dividido el reino, Santiago, Concepción i Coquimbo, a fin de que éstos nombrasen la persona que habia de rejir el país.

En cumplimiento de esta convocatoria, el 15 de febrero, se congregaron en la sala capitular cien vecinos bajo la presidencia del gobernador Tagle. Era aquel un acto de pura fórmula. No habia otra elección posible, que la del jeneral en jefe del ejército vencedor, o la de la persona que él indicara. Aquella junta lo consideró así, declaró inútil el nombramiento de los tres electores, i proclamó por unanimidad director supremo a don José de San Martín.

Como ya lo he dicho, no entraba en la política de éste admitir semejante título. Renunció, pues, el honor que se le ofrecia, i volvió a convocar el vecindario con el mismo objeto que anteriormente.

El 16, se reunieron doscientos diez individuos, que insistieron en el acuerdo del dia precedente.

San Martín tornó a renunciar, i manifestó a aquella asamblea electoral por conducto del auditor de guerra don Bernardo Vera las razones que apoyaban su resolución.

Como ella permaneciera todavia congregada, nombró por unanimidad también a don Bernardo O'Higgins director supremo interino del estado *con facultades omnímodas*. Vera que hacía en aquella ocasion como de apoderado de San Martín, espresó cuán placentera sería para el jeneral la elección que acababa de efectuarse.

Apenas el auditor hubo concluido su discurso,

una porción de los ciudadanos allí reunidos corrió a casa de O'Higgins; i en medio de víctores i aplausos, le trajo a la sala capitular para que prestara el juramento de estilo.

Se convino en que los demás pueblos irian ratificando lo acordado, a medida que la retirada de los realistas lo fuese permitiendo.

II.

La proclamación de aquellos doscientos diez individuos fué el título primitivo de don Bernardo O'Higgns para la dictadura que ejerció por el espacio de seis años. Es preciso confesar que, en las circunstancias, no podia consultarse la voluntad de la nación de una manera mas lejítima i formal.

El pueblo de Santiago se hallaba en el dia siguiente al de una victoria que trastornaba todo el orden establecido, sin que fundase sólidamente el nuevo sistema. El enemigo, aunque derrotado, se atrincheraba en una estremidad del país, i abandonaba el resto con lentitud, como quien se propone volver a disputarlo. A nadie, se ocultaba que Chacabuco no habia sido mas que un principio de la lucha, brillante para las armas de la patria. La campaña de la restauración estaba abierta con ventaja, pero no concluida. Todos tendian la vista a las costas del Perú, de donde

seguramente iba a partir la escuadra que habia de trasportar las nuevas lejiones de la España. La jente pacífica recelaba todavía mayores padecimientos que los que llevaba ya soportados en aquella encarnizada contienda, i los militares afilaban sus sables.

En semejante situación, habria sido insensatez mostrarse demasiado escrupuloso por las formalidades que se observasen en la elección del gobernante supremo. Era aquel un momento de descanso entre dos batallas. ¿Cómo pensar en reglamentar i convocar comicios electorales, cuando el tiempo apenas alcanzaba para los preparativos de guerra?

Es preciso confesar igualmente que, entre todos los jefes nacionales que en aquella época pisaban el territorio chileno, O'Higgins era el mas aparente para rejir a sus conciudadanos, i el mas digno de merecer ese honor. Soldado valiente, hombre de prestijio, caudillo de un numeroso bando, en íntimas i buenas relaciones con el jeneral del ejército aliado, poseia todas las calidades que habrian podido desearse.

Pero hechas estas reservas, no se negará tampoco que la irregularidad de su elección debia perjudicarle andando el tiempo. La opinión de doscientos diez padres de familia no es la opinión de un pueblo, tanto mas cuanto sus sufrajios habian estado mui lejos de ser enteramente libres.

Ellos no habian hecho sino pronunciar en voz alta el nombre que San Martín les habia repetido al oído. No dudo que sin esa poderosa indicación O'Higgins habria sido designado; pero la cosa habia sucedido de ese modo.

No hai sentimiento mas puntilloso, que el del nacionalismo. Dijérase lo que se dijese, el director debia su elevación al apoyo de un ejército perteneciente a una nación estranjera, aunque hermana, mas bien que a un acto espontáneo de sus conciudadanos. Esta observación que se deducia lójicamente de los hechos, no podia menos de ser funesta para la popularidad de don Bernardo. Sus adversarios políticos, desde los primeros tiempos, hicieron servir en provecho suyo el vicio de que adolecia el nombramiento del director.

III.

O'Higgins inmediatamente organizó su ministerio, que dividió en tres departamentos, a saber, el de *gobierno i relaciones esteriores, el de guerra, i el de hacienda.*

Los dos primeros fueron encomendados a don Miguel Zañartu i a don José Ignacio Zenteno. Zañartu se hizo tambien cargo del de hacienda, que no fué dado sino algunos meses mas tarde a don Hipólito Villegas.

Zenteno se habia comprometido por la causa

nacional; pero antes de la emigración, no habia ocupado un puesto de primera línea. En Mendoza, San Martín le habia nombrado oficial de su secretaría. Los dos se habian entendido. Zenteno tenia una cabeza organizadora, i era infatigable para el trabajo. El gobernador de Cuyo, prendado de la intelijencia con que le comprendia, i de la laboriosidad con que ejecutaba sus disposiciones, no habia tardado en hacerle su secretario.

La parte que Zenteno habia tomado en la formación del ejército de los Andes, habia sido importantísima. Era él quien habia dirijido esos mil pormenores indispensables para el arreglo i la disciplina de la tropa, i cuya minuciosidad i multiplicidad piden una contracción i un empeño difíciles de encontrar.

En el ministerio de la guerra, iba a continuar las mismas tareas, que en la secretaría de Mendoza, tareas que sin descanso soportó durante años, i que a otros los habrian rendido en unos cuantos meses.

Zañartu era un hombre apasionado, de bastante habilidad, de carácter firme i decidido, de sentimientos profundos, que cuando aborrecia, aborrecia de muerte, i cuando amaba, era con exaltación. El odio contra los Carreras era en él una pasión.

En 1813, habia sido en Concepción, sino el caudillo, al menos el orador fogoso i audaz de la

facción que habia combatido contra don José Miguel. En esa ocasión, habia desplegado un atrevimiento al cual nada habia intimidado, ni el prestijio de Carrera, ni el fanatismo del ejército por su jeneral. Esta conducta debió ser a los ojos de O'Higgins uno de sus principales méritos para confiarle la cartera de uno de los ministerios.

En los departamentos, se reinstalaron los antiguos cabildos, que no tenian ningunas franquicias ni iniciativa, i autoridades locales, que no eran sino ajentes sumisos del ejecutivo.

Los enumerados eran, puede decirse, los funcionarios públicos i oficiales de la administración. Pero en la sombra, se formó además un senado misterioso, especie de remedo de las instituciones venecianas, que, aunque no estuvira autorizado por ninguna lei, formaba en realidad el consejo del director. Era una asociación masónica, que se denominaba la *Lojia Lautarina.*

El público designaba con mas o menos fundamento a varios altos potentados civiles o militares como cofrades de aquel club tenebroso i encubierto; pero nadie podia asegurar a punto fijo i con certidumbre quiénes eran sus miembros.

Estaba estrechamente relacionado con otro semejante que existia en Buenos Aires, i que gobernaba también aquel estado. Ambos debian su fundación al jeneral San Martín, que era mui

inclinado a dirijir la política por resortes ocultos i maquinaciones subterráneas.

Este senado enmascarado, que deliberaba a escondidas, como si temiera la luz, sin secretario que autorizase sus acuerdos, i sin actas donde se consignasen sus procedimientos, decidia, segun se dice, bajo la presidencia del director, todos los negocios grandes i pequeños de la guerra i de la administración. Ejercia al mismo tiempo las funciones de cuerpo deliberante i de poder ejecutivo. Lo que se resolvia en sus sesiones, era lo que se ponia en práctica.

IV.

Desde los primeros dias de su establecimiento, dejóse conocer cuál sería el programa del gobierno que debia su elección al triunfo de Chacabuco.

Asegurar a toda costa la independencia de Chile era su principal objeto, francamente confesado.

Para conseguirlo, estimaba necesarias particularmente dos cosas: crear i conservar en el partido revolucionario la mas absoluta unidad de miras bajo la disciplina mas severa; i abatir moralmente, aterrorizar a los realistas.

Todo lo consideraba perdido si, como antes de la batalla de Rancagua, la división se introducia entre los patriotas. Creia casi infructuosas las

ventajas militares, mientras los realistas se atreviesen a confesarse tales, i a tener el descaro de su opinión.

Estaba dispuesto a emplear toda clase de medios para alcanzar esos dos resultados. Esto esplica el encarnizamiento con que se puso a perseguir a los carrerinos, i el rigor de las represalias que tomó contra los adictos a la España.

El gobernador de Mendoza, Luzurriaga, recibió orden de detener a cuantos no llevasen el competente pasaporte. La cordillera debia servir de atajo a todos los amigos decididos de Carrera, aun cuando ofrecieran sus servicios, aun cuando no hubiera sospechas contra ellos.

Los que estaban en Chile fueron vijilados casi de vista.

Todas las medidas preventivas se juzgaban lícitas para impedir la mas remota posibilidad de anarquía. El gobierno era tanto mas estricto en sus precauciones, cuanto que don José Miguel habia arribado por aquel entonces al rio de la Plata con una espedición de los Estados Unidos. Su proximidad sola se consideraba como el amago de un gran peligro.

La persecución de los realistas fué todavía mas dura i tenaz. Las congojas que entonces debieron soportar, fueron sin duda espantosas, i dejaron compensadas las que ellos, durante la reconquista, hicieron sufrir a los patriotas.

Ningún español, ningún americano tachado de *godo* podia andar por la calle despues del toque de oraciones, so pena de ser fusilado en el acto.

Estaban conminados con el mismo castigo, si se reunian en número de tres, bien fuese en su casa, o en cualquiera otra parte.

Otro bando ordenó que todo individuo que hubiera recibido boleto de calificación del *tribunal de infidencia* establecido por Ossorio, fuese a entregarlo al ministro de gobierno en el término de cuarenta i ocho horas.

Esta penitencia era terrible. El decreto callaba el fin de tal disposición, de modo que el paciente, cuando habia presentado el documento, que podia acarrearle quién sabe qué castigo, quedaba sujeto a la angustia mas dolorosa, ignorando cuál sería su suerte.

A imitación de los españoles, se creó también una junta de calificación. Todo el que, en el plazo de dos meses, no hubiera justificado ser patriota, era declarado sin opción a empleos públicos i perdia el que tuviera.

Algunos destierros, entre los cuales se enumeró el del obispo Rodríguez, convencieron a todo el mundo de que las amenazas del directorio no eran vanas palabras.

V.

Al mismo tiempo que se dictaban estos rigorosos decretos, se reorganizaba el ejército a toda prisa. Se hacian levas, se disciplinaban tropas, se aprestaban armas i municiones.

Todos temian por dias la invasión. Nadie se lisonjeaba de que la guerra estuviese terminada.

Mas los preparativos bélicos exijen dinero, i el erario nacional estaba escueto. Los vencedores de Chacabuco no habian traído mas riquezas, que las que habian llevado a la emigración: sus espadas. Las cajas del tesoro estaban casi vacías. Al enemigo, solo se le habian tomado setenta i cinco mil setecientos diez pesos. El gobierno de la reconquista habia dejado el reino agotado, habia saqueado la hacienda de los patriotas, i habia arrancado a las familias empobrecidas las contribuciones, puede decirse, con la punta de las bayonetas.

Habia, entretanto, que sostener una guerra inevitable i sagrada, que mantener un ejército, que proveer a la salvación del país. ¿Qué hacer en tales apuros? En pocos dias, i entre dos campañas, no se improvisa un sistema de rentas.

No habia mas arbitrio que obligar a los particulares tildados de realistas a satisfacer con sus

caudales los gastos de la guerra i de la administracion.

No retrocedió el gobierno delante de una providencia que justificaban la necesidad i los resentimientos políticos. Impuso una contribución de cuatrocientos mil pesos a los españoles europeos residentes en el país, i declaró propiedad de la nación todos los bienes, derechos i acciones de los realistas prófugos, de los que habian sido tomados con las armas en la mano, de los que no se habian presentado a sincerar su conducta, de los que vivian en los reinos de España i sus dominios, a no ser que se hallasen en ellos presos o confinados por adictos a la independencia americana.

En cortos plazos, todos los tenedores de estos bienes debian entregarlos a la comisión respectiva bajo las penas mas severas. Por una perversión de las reglas morales, que jamás podria disculparse, se fomentaba la delación, i se otorgaban premios a los abusos de confianza, a fin de evitar cualquiera ocultación en las propiedades mencionadas.

Los realistas pusieron entonces el grito en los cielos por aquel despojo. Algunos de sus descendientes han repetido después las quejas de sus padres. Ni unos ni otros han reparado que los verdaderos culpables de la estorsión eran los mismos sobre quienes recaia. Eran ellos los que, después de la derrota de Rancagua, hábian abusado de las

confiscaciones i secuestros; eran ellos los que habian empobrecido el reino con las rapiñas de los *talaveras*, i los que no habian dejado otro camino de salvación a los insurjentes en la escasez del erario i el agotamiento de todas las fuentes de la riqueza pública.

Por otra parte, la república, como hija honrada i heredera celosa por la reputación de sus primojenitores, ha reconocido todas las deudas de esa especie que podian acreditarse de un modo lejítimo, i las pagará fielmente. Los secuestros no habrán sido entonces mas que un préstamo forzoso.

Sería de desear aun que, si fuese posible, se satisficiesen hasta su último cuartillo, con todos sus intereses, sin descuento, sin rebaja.

VI.

Pero si la república debe cargar con las deudas en dinero que nuestros padres contrajeron para darnos la libertad, la existencia, no puede hacer otro tanto con sus deudas de sangre, sobre todo de sangre inútil. Esa las rechaza, las repudia. Caiga su responsabilidad solo sobre quien tuvo la desgracia de mancharse con ellas.

De esa clase es el asesinato innecesario, injustificable del español don Manuel Imas.

Era éste un comerciante oscuro, honrado, pacato, de limitados alcances. Era adicto a la Espa-

ña, porque era peninsular. Sin talento, sin valor, sin relaciones, podia mirarse como el ser mas inofensivo.

Pero esa insignificancia, que salva a tantos en las convulsiones políticas, fué la causa de su ruina. El gobierno deseaba aterrar a los realistas; deseaba manifestarles que las conminaciones de sus bandos no eran simples amenazas escritas en el papel, propias para asustar a los inocentes i a los niños. El desdichado Imas fué la víctima escojida para lograrlo. No pertenecia a una familia pudiente; no poseia grandes riquezas; su muerte sería un ejemplar que produciria su efecto sin suscitar embarazos a los gobernantes.

El 18 de febrero, se habia publicado un bando que ordenaba a los particulares bajo pena de la vida la entrega en el perentorio término de seis dias de cuantas armas poseyesen.

Don Manuel Imas era jefe de los guarda-tiendas, que desempeñaban en los barrios del comercio el cargo que ahora los jendarmes de la policía. Como tal, guardaba en su tienda las armas de los espresados celadores. Las prescripciones del bando de 18 de febrero no podian comprenderle. El lo entendió así; i por lo tanto, ni siquiera pensó en entregar las armas que le servian para el destacamento de policía que mandaba.

Cierto dia, presentósele un soldado a venderle un sable. Imas rehusó comprárselo. El soldado

reiteró su oferta con instancia. El pobre comerciante se negó todavía, pero el vendedor se lo pidió con tanto encarecimiento, que, por librarse de su importunidad, le respondió que volviese pasados algunos dias, i que entonces le compraria el arma. Imas la necesitaba para sus guarda-tiendas.

El infeliz habia casi olvidado esta incidencia que debia serle tan fatal, cuando, a las doce de la noche del dia que habia designado (1.° de abril de 1817), hallándose recojido en su casa, oyó redoblados golpes a su puerta. A sus interrogaciones para averiguar la causa del alboroto, le respondió la voz del soldado cobrándole su palabra sobre la compra del sable. Imas le espresó su estrañeza de que hubiera escojido hora tan avanzada para concluir su negocio; pero no sé por qué destino adverso, accedió a su solicitud.

Apenas hubo abierto la puerta para recibir el sable, cuando se encontró rodeado de un piquete, que le condujo a la cárcel, acusándole de haberle sorprendido en flagrante infracción del bando de 18 de febrero.

Ignoro si en el calabozo se le presentó un juez para interrogarle; lo único que he sabido es que al poco tiempo vino un sacerdote a ofrecerle su ausilio, porque estaba condenado a morir dentro de pocas horas.

El sacerdote escuchó la confesión de ese hombre que iba a comparecer delante de Dios, i corrió

a palacio para asegurar al director la inocencia del supuesto reo. Era demasiado temprano, i se le negó la entrada.

El sacerdote se fué a la catedral a decir misa, mientras podia hablar con O'Higgins. Cuando salió de la iglesia, colgaba en la plaza de una horca el cadáver de don Manuel Imas, que acababa de ser pasado por las armas.

Se tenia resuelto aterrar a los realistas. La casualidad habia ofrecido contra uno de ellos, quizá el mas insignificante de todos, una leve sombra de culpabilidad, un infundado pretesto de acusación. Impacientes los gobernantes por ostentar su severidad, no habian desperdiciado la ocasión, i se habia cometido una grande injusticia.

Los que eso autorizaron ¿creian que la sangre de un *godo* era menos preciosa, que la de un patriota? ¿que las lágrimas de la mujer i de los hijos de ese español eran menos amargas, que las de sus propias mujeres e hijos?

Después de ase atentado contra la humanidad, ¿con qué derecho criticaban a Marcó la ejecución de Traslaviña i sus compañeros?

Este i otros actos de esa administración, que yo querria borrar del catálogo de sus providencias, traian su orijen de esa impía máxima que habia adoptado por base de su política: *el fin justifica los medios*.

Ese principio abominable, disculpa de la mal-

dad, escudo del crimen, mezcla sacrílegamente el bien con el mal, hace de la moral un negocio de cálculo, i no de conciencia, i procura sofocar el remordimiento con los sofismas del raciocinio. Una vez admitido, no hai cosa que no sea lícita. Todo lo que hai de mas horrible puede lejitimarse. Los gobiernos, como los individuos, no deben apreciar la moralidad de sus actos por las consecuencias, por los resultados próximos o remotos, sino por la malicia o bondad intrínseca. Nunca el asesinato será permitido, aun cuando llegara a probarse, lo que me parece difícil, que la suerte de una nación dependiera de la vida de un hombre.

Doce dias después de Imas, fueron también fusilados en la plaza principal don Vicente San-Bruno, el célebre *talavera*, presidente del *tribunal de vijilancia,* i el sarjento del misms cuerpo Villalobos, su cómplice en los asesinatos que el 6 de febrero de 1815 ejecutaron en la cárcel de Santiago.

La muerte de aquellos dos hombres feroces era justa. Ambos habian ultimado infamemente a indefensos prisioneros. San-Bruno habia cometido con los habitantes de la capital toda especie de tropelías sangrientas. Para uno i otro, el suplicio era la merecida espiación de sus delitos.

Estas tres ejecuciones abatieron el ánimo de los realistas, que pedian en secreto al cielo la venganza de sus agravios, pero que no se atrevian ni

siquiera a lamentarse en alta voz. El miedo los enmudecia, i la rabia les hacía tender con avidez sus miradas a la provincia de Concepción, donde el valiente Ordóñez defendia el honor de la bandera española.

VII.

La necesidad de apresurar la conclusión de la guerra, obligó a O'Higgins a dejar la capital i a partir para él sur con el ministro Zenteno.

El 15 de abril de 1817, nombró para que le subrogase durante su ausencia con el título de director delegado o sustituto, al coronel arjentino don Hilarión de la Quintana.

La designación de este individuo para el mando supremo fué altamente impopular. Esta preferencia de un jefe estranjero sobre los hijos del país, chocó hasta el mayor punto con los sentimientos del nacionalismo.

Los enemigos del gobierno se aprovecharon de este pretesto para redoblar sus murmuraciones.

Decian que Chile estaba constituido en colonia de Buenos Aires. ¿De qué les serviria no hallarse dependientes de los españoles, si habian de serlo de los arjentinos? Aquello solo era cambiar dominación por dominación. Los vencedores de Chacabuco les habian traído la conquista, i no la libertad.

Los opositores presentaban el nombramiento de Quintana como la prueba mas bochornosa de la subordinación de O'Higgins a San Martín.

Este último, como era natural, ejercia grande influjo. Puede decirse que en muchos casos era él quien gobernaba. Esto daba marjen a la crítica mas acerba i pretesto a los émulos de don Bernardo para desacreditarle. Repetíase que, después de Chacabuco, los Andes como frontera habian desaparecido; que Chile i las provincias arjentinas formaban un solo estado; que San Martín era su verdadero soberano, i O'Higgins i Pueirredón, colegas que le estaban subordinados.

En estas hablillas, habia mucho de cierto. San Martín, con el buen éxito de su empresa, habia adquirido una fama i una influencia incalculables de este i del otro lado de la cordillera. En esta i en aquella comarca, su voluntad pesaba mucho en la dirección de los negocios. Poco despues del 12 de febrero, habia realizado un rápido viaje a Buenos Aires, probablemente para afianzar por la diplomacia su supremacía en aquel gabinete, como en Chile la habia afianzado por la victoria.

Esta injerencia del jeneral arjentino en el gobierno, que era inevitable, pero quizá demasiado absoluta, heria a los habitantes en las delicadezas del amor propio. No soportaban con paciencia esta especie de vasallaje, i echaban sobre O'Higgins la responsabilidad de aquella deferen-

cia que, en su orgullo de chilenos, calificaban de escesiva.

La acusación era injusta. Don Bernardo se veia arrastrado por las exijencias de su posición, tenia que mostrarse condescendiente con aliados de quienes necesitaba para asegurar la emancipación del país, que habian prestado grandes servicios, i que estaban prontos a prestar otros no menores.

Pero el espíritu de partido no admitia estas escusas, i presentaba la adhesión de O'Higgins a San Martín, no como una consecuencia precisa de las circunstancias, sino como el pago de sus despachos de director. Se propalaba que el *cabildo abierto* del 16 de febrero no habia sido mas que una pura farsa; que el nombramiento de O'Higgins debia datarse en Mendoza, i no en Santiago; i que era la gratitud de tan alto empleo lo que le hacía tan obsecuente i tolerante para con el jeneral del ejército de los Andes i sus paisanos.

Los que proferian estas acriminaciones, hijas de las pasiones políticas, tenian buen cuidado be tomar sus precauciones para hacerlo. No andaban divulgándolas ni en las plazas, ni en los lugares públicos. La libertad de la lengua no estaba reconocida en aquella época, i habrian tenido por qué arrepentirse los que se la hubieran tomado. Pero no por esto surtian menos efecto estos amargos reproches, que se hacian circular sijilosamente i por lo bajo. El sentimiento de un nacionalis-

mo, exajerado, si se quiere, pero vigoroso, les prestaba un alcance terrible.

La elección de Quitana para director sustituto, acabó de irritar el descontento producido por los motivos indicados.

VIII.

Por desgracia, aquel militar estaba mui distante de ser hombre aparente para desvanecer las prevenciones del público.

Como la mayor parte de los oficiales del ejército de los Andes, se mostraba soberbio por los servicios prestados i la importancia de su posición en una tierra que acababa de salvar del yugo tiránico de la metrópoli. Sus pretensiones eran exhorbitantes; desmedidas las consideraciones que exijían, tanto él, como casi todos sus demás camaradas.

A la aspereza de su orgullo, se añadia la tosquedad de las maneras, mas propias de un campamento, que de una ciudad. Queria gobernar poco menos que como se dirije a los soldados en campaña.

Ciertas medidas fiscales necesarias, pero no que podian menos de ser odiosas, robustecieron las antipatías que se habian despertado en el pueblo contra él.

Las salidas del erario estaban mui lejos de ha-

llarse balanceadas con las entradas. Los gastos de la guerra se aumentaban en una gran desproporción con los fondos del tesoro. Para llenar el déficit, Quintana, a imitación del gobierno de la reconquista, decretó sobre todos los vecinos pudientes una contribución mensual por el término de un año, i restableció algunos de los impuestos que aquel habia ideado. Semejantes disposiciones debian naturalmente suscitarle el aborrecimiento de muchos de los contribuyentes.

Pero lo que puso el colmo a su impopularidad fué la prisión inmotivada de varios ciudadanos tachados de carrerinos, entre quienes se encontraban don Manuel Rodríguez i don Manuel José Gandarillas, ambos patriotas eminentes i jeneralmente estimados.

La presencia de los tres Carreras en las provincias arjentinas traia cuidadosos a los gobernantes. Temian el atrevimiento de aquellos jóvenes, i así redoblaban su vijilancia. Mas Quintana no se contentó con estar alerta, sino que demasiado receloso, a la menor sospecha, aseguró a hombres que no eran adictos a la administración, pero que, en aquel momento, no conspiraban. Esta tropelía acrecentó de una manera alarmante el descontento.

IX.

Vista la actitud de los habitantes, San Martín i

O'Higgins no estimaron prudente contrariar una opinión tan pronunciada, i dieron satisfacción a las exijencias del público, remplazando a Quintana por una junta compuesta de don Francisco Antonio Pérez, don Luis de la Cruz i don José Manuel Astorga. La direccion suprema delegada pertenecia a todos ellos unida e indivisiblemente; pero la presidencia de la junta debia alternarse cada tres meses entre los tres por el orden de sus nombramientos.

Quintana les entregó el mando el 7 de setiembre delante de todas las corporaciones.

Don José de San Martín, jeneral del ejército arjentino, i don Tomas Guido, ajente diplomático de la misma república, no desperdiciaron esta ocasión solemne para desmentir los rumores que se habian esparcido acerca de las pretensiones de su gobierno a la dominación de Chile. Ambos protestaron que aquel gabinete no tenía otro plan, que el de mantener la independencia absoluta de este país.

La junta de 7 de setiembre, se esforzó por calmar la irritación que habia causado la petulancia de su predecesor.

Puso en libertad a Gandarillas i Rodríguez, dándoles un certificado de su inocencia.

Dictó algunas medidas fiscales, i se empeñó por regularizar el sistema de contribución. La mensualidad se cobraba de un modo arbitrario i des-

igual. La junta trató de evitar esta desproporción inicua. Para ello, dictó un decreto ordenando que todo propietario, todo negociante i todo poseedor de censos cediese a la patria una vez en principios de cada año el uno por ciento de su capital o del valor calculado de sus propiedades rústicas i urbanas.

Desgraciadamente la junta no tuvo tiempo de hacer poner en práctica el equitativo plan de contribuciones que habia acordado.

Ella misma pidió al director O'Higgins que concentrase todo el poder en una sola persona para conseguir la actividad en las resoluciones, i la rapidez en la ejecución, que demandaban las circunstancias del estado. Don Bernardo, reconociendo la conveniencia de esta solicitud, mandó que don Luis de la Cruz resumiese todo el mando.

El 16 de diciembre, recibió cumplimiento esta decisión suprema.

Las peripecias de la campaña que se abrió inmediatamente, impidieron al delegado hacer ejecutar el proyecto que él mismo habia concebido en unión de sus otros dos colegas.

X.

Pero antes de relatar las alternativas i los principales resultados de la guerra, voi a hablar de

dos célebres e importantes disposiciones que promulgó el director supremo durante su permanencia en las provincias del sur. Es la una la creación de la *Lejión de Mérito*, i la otra la *proclamación de la independencia de Chile.*

La primera es la revelación del sistema político de O'Higgins, i la segunda, puede decirse, la partida de bautismo de la república. Ambas merecen por cierto que se les dediquen algunas líneas en una reseña de la época.

El 22 de marzo de 1817, O'Higgins habia abolido la nobleza de sangre, i la habia declarado una anomalía en una república. Por su orden, se habian borrado del frontispicio de las casas los escudos de armas e insignias análogas, esos jeroglíficos, como los llama el bando, que muchas veces no son sino el signo del servilismo, o de la degradación humana.

Oficialmente la nobleza heráldica, la nobleza hereditaria quedaba suprimida. Era ese un gran paso hácia la reforma social, la estirpación de una preocupación ridícula, pero perniciosa.

En Chile, con reducidas escepciones, la que se pretendia nobleza era una nobleza apócrifa, que, por dinero, habia comprado un título al gabinete de Madrid, i que, a fuerza de cavilaciones, se habia acomodado una jenealojía medio decente, que talvez no tenia mas realidad, que el hallarse escrita en un libro lujosamente encuadernado i de bro-

ches de oro. Otros no tenian títulos, sino un simple mayorazgo, i muchos aun ni siquiera eso.

El tronco de esas altaneras familias habia sido quizá algún pobre polizón venido de España sin mas riquezas que su sombrero embreado i un chaquetón de lana, o algún honrado comerciante que habia ganado sus blasones detrás del mostrador de una tienda. Sin embargo, estos colonos ennoblecidos, olvidándose de la humildad de su orijen, ostentaban mas arrogancia que un Montmorency, i exijian mas acatamiento que un descendiente de los cruzados. Era conveniente apartar del camino ese estorbo a la igualdad de todos los ciudadanos; era útil derribar esa superioridad ficticia que se levantaba sobre un pedestal de arena.

O'Higgins manifestó comprender el espíritu del siglo, cuando firmó el bando de 22 de marzo. Pero el mismo gobernante que esto habia hecho, creó por un decreto de 19 de junio, una nobleza militar, en lugar de la nobleza hereditaria i civil que acababa de destruir.

Fué esa la fecha con que ordenó la formación de la *Lejión de Mérito*, que debia sustituir a los marqueses, a los duques, a los condes del viejo sistema los brigadieres, los coroneles, los mayores.

Los togados, los literatos, los filántropos, los sabios, tenian, como los hombres de guerra, opción al honor de ser incluidos en ella; pero según la categoría en que eran clasificados, así recibian

también el grado militar correspondiente, i eran tratados en conformidad.

La intención del fundadar estaba manifiesta; queria calcar la organización de su orden sobre la jerarquía del ejército; la ordenanza debia ser la *magna carta* de esta nobleza de creación moderna.

La *Lejión* se componia: de *grandes oficiales*, que tenian el carácter i los honores de brigadieres jenerales con una pensión anual de mil pesos; de *oficiales*, que equivalian a coroneles de ejército con sueldo de quinientos pesos; de *sub-oficiales*, equivalentes a sarjentos mayores con el de doscientos cincuenta pesos; i de *lejionarios*, que correspondian a tenientes con una asignación de ciento cincuenta pesos. Los sueldos de estos individuos no debian sufrir el menor descuento.

Se señalaban para el mantenimiento de la *Lejión* todos los bienes secuestrados a los enemigos de la independencia, que se habian fugado al tiempo que el ejército libertador habia ocupado el territorio chileno.

Los miembros de la orden gozaban de fuero especial, i solo podian ser juzgados por sus pares. Contra ninguno de ellos, podia ejecutarse la sentencia sobre materia criminal de cualquier otro tribunal.

La nobleza creada por O'Higgins tenia sobre los titulados de Castilla la ventaja de hallarse basada en el mérito personal, i no en la herencia de

un mérito ajeno; pero siempre era una aristocracia privilejiada, una desigualdad disonante en una verdadera república.

El valor, el talento, la virtud, el patriotismo tienen sin duda derecho a la consideración, al respeto, a la veneración de los ciudadanos; pero de ningún modo tienen derecho a la desigualdad, al privilejio. El premio de los hombres eminentes es el acatamiento público, la estimacion jeneral, la gloria; pero fuera de eso, deben ser tratados sin distinciones injustificables i de la misma manera que todos los demás.

O'Higgins era consecuente con el réjimen político que se proponia plantar después de la victoria definitiva al destruir la nobleza hereditaria, fundada en los servicios o quizá en la riqueza de los antepasados, i al establecer la nobleza militar que tenía por base los servicios personales prestados a la nación. Él no ambicionaba ceñir su cabeza con una corona de metal como los reyes europeos, sino con una de laurel como los dictadores romanos. Los marqueses, los duques, los nobles de Castilla, eran antiguallas que despreciaba como inservibles; pero los brigadieres, los coroneles, los individuos del ejército que darian la independencia al país, formaban el cortejo forzoso de un presidente vitalicio, que alegaria títulos semejantes para ocupar ese encumbrado puesto.

La creación de la *Lejión de Mérito* era una medida preparatoria para realizar mas tarde la otra idea que habia de completarla. Estaba la base; faltaba la cúspide.

El 12 de setiembre de 1817, se verificó en Concepción la instalación solemne de la nueva orden.

XI.

Desde la victoria de Chacabuco la *proclamación de la independencia* era una exijencia del público, un propósito firme i decidido de los gobernantes.

Esta franqueza sobre el fin que se proponian los patriotas es un rasgo característico del período revolucionario que comenzó en 1817. Antes de entonces, la idea estaba en muchas cabezas; algunas voces valerosas habian pedido su realización abiertamente; diversos actos de los gobernantes no podian tener mas significado que el de una emancipación resuelta.

Pero era éste un deseo oculto en las almas, que no se espresaba claramente por palabras. El nombre de Fernando VII se levantaba siempre en todos los documentos oficiales como una especie de pararrayo contra la cólera de la metrópoli, como una precaución de prudencia contra las eventualidades de la suerte i los peligros del porvenir.

Mas después del 12 de febrero de 1817, los in-

surjentes tomaron otro tono, adoptaron otro lenguaje mas atrevido i correspondiente a sus verdaderas intenciones. La separación absoluta de la España era el objeto confesado de la lucha, el clamor jeneral de todos los patriotas. El disimulo se habia dejado entre los bagajes de que Ossorio se habia apoderado en Rancagua.

La independencia estaba declarada de hecho; pero se necesitaba hacerlo de una manera solemne, i con la precisa formalidad. El gobierno pensó que no debia retardarlo por mas tiempo, i se dispuso a consultar la voluntad de los habitantes.

Con este objeto, la junta delegada de Santiago promulgó el 13 de noviembre de 1817 un decreto por el cual se ordenaba que, en todos los cuarteles de cada ciudad, i por el término de quince dias, cada inspector acompañado de dos alcaldes de barrio, abriese dos rejistros, en uno de los cuales firmarian los ciudadanos que estuvieran por la pronta declaración de la independencia, i en el otro los de la opinión contraria.

Este modo de hacer constar la voluntad nacional fué acremente censurado por el partido que con cautela hacía oposición al gobierno del jeneral O'Higgins. Los descontentos pretendian que el acto no tendria la suficiente solemnidad, sino se convocaba un congreso que lo discutiese i acordase. Mas ni San Martín ni don Bernardo estaban mui dispuestos a autorizar la reunión de un cuer-

po deliberante, que habria coartado sus facultades, i embarazado su marcha.

Debe confesarse que no dejaba de asistirles razón para opinar así en la víspera de la invasión realista, que por momentos debia precipitarse sobre el país. Con todo, la postergación del congreso fué un cargo mas que sus enemigos políticos añadieron al catálago de las recriminaciones que les dirijian.

El resultado de la suscripción fué, como debia aguardarse, unánime por la independencia. En consecuencia, O'Higgins espidió la declaración memorable en que está consignada la voluntad del pueblo chileno para constituirse en nación independiente i gobernarse como tal. Este documento fué en realidad firmado en Talca a fines de enero de 1818; pero el director lo supuso fechado en Concepción el 1.° de ese mes i año.

El 12 de febrero próximo, aniversario de la batalla de Chacabuco, fué proclamada esta misma independencia en toda la república, i jurada por todos sus habitantes.

XII.

Era éste un reto arrogante arrojado al jeneral don Mariano Ossorio, el vencedor de Rancagua, que, a mediados de enero, acababa de desembarcar en el puerto de Talcahuano con un ejército de

tres mil cuatrocientos siete veteranos, entre los cuales se contaba el batallón Burgos, que habia combatido en Bailén.

Habia encontrado allí al denodado Ordóñez, que, con mil quinientos i tantos compañeros, habia sostenido su puesto con toda heroicidad.

Inmediatamente después de haberse los patriotas posesionado de la capital, en febrero de 1817, enviaron con una división a don Juan Gregorio Las-Heras para que procurase desbaratar los restos realistas que existian en el sur a las órdenes del intendente de Concepción.

Apenas hubo llegado este jefe a las inmediaciones de aquella ciudad, cuando el 5 de abril intentó Ordóñez sorprenderle en la hacienda de Curapaligue; pero fué engañado en su esperanza, i rechazado con pérdida. Retiróse entonces con su jente al puerto de Talcahuano, que con anticipación tenia fortificado, resuelto a defenderse allí hasta que los ausilios del virrei del Perú le permitiesen tomar la ofensiva.

Efectivamente a los veinte i seis dias, le llegó un refuerzo considerable. Luego que los restos del ejército de Marcó, que escaparon en las naves de Valparaíso, habian arribado al Callao, el virrei, sin pérdida de momento, les habia ordenado volverse, en el número de mil seiscientos, para socorrer a Ordóñez.

Las-Heras, noticioso de este suceso, i temiendo

ser atacado con tropas mucho mas numerosas, lo comunicó apresuradamente a O'Higgins, que ya iba de la capital en su ayuda con un batallón de infantería i un escuadrón de caballería, instándole por que viese cómo reunírsele cuanto antes.

Con este aviso, el director apura sus marchas; hace avanzar aun un destacamento de su división; pero a pesar de su ardoroso empeño, solo alcanza a escuchar a la distancia el cañoneo de la refriega.

El 5 de mayo, Ordónez habia atacado a Las-Heras en el campamento del Gavilan, cerrito que limita a Concepción por el noroeste; i no obstante su superioridad numérica, habia sufrido la misma suerte que en Curapaligue. Como entonces, habia buscado un refujio detrás de las murallas de Talcahuano, i se habia encerrado en aquella plaza.

El rigor del invierno impidió por algunos meses a don Bernardo estrecharle en aquel atrincheramiento. Aprovechó Ordóñez este intervalo para resguardar con setenta cañones de todos calibres, colocados en baterías, la lengua de tierra que une al continente la pequeña península donde se habia situado.

A mediados de noviembre, O'Higgins movió su ejército, i fué a acamparlo enfrente de Talcahuano bajo los propios tiros de aquellas baterías. Pero el director debia ser tan impotente delante de esta

plaza, como, en otro tiempo, su rival Carrera lo habia sido delante de Chillán.

El 6 de diciembre, los patriotas acometieron a Talcahuano. El asalto era dirijido por el jeneral francés Brayer, uno de los capitanes de Napoleón. La reyerta fué sangrienta; la comportación de los atacadores heroica; pero los realistas sostuvieron su puesto, i no se dejaron arrebatar sus fortificaciones.

XIII.

Acababan los patriotas de sufrir este descalabro delante de Talcahuano, cuando llegó la noticia de que una espedición invasora al mando del jeneral Ossorio estaba próxima a zarpar de los puertos del Perú.

San Martín, que a este tiempo se hallaba disciplinando un ejército en la hacienda de las Tablas, inmediata a Valparaíso, convino con O'Higgins en que éste levantase el sitio de Talcahuano, i en concentrar ambos sus fuerzas para resistir al enemigo con toda la masa de sus tropas, dondequiera que se presentase.

En conformidad de este plan, los dos jenerales, en los primeros dias de marzo de 1818, efectuaron en San Fernando la reunión de sus respectivas divisiones, i compusieron con ellas un ejército de seis mil seiscientos soldados.

Ossorio, que, por el mes de enero, habia, como he dicho, desembarcado en Talcahuano, habia avanzado en el mismo tiempo hasta Talca a la cabeza de cinco mil hombres.

El 19 de marzo, los dos ejércitos estaban a la vista en las cercanías de esta ciudad. La victoria parecia segura para los insurjentes. Tenian en su favor dos ventajas inmensas: la unión i el número.

La discordia reinaba en el campamento realista. Ossorio i Ordóñez eran dos caracteres opuestos, que se miraban con celos, i se trataban con desconfianza.

Ordóñez no podia perdonar a Ossorio que le hubiera arrebatado el título de jeneral a que su honroso comportamiento le habia hecho tan acreedor. Los demás oficiales se habian dividido en bandos que seguian al uno o al otro. Esta situación no les pronosticaba ciertamente el triunfo. Sin embargo, lo obtuvieron; i en pocas horas, el brillante ejército de San Martín era solo cuerpos de fujitivos que huian camino de Santiago.

A las ocho de esa noche, los realistas se precipitaron sobre el campamento de los patriotas situado en los llanos de Cancha-Rayada, i cayeron sobre ellos sin ser sentidos. Los sorprendieron en el instante que ejecutaban un movimiento para cambiar su línea. Todo fué desorden. Los batallones insurjentes se hicieron fuego unos contra

otros. A la confusión, se siguió el pavor, i todo pareció perdido para la causa de Chile.

Las numerosas i bien disciplinadas tropas que constituian la esperanza de la revolución, fueron rotas, i en apariencia completamente dispersadas.

O'Higgins recibió una grave herida en un brazo, mientras combatia entre los primeros, i procuraba alentar a los suyos.

XIV.

Al anochecer del dia 21, principió a difundirse por Santiago la noticia de este desastre.

Desde luego, fué un rumor vago, que nadie acertaba a decir de donde habia salido, i que rehusaban creer los que se habia comprometido por la revolución.

En seguida, fué una voz jeneral, que aterró a los habitantes. No cabia duda. Habia llegado un oficial fujitivo que todos nombraban, i que en dos dias habia recorrido las ochenta leguas que médian entre la capital i Talca.

Aquel testigo presencial traia la noticia del fatal suceso. El lo habia visto, i relataba todos sus pormenores.

Habian venido tambien otros; pero mas discretos i precavidos, habian comunicado la desgracia a mui pocos, i se habian ocultado para entregarse a la desesperación en silencio. Mas tarde, cuando

San Martín entró en Santiago, castigó la imprudencia disculpable del primero, separándole del ejército.

En pocos momentos, un temor contajioso e irreflexivo se apoderó de todos, de los gobernantes i de los ciudadanos. Casi todos desesperaron de la salvación de la patria. Pensaron en huir, i no en defenderse. La ajitación no les permitia siquiera tomar datos para calcular la magnitud de la pérdida. Todo era preparativos de fuga para Mendoza. Decíase que los españoles venian a descargar sobre Santiago venganzas espantosas. Era preciso correr.

En estas circunstancias, se presenta un hombre que vuelve el valor a los tímidos, el entusiasmo a los desalentados, la esperanza a todos: don Manuel Rodríguez (ese era su nombre) se hace elejir, en una junta de corporaciones, colega del director delegado don Luis de la Cruz; manda volver los caudales públicos que ya se llevaban para allende los Andes; levanta en unas cuantas horas el rejimiento *Húsares de la muerte;* promete por bando a los militares, en recompensa de sus servicios, cuantiosos premios para después de la victoria i la estinción del emenigo, como si esas fuesen cosas posibles; repite con fe i unción *Aun tenemos patria*, i todos lo creen.

El terror pánico se cambia en heroísmo. Son mui pocos los que abandonan sus hogares. El ma-

yor número jura morir por la santa causa de la independencia.

Esto sucedia el 23.

El 24, entran San Martín i O'Higgins. Son recibidos en triunfo, como si volvieran de la victoria. Con su presencia, se redobla el entusiasmo.

El primero establece su cuartel jeneral a una legua de la ciudad, i comienza la reorganización del ejército.

El segundo olvida su herida, desprecia la fiebre que ella le causa, firma sus decretos con una estampilla de su nombre, porque no puede valerse de la mano derecha, i trabaja sin descanso.

El 26 de marzo, habia ya reunidos cuatro mil hombres. El suceso de Cancha-Rayada habia sido en realidad, no una derrota, sino una dispersión. Las-Heras i otros jefes habian conservado en orden diversos cuerpos del ejército, que proporcionaban una base respetable.

Por otra parte, la victoria habia sido mui costosa para Ossorio, i su jente habia quedado bastante maltratada.

Sin embargo, habia continuado su marcha sobre Santiago. Se esperaba por momentos una batalla decisiva.

A pesar de los muchos elementos de defensa que se habian organizado en pocos dias, la mas cruel zozobra se ocultaba en el pecho de la mayor parte. El revés del 19 de marzo habia probado que la

suerte en la guerra es traicionera, i las eventualidades de las armas demasiado dudosas. ¿Quién sabía lo que podria suceder?

El 4 de abril, los dos ejércitos durmieron a la vista.

Al siguiente dia, desde las doce de la mañana, el estampido del cañón anunció a los vecinos de la capital que el destino de Chile se estaba decidiendo en el llano de Maipo.

O'Higgins, a quien su herida mantenia postrado en la cama, escuchó desde luego resignado ese estruendo lejano que sus oidos estaban habituados a percibir desde mas cerca; pero al fin, no pudo contener su impaciencia, se levantó, i se hizo conducir, debilitado por la fiebre como estaba, al campo de batalla para correr la suerte de sus camaradas. Allí tuvo la felicidad de presenciar un triunfo decisivo i completo. Los realistas no tuvieron como en Cancha-Rayada por ausiliares a las tinieblas de la noche, i sufrieron uno de los golpes mas rudos que hayan recibido en América.

La emancipación de Chile parecia en adelante asegurada.

Después de un acontecimiento tan próspero, el porvenir de O'Higgins se presentaba brillante i halagüeño. Habia vencido en Chacabuco, habia promulgado la declaración de la independencia, se habia encontrado en Maipo. Habia alcanzado

la gloria, i merecido el reconocimiento de sus conciudadanos.

¿Por qué fatalidad estaba destinado a empañar tanto lustre con una ambición desmedida de mando absoluto, i con venganzas implacables i poco jenerosas?

En los dias subsiguientes a la acción de Maipo, tuvo lugar en Mendoza una catástrofe sangrienta, que disminuyó el crédito que le habian valido sus eminentes servicios, que le acarreó odiosidades profundas i que arrojó sombras siniestras sobre el cuadro de su vida.

Voi con sentimiento a trasladarme al otro lado de los Andes para referir ese suceso doloroso. Es cosa triste que la historia sea una mezcla de grandes virtudes i de grandes crímenes, i que sean mui raros aquellos de sus héroes que pueden ser elojiados sin restricciones.

CAPITULO VII.

Viaje de don José Miguel Carrera a Estados-Unidos.—Su llegada a aquel país.—Relaciones que traba con varios oficiales emigrados del ejército de Napoleón I.—Dificultades que tiene que soportar para organizar una espedición.—Su partida de Estados-Unidos.—Su llegada a Buenos-Aires.—Sus desavenencias con Pueirredón.—Persecuciones del gobierno arjentino contra Carrera.—Fuga de don José Miguel para Montevideo.

I.

En noviembre de 1815, es decir, poco mas o menos a la época en que su émulo O'Higgins prestaba en Mendoza su activa cooperación a San Martín para comenzar a organizar el ejército libertador, don José Miguel Carrera se hacía a la vela en el bergantin *Espedición* de Buenos-Aires para el puerto de Baltimore.

Habia desesperado de proporcionarse en las provincias arjentinas los ausilios necesarios para la restauración de su patria, i corria a sacarlos de

los Estados-Unidos. Para realizar este viaje aventurado, habia puesto en contribución el bolsillo de sus amigos, habia vendido cuanta prenda preciosa poseia, i empeñado las alhajas de su mujer. Con estas trazas, habia logrado reunir doce mil quinientos pesos, i quinientos noventa i tres marcos de plata en barra: pequeña suma, que un comerciante no habria considerado suficiente para una especulación de regular importancia, pero que él juzgaba tal para equipar una escuadrilla capaz de imponer a los realistas de Chile.

Para llevar adelante su pensamiento, habia pasado por toda especie de sacrificios. Baste decir que dejaba en una tierra estraña, confiada a la Providencia Divina, i a la protección de algunos fieles partidarios, la subsistencia de una esposa joven i bella a quien amaba, i de dos tiernas niñas que dormian todavía en la cuna.

II.

El 17 de enero de 1816, arribó felizmente al puerto de Baltimore. Tenia a la vista la poderosa república del Norte, la tierra deseada donde esperaba hallar los elementos precisos para la salvación de su país natal.

Sin embargo, no conocia siquiera el idioma del pueblo cuyo amparo venía a implorar; i entre todos esos ciudadanos de la democracia americana

con los cuales debia congraciarse, solo contaba dos amigos. Eran éstos el comodoro Porter, cuyo afecto se habia ganado en un viaje que el noble marino habia hecho a Chile, i Mr. Joel Robert Poinsett, aquel ajente diplomático de los Estados-Unidos que habia sido su consejero, i le habia acompañado en la campaña de 1813.

De la rada de Baltimore, Carrera escribió al último anunciándole su llegada, i comunicándole sus proyectos. Poinsett le contestó que el momento era mui oportuno; que el presidente pensaba consultar al congreso sobre la conducta que deberia observarse con los insurjentes hispano-americanos; i que este cuerpo estaba entusiasmadísimo en favor de la emancipación de las colonias españolas.

Con esta noticia, don José Miguel se apresuró a pasar a Washington, donde se cercioró por sí mismo de las buenas disposiciones que abrigaban por la causa de la independencia los gobernantes i ciudadanos de la Unión.

Allí trabó inmediatamente relaciones mui estrechas con Monroe, en aquel momento ministro de estado, i que iba a ser poco después presidente de la confederación, quien le alentó para llevar a efecto su empresa.

III.

En aquellas circunstancias, los Estados Unidos servian de asilo a muchos de los oficiales de Na-

poleón I, a quienes la caída del emperador habia obligado a salir de la Francia. El jeneral chileno se puso en relaciones con muchos de ellos, a fin de persuadirles que cambiasen un ocio molesto para aquellos hombres de guerra por las campañas de la libertad en Chile. Se hizo amigo con José Bonaparte, con los mariscales Clausel i Grouchy, con el jeneral Brayer. Todos estos le dieron planes i consejos; Brayer se comprometió además a acompañarle.

Carrera, que habia ido sabiendo únicamente el castellano, habia aprendido en pocos meses el inglés i el francés para comunicarse, ya con los ciudadanos norte-americanos, ya con los oficiales imperiales cuya cooperación solicitaba, i se espedia en esos idiomas con tanta facilidad, como si los hubiera hablado desde la infancia.

A pesar de una acojida tan lisonjera, don José Miguel encontraba a cada paso mil tropiezos. Muchos militares se ofrecian a seguirle; pero habia necesidad de procurarse municiones, armas, naves, i el dinero le faltaba. Por mas que lo buscaba, no hallaba armadores que se atreviesen a correr los riesgos de una espedición cuyas probabilidades de buen éxito eran problemáticas.

Mr. Poinsett le ayudaba con todas sus fuerzas i toda su influencia.

Al fin pudo éste inducir a unos ricos comerciantes, mas emprendedores que los otros, a que en-

trasen en el proyecto. Exijian ganancias exorbitantes i ventajas de judío; pero don José Miguel estaba dispuesto a pasar por todo a trueque de que la espedición se realizara.

Tenia ya mui avanzados los preliminares del convenio, cuando se presentó a aquellos negociantes una especulación para Santo-Domingo, si no mas lucrativa, al menos mas segura, i rompieron los ajustes.

Esta contrariedad, como otras de la misma especie, no le abatieron. Sostenido por su inquiebrantable voluntad, comenzó de nuevo sus pesquisas de uno o algunos capitalistas bastante arrojados para que le habilitasen.

Por último, después de un sinnúmero de sinsabores, se entendió con los señores Darcy i Didier, que se comprometieron a suministrarle i a equiparle cinco buques de distintos portes.

IV.

Cuando Carrera tuvo la certidumbre de que iba a conseguir una escuadrilla, alistó treinta oficiales ingleses i franceses, algunos de un mérito distinguido, compró una gran cantidad de armas, e hizo todos los aprestos que creyó precisos para levantar un ejército en cualquier punto de la costa chilena donde desembarcase.

Como si contara con el triunfo, no se limitó a

trasportar en sus naves un cuadro de militares i un cargamento de fusiles. Pensando, no solo en la destrucción, sino también en la reedificación, contrató i condujo al mismo tiempo un cierto número de sabios, artistas i artesanos.—Una docena de tales personas, repetia, vale mas para Chile, que un ejército. Con oficiales, pueden formarse tropas en cualquiera parte; pero los mecánicos no se forman con sarjentos instructores.

Sería difícil imajinarse todos los obstáculos que tuvo que superar, todos los trabajos que tuvo que tomarse para poner su espedición en estado de partir.

No obstante la habilitación de Darcy i Didier, tenia todavía por su parte que hacer frente a una multitud de gastos. Para eso, le faltaban los medios absolutamente. No hallaba como proporcionarse fondos. Estaba ya para venirse; todo estaba costeado i preparado; i sin embargo, no podia moverse, porque no tenia dinero con que atender a las necesidades del viaje. Habia consumido en los aprestos hasta el último real.

En este apuro, logró que le prestasen cuatro mil pesos en papel moneda de Baltimore, bajo condición de reembolsarlos al fin de un año en pesos fuertes con la utilidad de un ciento por ciento.

Por gravoso que fuera este empréstito, Carrera lo recibió como un favor señalado del cielo. Sin esta cantidad, se habria visto forzado a llevarse

anclado en el puerto. Así por una carta que he tenido ocasión de consultar, dió las mas espresivas gracias a su acreedor, el jefe de la administración de correos de Baltimore, Mr. John Skinner Squire.

Era éste uno de los norte-americanos mas entusiasmados en favor de la independencia de las colonias españolas, i grande apreciador del revolucionario chileno. Se habia prestado gustoso a servir de ajente al gobierno de nuestro país para mantenerlo en relación con todos los gobiernos insurjentes de América, i distribuir entre ellos su correspondencia i sus periódicos. Era don José Miguel quien le habia apalabrado con este objeto; i Skinner se habia ofrecido a desempeñar, no solo la mencionada comisión, sino igualmente cualquiera otra que se le encomendase.

Por las condiciones que exijía un amigo de la causa i del caudillo como era éste, puede colejirse cuáles serian las que impondrian los indiferentes, los simples especuladores.

Lo referido permitirá conjeturar las dificultades vencidas por Carrera para efectuar la espedición.

En pocas circunstancias de su vida, desplegó mas actividad, mas jenio, que en su viaje a los Estados Unidos. Habiendo llegado a ese país como un desconocido i sin dinero, se relacionó con los mas encumbrados personajes, i organizó una escuadrilla bien tripulada i pertrechada.

V.

El 26 de noviembre de 1816, salió de Baltimore a bordo de la corbeta *Clifton*. La escuna *Davei*, los bergantines *Salvaje* i *Rejente* i la fragata *Jeneral Scott*, (así se llamaban los otros barcos de la espedición) debian seguirle sucesivamente, i en el orden en que los dejo enumerados.

El 9 de febrero del año siguiente, arribó la *Clifton* a Buenos Aires.

Sin pérdida de tiempo, desembarcó don José Miguel, i fué a ponerse a las órdenes de Pueirredón. Su objeto, al hacer escala en aquel puerto, era el de orientarse del estado de la guerra, i combinar sus movimientos con los del ejército que sabía se estaba organizando en Mendoza.

El director de la República Arjentina le recibió con cortesía i benevolencia; le anunció que en aquel momento las tropas de San Martín debian estar atravesando la cordillera; le dijo que ese jeneral llevaba orden de hacer proclamar a O'Higgins director supremo; le confesó con sinceridad que, en aquellas circunstancias, estimaria funestísima la presencia de su interlocutor en Chile; a su juicio, la antigua rivalidad de don José Miguel con O'Higgins, i las desavenencias mas recientes que el primero habia tenido con San Martín, le cerraban por entonces la entrada de la patria;

concluyó proponiéndole que cediese la escuadrilla al gobierno, i regresase a Estados Unidos en calidad de ajente diplomático de Chile i Buenos Aires.

Carrera replicó que como ciudadano chileno no podia admitir cargo alguno de un gobierno estranjero, i que, por otra parte, estimaba poco decoroso para sí un empleo holgado i lucrativo, cuando la independencia de la tierra de su nacimiento no estaba asegurada. Con todo, agregó que suspenderia su viaje a Chile hasta ver el resultado de la invasión de San Martín, i esperaba, caso de frustrarse ésta, ser ausiliado por la república del Plata para intentar a su vez la restauración de su país natal.

Fué éste el fin de la conferencia. Los dos interlocutores se separaron disgustados; pero con todas las apariencias de la cordialidad, i sin romper todavia uno con otro abiertamente.

Entretanto, llegó la noticia de la victoria obtenida en Chacabuco. Este suceso variaba necesariamente el plan de la espedición de Carrera, pero no su importancia.

Don José Miguel ofició entonces al director solicitando que le dejase ir con su escuadrilla a perseguir el comercio español en el Pacífico, i a esforzarse por que la bandera de la revolución dominase en el mar, como ya dominaba en tierra.

Pueirredón le contestó de palabra que estaba

resuelto a desbaratar la espedición i a impedir, tanto la partida de Carrera, como la de sus compañeros. Temia que la presencia de este caudillo en Chile fuese la señal de un trastorno en el orden establecido.

Don José Miguel protestó enérjicamente contra tal violencia; indicó los perjuicios que iba a sufrir la causa de la emancipación con el destrozo de una fuerza naval que podia ser mui provechosa; i manifestó el aprieto en que semejante medida le ponia, obligándole a faltar a sus compromisos con los armadores i con las personas que habia traido de la otra estremidad de la América, confiadas en su buena fe.

Todas sus representaciones fueron palabras arrojadas al viento. Carrera no tenia como resistir, i se vió precisado a ceder.

Los pasajeros de la *Clifton* i de la escuna *Davei*, que en el intervalo habia tambien llegado, recibieron orden de desembarcar.

El gobierno habia prometido pagar el costo de la manutención en tierra de aquellos voluntarios estranjeros. Era eso justo, puesto que era él quien estorbaba al jefe de la espedición cumplirles las promesas que les habia hecho.

Carrera se apresuró a hacer los honores del recibimiento a los compañeros que habia conducido. Los alojó i alimentó lo mejor que pudo. En poco tiempo, gastó mil quinientos pesos para satisfacer

las necesidades mas premiosas de sus huéspedes; con lo que puso fin a todos sus recursos.

En cumplimiento de lo prometido, pidió entonces al director que ordenase librarle contra las arcas nacionales el alcance de aquel desembolso. Pueirredón respondió con una negativa formal a esta petición.

Esto puso el colmo a la exasperación de Carrera; pero su mala estrella queria que no tuviese siquiera ni a quién demandar justicia.

VI.

En el ínterin, fondeó en el puerto el bergantín *Salvaje*. Su capitan i sobrecargo exijieron del capitan Davy de la *Clifton* que se escapase con su corbeta, i se marchase en unión del *Salvaje* a las costas de Chile, para cumplir el convenio que habían ajustado en Norte-América.

Davy, que ya se habia puesto a disposición del director, rehusó convenir en lo que le proponian. De aquí se orijinó entre ellos una disputa bastante acalorada.

El gobierno no tardó en tener conocimiento de las pretensiones del capitan del *Salvaje*, i de lo que ocurría en la escuadrilla.

Entre los oficiales franceses, venía un coronel Lavaysse. Carrera le habia encontrado en Nueva York arruinado i sin tener como vivir. Lavaysse

le habia manifestado su cruel situación, i le habia rogado que le trajese consigo. Habia obtenido sin trabajo que sus súplicas fueran acojidas, i se habia venido en la corbeta *Clifton*.

Cuando por orden del director habian bajado los espedicionarios a tierra, don José Miguel habia hospedado a este individuo en la propia casa de su hermana doña Javiera, donde habia sido tratado con toda especie de consideraciones.

Mas aquel hombre ingrato i desleal, viendo que el proyecto de su bienhechor podia darse por frustrado, entró en negociaciones con Pueirredón, se aseguró un grado en el ejército, i delató la contienda de los capitanes, atribuyéndola a intrigas de don José Miguel, que quería fugarse para Chile con sus buques.

Bastó este denuncio para que se decretara la prisión de los tres hermanos Carreras i de algunos de sus principales amigos.

A las doce de la noche del 29 de marzo, fueron arrestados don José Miguel i don Juan José, i puestos en la mas absoluta incomunicación a bordo de un buque de guerra surto en la bahía.

Una casualidad salvó a don Luis de correr igual suerte.

A la hora de la aprehensión, estaba fuera de su casa. Doña Javiera, sin atolondrarse por lo que sucedia, en medio de la confusión del momento, envió un mensajero a la casa donde sabía se en-

contraba su joven hermano. Don Luis, advertido a tiempo, alcanzó a ocultarse, i logró burlar las pesquisas de sus perseguidores.

Los otros dos estuvieron a bordo catorce dias, sin que se les tomara una sola declaración, ni se les hiciera la menor indicación acerca del motivo de su arresto. El gobierno no pensó nunca en formarles un proceso, para el cual no habia absolutamente materia.

Al fin de ese término, fueron trasladados a uno de los cuarteles de la ciudad, siempre con la misma incomunicación.

Hacía tres dias que se hallaban en esta nueva cárcel, cuando San Martín, que despues de la batalla de Chacabuco habia hecho un viaje a Buenos Aires, se presentó en el cuarto de don José Miguel.

La conversación de los dos jenerales fué una mezcla estraña de insultos i de cumplimientos. San Martín dijo, entre otras cosas, que él era el primero en reconocer los servicios que Carrera habia prestado a la causa de la independencia en su país, i agregó a continuación que no divisaba ningun inconveniente en que regresase allá con sus hermanos, pues tenian acordado con O'Higgins ahorcar sin mas plazo que media hora al que chistase la menor palabra contra el gobierno.

—Siendo eso así, jeneral, le contestó el preso, ningún hombre racional se espondrá a semejante

arbitrariedad sin contar con los medios de resistirla.

Después de esta visita, Pueirredón envió a doña Javiera tres pasaportes para que sus hermanos partiesen a los Estados Unidos. Junto con la remesa de los salvoconductos, le hizo asegurar que entretanto don Luis podia presentarse en público libre de temor, i que la prisión de los otros dos no habia sido mas que una pura medida de política.

La familia, creyendo descubrir en este dulce recado una red para encarcelar a don Luis, que se habia escapado hasta entonces de las garras de sus enemigos, obró en conformidad de tal concepto. Don Luis tuvo buen cuidado de no salir de su escondite, i los otros dos se pusieron a pensar seriamente en los medios de fugarse. Veian demasiado que era locura aguardar justicia del gobierno. Solo con el silencio respondia el director a todas sus solicitudes.

No sé con qué pretesto logró don José Miguel que se le trasladara nuevamente al buque de guerra donde primero le habian colocado, i desde allí, burlando la vijilancia de sus guardianes, se salió en un bote que tenía preparado de antemano.

Su fuga fué conocida al instante.

Inmediatamente corrió en su alcance una lancha con veinte soldados; pero a despecho de sus

esfuerzos, el prisionero les ganó la delantera, i pudo refujiarse en Montevideo, que se hallaba entonces en poder de los portugueses.

Don Juan José, menos feliz que su hermano, no encontró una ocasión propicia para imitarle en su fuga, i permaneció todavía encarcelado.

Al cabo de varios dias, cuando se hubo amortiguado algún tanto la irritación de sus adversarios, se finjió enfermo, i obtuvo de esta manera que se le permitiera ir a medicinarse en su casa.

Esta circunstancia le permitió ponerse otra vez en contacto con su hermano Luis, que siempre permanecia escondido en Buenos Aires, i con aquellos amigos de su familia que, en la desgracia común, habian dado pruebas del sincero afecto que a ella los unía.

CAPITULO VIII.

Exasperación de los carrerinos inmigrados en las provincias arjentinas.—Tertulia que tenian en casa de doña Javiera Carrera.—Proyectos de conspiración contra el gobierno de O'Higgins.—Viaje de don Luis Carrera para Chile.—Su prisión en Mendoza.—Prisión de don Juan Felipe Cárdenas, compañero de don Luis, en San Juan.—Viaje de don Juan José Carrera.—Su prisión en la posta de la Barranquita, provincia de San Luis.—Proceso que se sigue a los dos hermanos i sus cómplices.—Anhelo de don Juan José por encerrarse en la vida doméstica.—Trabajos de los dos hermanos para fugarse de la cárcel.—Don Luis forma el proyecto, no solo de escaparse, sino tambien de derribar a las autoridades de Mendoza para proporcionarse ausilios con que pasar a Chile.—Este plan es denunciado al intendente Luzurriaga, quien lo estorba al tiempo de irse a ejecutar.—Jenerosidad de don Luis.—Defensa que hace en favor de los Carreras don Manuel Novoa.—Temores que inspiran los dos Carreras a las autoridades mendocinas a consecuencia del desastre de Cancha-Rayada.—Determinación que toma San Martín contra estos dos adversarios con motivo del mismo suceso.—Procedimientos estraordinarios que se siguen para sentenciar a los Carreras.—Ejecución de don Juan José i don Luis Carrera.—Oficios de San Martín i O'Higgins en favor de estos dos jovenes.—Conducta cruel del último con el padre de los Carreras.

I.

La persecución i el infortunio, como era natural, tenian despechados a los Carreras i a cuantos se habian ligado a su suerte.

La vuelta a la patria les estaba prohibida, como si los españoles dominaran en ella. La proscripción habia remplazado a su antiguo poderío, la miseria a su esplendor. La calidad de amigo suyo era de este i de aquel lado de los Andes, un motivo de desgracia, como, en otra época, lo habia sido de prosperidad.

Veian felices, fuertes, poderosos, a sus aborrecidos contrarios, que les habian sucedido en ese mando, en esos honores, en esa influencia, poseídos poco antes por ellos solos.

A los viejos agravios, se habian agregado otros nuevos. Con esto, se habia redoblado el encono de los Carreras contra San Martín, contra O'Higgins, contra el círculo de estos jenerales, contra todos esos que en Chile les habian disputado el poder, que en Mendoza los habian encadenado como díscolos incorrejibles, que después de la victoria de Chacabuco les negaban la entrada al país de su nacimiento, de sus afecciones, de su prosperidad, como si fueran bandidos intratables.

Sus ánimos altivos se revelaban contra una persecución tan rigorosa, i a su juicio, tan inmerecida.

La esperanza de vengarse, de abatir a sus rivales, de recuperar esa dominación que habian perdido, era su único consuelo, el único lenitivo de sus males; el medio de conseguirlo, era su pensamiento dominante.

II.

La mayor parte de los carrerinos que residian en Buenos Aires, se reunian con don Juan José i don Luis en casa de doña Javiera. Esta tertulia era, puede decirse, el club central del partido. En ella, se leian las cartas que escribian los amigos de Chile i de Mendoza; se comentaban los sucesos en vista de los intereses i pasiones de los concurrentes; se murmuraba contra San Martín, O'Higgins i Pueirredón; se avanzaba por la imajinación la marcha de los acontecimientos, i se trazaban planes de conducta para el porvenir.

Se sabe cuán propensos son los bandos políticos a forjarse ideas halagüeñas, sobre todo cuando están caídos. El deseo de levantarse les quita toda prudencia, i no les permite juzgar los hechos como son en sí. Se abstraen de la realidad, para vivir solo en un mundo de ilusiones.

Fué lo que sucedió a los tertulios de doña Javiera.

Sus corresponsales de aquende la cordillera, víctimas del encono implacable que don Bernardo abrigaba contra los carrerinos, sintiendo un ardiente deseo de un cambio en el gobierno, lo creian una cosa posible; i dominados de su ilusión, miraban todas las ocurrencias solo por el lado que era favorable para ellos. Así, hablaban en

sus cartas de la impopularidad que atraian sobre la nueva administración la inflexibilidad de la política adoptada por ella, los secuestros i contribuciones, el absoluto dominio que ejercia San Martín, las pretensiones demasiado altaneras de algunos jefes ausiliares; pero se dejaban en el tintero el prestijio inmenso que le habian dado el espléndido triunfo de Chacabuco, la restauración de la patria, la espulsión casi completa de los realistas; i se olvidaban, al hacer sus raciocinios, del poderoso apoyo que le prestaban las bayonetas de un brillante ejército.

En vez de referir los corresponsales lo que la pasión les impedia ver, una de sus cartas prometia veintiun mil pesos para tramar una conspiración; otra anunciaba que tal potentado, poco habia enemigo de los Carreras, se hallaba dispuestísimo en su favor, i habia quebrado enteramente con O'Higgins; otra, que tal oficial superior estaba disgustado con el gobierno. El uno ofrecia su brazo; el otro, su caudal; aquel echaba en rostro a sus antiguos caudillos la inercia vergonzosa que los mantenía en una tierra estraña mano sobre mano; éste les suplicaba que salvasen a sus partidarios i a Chile.

Casi todos los proscritos de Buenos Aires daban asenso a estas noticias lisonjeras, por la misma causa que inducia a sus corresponsales a trasmitirlas como ciertas. Estaban impacientes por salir

de su abatimiento, i esto los forzaba a tomar por realidades lo que no era sino sueños.

Don Juan José i don Luis habian intervenido en muchas conjuraciones para que ignorasen que, antes de ponerse a la obra, todo es ofertas, todo se allana, todo se proporciona; pero que cuando se llega a la ejecución, muchos de esos elementos son palabras, nada mas que palabras.

Con todo, a pesar de su esperiencia, no supieron estimar semejantes datos en lo que valian, i se acaloraron con los dichos apasionados de sus amigos.

El apresuramiento por reconquistar la elevada posición que habian perdido, les quitaba la calma para apreciar la verdad de los hechos. El arrojo, que sobraba a su carácter, les presentaba como posibles las empresas mas temerarias.

No faltaron, entre sus mismos adictos, hombres previsores que les señalasen el abismo donde iban a precipitarse; pero no quisieron escucharlos, i caminaron adelante con los ojos cerrados.

Don José Miguel, que habria sido el único capaz de moderar su ardor desenfrenado, estaba asilado en Montevideo, i no sabía absolutamente nada de lo que, en la capital del Plata, maquinaban sus hermanos en unión con algunos impetuosos partidarios.

III.

En vista de las noticias i ofrecimientos que les venian de Chile, los concurrentes a la tertulia de doña Javiera se pusieron a combinar sus planes. La distancia i el atrevimiento de sus ánimos les hacian mirar los proyectos mas aventurados como fáciles i asequibles. Se fijaban mucho en las probabilidades favorables, i poquísimo en las adversas. De ahí resultaba que veian las ventajas, i no los inconvenientes de sus pensamientos.

Raciocinando de este modo, nada les parecia mas sencillo, que derribar al gobierno sostenido por el prestijio de la victoria del 12 de febrero, i al jeneral San Martín, a quien apoyaba un ejército lleno de entusiasmo por su persona.

Para eso, contaban con las promesas vagas que ya he mencionado, i con otros recursos no menos eventuales.

Don Manuel Rodríguez habia sido en otro tiempo su amigo decidido. Los servicios que este eminente patriota habia prestado al sistema nacional, le habian valido una gran reputación, i mucha influencia en el país. Era seguro que les ayudaria con su nombre i su cooperación. No lo sabian positivamente, ni se habian comunicado con Rodríguez; pero lo suponian.

La fragata *Jeneral Scott* no habia llegado aun

de Estados Unidos; pero no debia tardar. Don José Miguel podia embarcarse en ella en el momento oportuno para ir a sostenerlos por mar. ¿I si la fragata no venía? ¿I si al tiempo de su arribo, el gobierno arjentino se apoderaba de ella, como lo habia hecho con los otros buques? No tomaban en cuenta para nada las eventualidades adversas como las que he indicado; i por consiguiente, todo lo veian a medida de sus deseos.

Estos dos ejemplos que he entresacado entre otros, mostrarán de qué naturaleza eran los arbitrios que, en aquel club, se propusieron i discutieron. Todos ellos eran el producto de un despecho impaciente, que no podia contenerse, que no sabía aguardar. Los medios debian ser tan disparatados como el pensamiento de derribar el gobierno de O'Higgins al siguiente dia, puede decirse, de un triunfo como el de Chacabuco, que habia libertado al país de una dominación odiosa, i que habia cubierto de gloria a los vencedores.

IV.

Sin embargo, todo me inclina a creer que lo que dejo narrado fué solo conversación, i que nada quedó definitivamente acordado, a no ser la resolución de conspirar para derrocar a sus adversarios, i la necesidad de introducirse en Chile de una manera furtiva a fin de disponer los elemen-

tos de la empresa en el lugar mismo que habia de ser teatro de ella.

Se decidió, pues, ese viaje cuyo término habia de ser tan fatal para los dos actores principales.

Con el objeto de no despertar sospechas, se convino en que los complotados se dirijiesen a Chile sucesivamente i en grupos separados, i se señaló por punto de reunión la hacienda de San Miguel, perteneciente a don Ignacio de la Carrera.

Partieron los primeros don Manuel Jordan; don Juan de Dios Martínez; don Manuel Lastra, hijo de doña Javiera; José Conde, fiel asistente de don José Miguel, que le habia acompañado desde España; i dos o tres oficiales norte-americanos, también comprometidos en el proyecto.

Todos ellos lograron atravesar la cordillera sin accidente notable, i penetrar felizmente en el territorio chileno.

V.

El 10 de julio de 1817, al rayar el alba, salió don Luis de Buenos Aires para el último viaje que habia de emprender en su vida. Para no ser reconocido, se habia atado la cara con un pañuelo, i habia tomado el traje de peon, i el nombre de Leandro Barra. Venía acompañando a don Juan Felipe Cárdenas, joven militar retirado

del ejército chileno, a quien aparentaba servir en calidad de mozo.

Cárdenas finjia ser un comerciante que pasaba a este lado de los Andes por motivos mercantiles; i de este modo, se habia provisto sin dificultad en Buenos Aires del correspondiente pasaporte.

Los dos viajeros se apartaron del camino real, i siguieron sendas estraviadas al través de los campos. Comian i dormian en los ranchos del tránsito, cuidando de no detenerse sino el tiempo absolutamente preciso. Con estas precauciones, llegaron salvos, i sin ningun contratiempo, a la ciudad de Córdoba.

Don Luis se finjió enfermo, i permaneció en cama mientras estuvieron en aquel punto. Cárdenas, en su papel de amo, hizo revisar el pasaporte, i ajenció las dilijencias de la policía.

Hasta allí todo iba bien.

El 20 de julio, dejaron a Córdoba, i continuaron su ruta. Llevaban la mas completa seguridad de que nada habia revelado su verdadera condición a las autoridades de la población de donde se alejaban.

Hacía dos dias que marchaban sin que les hubiera sucedido cosa notable, cuando por desgracia se les juntó el correo que conducia la correspondencia para la Rioja.

La vista de aquella balija les inspiró la maldita idea de que talvez por su medio podrian averi-

guar si su fuga habria sido descubierta en Buenos Aires. Caso de haber acontecido así, debia ir entre la correspondencia oficial encerrada en aquella maleta una requisitoria contra ellos.

En el acto, se apoderó de ambos, i en especial de don Luis, un vivo deseo de disipar sus dudas. Para satisfacerlas, trataron de ganarse la confianza del postillón, i comenzaron a halagarle. Cuando se hubo establecido entre los tres esa cordialidad amistosa, propia de caminantes que siguen el mismo rumbo, Cárdenas, mirando la balija, dijo que, dentro de ella, debian ir unos documentos que mucho le interesaban, i preguntó al correo si le seria lícito abrirla para cerciorarse de ello.

El conductor se negó redondamente a la pretensión, manifestando que solo los maestros de posta podrian concederle lo que solicitaba. Viendo don Luis que el arbitrio no habia surtido efecto, para no despertar sospechas, se apresuró a apoyar los asertos del postillón, i demostró con toda formalidad a su supuesto amo la sinrazón de la demanda.

Los tres prosiguieron la marcha en la mejor armonía, i no volvieron a tocar una sola palabra del asunto.

Sin embargo, los dos chilenos estaban mui lejos de haber desistido de su propósito. Habiéndoseles frustrado su primer plan para rejistrar la

correspondencia, confabularon otro de que se prometieron mejor resultado.

Cuando se iba acercando la noche, convidaron al postillón para beber, i le embriagaron. En el alojamiento, Cárdenas le pidió la balija para convertirla en almohada. El correo no se atrevió a rehusar un favor tan lijero a su alegre i garboso compañero de viaje.

Pocos momentos después, el cansancio i la embriaguez le tenian sumerjido en el mas profundo sueño.

Entonces Cárdenas, sacando una navaja, se puso a romper la maleta. Pareció a don Luis que andaba lerdo en la operación; i arrebatándole la navaja, la concluyó él mismo. Estrajeron la correspondencia, i acomodaron la balija lo mejor que pudieron.

Al dia siguiente, habiéndose convencido de que no venía ninguna requisitoria, arrojaron los paquetes de cartas a un lado del camino.

El postillón no reparó absolutamente en la rotura de su maleta.

Llegó ese dia a la posta del Corral del Negro, siempre en compañía de los dos viajeros, entregó la balija, i se volvió atrás en la misma ignorancia.

El nuevo postillón no observó tampoco la falta de la correspondencia, i continuó con Carrera i Cárdenas hasta la posta inmediata, en donde se separaron, los unos para San Juan, i el otro para

la Rioja, sin que nadie hubiera recelado la sustracción.

En San Juan, Carrera i Cárdenas se detuvieron cuatro o cinco dias. Mientras el segundo practicaba las dilijencias de estilo, el primero, como en Córdoba, se finjió enfermo, i permaneció oculto en la cama.

Desde este punto, don Luis se encaminó solo para Mendoza. Quedóse todavia Cárdenas, porque tenia que arreglar algunos negocios; pero se comprometió para alcanzarle en breve tiempo, a fin de emprender juntos el paso de los Andes.

VI.

El 3 de agosto, a las siete de la noche, arribó don Luis a Mendoza. Un mozo que le acompañaba le llevó a alojarse a casa de un vecino oscuro, el cual no sé por qué motivo malició el disfraz de su huésped. Por el tono con que se le trataba, conoció el viajero que, si no estaba descubierto, era al menos sospechoso, i pensó al punto cómo ponerse a salvo, saliendo a buscar otra casa mas segura adonde mudarse.

Como era de noche, no le fué fácil encontrarla, i tuvo a las diez que regresar a su primer alojamiento, resuelto sí a tomar al otro dia sus precauciones.

Halló la puerta cerrada; i a pesar de sus súpli-

plicas, no consiguió que se la abriesen. Reclamó entonces su equipaje; pero tambien le fué negado. Esta conducta aumentó los temores de don Luis.

Echóse a andar por la ciudad sin rumbo fijo, i sin saber qué determinación tomar. Estaba proscrito. El intendente de aquella provincia era don Toribio Luzurriaga, el azote de los carrerinos. Este funcionario era tan temido, como detestado, por todo el partido. Era el carcelero, el verdugo, el brazo de hierro que San Martín empleaba en sus persecuciones. El proceder de su huésped hacía temer a don Luis que su llegada hubiera sido denunciada a ese implacable enemigo. Talvez en aquel momento, sus esbirros corrian a prenderle. ¿Cómo no azorarse?

En medio de su inquietud e incertidumbre, Carrera se encontró casualmente con un antiguo camarada. Le miró como un socorro enviado del cielo, i se creyó salvado.

Era éste don José Ignacio Fermondoi, ex-capitan de artilleria, que habia sido su subalterno, cuando, en tiempos mas felices, mandaba ese cuerpo en Chile.

Apenas el proscrito hubo reconocido a su compañero de armas, le descubrió quien era, le manifestó su apurada situación, le pidió que le ausiliase. Fermondoi le ofreció protejerle como pudiera, i le condujo a un fundo inmediato a la ciudad, en el cual vivia.

Don Luis respiró, i se estimó seguro bajo el amparo de la amistad. Esperaba por momentos a Cárdenas, i tenia resuelto, tan luego como éste llegase, abandonar para siempre aquel país, que para él i su familia habia sido la tierra del infortunio. Al otro lado de los Andes, le aguardaba lo desconocido, quién sabe qué, la lucha, talvez el triunfo, talvez la muerte. Pero poco se detenia en las ideas lúgubres. Iba a tentar la fortuna, i confiaba en la bondad de su estrella. La magnitud de la jugada no le hacía palidecer. Su audacia le presentaba como infalible el logro de sus deseos.

Entretanto, su ocultador Fermondoi era presa del miedo mas acerbo. Acababa de saber que el equipaje de don Luis habia sido entregado a Luzurriaga. La presencia de su amigo en la ciudad no era ya un secreto para el intendente, que, en aquella hora, debia estar haciéndole buscar con todo empeño. Si era descubierto en su casa, ¿qué le suцederia a él mismo?

En aquella época, los odios políticos eran inhumanos, encarnizados. No conocian la piedad, ni la toleraban en los indiferentes.

Fermondoi temblaba delante de los grandes perjuicios que le amenazaban si el proscripto era sorprendido en su casa. Esta zozobra le puso triste, meditabundo.

Don Luis observô su aire sombrio, i comenzó a recelar una traición. ¿Tendria aquel hombre áni-

mo de venderle? Los individuos que están fuera de la lei son mui suspicaces i propensos a sospechar una perfidia en cuantos se les acercan, una red en cuanto les rodea.

Impaciente el joven por salir de sus atormentadoras dudas, interrogó a Fermondoi sobre aquel sobresalto que no podia disimular, i se traslucia en su semblante.

Fermondoi le participó en contestación con franqueza, aunque con miramientos, cuáles eran sus cuidados.

Don Luis reconoció la verdad de sus temores.

Entonces convinieron en que el fujitivo se trasladaria aquella misma noche a un escondite mas lejano, i, por lo tanto, menos espuesto a la vijilancia de los ajentes de Luzurriaga.

A las dos de la mañana del 5 de agosto, se pusieron en marcha con este objeto, acompañados de un solo sirviente. Habian andado apenas unas cuantas cuadras, cuando fueron sorprendidos por dos patrullas que estaban apostadas en el sitio, evidentemente con el conocimiento anticipado del itinerario que iban a seguir.

VII.

Hallándose don Luis en poder de sus enemigos, i siendo interrogado sobre el fin de aquel viaje misterioso, declaró que el aburrimiento de la po-

breza i de las persecuciones le hacía encaminarse a su patria para buscar protección en su familia; que iba dispuesto a vivir retirado en el campo, o si esto no era posible, a pasar a alguna tierra estranjera con los recursos que le proporcionase su padre; que, para no ser estorbado en su proyecto, habia salido de Buenos Aires con el nombre finjido de Leandro Barra, i el disfraz de mozo de don Juan Felipe Cárdenas; que éste se habia detenido en San Juan; pero que habia quedado convenido en alcanzarle pronto para atravesar juntos la cordillera.

Sin pérdida de tiempo, Luzurriaga despachó un pliego a esta última ciudad, ordenando se aprehendiese a Cárdenas para continuar i formalizar la sumaria.

Antes de recibirse este mandato, don Juan Felipe habia sido asegurado.

Apenas Carrera i Cárdenas se habian separado del postillón, el maestro de posta habia reparado la sustracción de la correspondencia. Una falta tan estraña habia alarmado a las autoridades locales. Se habian hecho investigaciones, i todos los indicios habian designado a los dos chilenos.

Desgraciadamente para ellos, habian dejado trazas por las cuales podia conjeturarse la dirección que llevában. En el acto, se habian despachado requisitorias; i en su virtud, Cárdenas habia sido aprehendido en San Juan el 3 de agosto.

Don Juan Felipe principió por negar porfiadamente cuantos cargos se le hacian. Se le tomó una primera i una segunda declaración; en las dos, se mantuvo firme. Entonces, para vencer su obstinación, el que le interrogaba le hizo saber que don Luis habia sido descubierto, que habia revelado su disfraz, i dado a conocer la complicidad de Cárdenas en su fuga. A esta noticia, el reo perdió la serenidad, i confesó todo lo que sabia, la rotura de la balija, la conspiración proyectada contra el gobierno de Chile, la escapada de Buenos Aires que a la fecha debia haber practicado don Juan José a imitación de su hermano.

Esta revelación dió a Luzurriaga el hilo del complot. Sin pérdida de tiempo, ordenó a Dupui, gobernador de San Luis, que asegurase la persona de don Juan José, cuando pasase por su jurisdicción; i ofició a San Martín, comunicándole lo que acontecia.

VIII.

Efectivamente, con corta diferencia, el anuncio de Cárdenas se habia verificado.

Don Juan José Carrera salió con el dia de Buenos Aires el 8 de Agosto. Para no hacerse sospechoso, se valió de un ardid semejante al de su hermano. Cambió su nombre por el de Narciso Méndez, i se finjió mozo de un impresor chileno

llamado Cosme Alvarez, que venia representando el papel de comerciante de mulas.

Durante las primeras jornadas, se estraviaron de propósito por los campos; pero viendo que el rodeo los retardaba demasiado, volvieron a tomar el camino real, i continuaron por la ruta común.

El viaje de don Juan José iba a ser mas azaroso, que el de su hermano don Luis. Una aventura terrible debia pronosticarle el triste destino que le aguarda al fin de la jornada.

En la posta del arroyo de San José, dieron un muchacho por postillón a nuestros dos caminantes.

El cielo estaba sereno, la atmósfera pura i calmada.

Carrera venía sumamente fatigado i muerto de hambre. La escasez de recursos por aquella pampa casi desierta, i las zozobras de la fuga, le habian hecho pasarse dos dias sin comer. Sentia necesidad de pronto refrijerio i de pronto reposo.

Estas imperiosas exijencias de la naturaleza le hicieron suplicar a Alvarez, que se adelantase a la cañada de Luca, la posta mas vecina, para que le tuviera preparado alojamiento i comida. Por este motivo, quedó solo con el muchacho que le servia de postillón.

El cielo, poco antes limpio i azul, se comenzó de repente a cargar de negros nubarrones. Los viajeros, olfateando una de esas improvisas tem-

pestades, frecuentes en esos climas, apresuraron el paso; pero, por mucho que aguijonearon a sus caballos, la tempestad anduvo mas lijera, que ellos.

El agua principió a caer a torrentes; el granizo azotaba sus cuerpos entumecidos; la oscuridad de la noche, que por instantes se hacía mas densa, les impedia distinguir los objetos a una vara de distancia.

Por el pronto, resistieron la furia desencadenada de los elementos; pero al fin sucumbieron. Habian perdido el camino. No sabian dónde estaban, ni adónde dirijirse. No tuvieron mas arbitrio que detenerse en medio del campo, i a cielo raso, encomendándose a la proteccion de Dios.

La tempestad duró trece horas sin calmarse.

Cuando aclaró, don Juan José quiso levantarse, pero no pudo; el hielo habia trabado sus miembros. El calor de los rayos del sol, que por fortuna suya apareció sobre el horizonte, reanimándole algun tanto, le permitió moverse. Entonces logró ponerse de pié, i mirar a su alrededor. Los caballos se habian escapado. A poca distancia, estaba el postillon tendido sobre el suelo. Acercóse a tocarle, i le encontró muerto. Su contestura, mas débil que la de su hercúleo compañero, no habia tenido fuerzas para sostener el ímpetu de la borrasca.

Don Juan José sentia su cuerpo todo quebrantado. Sin embargo, le era forzoso andar para bus-

car socorro. Así lo hizo con una fatiga indecible, hasta que llegó a un miserable rancho, donde pudo secar su ropa, i calentar al fuego sus ateridos miembros.

Cosme Alvarez le habia estado aguardando toda la noche en la cañada de Luca, lleno de ansiedad. No viéndole venir todavía al otro dia, aquel fiel amigo, mas bien que servidor, volvió atrás para buscarle. Hallóle caminande a pié, enfermo, desalentado. Le tomó consigo, i le llevó al alojamiento.

Junto con ellos, i por opuesto lado, llegaba a la cañada de Luca el correo de Mendoza.

Trabaron los tres conversación; i el correo, sin comprender el golpe mortal que asestaba a sus interlocutores, les refirió la única noticia de importancia que traia, la prisión de don Luis Carrera a tiempo que se dirijia de incógnito para Chile.

Con esta nueva, don Juan José se creyó enteramente perdido. A la debilidad de su cuerpo, se añadió el abatimiento de su ánimo. Se llenó de dudas i vacilaciones: no sabía qué hacerse. Ya proponia a Alverez regresar a Buenos Aires; quizá su ausencia no habia sido todavía notada. Ya queria irse a refujiar a Santa Fe, cuyo gobernador era su amigo i pariente. Pero todos estos no fueron sino proyectos. Pasando de la desesperación al colmo de la audacia, determinó desafiar la ene-

mistad declarada de la fortuna, i proseguir adelante. Se proporcionó cabalgaduras; i adolorido, quebrantado como estaba, corrió a todo galope para Mendoza.

No alcanzó sino hasta la posta de la Barranquita, donde, el 20 de agosto, fué aprehendido, por el piquete que con este objeto tenia allí apostado el gobernador Dupui en cumplimiento de las órdenes del intendente Luzurriaga.

Cosme Alvarez intentó resistir; pero don Juan José, considerando inútil cualquier derramamiento de sangre, le mandó que se entregara, i señaló él mismo al oficial del destacamento un par de pistolas que, por no haberlas visto, habia dejado a los presos.

Habiendo sido trasportados a San Luis, tomaron desde luego declaración a Cosme Alvarez. Este animoso joven rehusó revelar la menor cosa. Para soltarle la lengua, le aplicaron cien azotes. El tormento le hizo confesar a medias la verdad. Refirió los pasos que habia dado para procurarse el pasaporte; describió el itinerario que habian seguido; contó algunas incidencias poco comprometedoras del viaje; i se mantuvo pertinaz en que nada mas sabia.

Don Juan José dió por objeto a su fuga la firme resolución de buscar en los bosques de Chile, entre los campesinos, un refujio contra la encarnizada persecución de sus enemigos, un asilo don-

de volver a hallar las dulzuras de la vida privada, el retiro, el olvido.

IX.

Don Juan José Carrera no confesaba la verdad.

El deseo de abstraerse de los negocios públicos no hàbia sido ciertamente lo que le conducia a su patria.

Pero si, al emprender su viaje, no habia tenido ese pensamiento, lo tuvo seguramente cuando se encontró encerrado dentro de un calabozo, abatido por la tenaz enemistad de la fortuna, viendo desvanecidas las ilusiones que le habian acariciado, sufriendo dolores punzantes de cuerpo i de alma. Entonces los proyectos de la ambición le llegaron a ser odiosos. En aquel momento, lo habria dado todo, lo habria prometido todo, porque le hubieran concedido el sosiego de la oscuridad.

Después de tantas ajitaciones, de tantos desengaños crueles, de tanto cálculo errado, de tanta esperanza frustrada, el reposo del hogar doméstico, la separación mas completa de la política, habrian sido su mayor felicidad.

Exaltado por la fiebre, no pudo resolverse a aguardar, i se puso a trabajar sobre la marcha para obtener una cosa que, en aquel instante, era para él el bien supremo. Trató de hacer conocer su voluntad a su esposa doña Ana María Cotapos,

residente en Santiago, para que, moviendo toda especie de resortes, empleando cuantos empeños fuesen posibles, le consiguiera lo que tanto anhelaba.

Estaba encadenado, i no tenia aperos para escribir. La agudeza de injenio que da a los presos la concentración de sus facultades en una sola idea, le enseñó a suplirlos. Se proporcionó como pudo una tira de papel mugriento, molió carbon que remojó en una cáscara de nuez, i tajó con unas tijeras una pluma de gallina. Con estos utensilios, escribió a su mujer una tierna carta, que descubre la sinceridad de su petición.

«Un hombre oprimido i desesperado, le dice en ella, es capaz de hacer *diabluras*, que en otra situación ni aun pensaria. Déjenme volver a mi país tan libre como salí de él; déjenme quieto en el campo; i estén seguros que ni sentirán que tal hombre existe en Chile. Si falto a esto, yo mismo pronuncio desde ahora mi sentencia: que me fusilen. Pero si soi siempre perseguido, es natural i forzoso que busque de todos modos mi descanso i seguridad.»

¡Pobre don Juan José! Esta súplica i esta promesa no llegaron a sus adversarios por boca de su esposa, sino mas directamente todavía. La carta fué interceptada, fué leída, i sin embargo, el ruego no fué escuchado.

X.

El gobierno de Chile, el mas interesado i el único ofendido en el negocio de los Carreras, puesto que la conspiración se estaba tramando contra él solo, comisionó al intendente de Mendoza para que adelantase el sumario a los dos jóvenes, i les formalizase su proceso. Estimaba peligroso el trasladarlos a este lado de los Andes, aun cuando fueran alojados en un seguro calabozo; i preferia los inconvenientes que acarrearia el alejamiento de los dos reos principales a los continuos azares que le ocasionaria la presencia de individuos tan removedores como aquellos.

En consecuencia, don Juan José fué trasportado a Mendoza, i colocado, aunque con entera separación, en la misma cárcel, que su hermano.

Las razones de política que aconsejaban esas precauciones contra los Carreras, no mediaban respecto de Cárdenas. Antes por el contrario, a San Martín i O'Higgins les convenia procurar indagar por sí mismos de este cómplice el alcance i ramificaciones del complot. Así, el primero ordenó a su ajente Luzurriaga que, sin tardanza, remitiera a Cárdenas para Santiago.

Entretanto, se fué aprehendiendo sucesivamente en Chíle a la mayor parte de los conjurados

subalternos que habian salido de Buenos Aires antes que don Juan José i don Luis.

Escusado es decir que se hicieron con todo empeño las averiguaciones del caso; pero bien poco o nada fué lo que se sacó en limpio. Como lo he asentado mas arriba, no habia en realidad sino el pensamiento de conspirar; los medios estaban todavía por acordarse.

Cuando se dirijieron a los Carreras los cargos que resultaban contra ellos de las dilijencias practicadas en Santiago, como no se les presentaba ningún documento ni testimonio formal que los apoyasen, o los negaron con firmeza, o los esplicaron satisfactoriamente.

En este estado de la causa, se les notificó el 23 de diciembre que nombrasen apoderados a quienes encomendar su defensa en Chile. Estos apoderados debian apersonarse ante el director de esta república en el término de veinte dias contados desde la fecha. Los dos hermanos designaron a don Manuel Araoz.

Este caballero correspondió a la prueba de confianza que le daban, i procuró con todo empeño aliviar la triste condición de los proscritos, sus clientes. Desesperando de conseguir cosa alguna por la via judicial, recurrió a otro arbitrio, que le pareció mas espedito i eficaz.

Se aprovechó de la oportunidad que le ofrecia la jura de la independencia para pedir al gobier-

no que mandase sobreseer en aquel proceso. Daba por fundamento a su solicitud los servicios prestados a la causa de la revolución por los Carreras, por sus amigos i parientes. Pedia para ellos, no la libertad absoluta, sino el destierro. Ninguno de los dos hermanos volveria a pisar el territorio chileno, o el de las provincias arjentinas, cualquiera que fuese el gobierno que rijiese esos estados, sin permiso previo i terminante. En garantía del cumplimiento de esta promesa, ofrecia Araoz la fianza de muchos distinguidos ciudadanos que firmaban con él aquella petición.

La propuesta fué desechada.

¿Por qué el gobierno no se mostró jeneroso? ¿Por qué O'Higgins no acabó de vencer a sus rivales a fuerza de magnanimidad? ¿No le bastaba para la traquilidad de la república el alejamiento de sus émulos? ¿Para qué queria su sangre?

Entretanto, don Juan José i don Luis eran custodiados en Mendoza con la mayor rijidez.

Aunque ya hubiesen dado sus confesiones, estaban condenados a la mas absoluta incomunicación, i aprisionados con pesados grillos. Luzurriaga les hacía soportar incomodidades i vejaciones inútiles.

Doña Javiera, su fiel i cariñosa hermana, que no los habia olvidado un solo instante, sabedora de sus padecimientos, habia reclamado con enerjía contra tanta severidad ante el director de Bue-

nos Aires. Habia obtenido providencias favorables; pero éstas habian quedado escritas al pié de sus representaciones, i en Mendoza, fueron tan desatendidas, como si nunca se hubieran dictado.

XI.

La humedad del calabozo, el peso de las cadenas, la molestia de la reclusión, la tristeza del infortunio, la soledad de la incomunicación, habian debilitado los cuerpos robustos de aquellos jóvenes vigorosos, i los dos jemian bajo el martirio de agudos dolores.

La incertidumbre de su suerte les era insoportable. El recuerdo de su familia sin recursos i en la orfandad acababa de abatirlos. Don Juan José sobre todo ansiaba volver a ver a su esposa, i tenia sin embargo, como un vago presentimiento de que no tornaria a encontrarla sino en el cielo. Este temor le ponia fuera de sí, le desesperaba.

Ese hombre cuya existencia habia sido tan ajitada, que habia gastado la flor de sus años en los devaneos juveniles, en las conspiraciones, en los campamentos, sentia una necesidad insaciable de quietud, de goces domésticos.

Habia recibido un bucle de cabello de su querida Ana, que guardaba como una prenda sagrada, como una memoria de dias mas felices que temia no volviesen a lucir para él.

Conversaba con su mujer en largas i apasionadas cartas, donde se revelaba el fuego del amante mas bien que el afecto del marido. Escribia tambien a su compañero de desgracias el desdichado don Luis, i a su inconsolable hermana doña Javiera.

Se valia de mil arbitrios, de las mas injeniosas combinaciones para hacer llegar estas cartas furtivamente a su destino. Luzurriaga le habia prohibido que se correspondiese con nadie.

Un dia que fueron a tomar una declaración a don Juan José, dejaron olvidados en el calabozo un tintero i unas plumas. El preso robó una pluma i la mitad de la tinta, en seguida escondió aquel tesoro en una cueva de ratón. Eran esos los utensilios con que escribia las cartas de que he hablado.

XII.

Don Luis se entregaba con menos frecuencia a los pensamientos tiernos; el objeto de su continua meditación era la fuga.

La libertad es un sentimiento tan natural, que el primer acto de todo preso, cuando se le deja solo, es rejistrar en todos sentidos el calabozo donde se le ha encerrado, desde el techo hasta el suelo, a fin de descubrir algún resquicio para poder escapar.

Cuando estas indagaciones le han salido infructuosas, no por eso se desanima, sino que intenta ganar al carcelero, que muchas veces no es tan seguro i fiel como la prisión, i que, por codicia, por ambición o por piedad, le suministra los recursos necesarios para huir.

Lo que sucede con todos los prisioneros en jeneral, sucedió esta vez con los Carreras, i en especial con don Luis. Desde el instante que fueron sorprendidos, pensaron en los medios de salvarse sin aguardar el resultado de un proceso que, dirijido por sus enemigos, no podia menos de serles adverso. Al principio, sus tentativas no fueron mui felices. Cargados de prisiones como estaban, no podian libertarse sin ausilio ajeno. Los centinelas que habrian podido ayudarlos en aquel trance, estaban mui distantes de querer hacerlo. Eran soldados veteranos acostumbrados a una ríjida disciplina, que no querian siquiera escuchar sus palabras, que rehusaban sus obsequios, i los mantenian en la mas estricta incomunicación.

Sin embargo, los dos presos eran tan insinuantes, tan activos, tan porfiados, que lograron seducir a algunos de aquellos severos guardianes, aunque no en número suficiente para que la realización de su proyecto no fuera en estremo aventurada. El temor de un fracaso les hizo esperar una ocasión mas oportuna.

La casualidad no tardó en presentársela.

Siendo necesario remitir a Chile todos los desertores del ejército de los Andes que se habian podido recojer para que se incorporaran de nuevo en sus respectivos cuerpos, salió escoltándolos la mayor parte de la guarnición. Con su partida, quedó tan poca tropa de línea en la ciudad, que el intendente se vió precisado a ordenar que en adelante los cívicos remplazaran a los soldados veteranos en la custodia de la cárcel.

Este cambio mejoró notablemente la condición de los reos. Los nuevos guardianes eran menos ríjidos i mas accesibles, que los antiguos; la ordenanza no habia ahogado en su pecho la voz de la humanidad. Muchos además eran chilenos a quienes la miseria o la emigración habian hecho salir de su país, i que simpatizaban naturalmente con dos compatriotas desgraciados.

Don Luis Carrera supo con maña utilizar estas disposiciones, i bien pronto pudo contar con decididos partidarios entre los mismos que estaban encargados de custodiarle. En poco tiempo, tuvo a su devoción algunos hombres resueltos, que no aguardaban mas que una señal suya para moverse.

La facilidad con que habia logrado persuadirlos le alucinó, i le hizo pensar mas en grande.

Hasta entonces, habia limitado sus aspiraciones a la fuga; pero las simpatías que notaba en su favor, le inspiraron la idea de una conspiración. Le

pareció poco recuperar la libertad; quiso también alzarse con el mando. No se contentó ya con escaparse, sino que pretendió además aprisionar a sus enemigos, i suplantarlos en el gobierno, como ellos le remplazarian en la cárcel.

Comparativamente con recursos iguales habian triunfado los Carreras en Chile; ¿por qué no sucederia lo mismo en Mendoza?

La idea era demasiado seductora para que la desechase; satisfacia demasiado bien su ambición i su venganza para que no la admitiera.

Don Luis modificó, pues, su primitivo plan, i convirtió en una revolución contra el estado, la sorpresa que habia meditado contra la guardia.

El calabozo, como el desierto, i como el mar, tiene sus mirajes. El débil crepúsculo que penetra al través de sus rejas, favorece la ilusión. Abrumado por la soledad, el huésped de esa morada siniestra se forja sueños de gloria i poderío que por lo común no tienen mas realidad, que la que la imajinación les presta. Pocos son los que han logrado romper las puertas de la prisión para escalar el poder; muchos son los que las han visto abrirse para marchar al suplicio.

Don Luis entretuvo el tedio de su aislamiento con una de esas visiones de prisionero, i se vió trasportado por la fantasía, del fondo de su calabozo, a la cabeza de un ejército, que le ayudaria a encontrar en Chile su antiguo rango, i la venganza.

El proyecto temerario que imajinó para conseguirlo, revela, ya que no un juicio perspicaz i una gran prudencia, al menos la estraordinaria osadía que era peculiar a su familia.

Proponíase nada menos que usurpar el mando en la provincia de Cuyo; remplazar las autoridades existentes en Mendoza, San Juan i San Luis por los cabildos, a los cuales exijiria previamente juramento de que le prestarian su activa cooperación; formar una división respetable con los muchos chilenos que habitaban en aquella tierra; proponer despues de esto una transacción a San Martín; si no admitia, penetrar con su tropa por Arauco, tomar a los españoles por retaguardia, i vencerlos. A continuación de su triunfo, tenia meditado convidar de nuevo a San Martín a un arreglo amistoso; pagarle los gastos, si consentia en regresar con sus soldados a las provincias arjentinas; ausiliarle, si preferia marcharse al Perú; obligarle por la fuerza de las armas, caso que no aceptara buenamente sus ofertas.

La base de este plan jigantesco, concebido por un joven a quien las prisiones privaban de todo movimiento, eran unos cuantos milicianos que se habia ido ganando uno por uno con sus cálculos halagüeños, con sus ofrecimientos de futura riqueza.

Un zapatero chileno llamado Manuel Solís, que residia en Mendoza, i servia en uno de los batallo-

nes cívicos de esa ciudad, fué el principal ajente de quien se valió don Luis para organizar su conjuración, i conquistarse adeptos.

Por conducto de éste, notició sus proyectos a don Juan José, quien por el prontó negó su participación, o bien porque la fidelidad del emisario no le fuese bastante conocida, o porque creyera el plan impracticable. Sin embargo, al fin lo aprobó, i se puso en comunicación por escrito con su hermano. Pero mas tarde, sostuvo hasta el cadalso que su única idea habia sido la fuga, i que si habia aparentado conformarse con lo demás, habia sido solo para impedir que los otros se desanimasen, i dejasen por eso de favorecer su huida. El resto de la maquinación le habia parecido siempre una quimera.

XIII.

Don Luis prosiguió la realización de su propósito con la tenacidad del que está privado de su libertad, i trabaja por recobrarla.

Designóse para dar el golpe la noche del 25 de febrero de 1818. Prefirióse esa, porque en ella tocaba estar de guardia a Solís con algunos otros de los conjurados.

Ese dia, se pasó en los preparativos i ajitaciones consiguientes a una conspiración cuya hora va a sonar.

Las cosas comenzaron pésimamente. Los dos

hermanos habian recibido dos limas cada uno para quitarse las prisiones; pero las limas salieron tan malas, i las prisiones eran tan gruesas, que no les fueron de ninguna utilidad. Los dos jefes de la conjuración se veian precisados a principiar el movimiento con los grillos en los piés.

Esta desgracia no vino sola.

Solís, ignorante todavía del apuro en que se hallaban los Carreras, concibió el funesto antojo de salir a cobrar, antes de que se tocara la retreta, cierta cantidad que se le debia.

Por el camino, se encontró fatalmente con don Pedro Antonio Olmos. Era éste su vecino; i como vivian pared de por medio, le habia descubierto anteriermente los planes que estaba fraguando con don Luis.

Olmos, que era uno de esos soplones aficionados a tan vil oficio para congraciarse con los gobernantes, le habia escuchado con todos sus sentidos, habia aparentado querer participar de la empresa, i le habia ofrecido el ausilio de cuatro hombres seguros.

Con todo, no habia sabido ocultar tan bien sus perversas intenciones, que Solís no hubiera llegado a traslucirlas. Habia éste entonces concebido recelos de su confidente, habia procurado correjir su imprudencia empeñándose en persuadir a Olmos que todo habia quedado en nada, i no le habia vuelto a hablar del asunto.

Mas esa noche, al encontrarse con su vecino, olvidando de repente, no sé por qué, sus primitivas sospechas, le anunció que el golpe iba a darse dentro de pocas horas, i le exijió los cuatro hombres que, en otro tiempo, habia prometido para coadyuvar a la salvación de los Carreras.

Aquel espía por afición manifestó alegrarse de lo que se le avisaba; repitió a su interlocutor que por los Carreras estaba pronto a derramar hasta la última gota de sangre: i se despidió, asegurándole que corria en busca de los cuatro ausiliares ofrecidos.

El delator se dirijió a casa de Luzurriaga para contárselo todo; Solís, a la cárcel para verse con sus cómplices.

Cuando este principal ajente de la conjuración se presentó en los calabozos de don Juan José i don Luis, vió con desaliento que no habian podido desembarazarse de sus prisiones. Desesperando del éxito por esta causa, les propuso retardar la ejecución del proyecto para mejor ocasión. Pero los dos Carreras dieron a las palabras de Solís la misma contestación:—que estaban dispuestos a salir aun cuando fuera con grillos.

La paciencia tiene sus límites; la resignación no es una virtud predominante en oficiales jóvenes i valientes, que están habituados a ceñir espada. Hacía meses que se les sometía a la mas dura incomunicación. Su causa se les seguía con una

lentitud calculada. Muchas de las acusaciones que se les hacian eran imputaciones falsas, i altamente ofensivas para su honor. No tuvieron fuerzas para aguardar mas. Estaban impacientes por respirar el aire libre, por vengarse.

Así hablaron a sus cómplices con calor hasta persuadirles que persistieran en el intento; i esperaron ajitados i llenos de inquietud la media noche, hora que habian señalado para llevarlo a efecto.

Mientras tanto, el intendente, advertido de todo por Olmos, se echó sobre la guardia con un destacamento de tropa, i aseguró a los conjurados.

Don Luis, apenas sintió el ruido de la sorpresa, arrojó las limas i quemó una esposición de todo lo que proyectaba hacer, que tenia preparada para remitirla sin tardanza a don José Miguel, pidiéndole acudiese por mar a Chile en su socorro.

En un instante, se le habian arruinado los espléndidos castillos que habia edificado en los aires. El despertar de aquel alegre sueño era terrible. Desde aquella hora, la esperanza se habia alejado de su calabozo.

XIV.

A pesar de un contratiempo tan espantoso para él, don Luis no perdió la serenidad. Delante del peligro, se olvidó de sí mismo para no pensar sino

en salvar a su hermano, a los infelices soldados a quienes su imprudencia habia comprometido.

Cuando fueron a tomarle su declaración, ofreció referirlo todo francamente, revelar hasta sus mas íntimos pensamientos, si Luzurriaga le daba palabra de perdonar, o por lo menos de minorar la pena de los pobres cívicos a quienes habia seducido para la conjuración. Hizo presente en descargo de ellos que la miseria e ignorancia no les habia permitido resistir a los halagos con que él los acariciaba, a las perspectivas de ventura con que los alucinaba.

El intendente accedió a la petición del noble prisionero.

Con esta seguridad, don Luis relató minuciosamente el plan cuyo estracto se conoce ya. Echó sobre sí toda la culpa de la maquinación. Él solo habia sido el que habia concebido el proyecto, él solo se habia empeñado en llevarlo a efecto. Su hermano no tenia otra complicidad, que la de no haber delatado un pensamiento a cuya ejecución habia rehusado cooperar. Solís i sus camaradas eran individuos candorosos del pueblo, a quienes habia engañado. Si habia un crimen, era de él solo, i de nadie mas.

El sumario en el cual intervinieron veinte testigos, confirmó en lo sustancial la relación de don Luis, salvo que no hacía aparecer tan esclusivamente suya la responsabilidad del hecho.

XV.

Los reos nombraron por defensor a don Manuel Novoa, su amigo i partidario, que, desde la acción de Rancagua, residia en Mendoza. Este caballero estaba enfermo en aquellas circunstancias; sin embargo, admitió la difícil comisión de patrocinarlos.

En los pocos dias que se le dieron de plazo, hizo una buena defensa en estilo forense, i con razonamientos de abogado. ¡Trabajo inútil! ¡Vana ceremonia! En las causas políticas, cuando los que van a juzgar son los enemigos implacables del acusado, no hai otra defensa posible, que la dignidad del silencio, o uno de esos desahogos elocuentes, conminatorios, que aterran con la amenaza de represalias probables de parte de los hombres, o de un castigo infalible de parte de Dios.

Lo demás es una hipocresía para los jueces que finjen oír razones cuya justicia están de antemano resueltos a no admitir, i una debilidad para los reos que emprenden desmentir lo que ciertamente han maquinado, i justificarse delante de adversarios que en nada quieren concederles disculpa.

Los alegatos de Novoa no sirvieron sino para abultar el espediente. Fuesen débiles o fuertes sus raciocinios, no podian influir en lo menor sobre la sentencia que se iba a pronunciar.

XVI.

Novoa presentó su último escrito el 29 de marzo.

Ese mismo dia, llegó a Mendoza la funesta nueva del desastre de Cancha-rayada.

Este suceso era fatal para los acusados.

Esa derrota inesperada arrebataba a San Martín i a O'Higgins el prestijio de la victoria. Aquel descalabro era un grave cargo contra ellos, fuese merecido o nó. Podia temerse mui bien que los carrerinos hiciesen servir en provecho suyo la impopularidad i el descrédito que por el pronto debian recaer sobre sus rivales.

En Mendoza, los amigos de San Martín lo recelaron así. Tuvieron miedo de que los audaces prisioneros quisieran aprovecharse de la desgracia de Cancha-Rayada para una nueva intentona.

Luzurriaga, que estaba cierto de no ser el mejor tratado en caso de una sublevación, temblaba mas que los otros. Todas las precauciones le parecian pocas contra los Carreras. Habia colocado a los dos juntos en el calabozo mas bien resguardado de la cárcel; les habia redoblado las prisiones; habia tomado sus medidas para que no se comunicasen ni aun con los centinelas; pero nada le calmaba, i siempre estaba lleno de sobresaltos.

El 31 de marzo, participó sus temores al director de Buenos Aires, i le consultó sobre si debia

sentenciar él mismo la causa, o remitírsela en estado de conclusión para que el supremo gobierno decidiese. Le instaba que tomase una resolución pronta, cualquiera que fuese, i terminaba pidiéndole que si decidia avocarse el proceso, le permitiese enviar a la capital los reos al propio tiempo que los autos, pues, en la situación en que se hallaba, no se atrevia a garantir la seguridad de individuos tan revoltosos.

Un chasque partió con el pliego a todo correr.

Parecia natural que Luzurriaga aguardase para proceder la respuesta del director. Si así no habia de ser, ¿para qué le habia consultado?

No obstante, hizo todo lo contrario.

Sin esperar las órdenes que habia pedido, continuó de repente el proceso de una manera arbitraria e ilegal, contra los trámites fijados en el código, contra las disposiciones terminantes de la constitución.

Indudablemente habia recibido instrucciones de algún potentado, mas caracterizado que el mismo Pueirredón, las cuales ponian a cubierto la inmensa responsabilidad de su conducta.

XVII.

Era el caso que después de Cancha Rayada, San Martín habia esperimentado respecto de los Ca-

rreras los mismos temores que sus adictos en Mendoza.

Creia redobladas con su derrota la influencia i la osadía de aquellos jóvenes. Aunque estuvieran separados por los Andes, i encerrados en una cárcel, le incomodaban, le infundian susto. Miraba su existencia como el amago de un peligro.

San Martín no vacilaba nunca para tomar una determinación.

Don Bernardo Monteagudo partió para Mendoza, llevando instrucciones del jeneral sobre lo que debia hacerse. La aparición de este personaje esplica claramente el cambio operado en los procedimientos de Luzurriaga.

Para paliar algún tanto la irregularidad i estrañeza del procedimiento, los ajentes de San Martín hicieron que el cabildo, a propuesta del síndico procurador, elevase al intendente una representación para que, en vista de los gravísimos peligros que amenazaban a la provincia, «pronunciase a la mayor brevedad el fallo correspondiente en la causa de los Carreras, o tomase la medida mas conducente a fin de separarlos cuanto antes de aquel pueblo, i acallar así su clamoroso empeño».

Luzurriaga, aparentando conformarse con los votos del cabildo, nombró al siguiente dia una comisión de tres letrados a fin de que, instruyéndose de los autos, dictaminase, «sobre si estando con-

cluido el proceso, debia proceder, atendidas las circunstancias, a pronunciar la sentencia i mandarla ejecutar, sin embargo de apelación».

Esta comisión se componia de Monteagudo, el enviado *ad hoc* de San Martín, i de dos abogados de mala fama, don Miguel José Galigniana i don Juan de la Cruz Vargas.

Como era de esperarse, decidieron que una situación escepcional i un riesgo inminente dispensaban en este caso de la observancia de la lei; i por lo tanto, fueron de opinión que se pronunciase sin mas trámite sentencia definitiva, i que ésta se ejecutase en el acto.

Sin tardanza, el intendente pidió parecer a los mismos individuos sobre lo que deberia fallarse. Vargas, que no habia tenido escrúpulo para firmar el informe anterior, se escusó de hacer otro tanto con este segundo, alegando que él habia sido designado para ser puesto preso en caso de triunfar la conspiración de los Carreras; i que, por consiguiente, se hallaba implicado.

Por este motivo, la comisión quedó reducida a solo dos miembros, Galigniana i Monteagudo. Ambos se portaron en el asunto con la mayor espedición. En pocas horas, confabularon su dictamen, i lo elevaron al intendente.

Luzurriaga lo leyó; i en el acto, resumió al pié su contenido en la providencia que va a leerse: «Visto el presente dictamen, i conformándome

con él en todas sus partes, téngase por sentencia en forma, i ejecútese a las cinco de la tarde, pasándose por las armas a don Juan José i don Luis Carrera; i en cuanto a los demas correos, sáquense de la prisión en que se hallan, para que presencien la ejecución de los Carreras, debiendo ser remitidos oportunamente al exelentísimo director supremo, para que les dé el destino que juzgue conveniente, aplicándolos a las armas o marina; poniéndose en libertad a Enrique Figueroa.—*Toribio de Luzurriaga.*»

Esto sucedia a las tres de la tarde del 8 de abril de 1818.

Inmediatamente se notificó a los reos el anterior decreto, i se les puso en capilla.

Don Juan José creia que aquello era una burla; pero don Luis le persuadió que era mui serio, i le instó para que arreglase sus cuentas con Dios.

Los dos, i sobre todo el segundo, vieron acercarse la muerte con la misma serenidad con que la habian despreciado tantas veces en las batallas. Marcharon tomados del brazo al lugar de la ejecución; delante del banco, se abrazaron fuertemente; dedicaron un recuerdo a su familia, a su hermano José Miguel; i no habiendo permitido que les vendasen los ojos, recibieron la descarga que les arrebató la vida a las seis de la tarde.

Tenia don Juan José solo treinta i tres años, i don Luis solo veinte i siete.

Presenciaron su ejecución: Manuel Solís, Carlos Tello, José Antonio Jiménez, José Mesa i José Benito Velázquez, los cívicos que se habian comprometido a salvarlos.

Don Luis, poco antes de sentarse en el banco, pidió al relijioso frai José Lamas que le ausiliaba escribiera a su padre i a su hermano, rogándoles que socorrieran i sirvieran en cuanto pudiesen a aquellos infelices sobre quienes él habia atraído la persecución i la desgracia. El sacerdote cumplió puntualmente la última voluntad de su penitente,

El principal crímen de los Carreras para los que habian ordenado su suplicio, habia sido, no la conspiración abortada, sino su influencia i su arrojo, que, después de Cancha-Rayada, espantaban a San Martín i a O'Higgins.

Hacía media hora que habian dejado de existir, cuando todos los campanarios de Mendoza echaron al vuelo sus campanas para anunciar al pueblo la espléndida victoria obtenida en el llano de Maipo por el ejército chileno-arjentino.

XVIII.

A los tres, dias se escribian en Santiago las dos cartas que a continuación copio:

San Martín a O'Higgins.

«Excelentísimo Señor:—Si los cortos servicios

que tengo rendidos a Chile merecen alguna consideración, la interpongo para suplicar a Vuestra Excelencia se sirva mandar se sobresea en la causa que se sigue a los señores Carreras. Estos sujetos podrán ser talvez algún dia útiles a su patria, i Vuestra Excelencia tendrá la satisfacción de haber empleado su clemencia uniéndola en beneficio público. Dios, etc.—*José de San Martín.*»

O'Higgins a Luzurriaga.

«La madama de don Juan José Carrera, interponiendo la mediación del excelentísimo capitán jeneral, ha solicitado se sobresea en la causa que se sigue a su esposo por este gobierno, el que no ha podido resistirse ni al poderoso influjo del padrino, ni a las circunstancias en que se hace esta súplica, no considerando el gobierno justo que el placer universal de la victoria no alcance a esta desconsolada esposa. En consecuencia, este gobierno suplica a Usía que, en favor del citado individuo, por lo respectivo al delito perpetrado contra la seguridad de este estado, se aplique toda induljencia, dando así a él, como a su hermano, aquel alivio conciliable con los progresos de nuestra causa augusta. Dios, etc. Santiago, abril 11 de 1818.—*Bernardo O'Higgins.*»

¿No sospecharon los que esto firmaron que a la fecha los Carreras estaban en una cárcel mas se-

gura, que los calabozos de Mendoza? ¿Sus cartas no eran una farsa, una burla cruel?

¿O bien sus resentimientos políticos se habian aplacado con la victoria? Después de Maipo, ¿no creian ya necesaria la muerte de los Carreras, como la habian creído después de Cancha-Rayada?

Mientras tanto, al poco tiempo, don Manuel Novoa, el abogado que los habia patrocinado, era desterrado de Mendoza a Buenos Aires; i O'Higgins mandaba pagar a don Ignacio de la Carrera la cuenta de las costas del proceso seguido a sus hijos, cuenta que con este objeto le habia pasado Luzurriaga.

En esa cuenta maldita, que ascendia a ciento noventa i cinco pesos siete reales, el anciano padre tuvo que satisfacer esta partida.

Dilijencias de presenciar la sentencia i ejecución de ella i otras intimaciones . . . . 4 pesos.

CAPITULO IX.

Juventud de don Manuel Rodríguez.—Su mansión en Chile durante la reconquista española, i servicios que prestó a la causa de la independencia.—Montonera.—Primera prisión de Rodríguez por orden de O'Higgins.—Su segunda prisión por orden de Quintana.—Su conducta después de la derrota de Cancha Rayada.—Poblada del 17 de abril de 1818.—Nueva prisión de Rodríguez.—Confidencia del teniente don Antonio Navarro al capitán don Manuel José Benavente.—Marcha de Rodríguez para Quillota con el batallón número 1 de Cazadores de los Andes.—Muerte de Rodríguez.—Impresiones que causa este suceso sobre los gobernantes i el pueblo.

I.

La sangre de don Juan José i don Luis Carrera no fué la única sangre de patriotas que empañó el brillo de la victoria obtenida por San Martín i O'Higgins en las llanuras de Maipo. El sistema de aquellos gobernantes era inflexible, inhumano, implacable. Para evitar la sombra mas lijera de oposición, para conjurar el amago mas remoto de anarquía, no retrocedian delante de nada. La santidad de las intenciones cubria en su concepto todos los crímenes, como la respetabilidad de la bandera cubre los horrores de un campo de batalla.

A la muerte de los dos Carreras, se siguió la muerte de don Manuel Rodríguez.

Este segundo fué un atentado mas impío, mas injustificable, que el primero. Aquello siquiera fué un suplicio ejecutado a la luz del sol, después de un proceso mas o menos formal; pero esto fué un asesinato aleve, perpetrado bajo el amparo de las tinieblas en el recodo de un camino. Los Carreras conspiraban; se recelaba solo que Rodríguez hiciera con el tiempo otro tanto.

Este único temor bastó para que un pistoletazo le arrebatara la existencia. Sus servicios, su crédito, la fogosidad de su carácter, fueron los considerandos de la sentencia tenebrosa que le entregó indefenso a los tiros de un vil asesino.

Como Sila veia en César muchos Marios, O'Higgins vió en Rodríguez otro Carrera, pero el dictador chileno fué menos jeneroso, que el romano.

Para que puedan apreciarse los motivos de este crimen, i la popularidad justamente adquirida que perdió a la ilustre víctima, se hace necesario presentar un rápido resumen de su vida i de sus méritos en la revolución.

II.

Como jeneralmente sucede con todos los hombres, la niñez de Rodríguez fué un anuncio de lo que sería su edad viril. Desde el colejio, manifestó

cómo se conduciria mas tarde en los negocios del estado.

Estudiaba poco, i aprendia bastante. Dentro de la clase, su aprovechamiento le habia valido el grado de monitor; afuera, su natural osadía le habia conquistado el rango de caporal. Así, alternativamente pasaba la lección a sus condiscípulos, i los capitaneaba en los combates a pedradas que trababan de cuando en cuando. Era el promotor, o por lo menos el complice, de todos los alborotos estudiantiles.

Despedazaba mas libros, que seis de sus compañeros, i no se mostraba mas cuidadoso de sus vestidos, que de sus libros. Su esterior mal traído revelaba la despreocupación de su ánimo; i la altivez de su mirada, la arrogancia de su carácter.

No conocia el miedo, i era capaz de arrostrarlo todo.

Este conjunto de cualidades le hacía aptísimo para lucir en una revolución.

Tenia por émulo de saber a don José Miguel Carrera. Ocupaba éste el primer asiento en la clase, i Rodríguez el segundo; pero los condiscípulos repetian en abono del último que don José Miguel era estudiante mas antiguo.

En los trastornos de la independencia, debian conservar entre sí la misma graduación. Carrera figuró primero, i en mas alta escala, que su camarada de colejio.

En el período revolucionario que se estiende desde 1810 hasta 1814, Rodríguez no aparece sino mui en segunda línea.

A fines de 1811, firma como secretario de don José Miguel Carrera; en 1812, se compromete en una conspiración contra el mismo gobernante cuyos decretos autorizaba pocos meses ántes, i sufre su primera prisión; en 1814, después de las capitulaciones de Lircai, ayuda para que recobre el mando al mismo individuo que en 1812 habia trabajado por derribar.

En el espacio señalado, miéntras su antiguo condiscípulo llega a ser jeneral del ejército chileno, él no puede presentar sino el humilde título de abogado en los tribunales del reino.

III.

La época de esplendor para Rodríguez comienza con la reconquista española, consecuencia de la derrota esperimentada por los patriotas en Rancagua.

Rodríguez, como tantos otros, emigró entonces a las provincias arjentinas. Tenia de veinte i siete a veinte i ocho años. Estaba en el vigor de la juventud, en la fuerza de la vida. La acción era una necesidad de su naturaleza. La ociosidad le mataba. Su jenio impaciente i apasionado no se avenia con el reposo, con la quietud.

Era uno de esos hombres de sentimientos impetuosos, que nacen para vivir entre las borrascas de la pasión o de la política, i cuyo elemento es el peligro. Las revoluciones son el centro natural de los individuos de esa especie; la lucha azarosa i arriesgada es la única ocupación que les agrada.

Don Manuel Rodríguez no pudo conformarse con permanecer en Mendoza mano sobre mano, aguardando la organización del ejército restaurador. Deseaba ardientemente no perder tiempo para servir a la causa que habia abrazado. Por este motivo, propuso a San Martín pasar a Chile, prepararle intelijencias en este país, hacer que los patriotas se entendieran secretamente entre sí, e insurreccionar la población de los campos. Se sentia con ánimos para llevar a cabo todo eso.

San Martín que conocia a los hombres, comprendió en el acto todo el mérito de aquel joven osado, i se apresuró a admitir su ventajosa oferta.

Rodríguez no se entretuvo en largos preparativos. Sin tardanza, atravesó la cordillera, i se puso a la obra.

Para apreciar como es debido su habilidad i su arrojo en esta difícil empresa, es preciso recordar la situación de Chile en aquellas circunstancias.

Los mandones metropolitanos trataban a los chilenos como a pueblo vencido, como a nación conquistada. La condición de criollo era por sí sola un motivo de desconfianza, de sospecha. Para

aquellos gobernantes necios i apasionados, todo americano era un insurjente, o por lo menos, debia llegar a serlo. Así aun en sus partidarios, divisaban enemigos futuros.

Esta convicción les hizo no estimarse en seguridad, mientras no hubieron ocupado militarmente todo el territorio, i puesto en estado de sitio el país entero. Desde Atacama hasta Concepción, habian diseminado cuerpos de tropas, cuyos jefes gobernaban sus respectivos cantones, aplicando a la letra las leyes marciales mas rigorosas. Todos los bandos tenian por sanción los azotes, o la muerte. Puede decirse que, en la plaza de cada ciudad, los españoles habian levantado un rollo i una horca. Eran esas las señales de su toma de posesión en esta tierra.

A nadie, le era lícito alejarse unas cuantas leguas de su casa sin permiso i sin pasaporte. El *tribunal de vijilancia* tenia un ojo en todas partes. La delación era un oficio lucrativo. El terror tendia a ahogar en los corazones todo noble sentimiento.

Sin embargo, Rodríguez se paseó como un duende por entre todos esos destacamentos; vivió en las ciudades, i recorrió los campos; repartió armas i proclamas subversivas; promovió la insurrección donde quiera que se presentó; i se burló a su gusto de las restricciones impotentes que habian plantado los conquistadores.

Su impunidad no nació de que el gobierno ignorase su presencia en el país. Los ajentes de España no tardaron en conocer su venida, i en sentir sus manejos. Entonces le persiguieron de muerte, pero siempre en valde. Rodríguez se les escapaba de entre las manos.

Alguien ha dicho que llevaba en el dedo un anillo donde ocultaba veneno para evitar por el suicidio la venganza de sus enemigos en caso de una sorpresa. El hecho es falso. El anillo que llevaba en el dedo no era el de Aníbal para matarse, sino el de Jijes para hacerse invisible.

Los ardides injeniosos a que recurria, las burlas atrevidas que jugaba a sus perseguidores, le hicieron popular en breve tiempo, i le han valido un prestijio novelesco, que ha hecho de este revolucionario un héroe de romance. Hombres i mujeres, pobres i ricos celebraban, en voz baja las jugarretas que hacía Rodríguez a los esbirros de un gobierno detestado.

Sería interminable recopilar todas las anécdotas de esta especie que se cuentan. Cada contemporáneo tiene una colección distinta. Es probable que se le atribuyan no solo aquellas de que fué realmente actor, sino tambien otras que ha inventado i adornado la imajinación popular.

Uno le pinta elegantemente vestido, entrometiéndose en un baile de oficiales talaveras, que vomitaban improperios contra Rodríguez, el monto-

nero, el bandido; otro le representa disfrazado de lacayo, abriendo con todo acatamiento la portezuela del coche al presidente Marcó, que acababa de poner a precio su cabeza. Este se divierte en describir la visita que hizo bajo el traje de criado a uno de sus amigos preso en la carcel de Santiago; aquél habla del asombro que ocasionó su aparición en una tertulia de la capital, donde pasó jugando malilla toda la noche con la mayor sangre fría, mientras los demás temblaban a cada instante de que viniesen a prenderle.

Estas audaces calaveradas le hacian querido a todo el mundo. La lucha que aquel joven sostenia él solo contra todos los recursos de los opresores, no podia menos de granjearle la estimación jeneral.

IV.

Rodríguez, haciendo servir en provecho de su causa la consideración que se habia conquistado, organizó, a fines de 1816, en la provincia de Colchagua, una montonera que preparó la ruina de la dominación española.

Antes de su vuelta a Chile, después del desastre de Rancagua, no habia tenido ningún motivo de influencia sobre la jente del campo. Su padre era empleado en la aduana, i no poseia fundo rural, donde su hijo hubiera podido tener relacion con los moradores de la campaña. Don

Manuel se habia criado i educado en Santiago. Sus hábitos eran puramente urbanos. No sabía siquiera montar a caballo, i se le desvanecia la cabeza en el pasaje de los rios.

Eran éstas unas cualidades que no le favorecian mucho para hacerse caudillo de *guasos* chilenos. No obstante, con el tesón i la facilidad de inventiva que Dios le habia dado, consiguió hacerse respetar i obedecer de aquellos hombres del caballo i del lazo, que jeneralmente miden la importancia de los individuos por su destreza en estos ejercicios.

Rodríguez concibió desde temprano que los habitantes de las ciudades, oprimidos por las guarniciones realistas, estaban en la imposibilidad de insurreccionarse. Los campesinos que no podian ser velados continuamente i tan de cerca, eran los llamados para levantar los primeros la bandera de la sublevación.

Con estas ideas, dirijió todos sus trabajos a ganarse la confianza de los *guasos*, i a disponerlos para una insurrección.

Principió por anudar sus relaciones con algunos hacendados patriotas de Colchagua, por contraer amistad con los demás que habia del mismo color político; en seguida, por su medio, se puso en contacto con los inquilinos. Al fin de algunos meses, toda aquella jente le amaba con entusiasmo, i estaba dispuesta a seguirle a donde él quisiera.

Marcó publicó por todas partes al son de trompeta que contaria mil pesos al que le entregase a Rodríguez, i le concederia el perdón del *delito mas atroz*, si era que el denunciante lo habia cometido. Nadie respondió a ese llamamiento tentador.

Con una sola palabra, aquellos miserables podian reunir mas plata de lo que jamás habian soñado, i sin embargo, ninguno la pronunció.

Aun mas. Sufrieron que los destacamentos que andaban buscando a Rodríguez hasta por debajo de los matorrales, castigasen su obstinado silencio con azotes; que quemasen sus ranchos, toda su riqueza; que incendiasen sus sementeras, toda su esperanza; ántes que revelarles el paradero del proscrito. No puede darse una prueba mas convincente del afecto que habia sabido inspirarles.

Cuando don Manuel supo por las comunicaciones de San Martín que la invasión de los patriotas se aproximaba, armó a los mas alentados de sus *guasos*, i comenzó la campaña.

La tropa era poco numerosa, pero se componia de individuos tan intrépidos, como su jefe. Ella tenia la ventaja de que el enemigo ignoraba siempre dónde habia asentado su campamento. Asaltaba los fundos de los realistas, o las partidas españolas, cuándo i cómo le convenia. Si encontraba resistencia, cambiaba apresuradamente con sus contrarios algunos fusilazos, i se desbandaba para irse a reunir mas lejos en parajes designados.

Como esta milicia volante e incógnita no llevaba uniforme ni usaba distintivo, sus soldados fuera de la formación i de la reyerta no podian ser reconocidos. Talvez el guia que conducia a los realistas, el huésped que los alojaba, eran miembros de la banda. El individuo que con aire indiferente se les acercaba en el camino, el que los seguia desde lejos, eran quizá centinelas, espías de los montoneros.

Una campaña como ésta, en la cual casi siempre se ignoraba la posición del enemigo, fatigaba i hacía trabajar en gran manera a los destacamentos de Marcó. Tenian que combatir, no contra un ejército, sino contra un pueblo.

Rodríguez, cuya única estratejia consistia en asaltos i sorpresas, no se limitaba a recorrer los campos, sino que tambien caia sobre las poblaciones, cuando menos se le esperaba. Melipilla, San Fernando i Curicó fueron sucesivamente invadidas, i estuvieron ocupadas durante varias horas por los insurjentes. Cuando éstos presumian que los escuadrones realistas debian venir acercándose en su persecución, montaban sobre sus veloces caballos, i no dejaban sino los vestijios de su pasaje i de sus insultos a las autoridades constituidas.

En vez de adversarios, las tropas del gobierno hallaban solo las noticias de su mansión en aquellos lugares, i de la insolencia con que des-

preciaban el poder de los conquistadores. Ponían-se entonces a buscarlos con encarnizamiento; pero eran raros los que tenian la desgracia de caer en sus manos.

Rodríguez, precisamente aquel cuya aprehensión mas les interesaba, siempre se les escabullia. Hubo ocasión en que pasaron a mui corto trecho del escondite donde se ocultaba; pero parece que el cielo le protejia, i no fué advertida su presencia.

La fecunda imajinación del proscrito i su estraordinaria serenidad no le abandonaban nunca. Estaba acorralado, i sin embargo hallaba medio de señalar a sus irritados perseguidores una falsa huella que les hacía perder su rastro. Entonces corria al lado opuesto, i daba un nuevo e inesperado golpe en algun paraje mui distante de aquel donde se figuraban tenerle bien encerrado.

Esta impotencia para destruir aquellas guerrillas de aldeanos disminuia en gran parte el prestijio del gobierno a los ojos de los habitantes. Los realistas eran los primeros en conocer el descrédito que les traia una insurreccion como aquella. Por eso, hacian los mayores esfuerzos para sofocarla. Su mejor caballería repasaba en todos sentidos la provincia de Colchagua, centro de los montoneros; dos mil seiscientos soldados, la flor de su ejército, se ocuparon en perseguir a Rodríguez i los suyos; pero no sacaron otro provecho

que acuchillar a unos cuantos de los guerrilleros, i no poder asistir, embromados como estaban por un puñado de campesinos, a la acción de Chacabuco, donde su presencia habria sido utilísima para su causa.

Las escursiones de don Manuel contribuyeron, pues, a la victoria tanto como el valor de O'Higgins, como las estratajemas de San Martín. La guerrilla que organizó, valió tanto como un ejército, pues ella sola hizo frente a un ejército realista.

La reputación que le adquirieron estas proezas, fué, como era de aguardarse, colosal, reconocida por todo el mundo. Su influencia, particularmente en las masas, era mui grande. Su vida aventurera le habia puesto en contacto con individuos que se habian fanatizado por su persona hasta el punto de que se habrian dejado matar por servile.

V.

Apenas San Martín i O'Higgins se posesionaron de Santiago, i medio se arreglaron en el gobierno, fijaron su atención en aquel caudillo popular que se habia levantado; i previeron que, si no le hacian a un lado, sería en el porvenir un poderoso estorbo para la realización de su sistema.

Nadie conocia mejor que ellos a Rodríguez; nadie sabía mejor, que nunca se doblegaria sumiso bajo su mando. Aquel joven osado, de ánimo in-

quieto, de opiniones exaltadas, no estaba formado para sufrir con humildad el imperio de un gobernante, ni para llevar el amén a quienquiera que fuese. Sobrábale la franqueza para emitir sus juicios, i el arrojo para ejecutar lo que decia.

Un hombre como éste, cuya frente habian rodeado sus últimos servicios con una auréola de gloria, era verdaderamente temible. Sus pretensiones iban a ser, no las de un individuo aislado, sino las de una facción numerosa. Rodríguez estaba llamado a ser un jefe de partido, i no así comoquiera, sino un jefe de partido que dispondria de muchos elementos para hacer triunfar sus ideas.

San Martín i O'Higgins trataron de alejar con tiempo a ese soldado ciudadano, en quien su previsión columbraba un opositor a sus miras.

Forjaron un frívolo pretesto para hacerle venir a Santiago en calidad de arrestado, de la provincia de Colchagua, donde estaba persiguiendo a los dispersos realistas. Aquí se le significó que «razones políticas i el imperio de las circunstancias» exijian su salida del país. Se le señalaron los Estados Unidos por lugar de este ostracismo mas bien que destierro, i se le comunicó que se le emplearia en aquella república como ajente diplomático. Se le prometieron dos mil pesos para el viaje, i mil pesos anuales para sueldo. Su padre i su familia no debian darle ningún cuidado. El director le ofrecia velar por ellos. Por lo demás, en

todo caso, podia contar con la gratitud nacional i la amistad del jefe supremo. El gobierno esperaba, que como fiel hijo, le participaria las observaciones que, en beneficio de su patria, le sujiriera el estudio de aquel país clásico de la libertad.

Ciertamente era imposible imponer un destierro de una manera mas honorífica i cortés. La categoría i la inocencia del condenado hacian necesarios todos estos miramientos.

Rodríguez no era dueño de admitir o rehusar. Estaba preso, i por consiguiente, a disposición del director.

Fué conducido bajo custodia a Valparaíso, donde se le alojó en un castillo, mientras se preparaba el buque destinado a trasportarle. En el ínterin, don Manuel, que no emprendia de buena gana semejante peregrinación, sobornó a su centinela, i huyó de la prisión.

Esto sucedia en abril de 1817.

Rodríguez se ocultó, i aguardó la llegada de San Martín (que a la sazón se hallaba en Buenos Aires) para ver modo de avenirse con él. Efectivamente, luego que regresó el jeneral, don Manuel le pidió una entrevista; i habiéndole dado sus esplicaciones, los dos se separaron mui amigos.

Por intervención de San Martín, O'Higgins convino en que el temido montonero permaneciera en Chile, i todo pareció quedar arreglado por entonces.

Sin embargo, Rodríguez era siempre observado con desconfianza, i tenido en clase de sospechoso. Talvez la poca reserva que guardaba para emitir su opinión, daria marjen a que se le tuviera por desafecto a la administración. Lo cierto es que, el 7 de agosto de aquel mismo año, el delegado don Hilarión de la Quintana le hizo arrestar de nuevo como cómplice de una conspiración carrerina, que, según decia, le habian denunciado.

En esta ocasión, era tan inocente, como en la anterior.

Estuvo en la cárcel durante algunos meses, hasta que por fin la junta misma que sucedió a Quintana le puso en libertad, declarando no resultar ningún cargo en contra suya. El motivo de su arresto, como el del destierro a que anteriormente habia querido condenársele, no era otro que un infundado recelo.

Los gobernantes mismos manifestaron estar sinceramente convencidos de su ninguna culpabilidad. Apenas salido, puede decirse, de la cárcel, San Martín le nombró auditor de guerra en el ejército que comenzó a disciplinar en la hacienda de las Tablas para resistir la nueva invasión realista que, a fines de 1817, se supo estaba mui próxima a desembarcar en las playas chilenas.

Esta armonía duró poco. Estaba visto: Rodríguez no podia entenderse ni con San Martín, ni con O'Higgins. Las antiguas sospechas se reavi-

varon con mayor fuerza. Al pasar el ejército por Santiago en su marcha para el sur, el auditor de guerra recibió orden de detenerse, i prepararse a partir para Buenos Aires en calidad de ajente diplomático, o de diputado de Chile, como entonces se decia.

Esto era volver a la idea de alejarle del país. No habia mas diferencia que el cambio de los Estados Unidos por las provincias arjentinas.

VI.

Encontrábase Rodríguez en esta situación, sin saber qué hacerse, ni cómo evitar el golpe que le amenazaba, cuando sobrevino el desastre de Cancha-Rayada. En medio de la desesperación que produjo esta fatal noticia, el vecindario creyó que solo Rodríguez podia salvar la patria. Muchos altos potentados fueron a buscarle a su residencia; le condujeron ante las corporaciones que se habian reunido en sesión jeneral; i allí todo el concurso, por aclamación, determinó que el director delegado don Luis de la Cruz compartiese el mando con él.

Rodríguez correspondió a la confianza de sus conciudadanos. Con sus palabras i acciones, volvió a todos la esperanza, encendió el entusiasmo en todos los pechos. Como con una convicción vivísima, repitiese que la patria no pereceria aquella

vez, los desalentados habitantes lo creyeron. Los que poco antes solo pensaban en huir, no pensaron ya sino en defender sus hogares hasta el último aliento, i en morir, si era preciso, pero heroicamente.

El gobernador provisional Rodríguez publicó la inminencia del peligro, e hizo un llamamiento a todos los hombres de corazón para que viniesen en ausilio de la santa causa de la revolución. Sacó de la maestranza las armas necesarias, i señaló el cuartel de San Diego por punto de reunión.

El cuerpo de voluntarios que iba a levantarse en aquella hora suprema tendria por nombre *Húsares de la Muerte*, i por divisa una *calavera*. La denominación i la insignia eran bien significativas.

Rodríguez pidió para sí la comandancia de aquel rejimiento.

En pocas horas, se alistaron seiscientos individuos, muchos de ellos oficiales i soldados retirados del servicio.

Cuando llegaron a la ciudad O'Higgins i San Martín, no supieron con agrado lo que habia sucedido; pero, ocupados en ver cómo rechazar al enemigo que avanzaba rápidamente sobre Santiago, olvidaron por entonces las disensiones domésticas. En aquel momento solemne, su pensamiento esclusivo era la salvación de la patria.

La victoria espléndida, decisiva, del 5 de abril,

coronó los esfuerzos de los jefes, recompensó la abnegación de los ciudadanos.

Rodríguez con su rejimiento no tuvo la gloria de encontrarse en toda la batalla, pero contribuyó a su conclusión. Ese dia por la mañana, se hallaba en un punto distante del sitio donde se trabó. El estruendo de los cañones le advirtió que la reyerta estaba ya empeñada. Inmediatamente se encaminó con su tropa a la pelea, guiándose por el ruido de las descargas. Atravesó la llanura de Maipo casi a tientas, sin saber con fijeza cuál era la posición respectiva de los belijerantes.

Esta incertidumbre retardó su marcha. No pudo presentarse en el lugar de la acción hasta las cinco de la tarde.

El triunfo estaba decidido, mas todavía quedaba trabajo para los recien llegados. Fueron los *Húsares de la Muerte* los que obligaron a rendirse al jefe realista don Anjel Calvo, que, con algunos restos, se defendia como un león en el cerro de la Niebla. Calvo habia desertado en otro tiempo del ejército patriota, i combatia con la desesperación de quien está seguro que su derrota es el suplicio.

Habiendo muerto o hecho prisionero con su jefe a todo aquel piño de enemigos, los húsares permanecieron en el campo de batalla.

A los dos dias, recibieron orden de continuar para el sur en persecución de los fujitivos; i en

desempeño de esa comisión, se pusieron en marcha bajo el mando del teniente coronel Serrano. El comandante Rodríguez se volvió para Santiago.

Este jefe i aquellos voluntarios se separaron mui ajenos de que nunca tornarian a verse. Sin embargo, así debia suceder. Al jefe, le aguardaba la muerte; al rejimiento, la dispersión.

San Martín i O'Higgins miraban el cuerpo levantado por Rodríguez como una falanje de revolucionarios, como una base de futuros motines. Esa tropa, donde en la hora del peligro se habian alistado los amigos mas decididos de Carrera, los partidarios mas acérrimos del ilustre montonero, era para los gobernantes una amenaza perpetua, el núcleo de una oposición armada.

Los húsares alcanzaron hasta Linares. Allí se les ordenó que se replegasen sobre Talca. En esta ciudad, encontraron al coronel Zapiola, quien les comunicó que traia instrucciones del gobierno para licenciarlos. En el acto, el cuerpo quedó disuelto.

La suerte que cupo al jefe fué todavía mucho mas triste, que la del rejimiento.

VII.

El triunfo de Maipo envalentonó a los vecinos de Santiago. Muchos creyeron que la indepen-

dencia estaba ya asegurada, i que la dictadura era en adelante innecesaria.

Comenzóse a hablar con calor en los círculos de la capital sobre la urjencia de poner término al réjimen militar i absoluto que se hallaba establecido. Se clamó por que de una vez se afianzasen las garantías de los ciudadanos, i se tomasen precauciones contra los desafueros posibles de la autoridad. Era ya preciso que se proveyese al respeto de las propiedades; que se atendiese a la seguridad de las personas; que se fijasen reglas al ejercicio del poder; que se diese intervención al pueblo en el gobierno.

Algunos querian que, por medio de una asamblea, se consultase la voluntad de la nación acerca de cuestiones tan vitales para ella.

Los mas consideraban este arbitrio demoroso i lleno de dificultades. El país no estaba completamente pacificado; el enemigo no lo habia aun evacuado todo entero ¿Cómo pensar en la convocatoria de un congreso jeneral? Eso se haria mas tarde; pero, entretanto, era urjentísimo dar al gobierno una forma constitucional, aunque fuese provisional.

Los de esta opinión, que eran muchos, juzgaron que el cabildo de Santiago podia suplir la falta de una representación nacional.

Esta corporación era tan antigua, como la fundación misma del reino de Chile. Durante el co-

loniaje, habia sido venerada con amor; en 1810, habia comenzado la revolución; i ésta, que habia abolido la audiencia, disuelto a bayonetazos un congreso, cambiado tantas veces violentamente las juntas ejecutivas, habia respetado siempre a la municipalidad. Los rejidores i sus partidarios juzgaban tales antecedentes títulos bastantes para pretender, en aquellas circunstancias estraordinarias, una injerencia considerable en la dirección del estado.

El cabildo, que, en otro tiempo, habia sido el cuerpo deliberante de los revolucionarios, el que habia formulado las ideas de los innovadores, el que habia dado respetabilidad a los actos de éstos, ¿por qué no habia de desempeñar en 1818 las mismas funciones que en 1810, es decir, por qué no habia de ser el senado de la nación mas bien que el consejo de una ciudad?

Los municipales de la época de O'Higgins soñaron llegar a ser lo que habian sido los de la época de Carrasco i de Toro, i se lisonjearon con imponer la lei al dictador, como sus antecesores se la habian impuesto a los dos presidentes que acabo de nombrar.

El 17 de abril de 1818, a los doce dias de la victoria de Maipo, los que patrocinaban el proyecto mencionado, concurrieron en gran número a la sala capitular, i se constituyeron en *cabildo abierto.*

En seguida, nombraron una comisión compuesta de don Agustín Vial, don Juan José Echeverría i don Juan Agustín Alcalde, para que pasasen al lado del dictador, i le hiciesen conocer, en nombre de la reunión, la necesidad que habia de que se supliese por la intervención del cabildo en los negocios públicos la falta de una asamblea nacional, cuya convocatoria impedia por entonces la situación del país. Pretendian que por lo menos se les concediese el nombramiento de los ministros de estado, escepto el de la guerra, cuya elección sería privativa del jefe supremo.

O'Higgins escuchó con disgusto los discursos de aquellos diputados, i les ordenó que fuesen a llamar a los cabildantes para que éstos viniesen a saber por sí mismos la respuesta que iba a dar a semejantes proposiciones.

La actitud altanera que tomaba el director disminuyó los brios de los municipales, que acudieron a palacio un si es no es medrosos, i con aire de arrepentimiento.

Don Bernardo les reprendió su conducta, acusó de irrespetuosas, de descomedidas las espresiones de que se habia servido Vial para hacer presente su misión, i los despidió con una negativa terminante i todas las señales de un gran descontento.

Nadie se atrevió a contradecirle, i todos se retiraron sumisos.

Vial i Echeverría fueron desterrados de Santiago, en castigo de lo que se llamaba su insolencia.

VIII.

Rodríguez habia representado un gran papel en todo aquel alboroto. Habia sido uno de los mas animados, i uno de los que con mas empeño habian sostenido que debia obligarse a los gobernantes a condescender con los votos del pueblo. Su voz habia resonado tonante en la sala capitular; i en seguida, habia venido acompañando al cabildo hasta el patio de palacio, donde habia continuado en sostener con toda enerjía su opinión.

O'Higgins supo o escuchô lo que Rodríguez estaba diciendo. El proceder osado de aquel soldado tribuno agotó su paciencia. El dictador no se resolvió a sufrir por mas largo tiempo a un *revoltoso tan incorrejible*, i determinó escarmentarle.

Hizo venir del cuartel de San Pablo una compañía del batallón *Número* 1 *de Cazadores de los Andes*, que allí estaba hospedado; i con ella, remitió al mismo lugar preso a don Manuel Rodríguez. El capitán don Mannel Antonio Zuloaga, que la mandaba, recibió orden de hacer fuego sobre el pueblo, si durante el tránsito algun grupo intentaba arrebatar al prisionero.

Nada de eso sucedió; i Rodríguez fué encarcelado en el cuartel de San Pablo.

El teniente coronel don Rudesindo Alvarado, comandante del *Número* 1 *de Cazadores*, escojió veinte i cinco hombres de confianza, los puso a las órdenes del capitan Zuloaga i del teniente español don Antonio Navarro, i encargó a los dos la custodia de don Manuel, haciéndoles responsables de ella.

Rodríguez permaneció en San Pablo cerca de un mes. Sus guardianes tenian instrucciones espresas de no dejarle comunicarse con nadie; pero don Manuel supo congraciarse con Navarro, i éste, que se alternaba en la guardia con Zuloaga, cada vez que entraba de turno, le dejaba salir disfrazado a la calle. En esas ocasiones, Navarro sacaba al preso, a la media noche; i confiado en su palabra, le permitia irse a donde mas le acomodase. Una hora antes del toque de diana, volvian a reunirse en una esquina que tenian designada, i Navarro encerraba otra vez a Rodríguez en su calabozo. Los amigos con quienes éste se veia durante aquellas escapadas nocturnas, le instaban que aprovechase la ocasión i huyese. Rodríguez desechaba sin vacilación tales consejos. Jamás, decia, comprometeria al oficial que le prestaba aquel servicio, i que se confiaba en su honor.

A fines de mayo, el batallón comenzó a prepararse para trasladarsc a Quillota. El preso debia seguirlo.

¿Con qué objeto se hacía emprender a Rodríguez semejante viaje?

IX.

En uno de los dias que precedieron a la partida (el 22 de mayo), Navarro se acercó todo inquieto i azorado al capitan del mismo cuerpo don Manuel José Benavente, i le pidió una conferencia, porque deseaba consultarle sobre un negocio delicado.

Refiriόle en seguida que la noche anterior el comandante Alvarado le habia conducido, sin decirle para qué, a presencia del director; que éste se encontraba con el jeneral don Antonio Balcarce; que O'Higgins le habia hablado de Rodríguez, pintándoselo como un hombre distinguido por su talento i valor, el cual habia prestado buenos servicios a la revolución, pero turbulento e incorrejible; que le habia contado cómo él i San Martín habian procurado infructuosamente ganar de todos modos a aquel hombre díscolo, o alejarle del país con comisiones honoríficas; que le habia esplicado a lo largo cómo semejante individuo sería funestísimo para Chile, descubriéndole la intención en que se hallaban de deshacerse de él, como único arbitrio que restaba; i que, por último, después de este minucioso preámbulo, habia terminado con la propuesta de que se encargara de desempeñar



Lit. P. Cadot

RAFAEL JOVER, EDITOR

JENERAL DON RAMON FREIRE

aquella comision, para lo cual se ofrecia una oportunidad en la marcha del batallón a Quillota. El director le habia comunicado además que la misma indicación se habia hecho a Zuloaga; pero que este joven habia andado con escrúpulos, que habian obligado a fijarse en otro.

Navarro, después de una larga conferencia, habia pedido veinte i cuatro horas para resolverse.

Aquella noche, se cumplia el plazo, i no sabía qué hacer.

Benavente oyó esta relación con desconfianza. Temió que aquella fuera una red que se le tendia para esperimentar su fidelidad al gobierno. Todo podia temerse. La época no era para descuidarse. Su familia era conocidamente carrerina, i era ese un motivo mas que suficiente para andar con tiento. Sin embargo, contestó a Navarro:—*Imite Usted a Zuloaga; rehuse como él.*

A este consejo, objetó el consultante su calidad de español, su aislamiento en un país estranjero, el temor de que se le hiciera morir para asegurar el secreto.

—*Usted sabrá entonces lo que hace,* le dijo Benavente, i le volvió las espaldas, indeciso sobre si aquello sería un embuste o una realidad.

X.

El 25 de mayo a la madrugada, el batallón se puso en camino para Quillota.

A cierta distancia, iba Rodríguez con su escolta bajo las órdenes de Zuloaga; le acompañaba también Navarro.

El capitán Benavente mandaba ese dia la guardia de prevención, i marchaba a la inmediación del grupo que acabo de describir.

Aprovechóse de esta circunstancia para acercarse a Rodríguez, i para ofrecerle un cigarro de papel en cuya envoltura habia escrito:—*Huya usted, que le conviene.* Rodríguez leyó estas palabras siniestras. La sorpresa le impidió ocultarlas bastante a tiempo para evitar que las leyera también Navarro, que, en aquel momento, caminaba à su lado.

Rodríguez nc era ciertamente un hombre cobarde; nadie se habria atrevido a decirlo. Habia siempre arrostrado el peligro con una rara serenidad. Pero no es lo mismo el desprecio de la muerte en una lucha, que el recelo de ser apuñaleado por la espalda en un camino solitario. Esto último hace palidecer al mas bravo.

El aviso de Benavente dió miedo a Rodríguez. Recordó los tristes pronósticos de sus amigos en Santiago. Agolpáronse a su mente mil incidencias, en que antes apenas habia reparado, i que, en aquel momento, tomaron para él un significado funesto.

Rodríguez habia vivido en una época de trastornos i de violencias; sabía a no caberle duda que las pasiones políticas en cierto grado de exalta-

ción no se detienen delante de nada, que la vida del hombre no es para ellas mas sagrada que cualquiera otra cosa. No tenia ningún motivo para mirar como imposible una venganza sangrienta.

Acercóse a Navarro; le pidió como amigo una revelación de lo que supiese sobre el particular. ¿Le habian dado algún encargo fatal? Si era así, le suplicó que permitiese su fuga. ¿Qué mal podia acarrearle aquel acto de piedad? El le haria rico, le haria feliz. A él mismo, no le faltaba dinero; tenia además amigos que recompensarian espléndidamente aquel servicio.

El español procuró tranquilizarle; aseguróle que no tenia nada que temer.

Sin embargo, sus protestas no calmaron a Rodríguez. Habia en aquellas palabras algo que le alarmaba. El temor no solo desazona el corazón de la víctima, sino también el corazón del asesino; la palidez no solo cubre el semblante del que va a morir, sino también el de aquel que debe herir.

Rodríguez continuó la marcha triste, taciturno.

En la primera ocasión, intentó sobornar al sarjento del destacamento. Le ofreció oro, si favorecia su fuga. Nada consiguió.

Durante ese dia i el siguiente, las alternativas del viaje permitieron a Rodríguez trabar conversación con algunos oficiales. A todos, les descubrió sus sospechas, i les rogó que si algo sabian, se lo comunicaran. Sus respuestas negativas no le sa-

tisficieron. Si no le decian nada que apoyase sus recelos, tampoco le decian nada que los disipase.

Dos leguas antes de llegar a la hacienda de Polpaico, Zuloaga recibió orden de entregar el preso i el mando de la escolta al teniente Navarro. Rodríguez lo supo con sentimiento, e hizo inútiles esfuerzos para que el cambio no se operase.

En la tarde del dia 26, el batallón acampó en las márjenes de un arroyo que corre inmediato a las casas de la hacienda de Polpaico.

Navarro, con el preso i su escolta, se alojó en una pulpería distante tres cuadras a retaguardia.

Rodríguez estaba mas sombrío i meditabundo. Interrogó a Navarro con mas instancia sobre cuál sería su suerte; le reiteró sus ofertas.

El español se esforzó por ahuyentarle aquellos lúgubres pensamientos. Le repitió que estaba viendo visiones. Para restituirle la alegría, mandó que sirviesen licor, i le hizo beber.

Después de eso, le convidó para ir por aquella vecindad a una de esas visitas que los hombres de guerra rehusan pocas veces, deseosos de mezclar los dulces deleites a los rigorosos ejercicios de su dura profesión. Rodríguez se negó desde luego a la invitación; pero fueron tan apremiantes las instancias de su guardián, que al fin consintió.

Parece que el desgraciado hubiera tenido como un presentimiento de que, en vez de los brazos de una mujer, le aguardaba la muerte.

Los dos montaron a caballo, i partieron solos.

Era la oración.

A poco andar, Navarro sacó repentinamente de entre la ropa una pistola; i apoyando casi la boca de esta arma sobre el cuello de su compañero, la disparó sobre él, i le derribó por tierra.

Al ruido del pistoletazo, acudieron los cabos Gómez i Agüero, a quienes de antemano i a prevención tenia el español emboscados por allí cerca, i a una orden de su teniente, ensartaron sus bayonetas en el pecho de su ilustre víctima.

Navarro habia cuidado de alejar con diversos pretestos a los otros individuos del destacamento.

A continuación, se rasgó con un cuchillo la manta en tres distintas partes, i se puso a decir que habia hecho fuego sobre Rodríguez, porque habia arremetido contra él para fugarse.

XI.

La noticia de aquella desgracia se divulgó en un instante por todo el batallón. Alvarado levantó en el acto un sumario de lo que habia sucedido, i lo remitió sin tardanza con el capitán don Santiago Lindsay.

Este bravo oficial partió a escape para la capital. Fué a desmontarse a la puerta misma del palacio, i exijió que, todo cubierto de polvo como estaba, le condujesen a O'Higgins.

Lindsay venía palpitante de emoción. Aquel acontecimiento desastroso habia conmovido profundamente, tanto a él, como a sus camaradas. Esperaba que hiciese una impresión no menos fuerte sobre el ánimo de O'Higgins. Mas éste leyó el pliego de Alvarado, i permaneció impasible. No se reveló ni en su semblante ni en su apostura la menor sorpresa. No preguntó un solo detalle, no pidió una sola esplicación sobre un hecho, que, fuese como fuera, debia comprometerle tan seriamente a los ojos del público.—*Capitán, ¿cuándo piensa Usted regresar al batallón?* fué la única interrogación que dirijió a Lindsay.

En vista de tan estraordinaria indiferencia, este militar dijo mas tarde a uno de sus amigos que para él no era dudoso que O'Higgins sabía con anticipación lo que iba a suceder.

La noticia de esta catástrofe produjo la mayor discordancia en las opiniones.

Muchos al principio no la creyeron; i dándose por sagaces, atribuyeron la desaparición de Rodríguez a una tramoya de San Martín, que le habia enviado al Perú con igual comisión a la que habia desempeñado en Chile antes de la restauración.

Los partidarios del gobierno sostuvieron que sus conatos de fuga habian causado su muerte.

Los enemigos de la administración llamaron el hecho con su verdadero nombre: un asesinato.

Navarro, después de una prisión de mes i medio, salió para las provincias arjentinas. En cuanto a los dos cabos Gómez i Agüero, fueron sin demora enviados con recomendación al ejército del Tucumán.

El capitán Benavente, aquel que en el camino habia dado en el cigarro un aviso a Rodríguez, recibió orden de ir a continuar sus servicios a la otra banda, i allí fué dado de baja al poco tiempo.

CAPITULO X.

Nombramiento de don Miguel Zañartu para ajente diplomático de Chile en Buenos Aires.—Modificación en el personal del ministerio.—Nombramiento de una comisión para que redacte una constitución provisional.—Renuncia que hace don José Miguel Infante del ministerio de hacienda i nombramiento de don Anselmo de la Cruz para sucederle.—Promulgación de la constitución provisional.—Análisis de esta constitución.—Nombramiento de don José Joaquín Echeverría i Larraín para remplazar a don Antonio José de Irisarri en el ministerio de gobierno.—Insurrección de los Prietos.

I.

Después de la victoria de Maipo, el ministerio del director se renovó casi completamente. Solo Zenteno permaneció en el departamento de la guerra.

Don Hipólito Villegas se retiró fatigado de los negocios políticos.

Zañartu recibió despacho de ajente diplomático cerca del gabinete arjentino. El objeto de esta misión era triple: facilitar las relaciones entre dos gobiernos tan estrechamente aliados, como lo

eran los de Chile i Buenos Aires; impedir las maquinaciones de don José Miguel Carrera, refujiado entonces en Montevideo; adquirir buques i pertrechos navales para la escuadra que se proyectaba organizar a fin de dominar el Pacífico. El desempeño de esta comisión exijia un hombre de la capacidad de Zañartu. Solo esta consideración pudo obligar a don Bernardo a separar de su lado un ministro que era al mismo tiempo su amigo.

El temor de los manejos de Carrera, i la urjencia que se sentia de poner lista una fuerza marítima, hicieron apresurar la salida de Zañartu. No se reparó en medios para superar cuantos obstáculos se oponian a su marcha. Una nevada que duró seis dias le retuvo en la villa de Santa Rosa. Luego que Zazartu comunicó este contratiempo, O'Higgins le contestó instándole para que continuase su viaje tan pronto como le fuera posible. En Mendoza, la falta de carruaje le retardó todavía. Tuvo que comprar uno a fin de proseguir su camino hasta Buenos Aires, i poder dar principio cuanto antes a las funciones para que iba destinado.

La separación de Villegas i la ausencia de Zañartu dejaron vacantes dos ministerios: el de hacienda i el de gobierno. El primero se encomendó a don José Miguel Infante, i el segundo a don Antonio José de Irisarri.

Era éste un distinguido escritor guatemalteco,

que habia tomado una parte activa en la revolución chilena. Estaba ligado por su esposa a la familia de los Larraines, i se habia mostrado siempre acérrimo enemigo de los Carreras. Habia llegado recientemente de Europa, i gozaba de una gran reputación de talento.

II.

Después del *cabildo abierto* que una porción del vecindario celebró el 17 de abril para exijir que se diese al gobierno una forma constitucional, tanto los ministros de O'Higgins, como sus demás consejeros, le persuadieron que accediese hasta cierto punto a los deseos del pueblo. El poder omnímodo e indefinido que ejercia asustaba a la jeneralidad, i convenia quitar todo pretesto a la murmuración. A la dictadura arbitraria i sin restricciones de ningún jénero que existia, debia sustituirse una dictadura legal. Así, todo lo que habria de nuevo sería un reglamento i unos cuantos dignatarios; i se aquietaria la alarma de los que criticaban que no se hubieran fijado reglas al ejecutivo.

O'Higgins reconoció la justicia de estas observaciones.

En consecuencia, el 18 de mayo de 1818, espidió un decreto que anunciaba un cambio en la organización del gobierno. Principia en él por

recordar que su nombramiento de director habia sido con facultades ilimitadas; los dictámenes de su prudencia eran la única traba que se le habia señalado. Añade en seguida que no quiere esponer por mas tiempo el desempeño de los arduos negocios de la república al alcance de su solo juicio. Concluye declarando que, como no sería oportuna la reunión de un congreso, el cual se convocaria mas tarde en la época conveniente, nombra, entretanto, una comisión de siete individuos para que le presente un proyecto de constitución provisional.

Estos lejisladores por gracia del director eran don Manuel de Salas, don Francisco Antonio Pérez, don Joaquin Gandarillas, don José Ignacio Cienfuegos, don José María Villarreal, don José María Rosas i don Lorenzo José de Villalón.

III.

La comisión se puso sin tardanza a elaborar el trabajo que se le habia encomendado; pero antes de terminar sus tareas, el ministerio sufrió una nueva modificación con la salida de don José Miguel Infante, uno de sus miembros mas caracterizados i respetables.

Este republicano de estilo antiguo, de conciencia ríjida, de principios inflexibles, no podia de ningún modo formar parte de una administración

que, en muchas ocasiones, se creia autorizada para anteponer el interés de la revolución o de su partido a la legalidad, la razón política a la justicia.

Infante hizo, pues, dimisión de su cartera en junio de 1818.

Habia marcado su pasaje en el gobierno con dos disposiciones importantes. Fué la una el nombramiento de una comisión central de secuestros, i el arreglo de este ramo de ingresos públicos. Son superiores a toda ponderación el despilfarro en que se hallaba la administración de las propiedades confiscadas, i los robos escandalosos a que habia dado orijen. Don José Miguel ordenó que rindieran cuentas todos los que habian intervenido en los secuestros, i que en adelante ninguno de aquellos bienes se vendiera o arrendara sino en subasta pública. El remedio, sin embargo, era tardío e ineficaz. Habian ensuciado sus manos en aquellas deshonrosas sustracciones algunos individuos para con los cuales era necesario tener miramientos en razón de sus circunstancias i de su alta posición social. La lei era impotente contra semejantes reos.

La segunda providencia notable tomada por Infante, de que he hablado, fué la concesión de franquicias por primera vez al comercio de cabotaje.

Para llenar la vacante que don José Miguel dejaba en el ministerio, se llamó a don Anselmo de

la Cruz, caballero que, si no descollaba por una capacidad sobresaliente, habia sido un buen patriota. Al mérito de su civismo, añadia para O'Higgins la calidad de ser hermano de la señora en cuya casa se habia educado cuando niño.

IV.

El 8 de agosto de 1818, la comisión nombrada para redactar la constitución provisional remitió al director el proyecto que habia concertado.

Por una advertencia colocada a su conclusión, opinaba que, para ponerla en planta, se hiciera sancionar i jurar en todas las ciudades i villas del estado por los cabildos, corporaciones i cuerpos militares.

El director i sus ministros encontraron mui a medida de sus deseos el contenido de aquella carta constitucional, que probablemente se habia compuesto según las bases que ellos mismos habian designado; pero no se conformaron igualmente con la manera de hacerla aprobar por el pueblo, que indicaba la comisión. Napoleón, a su vuelta de la isla de Elba, habia practicado un procedimiento para el caso, que les parecia mui conveniente imitar. Era tan seguro en su resultado como el que habia imajinado la comisión, i mas solemne e hipócrita en la forma.

Consistia el admirable invento en publicar por

bando el proyecto constitucional, i en poner a continuación en cada parroquia por cuatro dias dos libros, de los cuales el uno llevaria por epígrafe: *Libro de suscripciones en favor del proyecto constitucional;* i el otro, *Libro de suscripciones en contra del proyecto constitucional.* En el primero, debian firmar los que querian ser rejidos por la constitución provisional; i en el segundo, los que nó.

El gobierno sabía de antemano que solo uno de esos libros se cubriria de firmas, i que el otro quedaria en blanco.

Sucedió como lo habia pensado, i como no podia menos de suceder.

Todas las firmas que se recojieron desde Copiapó hasta Cauquenes estuvieron por la afirmativa, i no hubo ninguna por la negativa.

La operación no se hizo estensiva a los departamentos de mas al sur, porque los restos del ejército real no los habian evacuado todavía.

El círculo del director quiso hacer pasar la uniformidad de los signatarios por la espresión mas clara i evidente de la voluntad nacional. Pero eso estaba bueno para dicho, mas no para creído. Aquella constitución formulaba la teoría política de los que la habian elaborado.

El 23 de Octubre, se juró por todas las corporaciones en el salón principal del Consulado la carta que en adelante iba a rejir la república.

V.

Las disposiciones de la constitución provisional eran de dos especies: las unas reconocian i formulaban esos derechos individuales que se encuentran proclamados en todas las constituciones modernas; las otras organizaban los poderes públicos.

Las garantías de los ciudadanos eran en este código simples adornos. No se habia estatuido nada que asegurase su observancia. En último resultado, su infracción o su respeto dependian del capricho del director, que era la autoridad soberana.

La constitución provisional principiaba por declarar jefe supremo de la nación a don Bernardo O'Higgins. No fijaba término a la duración de su cargo. Le facultaba para nombrar todos los empleados, inclusos los senadores i los jueces, a propuesta en ciertos casos de las respectivas corporaciones o jefes de oficina. Le era privativa la inversión de los caudales públicos sin sujeción a presupuesto, i sin mas traba que la de dar cuenta al senado.

El director mandaba i arreglaba las fuerzas de mar i tierra; confirmaba o revocaba las sentencias dadas contra los militares por los consejos de guerra; autorizaba las sentencias contra el fisco;

podia conceder perdón o conmutación de la pena capital.

Cuando así conviniese al bien del estado, le era permitido abrir la correspondencia epistolar delante del fiscal, procurador de ciudad i administrador de correos.

Si salia del territorio chileno, estaba facultado para designar, de acuerdo con el senado, la persona que habia de remplazarle.

En una palabra, segun la letra de la constitución provisional, el director de la república gozaba de mas amplias atribuciones, que el antiguo presidente-gobernador de la colonia.

Su autoridad solo estaba limitada por el senado, al cual competia el poder lejislativo, i por los tribunales, que entendian en lo contencioso. Sin embargo, tanto el primero, como los segundos, eran todavía, como queda dicho, nombrados por el director.

Las indicadas eran las facultades que le estaban espresamente concedidas; pero podia tomarse sin obstáculo cuantas se le antojase. La única precaución que los lejisladores habian adoptado para asegurar el cumplimiento de su código, eran las observaciones que, en caso de infracción, debian elevar al mismo director el senado i ciertos funcionarios que, con ese objeto, i el pomposo título de *censores*, se habian creado en cada uno de los cabildos. ¿Podia creer alguien de buena fe que

esos dependientes del poder ejecutivo (pues senadores i censores no eran otra cosa) habian jamás de molestarle con reprimendas i protestas?

Es verdad que este código se promulgaba con el carácter de provisional, que se reconocia la soberanía del pueblo, i se prometia que mas tarde éste por medio de sus representantes acordaria lo que mejor le pareciese. Pero ¿cuándo creeria el director O'Higgins que habia llegado ese momento oportuno?

El senado solo se componia de cinco propietarios i de cinco suplentes. Aunque su elección correspondia al director, éste quiso que el pueblo sancionase su nombramiento en la misma forma, i al mismo tiempo, que la constitución. Al efecto ordenó que se publicasen junto con el proyecto provisional, los nombres de los senadores designados a fin de que los ciudadanos los confirmasen con sus firmas en el elevado puesto para que él los habia considerado dignos.

Los senadores propuestos fueron admitidos con la misma unanimidad, que la carta constitucional.

Los propietarios fueron don José Ignacio Cienfuegos, don Francisco de Borja Fontecilla, don Francisco Antonio Pérez, don Juan Agustín Alcalde i don José María Rosas; i los suplentes, don Martín Calvo Encalada, don Francisco Javier Errázuriz, don Agustín Eizaguirre, don Joaquín Gandarillas i don Joaquín Larraín.

Todas estas medidas dejaban constituida en Chile la dictadura mas absoluta, disfrazada bajo ciertas apariencias hipócritas, que solo podian engañar a los mui inocentes, o a los que querian dejarse alucinar. La constitución que se otorgaba como una concesión a las exijencias de la opinión pública, no era, poco mas o menos, sino la redacción en el papel de cuanto se habia estado practicando desde la victoria de Chacabuco. O'Higgins, en realidad, después de la promulgación de la carta fundamental, quedaba con facultades tan omnímodas, como las que tenia antes de que se hubiera dictado.

VI.

A los seis dias de la jura de la constitución, se retiró del ministerio don Antonio José de Irisarri, con el objeto de pasar a Europa a representar los derechos de Chile en el congreso de soberanos que, por aquel entonces, se anunciaba iba a reunirse en Aquisgrán. A esta comisión, se le agregaba la de que negociase un empréstito que sacara de apuros al erario nacional.

Entró a remplazarle en la cartera de gobierno don Joaquín Echeverría i Larraín.

Era este un caballero, ligado a una de las primeras familias del país, que habia sufrido la pena de su decisión por el sistema revolucionario con una dura prisión en las casamatas de Lima.

De carácter condescendiente i bondadoso, de maneras suaves i corteses, era uno de esos hombres, que, en vez de dar el impulso a los partidos políticos, lo reciben de ellos. Los individuos de este temple, si no tienen el prestijio de los jefes de facción, en cambio se eximen de la odiosidad que los otros siempre arrastran. Las tempestades estallan sobre sus cabezas sin tocarlos. Cuando vuelven a la vida privada, son pocos los odios que los siguen hasta ella. Don Joaquín Echeverría podia ser contado en esa clase. Por consiguiente, su presencia en los consejos del director no debia introducir ninguna variación en el sistema político que estaba adoptado.

VII.

La constitución provisional estuvo mui distante de satisfacer las aspiraciones de una gran parte de la jente ilustrada. Deseaban muchos mas libertad, mas garantías. Pero la mayoría de tales opositores creia lo mas prudente guardar silencio, i estarse quietos.

Los unas consideraban una locura todo pensamiento de insurrección contra un gobierno a quien sostenia un brillante ejército. Los otros miraban como un crimen de lesa patria todo proyecto que envolviera probabilidades de anarquía, cuando los enemigos de la América no estaban

aun completamente vencidos. A los primeros, los contenia el sentimiento de su impotencia; a los segundos, la persuasión de que todo debia postergarse a la consolidación del sistema nacional. Unos i otros murmuraban entre sus amigos, i aguardaban una ocasión mas oportuna para hacer valer sus reclamaciones del modo que se lo permitieran las circunstancias.

Sin embargo, no faltaron individuos menos cautos, o mas audaces que los anteriores, los cuales, a pesar de los consejos de la prudencia, resolvieron protestar a mano armada i sin tardanza contra la dictadura de O'Higgins.

Los principales promotores de esta disparatada empresa fueron don Franciso de Paula Prieto, i sus dos hermanos, José i Juan Francisco, vecinos de la ciudad de Talca, i relacionados en aquella tierra. Hasta aquella fecha, ninguno de los tres habia representado un papel grande ni pequeño en la revolución. Habian sido patriotas decididos, como tantos otros, i nada mas. Pero de repente, i sin saber por qué, don Francisco de Paula concibió la idea de acaudillar la oposición latente que existia contra el director.

Ni él ni sus hermanos habian sido nunca militares; pero en lugar de grados i servicios, les sobraba la osadía. Este sentimiento, que no era moderado en ellos por un cálculo bastante certero de lo que son las cosas humanas, les hizo persua-

dirse que el levantamiento de una guerrilla era una base suficiente para comenzar una insurrección contra un gobierno que, si no contaba con una opinión unánime en su favor, estaba al menos apoyado en un poderoso ejército.

Las ventajas que don Manuel Rodríguez habia obtenido con solo su montonera, contribuian indudablemente a alucinarlos. No tomaban en cuenta la inmensa diferencia que habia entre su propia situación, i aquella en que se habia encontrado el ilustre revolucionario cuyo ejemplo se proponian imitar.

Este falso juicio los precipitó en su ruina.

Los Prietos se lisonjeaban de que bastaba lanzar un grito contra O'Higgins para que el pueblo lo repitiese. Partian del supuesto de que para conseguir un éxito completo, era suficiente comenzar. Bien pronto i a su costa, la serie de sucesos les hizo conocer cuán equivocada era semejante presunción.

En el mes de noviembre de 1818, los Prietos, seguidos de un cierto número de secuaces, establecieron su campamento en los montes de Cumpeu, partido del Maule.

Desde este sitio, don Francisco de Paula, tomando el pomposo título de *Protector de los pueblos libres de Chile*, dirijió al jeneral del ejército del sur don Antonio Balcarce, i al gobernador intendente de Concepción don Ramón Freire, sen-

dos paquetes de proclamas, bandos i reglamentos en que los escitaba a cooperar al derribamiento de la administración de O'Higgins. Como era natural, la respuesta que ambos jefes dieron a aquellas invitaciones, fué remitirlas con un correo estraordinario al gobierno de Santiago.

Entretanto, los sublevados habian engrosado sus filas con la incorporación de sesenta granaderos a caballo, que habian logrado atraer a su partido. Este refuerzo les dió ánimos para entrar en campaña, i principiar sus correrías. Apoderáronse momentáneamente de los pueblos de Curicó i Linares, donde sacaron algunas contribuciones; i se encaminaron sobre Talca, a la que intimaron rendición en el plazo de veinte i cuatro horas. Pero manifestándose esta ciudad dispuesta a resistir, i sabedores los montoneros de que se aproximaba en contra de ellos con alguna tropa el sarjento mayor don Santiago Sánchez, se retiraron i se refujiaron en los bosques.

En esta situación, don Francisco de Paula vino de incógnito a Santiago para buscar recursos, i entenderse con algunos correlijionarios, i dejó el mando de la guerrilla a sus dos hermanos.

Durante su ausencia, estos jóvenes se confiaron de un español que se les habia presentado como desertor, pero que era solo un espía del gobierno. Este traidor se puso de intelijencia con don Francisco Martínez, jefe de uno de los des-

tacamentos que andaban en persecución de los insurrectos, i le procuró una ocasión de que sorprendiera el cuerpo principal de ellos. Los dos Prietos i los suyos intentaron una resistencia desesperada, pero inútil. Algunos murieron en la refriega, muchos fueron prisioneros, i los restantes encontraron la salvación en la fuga.

Entre los prisioneros, se contaba don José Prieto, que aquella vez hacía de caudillo. Conducido a Talca, fué fusilado sin tardanza.

Don Francisco de Paula supo en Santiago este descalabro. Sin embargo, no se desanimó, i resolvió volverse a los campos de Talca para continuar su aventurado proyecto.

A su pasaje por Paine, se puso de acuerdo con el juez de este lugar; i entre ambos, formaron una pandilla, que sorprendió la guardia de la Angostura.

Esta fué la última hazaña de Prieto.

Una persona respetable que se le habia vendido por amigo durante su residencia en Santiago, delató al gobierno cuanto el proscrito le habia revelado, i su nuevo viaje para el sur. Con este aviso, la autoridad pudo atraparle en las orillas del Cachapoal, con todos los que le acompañaban.

Traído a Santiago, fué sometido con sus cómplices a una comisión estraordinaria, que condenó a Prieto i al juez de Paine a sufrir el último supli-

cio. En conformidad de esta sentencia, los dos recibieron la muerte en la plazuela de San Pablo, el 30 de abril de 1819.

Tal fué el trájico e infructuoso resultado de la primera intentona a mano armada a que dió marjen la dictadura de O'Higgins.

CAPITULO XI.

Retirada de las tropas realistas para Valdivia despues de la batalla de Maipo.--Emigrados patriotas de la provincia de Concepción.—Amnistía.--Vicente Benavides.—Insurrección de Benavides en la frontera.—Don Ramón Freire.—Acción de Curalí.—Creación de la escuadra.—Su primera salida al mando de Blanco Encalada.—Lord Cochrane.—Toma de Valdivia.—Espedición libertadora del Perú.

I.

Se equivocaria quien, juzgando la administración de O'Higgins únicamente por lo que dejo relatado, entendiera que ella solo comprendió facultades omnímodas, arbitrariedades, secuestros, proscripciones, suplicios. Prestó también grandes servicios a la causa de la independencia. Tuvo la guerra con España por pretesto de sus faltas, la victoria por fruto de sus trabajos, la gloria por disculpa de sus vicios i demasías.

Con un erario escueto, con un país empobrecido, con una nación agotada, improvisó una mari-

na, sostuvo un ejército, combatió contra el enemigo de la América por mar i por tierra; le aniquiló en nuestro suelo, i fué a perseguirle hasta el Pacífico, hasta el Perú.

La magnitud de tales méritos compensó para muchos la deformidad de su despotismo. El afecto que se profesaba al libertador acallaba en mas de un corazon el odio que se debia al dictador. Sin el prestijio de sus triunfos, O'Higgins no habria podido sostenerse seis meses, i mucho menos seis años.

Fueron los bienes que hizo en pro de la independencia, los que estorbaron el horror que de otro modo habrian inspirado algunos de sus pecados políticos.

II.

He referido en lo que antecede las faltas que cometió como majistrado i como hombre; es una justicia para él, i un placer para mí, contar ahora los servicios que al mismo tiempo prestaba a la rapública.

La batalla de Maipo arruinó completamente el poder moral de los realistas en Chile, pero no su poder material. Después del 5 de abril, solo los mui obtusos i reacios conservaron una firme esperanza de vencer, i sin embargo, sus tropas poseian toda la rejión que se estiende desde la orilla

meridional del Maule, i componian un ejército que alcanzaba a dos mil hombres.

Al frente de ese ejército, estaban Ossorio, el vencedor de Rancagua i de Cancha-Rayada, i Sánchez, el sostenedor de Chillán. Pero ni el uno ni el otro hicieron nada para recuperar la superioridad de sus armas. El desaliento habia amilanado a esos dos jefes, que nadie por cierto puede razonablemente tachar de cobardes.

Ossorio se fugó casi solo para el Perú, antes de tornar a ver las caras a los vencedores de Maipo.

Sánchez, que le sustituyó en el mando, intentó hacer alguna resistencia a los batallones patriotas que, a las órdenes del jeneral don Antonio Balcarce i de don Ramón Freire, envió O'Higgins para desalojar de sus últimas posiciones a los partidarios de la metrópoli; pero habiéndose limitado a algunas descargas i a dos o tres pequeños encuentros, se retiró con su jente para Valdivia, atravesando el territorio araucano.

En el mes de febrero de 1819, toda la provincia de Concepción quedó libre de realistas, e incorporada a la república. El pendón de Chile volvió a flamear sobre esa ciudad de Chillán, que, en 1813, habia contenido la impetuosidad de Carrera, i sobre ese puerto de Talcahuano, que, en 1817, habia resistido al denuedo de O'Higgins.

La guerra pareció concluida.

III.

Los emigrados que, a la época de la segunda invasión de Ossorio, habian abandonado las comarcas del sur, recibieron orden de restituirse a sus hogares.

A pesar de las escaseces del tesoro, el gobierno habia velado por la subsistencia de aquellos infelices mientras habian permanecido en Santiago i lugares inmediatos; cuatro mil trescientos treinta i uno de ellos habian recibido de las arcas nacionales toda especie de socorros.

Así como se habia atendido a su manutención, se cuidó tambien de proporcionales los medios de trasporte que necesitaban para regresar a las casas de sus padres. El estado les facilitó cabalgaduras i víveres para el viaje, i veló con celo paternal en que nada les faltase.

El director O'Higgins no redujo a estas medidas la espresión de su interés por los habitantes de la provincia que mas habia sufrido durante la larga guerra de la independencia.

Publicó la mas completa amnistía para todos sus moradores. Solo serian perseguidos los que estuvieran armados contra la república, i no se rindiesen. Las personas i propiedades de todos los demás eran sagradas, cualesquiera que hubieran sido sus anteriores ideas. Nadie podia ser interro-

gado ni por los particulares, ni por los majistrados, sobre su conducta pasada. El menor insulto, la mas simple alusión, que se hiciera con ánimo ofensivo a las opiniones realistas de los que las habian abrazado, debian ser castigados con las penas que la lei señala para las injurias graves. En una palabra, se otorgaba a los vencidos el olvido mas absoluto de todo lo que habian obrado antes de aquella fecha.

El 3 de marzo del mismo año, se hizo estensiva esta amnistía a todos los habitantes de la república.

Estas providencias honran a sus autores, i son dignas de la justicia de la causa que habian defendido. La absolución de las faltas políticas es, no solo una prueba de jenerosidad, sino también un acto de habilidad. Es una torpeza en un hombre de estado cerrar la puerta para toda reconciliación, i poner a sus adversasios en la alternativa de perecer o combatir. Por propia conveniencia, no los debe reducir nunca a la desesperación.

Se ve, por lo espuesto, que, en 1819, O'Higgins adopta con respecto a los realistas un sistema mui diverso del que habia empleado en 1817. Antes habia perseguido; ahora perdona.

¿Por qué no observó con todos sus enemigos un procedimiento igualmente magnánimo? La jenerosidad i la nobleza de alma nunca son supérfluas, i siempre aprovechan.

IV.

Cuando todos daban por concluida la guerra en la provincia de Concepción, de repente, un bandolero se proclama el sucesor de Sánchez, i el sostenedor de la metrópoli. Los rezagados del ejército español, se asocian a los bárbaros de la Araucanía, i recorren en bandas la frontera. Es este el preludio de una de esas campañas inhumanas, triste consecuencia de los trastornos prolongados, en las cuales no se pelea, sino que se asesina, i se enumeran mas saqueos, mas incendios de poblaciones, que batallas campales.

El demonio que promueve i organiza esta insurrección desapiadada, es Vicente Benavides, un hombre que habia sido sucesivamente desertor i espía de los patriotas, que habia sido ajusticiado por ellos, i que, puede decirse, se habia levantado milagrosamente de la tumba.

Era natural de Quirihue, i su padre habia ejercido el empleo de alcaide en la cárcel de aquella villa. Alistado como sarjento bajo las banderas de la revolución, las abandonó de improviso sin motivo, i corrió a incorporarse en el ejército enemigo. El encarnizamiento con que atacaba a sus antiguos camaradas no tardó en hacerle caer prisionero. Las operaciones de la guerra no dieron tiempo para aplicarle inmediatamente la pena se-

ñalada por la ordenanza militar al crimen que habia cometido; mas solo se aguardaba una ocasión oportuna para escarmentar con su suplicio a los que tuvieran intención de imitarle. En este apuro, una fuga feliz le libertó del peligro de muerte que le amenazaba.

Una noche de marzo de 1814, el jeneral O'Higgins, entre cuyas tropas era conducido el prisionero, solo esperaba la venida de la aurora para acometer a los realistas, capitaneados por Gaínza. Creia mui acertado el plan que habia concebido, i tenia por segura la victoria. Así, estaba impaciente de que amaneciera.

Algunas horas antes de aclarar, el ejército habia comenzado a ponerse en movimiento, i todos se alistaban para la marcha.

En esta situación, un estallido espantoso aterró a los patriotas, i les hizo saber que una gran parte de sus municiones se habia incenciado. Una mula que llevaba una carga de cartuchos, revolcándose sobre una fogata medio apagada, habia producido aquel desastre. La sorpresa fué grande, i la confusión mayor.

Aprovechóse de ellas Benavides para escaparse, i para ir a anunciar a Gaínza cuanto proyectaba O'Higgins contra él. La relación del fujitivo puso en guardia al jeneral español, e impidió que se realizara el pensamiento del caudillo insurjente.

Este suceso hizo conocido en uno i otro bando

el nombre de Benavides. La multitud aun, por esa tendencia que tiene a exajerarlo todo, atribuyó el incendio de las muciciones, no a un accidente casual, sino a la maña de aquel cuya libertad habia favorecido.

La fama que sus aventuras un si es no es novelescas habian valido a Benavides, se acrecentó todavía con su comportación en la guerra. En todas las funciones de armas donde se encontró, manifestó un valor estraordinario, e hizo que se le nombrase entre los mas denodados.

Sus méritos de soldado le elevaron hasta el grado de capitán, que era el que obtenia en la batalla de Maipo.

En esta acción, fué hecho prisionero con su hermano Timoteo.

Vicente debia temer, con sobrado fundamento, que su conducta anterior no quedara sin castigo; pero el gobierno pareció olvidarle. Por mas de tres meses, los dos hermanos arrastraron la cadena del presidario, i estuvieron trabajando, como otros muchos, en las calles de Santiago.

Al fin, una tarde, al regresar de su tarea para la prisión, vieron junto a su puerta un piquete de cazadores a caballo mandado por un oficial. Este entregó al alcaide un pliego firmado por San Martín, i los dos hermanos recibieron órden de montar a la grupa de dos cazadores. Nadie les dió ninguna esplicación sobre lo que aquello significaba.

La comitiva se puso silenciosamente en marcha. Tomó por la calle de Santa Rosa, i no se detuvo hasta las inmediaciones de la chacra conocida con la denominación de *el Conventillo.*

En este paraje, el oficial mandó desmontarse a ambos Benavides; i sin mas preparación, les notificó que tenian cinco minutos para arreglarse con Dios, porque iban a morir.

Las súplicas i las protestas fueron inútiles.

El jefe del destacamento era un subalterno que no tenia mas que ajustarse a las instrucciones que habia recibido.

Vicente i Timoteo se abrazaron, e hicieron una corta oración.

En seguida, cuatro soldados se pusieron al frente de cada uno, i descargaron sus armas, haciendo la puntería al pecho de los reos. Los dos cayeron tendidos en el suelo.

El sarjento del piquete, al retirarse, desenvainó su sable, i dió al que creia cadáver de Vicente dos tajos en cruz entre la cabeza i la parte superior del cuello.

Los ejecutores de la sentencia, concluido su encargo, regresaron a la capital.

¿Por qué no se habia elejido un consejo de guerra para juzgar a aquellos hombres? ¿Por qué se habian preferido para su suplicio los estramuros de la ciudad, a la plaza principal; las tinieblas de de la noche, a la luz del dia? ¿Por qué se daba a

una ejecución que podia ser legal el carácter de un asesinato?

Son estas unas preguntas a las cuales se encontrará con dificultad respuesta satisfactoria.

Pero sea de esto lo que se quiera, Vicente Benavides no habia muerto. Dos balas habian pasado cerca de sus dos costados; habian quemado su camisa, pero ni siquiera habian tocado su piel.

En tan apurado trance, habia conservado toda su sangre fria, i se habia arrojado a tierra, como si realmente hubiera perdido la existencia. Los sablazos del sarjento no le habian arrancado un solo jemido. El deseo de la conservación le habia hecho ser bastante dueño de sí mismo para contener en su garganta las quejas del dolor.

Esta vez sí que habia merecido, con toda justicia, la reputación de burlador de la muerte.

Cuando se hubo cerciorado de que sus verdugos iban lejos, se levantó, desgarró algunas tiras de la vestidura de su hermano, se vendó con ellas la herida, i fué a pedir socorro a una casucha inmediata, donde, para esplicar su situación, inventó una historia de ladrones. Su fábula fué creída por aquellas buenas jentes, i él mismo conducido a casa de su suegra, donde se curó en secreto.

La autoridad ignoró, desde luego, aquella supervivencia. La familia de los ajusticiados, despues de la ejecución, obtuvo permiso para darles sepultura. Escusado me parece advertir que ella

se guardó mui bien de publicar que, en vez de dos cadáveres, solo habia encontrado uno.

Cualquier otro hubiera huido del país, o caso de quedarse en él, se habria ocultado bajo la tierra, habria cambiado de nombre, habria procurado pasar por un individuo distinto del que todos creian en la otra vida. Nada de eso hizo Benavides. No se conformó siquiera con circunscribirse a vivir como un simple particular, sino que, por medio de un caballero respetable que le protejia, dirijió propuestas de avenimiento a San Martín.

El jeneral concibió al punto los importantes servicios que un hombre como éste podia prestar en la campaña del sur. Le prometió el perdón, i admitió sus ofertas. Lo pasado, pasado. Benavides de ahí en adelante iba a ser un buen patriota, i a perseguir a los realistas con tanto ardor, como el que habia desplegado para molestar a los insurjentes. Con estas disposiciones, partió para Concepción.

Balcarce i Freire pusieron en provecho la actividad i las numerosas relaciones de aquel hombre verdaderamente estraordinario.

Benavides correspondió a su confianza, i les ayudó mucho i con lealtad a la pacificación de la comarca.

V.

Cuando Sánchez se retiró para Valdivia, Balcarce hizo que Benavides se encaminase a Arauco con

el encargo de reunir los dispersos que iba dejando el ejército español, i de procurar ganarse la amistad de los indios, que, por lo jeneral, se habian mostrado hostiles a la revolución.

Fué mientras estaba desempeñando esta comisión, cuando le vino la idea de levantar bandera contra los independientes.

Son varias las causas de este cambio en su conducta.

En Arauco, vió la posibilidad de organizar una insurrección. ¿Qué le impedia sublevar en nombre del rei a esos indíjenas cuyo afecto se queria que conquistase para la patria, i congregar bajo su mando a esos dispersos que estaba encargado de incorporar a las tropas de Freire? No tenia sino quererlo, i era sucesor de Sánchez.

Esta idea no podia menos de lisonjear a un viejo soldado como Benavides, en quien abundaba el arrojo, i que estaba habituado a una vida de azar i de violencias. Esto solo habria bastado para decidirle. Pero a este motivo, mui poderoso por sí solo, se añadia el odio que naturalmente profesaba a los insurjentes. Habian muerto a su hermano; i si no habian hecho otro tanto con él mismo, no habia sido por falta de voluntad.

Eran esas unas grandes injurias que pedian venganza; i como si no hubieran bastado, uno de esos revolucionarios habia agregado otra que le dolia en el alma.

Benavides era casado, i profesaba una pasión loca a su mujer Teresa Ferrer. Habia quedado ésta en Talcamavida, mientras su marido practicaba sus escursiones por el territorio araucano. Antojósele galantearla a un oficial patriota. Benavides lo supo, i desde entonces principiaron a atormentarle el corazon los celos mas frenéticos. No tenia un solo momento de calma. A todo instante, pensaba en la seducción de su esposa, i esta idea le ponia furioso.

Aquella afrenta exijia venganza, i una venganza terrible. Benavides envolvió en su cólera, no solo al que le arrebataba el objeto de su amor, sino también a cuantos seguian la misma bandera.

La ambición i los celos le precipitaron, pues, en la rebelión.

Sánchez no le dejó, para que realizase tal intento, sino sesenta hombres, en su mayor parte inservibles. Sobre esa base diminuta i miserable, levantó una montonera imponente, con araucanos i con forajidos españoles, i comenzó las hostilidades.

Nadie mas propio que Benavides para acaudillar una guerra vandálica, como aquella. Era una especie de bandido español o calabrés, supersticioso i sanguinario, de una mala fe como pocos la han tenido, sin piedad en el alma, desenfrenado en sus pasiones.

Desde niño, habia adoptado por patrona a la

Virjen de Mercedes; todos los dias le rezaba precisamente, hallárase donde se hallara; i contando en su calidad de devoto con aquel poderoso amparo al lado de Dios, se creia autorizado para cometer los crímenes mas enormes con entera impunidad. Su sacrílego pensamiento hacía cómplice a la madre del Salvador en sus rapiñas, en sus traiciones, en sus asesinatos, i no vacilaba en invocar el apoyo de la santa Virjen para triunfar en sus maldades.

Benavides era hombre que mataba sin escrúpulo; pero que corria en seguida a pedir la absolución a un sacerdote para volver a matar. Fanático corrompido, pensaba que todo quedaba allanado con hacerlo consagrar por las augustas ceremonias de la relijión. Antes de marchar a un combate, donde iba dispuesto a no perdonar la vida a un solo prisionero, hacía que todos sus soldados se confesasen i comulgasen.

No le faltaban operarios para estas profanaciones. Los frailes fujitivos de Chillán bendecian las negras banderas de semejante caudillo en nombre del Dios de los ejércitos, i arengaban a aquella tropa de bandoleros, animándolos con las palabras santas de la relijión. Los párrocos de la frontera, godos en su mayor parte, le servian de espías, i le redactaban sus proclamas. Tal cooperación esplica el incremento que tomó en poco tiempo la insurrección de que hablo.

Benavides no carecia de talento. Tenia esa astucia grosera de los bárbaros, que burla muchas veces a la jente civilizada con el cinismo inesperado de sus embustes.

Era, para decirlo todo de una vez, por sus antecedentes i por su carácter, el hombre de las circunstancias. En aquella época, solo un bandido podia encargarse de sostener en Chile la causa perdida de la España.

VI.

El jefe que por su empleo debia poner atajo a esta sublevación realista, era uno de los mas notables que produjo la guerra de la independencia. Esta comisión tocaba de derecho al intendente de Concepción don Ramón Freire.

Es preciso que se me permita detenerme algún tanto delante de esta noble figura de nuestra historia. Freire merece esta distinción, no solo porque va a ser el héroe de la campaña del sur, sino también porque será él quien en 1823 arruinará la dictadura de don Bernardo O'Higgins.

Desde sus mas tiernos años, habia manifestado una inclinación decidida a la milicia. El niño Freire no pensaba sino en ser soldado. Su padre fomentaba las disposiciones marciales de su hijo con gran disgusto de su madre doña Jertrudis Serrano, la cual como que adivinaba desde entonces

los padecimientos, las angustias que ellas habian de orijinarle.

Como esto sucedia en la última veintena del siglo pasado, no se divisaba en Chile ni ocupación ni porvenir para un militar. Esta consideración, hacía que el padre de Freire le prometiera cada vez que tocaba el asunto, llevarle a España para que sentara plaza al lado de un tio que servia en los ejércitos de la Península, i que mas tarde obtuvo en ellos el grado de jeneral.

Al principio, estas ofertas no fueron sino uno de tantos proyectos quiméricos con que se divierten las familias; pero al fin estuvieron casi al realizarse.

El padre de Freire emprendió una negociación naval, en la que comprometió toda su fortuna, i se llevó consigo a sus tres hijos, a quienes dejó en Lima, mientras él continuaba adelante. Al cabo de algún tiempo, debia volver por don Ramón con el objeto de trasportarle a España para que cumpliera su vocación.

Era otro, sin embargo, el destino que al joven estaba reservado.

El señor Freire no regresó nunca. Jamás se supo la suerte que habian corrido él i su buque. Es probable que fuese la mar la que privó juntamente a don Ramón de todos los bienes de su casa, i del autor de su existencia.

Este accidente desgraciado le impuso una obli-

gación cuyo desempeño era difícil, aunque mui dulce para él. No era todavía un joven, i tenia ya que velar por la subsistencia de su madre.

Para proporcionarse los medios de hacerlo, se alistó en la marina mercante que hacía entonces el comercio entre Chile i el Perú. Su ánimo denodado hallaba atractivo en una ocupación que pone de continuo al hombre enfrente del peligro.

De marino, pasó Freire a ser soldado.

En 1811, entró como cadete al cuerpo de dragones de Concepción. Habia procurado alimentar a su madre con el sudor de su frente, como ella le habia alimentado con su leche. La suspensión que produjeron los sucesos de 1810 en nuestras relaciones comerciales con el Perú, le dejó sin empleo. Entonces no vaciló en alimentarla a costa de su sangre, si era preciso. Uno gusta de encontrar esta delicadeza de sentimientos bajo la casaca de un sableador a lo Murat.

Durante las campañas de 1813 a 1814, Freire adquirió la reputación de ser uno de los mejores brazos del ejército patriota. Cuando se hablaba de oficiales valientes, el nombre de Freire se venía naturalmente a los labios. Cuántos le conocian, amigos o enemigos, le hacian la justicia de tributarle ese elojio, que es el primero para un militar. La bravura de aquel jefe, era una cosa sobre que no habia discusión posible.

En la época de la emigración, Freire no se man-

tuvo ocioso en las provincias arjentinas. Para ganar la vida, buscó, como siempre, una ocupación que cuadrase a su carácter impávido i temerario. Se asoció con varios aventureros europeos i algunos intrépidos emigrados chilenos; i entre todos, formaron un corso para perseguir en el Pacífico las naves españolas.

Aquella compañia abundaba en buenas espadas i en brazos que supieran manejarlas, pero no en capitales, ni en recursos. Los buques que aprestaron estaban medio podridos i gastados por la vejez. Sin embargo, los osados corsarios se embarcaron en ellos con confianza, i marcharon adelante, sin tener miedo ni a las escuadras de la España, ni a las tempestades del océano.

El cielo protejió su audacia. Apresaron un buen número de embarcaciones enemigas con valioso cargamento, lanzaron impunemente sus balas sobre el Callao i Guayaquil; i con sus cuatro barquichuelos mal equipados i peor aparejados, alarmaron todas las costas del Pacífico.

En esta espedición marítima, Freire se distinguió combatiendo en el mar, como en Chile habia sobresalido combatiendo en tierra. Su estraordinario arrojo le valió en esta ocasión, como en todas las demás, uno de los primeros puestos entre sus camaradas.

Cuando regresó a las provincias arjentinas, San Martín le dió cien infantes i veinte jinetes, para

que viniese por el Planchón a distraer la atención de los realistas, mientras el grueso del ejército desembocaba por el camino de los Patos. El éxito mas completo coronó esta arriesgada comisión, i acabó de consolidar la fama de Freire.

En las campañas que siguieron, se portó con admirable valor, i su nombre llegó a ser el orgullo de sus compañeros de armas, i el terror del enemigo.

Freire peleaba sin descanso contra los españoles. Esta vez tenía, no solo que defender a la patria amenazada, sino también que rescatar a su madre.

Los españoles habian imputado a esta anciana inofensiva como un crimen las proezas de su hijo. En la impotencia de vengarse en este ilustre guerrero, habian resuelto atormentar a la madre. Con esta intención, le habian señalado por cárcel su morada, i habian colocado un centinela a su puerta.

A poco, les pareció demasiado lijero este castigo, i la trasportaron a las bóvedas de Penco, donde, por muchos dias, no tuvo mas compañía, que las osamentas de dos cadáveres que habian quedado insepultos en aquel calabozo. Aquella infeliz señora, para libertarse de tan horrible espectáculo, se vió obligada a abrirles una sepultura, cavando la tierra con fragmentos de ellos mismos.

En las épocas borrascosas, no se puede impune-

mente tener la gloria de haber dado el ser a un grande hombre.

De Penco, doña Jertrudis Serrano fue trasladada a Talcahuano.

Hacía poco que habia llegado a este lugar, cuando un dia sintió que clavaban por fuera la puerta de su prisión. Se le dió por motivo de esta estraña providencia que la guarnición marchaba contra las tropas insurjentes que andaban por los alrededores, i que no quedaba nadie para que la guardase.

Cuando los realistas regresaron de su espedición, fueron a decirle que los patriotas habian sido completamente derrotados, i que don Ramón Freire habia muerto. No limitaron su crueldad a esta mentira inicua. Intimaron a su cautiva que saliera a prender luminarias en celebridad de la victoria, i sin atender a sus lágrimas i súplicas, la forzaron a cumplir tan bárbaro mandato.

Al fin, compadecido de la triste situación de la señora Serrano, don Santiago Ascacíbar consiguió, a fuerza de empeños, que se le permitiera trasladarla a su casa, encargándose de custodiarla.

Permaneció al lado de este jeneroso caballero, hasta que, en 1818, los triunfos de los independientes ofrecieron una coyuntura para canjearla. Entonces tuvo la satisfacción de abrazar a ese hijo por cuya causa habia padecido tanto, i que habia

llegado a ser una de las primeras notabilidades de la milicia chilena.

Cualquiera otro menos jeneroso que Freire habria sido implacable con los realistas. El tratamiento que habian dado a su madre justificaba toda especie de represalias. Pero se portó tan noble después de la victoria, como bravo en la pelea.

Arriesgando siempre su vida en las batallas, economizaba cuanto podia la sangre de los enemigos:—No merecen ni el plomo que se emplearia para matarlos,—era su respuesta a los que le instaban para que castigase con la muerte los crímenes de algunos guerrilleros españoles. Escudaba a sus contrarios con el desprecio, a fin de protejerles contra el furor de los patriotas.

Se ve, por lo dicho, que entre Freire i Benavides (perdóneseme que los compare), lo único que habia de común era el valor.

VII.

El sanguinario Benavides comenzó las hostilidades como era propio de un hombre sin fe i sin entrañas. Al principio, le contuvo algun tanto la consideración de que su mujer estaba en poder de los patriotas, que la retenian como en rehenes; pero habiéndola recobrado, por una de esas arterías que le eran familiares, dió rienda suelta a su furor. El i los suyos degollaban a los prisioneros,

so pretesto de que no tenian donde censervarlos, i asesinaban a los campesinos que encontraban a su paso para que no revelaran su itinerario. Como si deseara hacer imposible todo avenimiento, hizo sablear a un plenipotenciario que se le habia enviado para arreglar las estipulaciones de un canje.

Esta guerra desastrosa duró tres meses con alternativas, ya favorables, ya adversas.

La táctica de Benavides consistia en evitar un encuentro con la división de Freire, i en caer de improviso sobre los puntos menos resguardados de la frontera.

Este plan le salió bien desde luego; pero el 1.° de mayo de 1819 no pudo evitar el venir a las manos en Curalí con el intendente de Concepción. Su derrota fué completa. Benavides no escapó sino con veinte jinetes.

Todos juzgaron imposible que aquel bandido volviera a rehacerse. Dióse otra vez por concluida la campaña del sur; pero en esta ocasión, como en la anterior, los hechos iban a desmentir esta linsonjera esperanza.

VIII.

Al mismo tiempo que el director O'Higgins sostenia, en una de las estremidades del territorio chileno, la lucha que dejo referida, llevaba a

cabo en Santiago i Valparaíso, una empresa mas grandiosa i de una importancia vital, no solo para la república, sino para la América entera.

El Perú era el centro de la resistencia anti-revolucionaria en las comarcas meridionales del nuevo mundo. Ahí estaba la oficina principal de las maquinaciones realistas; de ahí se enviaban socorros i estímulos a los sostenedores de la metrópoli; de ahí partian las espediciones armadas contra las colonias sublevadas. Mientras subsistiera en pié ese virreinato, guardian celoso de la dominación española, la independencia no estaba asegurada. La consolidacion del sistema nacional exijia su ruina.

A esta razón política, se añadia otra especial de conveniencia para Chile. El Perú era nuestro principal mercado. La cerradura de sus puertos destruia nuestro comercio. Era urjentísimo que se levantara en aquel país un gobierno amigo que restableciera la cordialidad en las relaciones de ambos pueblos.

O'Higgins i San Martín habian reconocido desde Mendoza la justicia de estas consideraciones, i habian convenido en hacer sin tardanza una espedición al Perú, caso de triunfar en Chile. Era necesario invadir al enemigo para no ser invadidos; era preciso llevar la guerra a aquellas rejiones para alejarla de nuestro territorio.

Para esto, convenia, antes de todo, organizar

una escuadra que asegurase la posesión del Pacífico, i facilitase el trasporte de las tropas. La necesidad de esa medida no admitia discusión. Pero ¿cómo efectuarla? ¿de dónde se sacaban los elementos que se habian menester?

Faltaban los buques; faltaban pertrechos; faltaban oficiales espertos; faltaban marineros; faltaba el dinero, que todo lo allana, i sin el cual no se hace nada. No habia mas que voluntad decidida de poner en práctica ese pensamiento, i la fuerza de esa voluntad hizo milagros.

La formación de la escuadra en aquellas circunstancias es el mas brillante timbre del director O'Higgins, de su ministro Zenteno, i de cuantos le ayudaron con su cooperación.

Para crearla, se tocaron toda especie de resortes fiscales, contribuciones forzosas, préstamos, confiscaciones. El pueblo, por lo jeneral, correspondió con su entusiasmo al entusiasmo de los gobernantes. Se encargaron naves a Buenos Aires, a Estados Unidos, a Inglaterra. Se admitió sin reparar en condiciones a los marinos de todas las naciones que se presentaron a alistarse. Se convirtió en marineros de guerra a los pescadores de las costas, que no sabian manejar sino el remo de sus miserables canoas.

Al fin, gracias a todas estas providencias, i a la resolución incontrastable de que nuestra joven bandera se enseñorease de la mar, pudo reunirse

una escuadrilla, que enumeraba un navío, una fragata, una corbeta i dos bergantines.

Estas naves llevaban entre todas ciento cuarenta i dos cañones, i mil ciento nueve hombres de tripulación. Su comandante en jefe era un alférez de la marina española, don Manuel Blanco Encalada. La mayor parte de su jente ignoraba la maniobra.

El 10 de octubre de 1818, zarparon de Valparaíso las embarcaciones mencionadas, menos uno de los bergantines. Su objeto era dar caza a una espedición enviada desde Cádiz, compuesta de once buques convoyados por la fragata *María Isabel* de cuarenta i cuatro cañones. Esta espedición trasportaba dos mil quinientos hombres de desembarco, i muchas municiones i pertrechos.

Luego que la escuadrilla independiente se comprometió en alta mar, se puso a un mismo tiempo a buscar al enemigo i a disciplinar su jente.

Los chilenos, en su primer ensayo naval, imitaban a los romanos de la antigüedad, quienes, en igual situación, adiestraban su marinería a la par que construian sus galeras.

Como ellos, en su primera correría por la mar, alcanzaron la victoria.

A los diez i ocho dias de haber salido de Valparaíso, la fragata *María Isabel* estaba en poder de Blanco Encalada; i a los treinta i ocho dias de su

partida, regresaba éste al mismo puerto con su hermosa presa i cinco de los trasportes que la acompañaban.

IX.

Después de este glorioso triunfo, la escuadrilla nacional se aumentó con una fragata i dos bergantines, i mejoró su tripulación con varios oficiales estranjeros de un mérito distinguido, entre los cuales se encontraba lord Tomás Cochrane, quien se puso a su cabeza.

Era éste un marino de reputación europea, que, aunque inglés i enemigo, habia arrancado elojios al mismo Napoleón, i de quien se referian prodijios de audacia. En la guerra naval que sostuvo la Inglaterra al principio del siglo contra la Francia i la España, mandaba Cochrane un bergantín de catorce cañones i sesenta hombres de tripulación, i esto le bastó para apresar en diez meses treinta i tres naves con quinientos treinta i tres hombres de tripulación. Estos números pueden dar idea de cuántos eran su actividad i su arrojo. En efecto, las proezas de lord Cochrane le hacen un héroe de epopeya, mas bien que de historia.

Pertenecia a esa raza de guerreros cosmopolitas que viven en los campamentos, i que reconocen por patria todo país donde se combate por la libertad. Ese mismo lord de la aristocracia britá-

nica que, en 1819, desenvainaba su espada en apoyo de la independencia americana, debia mas tarde contarse entre los defensores de la Grecia en su lucha contra los turcos.

Su dirección era una prenda de victoria.

Al mando de la escuadrilla chilena, continuó las hazañas que le habian hecho famoso en las escuadras de la Gran Bretaña. Su sola presencia en el Pacífico ahuyentó a las naves españolas, que fueron a esconderse amedrentadas bajo las baterías del Callao.

Cochrane las siguió allá; i por largo tiempo, estuvo trabajando por sacarlas de su escondrijo, sea por la fuerza, sea por la invitación de un combate. Todas sus tentativas fueron inútiles.

Recorrió entonces sin obstáculo los mares i las costas, e hizo valiosas presas en el agua, i en la tierra. Semejante paseo por el océano equivalia a un triunfo espléndido, porque importaba el abatimiento confesado de la marina realista.

Sin embargo, Cochrane no podia conformarse con un resultado que para él era mezquino i despreciable. Estaba acostumbrado a hacer memorables sus correrías por prodijios; así se impacientaba de no haber señalado todavía su presencia en América por nada de estraordinario. Sentia rubor de regresar a Valparaíso sin haber dado cima a ninguna empresa portentosa.

Ocurriósele entonces lavar esta deshonra con

la toma de Valdivia, la plaza mejor fortificada del Pacífico. El proyecto era el colmo de la temeridad, i su ejecución parecia un imposible. Pero era eso precisamente lo que halagaba al bravo marino.

Valdivia está situada a la embocadura de un rio navegable, a cinco leguas del mar. Nueve castillos, levantados en ambas riberas, i cuyos fuegos se cruzan, defienden ese espacio, i aseguran aquella angosta entrada. En la época a que me refiero, estaban armados con ciento diez i ocho cañones, i guarnecidos por setecientos ochenta veteranos, i trescientos milicianos.

Cochrane tuvo ocasión de averiguar el estado de la plaza; i por consiguiente, iba a obrar con entero conocimiento del riesgo a que se esponia. Con todo, no se desalentó.

Resuelto a llevar a cabo tan aventurado pensamiento, hizo vela para Talcahuano a fin de buscar algún refuerzo.

Allí se encontró con don Ramón Freire. Aquellos dos valientes no podian menos de entenderse. No estaban autorizados por el gobierno para dar aquel paso; pero ni el uno ni el otro vacilaron en cargar con la responsabilidad en la parte que le correspondia.

Freire proporcionó cuantos ausilios pudo, i Cochrane marchó sobre Valdivia con una fragata averiada, un bergantín, una goleta i un cuerpo de doscientos cincuenta hombres.

Estos miserables elementos le bastaron, sin embargo, para enarbolar en unas cuantas horas la bandera tricolor sobre una plaza que, con justo título, pasaba por inespugnable. El ataque fué tan repentino, i todo se verificó con tal rapidez, que los realistas no tuvieron tiempo para clavar una sola de sus piezas.

Esta heroica acción tuvo lugar en los dias 3 i 4 de febrero de 1820.

Cochrane regresó satisfecho a Valparaíso.

X.

Entre tanto, el gobierno, a pesar de los apuros del erario, de los inmensos desembolsos que exijia el mantenimiento de la escuadra, de los gastos que ocasionaba la campaña contra Benavides, habia organizado un ejército para invadir el Perú, i prestar ayuda a los patriotas de ese país. Nombró por su jeneral en jefe a don José de San Martín, e incorporó en él a los batallones arjentinos que habian pasado a Chile. Pudo reunir de este modo una división de tres mil quinientos hombres, perfectamente vestidos i equipados. Completó la espedición libertadora con una provisión de víveres para seis meses, i un repuesto de pertrechos para levantar un ejército de quince mil soldados.

Si se quiere apreciar todo el mérito de esta empresa, recuérdese que era la obra de un gobierno

empobrecido, i de un pueblo agotado por diez años de trastornos incesantes, i siete de una guerra sangrienta. Para realizar algo como eso en tales circunstancias, se necesitaban mucha actividad en los gobernantes, i mucho civismo en los ciudadanos. Es preciso reconocer, para gloria de unos i otros, que su comportamiento fué esta vez digno de admiración.

«El que no se ha hallado en estas circunstancias, decia O'Higgins, no sabe lo que es mandar. Yo debí encanecer a cada instante.»

El gobierno se trasladó a Valparaíso para activar los preparativos de marcha.

El 16 de agosto de 1820, las tropas libertadoras estaban reunidas en ese puerto. El 19, a las nueve de la mañana, se desplegó al aire la bandera nacional, i fué saludada por todos los cañones de los castillos i de la escuadra. A esa hora, principió el embarco. Al siguiente dia por la tarde, la espedición se hizo a la vela, escoltada por la escuadrilla de lord Cochrane.

CAPITULO XII.

Maquinaciones de los carrerinos en Chile.—Persecuciones que sufren.—Conspiración de 1820 contra el gobierno de O'Higgins.—Don José Antonio Rodríguez.

I.

La necesidad de no interrumpir la narración de las campañas marítimas i terrestres, me ha obligado a suspender hasta ahora el relato de las maquinaciones que en ese mismo tiempo tramaban, tanto los carrerinos, como los demas opositores, a la administración de O'Higgins.

Ni don José Miguel desde Montevideo, ni sus parciales en Chile habian abandonado por un instante el pensamiento de derribar a su aborrecido rival. Si la ambición no los hubiera impulsado a ello, los habria ciertamente estimulado el deseo de vengar los sangrientos agravios que ha-

bian recibido, i la tenaz persecución de que eran víctimas. Así no cesaban un momento de trabajar con ese objeto; i tanto Carrera, como sus secuaces de acá, mantenian entre sí una correspondencia furtiva i sostenida. Los de Chile enviaban noticias; i de Montevideo, les venian instrucciones.

Estas relaciones no pudieron permanecer ocultas por largo tiempo; i el director, que daba en su temor la medida de la importancia que atribuia a Carrera, se apresuró a tomar precauciones para evitar cualquier descalabro. Con esta intención, se presentó al senado el 16 de noviembre de 1818, para que declarase que aquel era un peligro inminente de la patria, i le autorizase para proceder estraordinariamente al descubrimiento i castigo de los tales corresponsales.

Habiéndole el senado concedido en el acto lo que solicitaba, O'Higgins nombró una comisión compuesta de Villalón, Lazo i Villegas, a fin de que rastreasen las tramas que hubiera, i aplicasen a los cómplices la condigna pena.

Se levantaron entonces minuciosos sumarios, i se formaron abultados espedientes. No se arribó, sin embargo, por el pronto a ningún resultado importante; pero a poco se sorprendió un cajón de impresos que don José Miguel remitia de Montevideo a sus confidentes de acá, con lo cual se creyó que habia llegado la ocasión de hacer un rigoroso ejemplar.

El 20 de enero de 1819, la comisión arriba mencionada dictó, bajo la presidencia del director, un fallo, por el cual condenaba a José Conde, el asistente de Carrera, a perpetua espulsión del territorio chileno, i a una confinación de seis años en las Bruscas; a don Tomás José Urra, a destierro a la Patagonia; a doña Rosa Valdivieso, suegra de don José Miguel, a encierro en un monasterio de Mendoza; a doña Ana María Cotapos, viuda de don Juan José, a confinación en Barrasa; a don Miguel Ureta, a destierro en Córdoba; a don José Mauricio Mardones, a destierro en la ciudad de San Luis de Loyola; al presbítero don José Peña, a destierro en Mendoza; i a otros coreos, a penas menores. Todos estos individuos eran los complicados en el negocio de la correspondencia clandestina enviada desde Montevideo.

II.

Estas severas medidas suspendieron por varios meses en Chile las tramoyas carrerinas; pero a principios de 1820, el descontento jeneral producido por la dictadura de O'Higgins orijinó una vasta conspiración, en que se comprometieron muchos personajes de alta categoría. Contábanse entre los alistados nada menos que Infante, don Agustín Eizaguirre, Cienfuegos, don Pedro Prado, don Manuel Muñoz Urzúa, todos miembros

de las antiguas juntas gubernativas. A éstos, se agregaban algunos oficiales retirados de la *patria vieja*, muchos en actual servicio, i muchos paisanos de diferentes rangos i edades.

El jefe que debia ponerse a la cabeza del movimiento era don José Santiago Luco, que, en el principio de la revolución, habia sido coronel del batallón de granaderos; pero como en la época de que voi tratando, no tenia ninguna influencia personal sobre la tropa, i solo debia a su alta graduación el honor que le discernian los conjurados, los jefes reales i verdaderos de la insurrección proyectada eran otros oficiales que ofrecian por su intervención el apoyo de los cuerpos que guarnecian a Santiago.

Entre éstos, se distinguian dos jóvenes que tenian sentada su reputación de bravos, don Ramón Novoa i don Ramón Allende. El primero ya desde entonces llevaba escrita su hoja de servicios en las cicatrices de su cuerpo; i el segundo, debia merecer mas tarde el honor de ser saludado por Bolívar como la mejor lanza del ejército colombiano. En torno de estos dos, se agrupaban otros, no menos sobresalientes que ellos por su arrojo.

Como sucede en las maquinaciones políticas, no todos los comprometidos sacaban francamente la cara. Habia una especie de comisión central, cuyos miembros ajenciaban los preparativos de la

empresa, i se comunicaban en particular con los demas iniciados. Reuníase ésta en casa de don Manuel Ovalle, i se componia de este mismo señor, de don Juan Antonio Díaz Muñoz, don Manuel Muñoz Urzúa, don Ramón Novoa, don Ramón Allende, Cuadra, don Isidoro i don Antonio Vial, don Bernardo Luco, don Miguel Ureta, i dos o tres personas mas.

Estos caballeros se habian proporcionado intelijencias en los cuerpos de la guarnición, i obraban con el convencimiento de que todos ellos se sublevarian a su voz. El principal obstáculo que divisaban para el triunfo, era el ejército que San Martín tenia en aquel entonces acantonado en Rancagua; pero no dejaban de haber trabajado sobre aquellos batallones mismos, i como, por otra parte, su número era mas o menos igual al de la guarnición de Santiago, estaban resueltos en último caso a decidir la cuestión en batalla.

El odio de la dictadura de O'Higins ligaba momentáneamente a los conjurados; pero el fin que se proponian no era el mismo. Todos ellos deseaban la caída del director; mas los altos magnates que se habian comprometido en la empresa pensaban trabajar para sí mismos, i los jóvenes oficiales que disponian de la tropa se burlaban a sus solas de estas esperanzas, porque tenian acordado llamar de Montevideo a don José Miguel Carrera.

El triunfo, si es que lo hubieran obtenido, los habria necesariamente dividido. Sin embargo, estuvieron mui distantes de encontrarse en ese trance.

Discutian sobre el momento oportuno para dar el golpe, cuando el gobierno se puso en movimiento, i aseguró a la mayor parte de los conjurados.

Después de algunas averiguaciones, fueron confinados: quiénes a las costas del Chocó, quiénes a Valdivia, quiénes a Juan Fernández. Unos pocos lograron escaparse, i otros pocos, los de mas categoría i cuya intervención en la conjuración habia sido mas solapada, fueron considerados por el director mismo, que no se atrevió a encarcelar un tan gran número de ciudadanos.

III.

Este suceso que sumerjia en la aflicción a muchas familias, exasperó los ánimos de una porción considerable del vecindario. Aunque por lo bajo, se redoblaron las quejas contra el despotismo de O'Higgins.

Los mas exaltados propalaron que era él mismo quien habia fomentado la conspiración para descubrir i atrapar a sus enemigos; que, por medio de don José Antonio Rodríguez, habia sujerido el pensamiento a algunas personas que le eran sospechosas; i que este mismo caballero le habia conducido en varias ocasiones disfrazado a casa

de Ovalle, i que, en otras, le habia mantenido al corriente de cuanto pasaba. Según los que esto pretendian, Rodríguez estaba al cabo de todo, porque se hallaba en contacto con varios conjurados, i vivia aún en casa de uno de ellos.

Los mas moderados no cargaban en cuenta a O'Higgins la iniciativa del proyecto, pero acusaban a Ridríguez de traidor i delator.

La primera de estas aserciones no merece discutirse; es uno de esos absurdos que solo puede admitir la pasión de partido en momentos de acaloramiento. Jamás los gobiernos recurren a medios tan peligrosos, como el mencionado, para reconocer a sus adversarios.

La segunda aserción es posible; pero ¿dónde están las pruebas? Es verdad que, en los cargos de esa especie, es difícil suministrarlas; mas también es cierto que las facciones políticas son sobrado lijeras en sus acriminaciones.

Rodríguez pasó casi incontinenti a ser el ministro influente del director O'Higgins. Sus contrarios dieron su elevación como una prueba irrecusable de su delación; mas yo pregunto ¿no sería ella el orijen de esa terrible acusación?

En un caso como éste, la suspensión de juicio es el partido que corresponde a la imparcialidad de la historia (*).

(*) En un escrito que publicó don José Antonio Rodríguez

IV.

De todos modos, esa verdad, o esa calumnia, era un mal antecedente para un ministro. Suministraba a sus opositores una arma poderosa para mancillar su reputación, para arrebatarle su popularidad. El pueblo, en todas partes, en las monarquías i en las repúblicas, es propenso a prestar oídos a los cargos que se levantan contra sus gobernantes.

Por desgracia de Rodríguez, no era éste el único motivo de disfavor que se podia remover para desprestijiarle. Habia sido realista; habia servido destinos de importancia al lado de las autoridades españolas; esos antecedentes políticos no podian menos de perjudicarle, cuando la exaltación de la

---

en 1823, dice, para vindicarse de esta acusación, lo que va a leerse.

«No entré al ministerio para buscar fortuna, ni creo que ese empleo pueda proporcionarla a ninguno en Chile. Fuí llamado a él, por recomendación del escelentísimo senado: admití por solo cuatro meses. Esto es demasiado público, i esto desmiente la horrible imputación de que, por el bajo medio de una supuesta denuncia, me abrí el camino. No era yo tan torpe para admitir en este caso un premio que debia dar la presunción del servicio. Esto es lo único que puedo decir, i aún he dicho demasiado;—hai calumnias contra las que lo misma inocencia pierde el valor—Sé, i nadie lo sabrá de mí, quienes fueron los denunciantes.»

lucha contra España no se habia calmado todavía, cuando esa lucha misma no estaba concluida.

Rodríguez era un hombre de alta capacidad, uno de los primeros abogados de América. Habia comenzado su carrera pública sirviendo la auditoría del ejército realista bajo el mando del jeneral Gaínza.

Después de la reconquista española en 1814, habia sido nombrado fiscal de la audiencia de Santiago. En este empleo, se habia mostrado clemente i bondadoso con los patriotas vencidos.

Su ninguna animosidad contra los rebeldes le habia hecho sospechoso a la camarilla de Marcó, que comenzó a tratarle de insurjente i de venal. La irritación de aquella administración contra Rodríguez por la conducta que observaba, llegó hasta el punto de recabar Marcó de la audiencia que le remitiese a España bajo partida de rejistro. Los oidores sostuvieron a su colega, i se negaron a tomar semejante medida. Pero Marcó no desistió de su empeño, i envió a la corte un sumario que levantó en secreto para fundar sus recelos contra Rodríguez.

Afortunadamente para éste, la nave que conducia ese sumario cayó en poder de unos corsarios patriotas, que lo arrojaron al mar con el resto de la correspondencia.

Entretanto, Rodríguez habia averiguado, no sé cómo, el riesgo que le amenazaba, i escribió al

arzobispo de Lima, que le protejia. Este patronato le conservó en su empleo hasta la batalla de Chacabuco.

Después del triunfo de los revolucionarios, los servicios que habia prestado a muchos individuos, poco antes oprimidos i entonces vencedores, su conducta equívoca en la época de Marcó, sus relaciones de amistad con O'Higgins i su familia, a quienes habia tratado en Chillán, de donde era natural, le valieron el no ser perseguido, como lo fueron los demás realistas, sus correlijionarios.

Por el pronto, se encerró en la vida privada; pero poco a poco fué adquiriendo una grande influencia sodre el ánimo del director.

En 1819, el gobierno pensó en reorganizar el Instituto Nacional, que, hijo de la revolución, habia perecido con la reconquista de 1814. Para aseguararle rentas, se resolvió incorporarle el seminario conciliar. Esta medida suscitó dificultades i murmullos de parte del clero. Para desvanecer esos escrúpulos, se encargó a Rodríguez la redacción de una memoria en apoyo de la providencia.

Esta comisión, puede decirse, que marcó su vuelta a los negocios públicos. Su escrito fué mui bien recibido, i aplaudido por la erudición que desplegaba en él. Pero su reputación de hábil lejista no alcanzaba a desvanecer las prevenciones que abrigaban los patriotas contra un individuo que habia servido a los gobernantes españoles. Su con-

versión de fresca data, no les parecia una prenda suficiente de seguridad, i le miraban con cierta desconfianza i desapego.

Por grande que fuera el afecto que le profesaba, O'Higgins era el primero en reconocer la impopularidad de Rodríguez i el disgusto que ocasionaria su encumbramiento. Así, para efectuarlo, caminó con tiento, i tomó precauciones. Principió por hacer que el senado se lo recomendase como una persona digna de ocupar un ministerio; i en seguida, con fecha 2 de mayo de 1820, le nombró solo como interino para el de hacienda, so pretesto de que don Anselmo de la Cruz debia trasladarse a Valparaíso para erijir en principal la aduana de aquel puerto.

Esta fué la manera precavida i temerosa como se introdujo al gabinete un hombre que, a los pocos meses, debia ser el *fac-totum* del director, i señalar el rumbo a la política del gobierno.

Pero antes de referir los sucesos a que dió lugar la injerencia de Rodríguez en la administración, tengo que trasportar al lector al otro lado de los Andes, donde se desarrollaron acontecimientos que se hallan íntimamente ligados con la historia que voi narrando.

CAPITULO XIII.

Mansión de don José Miguel Carrera en Montevideo.—Carrera se pone en relación con el gobernador de Entre-Rios don Francisco Ramírez.—Situación de la República Arjentina en 1819.—Rompimiento de las hostilidades entre los federales i el gobierno de Buenos Aires.—Triunfo de los federales, i su influencia en Buenos Aires.—Protección que el gobierno arjentino dispensa a Carrera para que haga una espedición a Chile.—Actitud que toma con este motivo don Miguel Zañartu—Persecución que sufre.—Mansión de Carrera en el rincón de Gorondona.—Protección que dispensa a Alvear para que sea gobernador.—Sitio de Buenos Aires.—Sorpresa de San Nicolás.—Acción del arroyo de Pavón. Acción del Gamonal.—Retirada de Carrera a la pampa.—Su mansión entre los indios.—Su marcha para Chile.—Maquinaciones diplomáticas de Zañartu para destruir a Carrera.—Contramarcha de don José Miguel a la provincia de Córdoba.—Acción de la Cruz Alta.—Carrera intenta de nuevo pasar a Chile.—Acción de la Punta del Médano.—Motín de los soldados de Carrera contra su jefe.—Prisión de don José Miguel en Mendoza.—Su ejecución.—Apreciación de Carrera hecha por un enemigo.—Suerte que corren algunos de los compañeros de este jeneral.

I.

La tenacidad i audacia de ciertos hombres son verdaderamente asombrosas. La persecución no los contiene, sino que los irrita; el poder de sus enemigos no los acobarda, sino que acrecienta sus

brios. Si la desgracia i el encono de sus adversarios llegan a espulsarlos de su patria, continúan en el estranjero la misma lucha que habian promovido en su país natal. Para ellos, no hai tregua, ni reposo hasta que triunfan o perecen.

Don José Miguel Carrera tenia un temple de alma semejante. Le hemos dejado, en un capítulo anterior, asilado en Montevideo, que era para él, puede decirse, el destierro en el destierro. Encontrábase en aquella ciudad, que pisaba entonces por la primera vez, como el náufrago arrojado por la tormenta en una playa desconocida, sin un techo bajo que guarecerse, sin recursos de que echar mano, sin amigos de quienes valerse. Cuanto poseia lo habia perdido en la crísis pasada. No solo se le habia quitado su fortuna, sino que también se habia intentado arrebatarle su honor. El espíritu de partido habia llegado hasta negar los servicios que habia prestado en favor de la independencia, i a poner en duda su honradez i patriotitismo.

La suerte le habia tratado sin piedad, i desbaratado todos sus planes; pero no habia logrado abatirle, i mucho menos fatigarle. Carrera era de esos hombres que viven para combatir, i que combaten hasta que mueren. El cansancio no le era conocido.

En las circunstancias en que se hallaba, su primer pensamiento fué refutar por escrito las calum-

nias esparcidas contra su persona. La prensa era el único terreno en que no necesitaba otro abogado que la justicia para vencer a sus poderosos adversarios. El cuidado de su propia fama le imponia la obligación de vindicar su conducta anterior como jeneral, como majistrado, como ciudadano.

No solo su gloria, sino su venganza se interesaban en que hiciera esa manifestación. La justificación de todos sus actos era la acusación mas terrible que podia lanzar a sus rivales. Las vejaciones que habia sufrido no admitian escusa alguna desde el instante en que probara su inocencia. La vindicación del perseguido es el oprobio del perseguidor.

Concebida esta idea, la puso en planta sin tardanza. Nada le fué mas fácil que hacer una relación documentada de los sucesos de que habia sido actor, de las tropelías de que habia sido víctima. Las dificultades no empezaron para él, sino cuando trató de publicarla. El gobierno brasilero, que, en aquella época, imperaba en Montevideo, íntimamente relacionado con el gobierno arjentino, no quiso permitir la salida de una obra en que se censuraba acremente la conducta de su aliado. La paz con una república vecina le importaba mas que el buen nombre de un proscrito.

El jeneral chileno no se desalentó por esta arbitrariedad, que le privaba de un derecho que se

concede aún a los criminales mas atroces, el derecho de defenderse. Ansioso como estaba por dirijirse al pueblo, ese gran jurado encargado de sentenciar en definitiva las causas políticas, no se acordó de la prohibición, sino para pensar en el modo de eludirla.

No pudiendo servirse como todos de la imprenta pública, arregló improvisadamente una privada para su uso particular. Una mala prensa suministrada por un amigo suyo, i dos o tres cajones de tipos que habia salvado de la confiscación decretada en Buenos Aires contra los utensilios que habia traído de los Estados Unidos para fundar en Chile un establecimiento tipográfico, le proporcionaron los elementos estrictamente indispensables para romper la mudez a que se habia querido condenarle.

Cuando estuvo corriente la pequeña imprenta que formó con estos restos, pudo, al fin, dar a luz un manifiesto, en cuya impresión trabajó materialmente con sus propias manos. La necesidad de sincerarse habia trasformado al militar en escritor; la penuria trasformó al escritor en cajista.

A esta publicación, se siguieron otras varias cuyo objeto era criticar los actos administrativos de O'Higgins i Pueirredón, a quienes atacaba con la pluma, aguardando la ocasión de atacarlos con la espada. Un chileno, don Diego Benavente, i

dos arjentinos, don Nicolás Herrera i don Santiago Vázquez, le ayudaron en la redacción.

El estilo caloroso de estos escritos i el sentimiento de libertad que respiraban, estaban hechos para entusiasmar. Carrera procuraba en seguida derramarlos en Chile i la república del Plata, a donde llevaban el descrédito a sus enemigos i la esperanza a sus partidarios. La escasa i diminuta imprenta que poseia, se convirtió de esta manera en una especie de máquina bélica, por cuyo medio disparaba balas rojas i cohetes incendiarios sobre estos dos países.

La conflagración producida por sus folletos i proclamas fué tal, que el director de Buenos Aires, alarmado, se apresuró a oficiar a don Manuel García, su ajente diplomático en el Janeiro, para que solicitase de esta corte que impidiera la impresión de aquellos papeles subversivos, i arrojara a don José Miguel de Montevideo. El gobierno del Brasil accedió a lo primero, i prometió lo segundo.

El jeneral Lecor, gobernador de la plaza, recibió en consecuencia órdenes terminantes para cerrar la imprenta de Carrera, las que se vió forzado a ejecutar a pesar de la benevolencia que profesaba al dueño.

Este nuevo golpe acabó de exasperar a Carrera, i llevó al colmo su furor. Larga era la lista de las injurias que tenia que vengar: la muerte de sus

hermanos, la orfandad de su esposa e hijos, la prisión que sufria en Buenos Aires su hermana querida doña Javiera, la mísera suerte de su padre, la persecución de sus parciales, la confiscación que a sus bienes habia impuesto O'Higgins en Chile, la pérdida de su felicidad pasada, su desgracia presente. El vaso estaba lleno; aquella última gota lo hizo desbordar.

La inseguridad de su asilo i el temor de ser entregado a sus enemigos, pues, por conductos fidedignos, sabía las jestiones hechas para su estrañamiento, le impelieron a tomar una resolución suprema. Estaba dispuesto a morir peleando antes que arrastrar de ciudad en ciudad una vida llena de privaciones i afanes. Sus contrarios se lo habian quitado todo, menos su intelijencia fértil en recursos, su audacia capaz de tentar lo imposible.

II.

Un dia, guardó don José Miguel todo su equipaje, el equipaje de un proscrito, en una pequeña maleta, la amarró él mismo a la grupa de su caballo, saltó en seguida sobre la silla, i se encaminó ocultamente a Entre-Rios; en tanto que los numerosos espías que el director de Buenos Aires mantenia apostados en Montevideo, desorientados por tan brusca desaparición, noticiaban a su amo que Carrera se habia embarcado en la goleta *Con-*

greso, buque francés armado en corso que acababa de salir del puerto, i le comunicaban que, según sus presunciones, este temido adversario se dirijia sin duda al sur de Chile.

Mientras se le suponia navegando en altar mar, el fujitivo se presentaba en la tienda del jeneral don Francisco Ramírez, que mandaba la provincia de Entre-Rios bajo las órdenes de Artigas, donde se le recibió con bastante frialdad. Artigas desconfiaba de Carrera por creerle emisario de los brasileros, con los cuales estaba en guerra, i el subalterno participaba de las prevenciones del superior.

Don José Miguel no se desalentó por aquella terca acojida, i se puso a trabajar por convertir en instrumento suyo a aquel militarote grosero. En menos de tres dias, no solo habia desvanecido las sospechas, sino que se habia captado la voluntad del mismo que poco antes habia pensado en negarle hasta la hospitalidad.

Algunas semanas después, Carrera, no solo era su amigo, sino tambien su consejero, i le impulsaba a separarse de Artigas, que enviaba, para prender al proscrito chileno, una requisitoria que su teniente desobedecia, como probablemente no lo habia hecho jamás con ninguna de las órdenes bajadas de tan alto.

Un poco mas tarde, las huestes de Ramírez, siempre impulsado por Carrera, entraban vencedoras en Buenos Aires. ¡Tan irresistible era la se-

ducción que acompañaba a las palabras de aquel incansable revolucionario, tan grande el ascendiente de su jenio!

III.

Por aquel entonces, comenzaban a desenvolverse en la República Arjentina los jérmenes de desorganización que ella contenia. Las provincias miraban de reojo a la capital, i soportaban con impaciencia el yugo que les tenia impuesto. El atraso i la pobreza las prevenian contra su civilización i poderío.

Las ciudades, fundadas a distancia inmensa unas de otras, i sin comunicaciones espeditas entre sí, se asemejaban a las islas desparramadas de un vasto océano, mas bien que a las partes constitutivas de un mismo estado. La posición jeográfica las condenaba al aislamiento, i el aislamiento hacía imposible la plantación de un réjimen común i unitario.

Los caudillos que, en cada una de estas secciones, comenzaban a elevarse, proclamaban la federación como el único sistema de gobierno conveniente, tanto por odio instintivo a la metrópoli, cuanto porque ese sistema favorecia sus aspiraciones privadas, permitiéndoles convertirse en régulos de sus respectivos departamentos. Las opiniones de los caudillos encontraban eco en las masas

naturalmente mas dispuestas a seguir a los gobernantes con los cuales estaban en un contacto diario, que a la autoridad central, cuya existencia sabian solo de oídas.

La dislocación del estado era completa; la anarquía, espantosa; la guerra civil, inminente.

No se necesitaba ser profeta para conocer que un trastorno jeneral estaba próximo. Bastaba para predecirlo, observar el odio profundo de las provincias contra Buenos Aires, como basta ver la atmósfera cargada de negros i espesos nubarrones para anunciar la tempestad.

Don José Miguel Carrera supo utilizar con habilidad las circunstancias, i hacerlas servir a sus propósitos. La parte que tomó en los acontecimientos de la otra banda, fué considerable. Dos eran los objetos que llevaba en vista, al mezclarse en tan sangriento drama. El primero, la caída del gobierno existente en la capital, que se proponia suplantar por otro que le fuera favorable; i el segundo, la organización de una espedición con que escalar los Andes para precipitarse sobre Chile. Necesitaba aniquilar la República Arjentina, trastonar el réjimen establecido en ella, cambiar por otros los hombres que gobernaban, para que le fuese permitido levantar tropas, proporcionarse ausilios, i limpiar de estorbos el camino que debia conducirle a su patria.

El proyecto no podia ser mas jigantesco; pero,

a trueque de conseguir su objeto, estaba dispuesto a intentarlo todo.

A fin de realizar el plan mencionado, se ligó con los federales; pero es preciso tener presente que adoptó esta resolución, no solo por necesidad, sino también por convicción. Acababa de regresar de los Estados Unidos, cuyo pasmoso engrandecimiento habia contemplado de cerca, i venía enamorado de aquella constitución. Natural era que se plegara a los hombres que trabajaban, o finjian trabajar por la adopción, en la América del Sur, de tales instituciones, mucho mas cuando todos sus contrarios se hallaban alistados en el opuesto bando. La justicia i la conveniencia le trazaban así el camino que debia seguir.

IV.

Don José Miguel, con su carácter impetuoso, no podia permanecer mucho tiempo en la inacción. Escritor al propio tiempo que militar, abrió la campaña con la publicación de una gaceta en la que predicó la federación, i reveló los secretos manejos de Pueirredón con los brasileros para entregar el país a algún príncipe de la familia de Borbón: intriga que habia descubierto durante su permanencia en Montevideo. Este periódico activó la revolución, propagando los principios en que se apoyaba, i desprestijiando al gobierno existente.

Cuando la opinión estuvo bien preparada, se valió de la influencia que habia adquirido sobre Ramírez para escitarle a sublevarse. El jefe de Entre Rios, que necesitaba del freno mas bien que de la espuela, no vaciló un momento en adoptar el consejo de su huésped. En consecuencia, la guerra quedó declarada, i las hostilidades comenzaron.

Mientras se formaba la tempestad revolucionaria en las provincias, tenia lugar en Buenos Aires un cambio de gobernantes. El despotismo i las ideas monárquicas de don Juan Martín Pueirredón le habian hecho altamente impopular. Una numerosa facción de ciudadanos atribuia a su falsa política el descontento i los amagos de trastornos que se notaban en los pueblos del interior.

Las muchas dificultades que le suscitaba esta disposición desfavorable a su persona, le obligaron a renunciar el elevado empleo que desempeñaba.

El 10 de julio de 1819, le sucedió en la silla presidencial el brigadier don José Rondeau. Este recibió de su antecesor por herencia la guerra civil. Hizo cuanto pudo para sofocarla en su principio; pero todos sus esfuerzos fueron impotentes. En vano, opuso a los insurrectos sus mejores tropas; los federales las arrollaron por donde quiera, i se abrieron paso por entre todas ellas. Recurrió-

se, entonces, al ejército del Alto Perú, que militaba a las órdenes del jeneral Belgrano, i se componia de militares aguerridos i perfectamente disciplinados.

La lucha con semejantes tropas habria sido aventurada para las milicias de las provincias, por no decir imposible; pero la deserción permitió obtener lo que el hierro no habria logrado. Se hicieron propuestas al segundo en el mando, don Juan Bautista Bustos, quien, a trueque de que se le concediera la gobernación de Córdoba, consintió en pasarse a los federales. El odio contra la capital estaba tan difundido en las masas, que la mayor parte de aquella tropa abandonó sus banderas por no pelear en favor de ella.

El director Rondeau, sin dejarse abatir por el revés mencionado, reunió apresuradamente un ejército, i marchó a su frente para contener el progreso de los invasores; pero solo fué a hacerse derrotar vergonzosamente en la cañada de Cepeda.

V.

Después de este desastre, Buenos Aires hizo todavía algunas tentativas de resistencia; pero todos sus esfuerzos solo sirvieron para impedir que los vencedores entraran en la ciudad al galope de sus caballos i sable en mano.

Un tratado la eximió de esta afrenta. Los prin-

cipales artículos del convenio, fueron el establecimiento de un gobierno federal, la reunión de un próximo congreso encargado de fijar sus bases, la retirada del ejército invasor por pequeñas divisiones, i el nombramiento de don Manuel Sarratea para gobernador de Buenos Aires.

Las estipulaciones comenzaban a llevarse a efecto, i hacía diez dias que Sarratea habia tomamado tranquilamente posesión de su destino, cuando el jeneral don Marcos Balcarce, que habia salvado la infantería del descalabro de Cepeda, se presentó de improviso en la capital, i echó por tierra la nueva administración, haciéndose proclamar capitán jeneral de la provincia.

Don José Miguel Carrera, que a la sazón se hallaba en Buenos Aires, fué nombrado por Balcarce para que le sirviera de mediador con los federales. So pretesto de desempeñar esta comisión, pudo dirijirse con la celeridad del rayo al campamento de Ramírez, que estaba a alguna distancia de la capital. Unas cuantas palabras les bastaron para entenderse. No se tolera en el poder a un enemigo, cuando se tienen en la mano los medios de derribarle.

Con un cuerpo de doscientos hombres marcharon ambos jefes apresuradamente sobre la ciudad; i en vez de encontrar en ella resistencia, hallaron abiertas las puertas, i vieron venir a incorporarse en sus filas a los mismos que la defendian. Bal-

carce, abandonado por los ciudadanos, i por sus propios soldados, no tuvo otro recurso, que huir, dejando el puesto a Sarratea.

Buenos Aires reconocia la lei del mas fuerte, i Carrera habia logrado sus designios: el nuevo gobierno no podia menos de serle adicto, porque le debia gran parte de su elevación. En toda la campaña, el nombre del jefe chileno habia sonado poco en los documentos oficiales, pero mucho en el consejo i las conferencias privadas. Los dos caudillos de la cruzada contra la metrópoli, el gobernador de Entre Rios, Ramírez, i el de Santa Fe, don Estanislao López, eran hombres groseros e ignorantes, que habian obrado bajo la inspiración de Carrera. En las convulsiones políticas, figuran muchas veces en primera línea los que menos lo debieran, como, en los períodos de fiebre, suelen aparecer los malos humores en la superficie del cuerpo humano.

Los dos jenerales ya nombrados, eran intrépidos i valientes; pero habian recibido de otra cabeza el impulso i la dirección. El ajente diplomático de Chile, en las provincias arjentinas, don Miguel Zañartu, que tenia motivos para saberlo, lo creia tambien así. En una carta reservada escrita a O'Higgins por ese tiempo, le dice que Carrera «es el alma de todos estos movimientos», i que los soldados federales le llaman *paño fino*, espresión que pinta el grande ascendiente que este

caudillo ejercia sobre un ejército, cuyo uniforme era el *chiripá*.

VI.

Con la variación del gobierno, cambió completamente la condición de Carrera. A las persecuciones anteriores, sucedieron las adulaciones; a las negativas, aun para las peticiones mas razonables, las facilidades, aun para la violación de las leyes mas obvias del derecho internacional. Cuando habló de llevar una espedición contra O'Higgins, no solo se le permitió reclutar jente i disciplinarla, sino que, además, se le franquearon soldados.

Como le repugnaba presentarse en su patria, cual otro Coriolano, al frente de estranjeros, Sarratea le concedió que sacara de la guarnición de Buenos Aires todos los compatriotas que en ella se encontraban. Los cuerpos de granaderos i artilleros, compuestos en su mayor parte de chilenos, quedaron por esta causa en esqueleto: el de *Húsares de la Patria* se le incorporó en masa por la misma razón.

Don José Miguel nombró comandante jeneral de la división a don José Maria Benavente, i jefes parciales a los oficiales chilenos que, por serle adictos, habian quedado en la capital del Plata. De este modo alcanzó a reunir un cuerpo de tropa que ascendia a seiscientas plazas.

La fortuna comenzaba a sonreirle. Se encontra-

ba fuerte con su jenio, que nunca le habia abandonado, con la protección de un gobierno que nada se atrevia a negarle, con las bayonetas de centenares de bravos que le amaban como a la personificación de la patria ausente.

En tales circunstancias, i cuando menos era de esperarse, hubo, sin embargo, un hombre que fué bastante osado para desafiar su poder, i contrariar sus designios.

El representante de la república de Chile, don Miguel Zañartu, habia seguido todos los pasos de Carrera con la mayor ansiedad. De un carácter tan arrojado como el de este último, no era persona que se asustaba por las amenazas de un gobierno, ni por los tumultos de un pueblo.

Viendo la protección decidida que Sarratea prestaba a los espedicionarios, resolvió protestar oficialmente contra ella, no porque pensara que un oficio suyo obligaria al director a suspender las providencias que habia dictado, sino a fin de crearle obstáculos i embarazos.

En consecuencia, le remitió el oficio siguiente, que copio íntegro, porque me parece que en él está pintada la audacia de su autor.

«*Buenos Aires, marzo* 16 *de* 1820.

«Mientras el heroico pueblo de Chile i su digno gobierno sostiene el crédito de la revolución del sur, evita la ruina total de estas provincias, i se

prepara sus últimos laureles, dando un golpe decisivo sobre el Perú, Buenos Aires, en contradicción con sus intereses, i la mas beneficiada en aquellos sacrificios, dispone en su mismo seno una espedición que lleve el esterminio i la desolación a ese estado virtuoso.

«Me hallo mui distante de creer que este sea el sentimiento universal del pueblo. Él lamenta en secreto los males que le amenazan, i espera el remedio de su gobierno. Yo, sin temer el suceso, he guardado igualmente silencio hasta ahora, animado de la misma esperanza. Pero ya no puedo ser por mas tiempo indiferente a la voz pública que, con los preparativos de esta espedición, ha divulgado también la protección que Usía le dispensa al estremo de franquear a don José Miguel Carrera, autor de ella, todos los soldados chilenos que paga este país, i que, bajo el nombre de desertores, existen en la ciudad i en la comprensión de la provincia.

«Si es verdadero este permiso, o mas bien esta cooperación, ella espresa una declaración abierta de guerra contra el estado i gobierno que represento, i me impone el deber de pedir a Usía, con los motivos de esta resolución, el pasaporte correspondiente para retirarme a mi estado.

«Dios guarde a Usía muchos años.—*Miguel Zañartu.*

«Señor Gobernador de la Provincia de Buenos Aires.»

Como Sarratea retardara la contestación, Zañartu le remitió el 19 del mismo mes un duplicado de su nota, agregándole que, en vista de la publicidad de los preparativos que se hacian contra Chile, la única contestación que exijia era su pasaporte, pues ya no quería permanecer por mas tiempo en un país que tan enemigo del suyo se mostraba.

El gobernador de Buenos Aires se negó a entrar en relaciones con el ajente diplomático chileno, so pretesto de que solo se hallaba acreditado cerca de la administración anterior, i no cerca de la que existia; por lo cual, limitó sus esplicaciones al envío del pasaporte que aquel solicitaba.

Zañartu, no dió, sin embargo, la cuestión por terminada. Queriendo examinar cuál era la opinión pública sobre estos sucesos, dió a luz sus comunicaciones al director en pos de una relación de lo que habia ocurrido en la toma de Valdivia por Cochrane, noticia que acababa de llegar. Como insinuaba diestramente que la espedición de Carrera tenia el inconveniente de hacer fracasar la que se proyectaba en Chile contra el Perú, logró por este medio que el pueblo se declarara por su causa, i que el 26 se espresara de un modo tan manifiesto contra don José Miguel, que le forzara a huir con sus prosélitos.

Irritado Sarratea por la audacia de este proceder, hizo que se intimara a Zañartu la orden si-

guiente, que, sin necesidad de ningún comentario, manifiesta el furor de que estaba poseído.

«*Buenos Aires, marzo* 29 *de* 1820.

«Habiéndole espedido este gobierno su pasaporte para Chile, a su pedimento, como lo ha publicado ya Usted mismo, el honor del gobierno i la tranquilidad pública se interesan en que, haciendo uso de él, salga Usted para aquel reino de que depende, por mar o por tierra, dentro de cuatro horas de recibida ésta: en intelijencia que de no hacerlo, el gobierno no responde de cualesquiera resultas que puedan sobrevenir contra su persona, por la indignación con que el pueblo mira sus notorias relaciones con los individuos de la anterior administración, i por la conducta que se le ha notado en la última ocurrencia, de que se reserva instruir estensamente al gobierno a que corresponde.

«I de orden superior lo comunico a Usted para su puntual cumplimiento.—Dios guarde a Usted. —*Manuel Luis de Olidén.*

«Señor don Miguel Zañartu.»

Hacía algunos dias que Zañartu habia recibido su pasaporte i estaba resuelto a partir; pero esta orden imperiosa, en vez de estimularle a apresurar su viaje, le inspiró el deseo de diferirlo. Se determinó a permanecer por algún tiempo mas en Bue-

nos Aires a fin de destruir *las telas de araña de Sarratea*, como llama en una de sus cartas a O'Higgins, los manejos de aquél para ausiliar a Carrera.

Apenas se le notificó el mandato supremo de que he hecho mención, ocurrió al cabildo protestando contra la violencia que se le hacía.

«*Buenos Aires, marzo* 29 *de* 1820.

«Escelentísimo Señor.—Tengo el honor de dirijirme a Vuestra Escelencia por la primera vez, acompañando en copia el oficio que recibo en estos momentos del secretario de gobierno. Yo suplico a Vuestra Escelencia reprima los efectos de la justa indignación que debe producirle su lectura.

«El ministro público de un estado aliado, el depositario de las confianzas de un pueblo que se sacrifica por la prosperidad del que Vuestra Escelencia dignamente preside, el enviado de aquel gobierno amigo, es a quien se dirije esa orden impolítica i grosera, comunicada en una noche tempestuosa, con cuatro horas de término, cuando el rio está inaccesible, cuando los caminos de tierra están cortados. ¿I por qué delito? Por el único, aunque glorioso, de haber cooperado a trastornar los planes inicuos i sangrientos que tiraba Carrera sobre las ruinas de estas repúblicas. Sí, señor,

tales eran las consecuencias necesarias de la protección que se dispensaba a ese hombre ambicioso.

«Yo, despreciando mis personales peligros, llenando los deberes de mi empleo, conduciéndome por los sentimientos de mi corazón, presenté al público sus aspiraciones. La ilustración de este pueblo vió en aquel cuadro, aunque mal trazado, todo un fondo de malicia i de perversidad. Formada la opinión, se preparó a impedir los progresos del proyecto, i esta alarma de los ciudadanos influyó en las glorias del 26, en el triunfo de la libertad, en el triunfo de Vuestra Escelencia! ¡Feliz yo, aunque fuese víctima, si puedo congratularme de haber corrido parte del tenebroso velo que esconde designios horrorosos!

«Tal es la conducta que me ha notado el señor gobernador en la última ocurrencia. Las notorias relaciones, añade, con los individuos de la anterior administración, tienen indignado al pueblo. —¿Con que al pueblo, señor gobernador? podria yo decirle. A ese juez apelo: relevantes pruebas ha dado en estos dias de su imparcialidad i penetración... Nada estraño sería que mi empleo me hubiese proporcionado relaciones estrechas con unas personas que se hallan en rango. Para mayor confusión del gobernador, ese mismo pueblo, cuyo nombre toma, sabe demasiado que no tengo intimidad con un solo individuo de aquellos con quienes quiere unirme maliciosamente.

«Escelentísimo Señor. Yo suplico a Vuestra Escelencia dispense la elasticidad de mi pluma; ella es arrebatada por la exaltación de mi espíritu, i por la intensidad del agravio. Conozco lo que ordena la política en este caso crítico del pueblo. Pcr esto, he pedido a Vuestra Escelencia, en mis primeras líneas, sofoque su indignación. Por esto, cederé también al imperio de las circunstancias, i me retiraré a Montevideo, luego que el tiempo lo permita. Pero entre tanto, tengo derecho, sí, para esperar que Vuestra Escelencia impida toda tropelía contra mi persona, evitando que mi gobierno, insultado en ella, exija por su honor una satisfacción sensible a la armonía que felizmente parece ya establecida. Dios, etc.—*Miguel Zañartu.*

«Escelentísimo Cabildo de Buenos Aires.»

La influencia del ajente chileno en el cabildo, debia ser estremada, cuando esta corporación no se atrevió a desatender su solicitud, i lo que es mas, cuando ella consiguió del gobernador de la provincia, a quien se trataba con tanta acrimonía, que concediera a su propio ofensor el tiempo necesario para el arreglo de su partida.

Escusado parece decir que Zañartu no empleó esta prórroga en los preparativos del viaje. De pasiones violentas i de un arrojo que rayaba en la temeridad cuando le animaba el espíritu de partido, su única ocupación durante los dias que

permaneció en la capital, fué hacer una oposición declarada a todos los actos del gobierno. La rabia de Sarratea llegó al colmo con aquella tenacidad, i le precipitó a estender el mandato siguiente:

«El ayudante mayor de plaza don José Conti, intimará a N. Zañartu, diputado del gobierno de Chile cerca del directorio, que, en el término de seis horas, se embarque para afuera de la provincia; i de quedar así cumplida esta orden, dará cuenta, en intelijencia que no deberá separarse de su persona hasta dejarle embarcado. Buenos Aires, abril 10 de 1820.—*Sarratea.*»

Esta orden perentoria no admitia réplica. Mal de su grado, Zañartu tuvo que cumplirla. Se retiró a la Colonia, de donde se dirijió en seguida a Montevideo.

VII.

Con la partida de Zañartu, Carrera se vió libre de toda incomodidad, i se dedicó esclusivamente a la disciplina de sus seiscientos chilenos. Sin embargo, no gozó por largo tiempo de semejante sosiego. En medio de la espantosa anarquía que devoraba a la República Arjentina, era difícil para un hombre como don José Miguel, conseguir que se le dejara en paz, haciendo sus aprestos para invadir a Chile. Habia tomado una parte dema-

siado activa en la política, para que le fuera posible, por mas que lo quisiera, abstraerse enteramente de los negocios públicos. La esperiencia no tardó en hacérselo conocer.

Don Carlos María Alvear, uno de sus antiguos amigos, i su camarada en la guerra de España, acaudilló, sin resultado feliz, una revuelta en Buenos Aires. Para escapar de la venganza de sus adversarios victoriosos, buscó un refujio en el campamento de Carrera. El gobierno exijió la entrega de su enemigo. Don José Miguel respondió con firmeza que jamás negaria su protección al individuo desgraciado que se la habia pedido. Esta incidencia enfrió sus relaciones con Sarratea.

Para aplacar sus disputas con las autoridades de la capital, i entregarse con toda quietud al arreglo de sus tropas, se retiró con ellas al Rincón de Gorondona, ángulo de terreno formado por la confluencia de los rios Paraná i Carcarañá, donde abundaban los pastos para sus caballerías.

Hacía dos meses que se hallaba en ese punto instruyendo a sus soldados, cuando, con corta diferencia, le llegaron cuatro mensajeros enviados de cuatro lugares diferentes, en demanda de ausilios.

Era el primero un francés que llevaba cartas de Chile, en las cuales se anunciaba el malogro de la conspiración tramada a principios de 1820, i las persecuciones sufridas por los principales cómpli-

ces: los carrerinos de acá pedian socorros, i clamaban por la presencia de su caudillo.

El segundo era un enviado de don Mariano Mendizábal, recién nombrado gobernador de San Juan, donde acababa de insurreccionarse contra San Martín el batallón *Número* 1 *de Cazadores de los Andes*, aquel cuerpo que hemos visto en otra parte custodiando al infeliz Rodríguez: éstos invitaban a Carrera a que fuera a establecer sus cuarteles en San Juan, i le ofrecian cuanto necesitase para atravesar la cordillera.

El tercero era de Ramírez, el gobernador de Entre Rios, el cual rogaba a su aliado el jeneral chileno que volase con prontitud en su ayuda: el terrible Artígas le habia declarado las hostilidades, i amenazaba invadir la provincia.

Por fin, el cuarto iba con pliegos del coronel don Manuel Dorrego, en los cuales describia la triste situación de Buenos Aires, i solicitaba el amparo de Carrera. Sarratea habia sido derribado; i después de trastornos, que no tengo para que referir, se habia apoderado del mando don Miguel Estanislao Soler: era la tiranía de éste último la que ponderaba Dorrego.

Don José Miguel examinó con detención todas estas noticias, i se puso a meditar sobre la determinación que tomaria. El invierno le impedia pasar desde luego a Chile. Su presencia en San Juan no era necesaria. La guerra entre Artígas i

Ramírez debia ser larga, i siempre habria sobrado tiempo para entrometerse en ella. Lo que sí importaba arreglar pronto, era el gobierno de Buenos Aires.

Esta série de reflexiones bastó a don José Miguel para resolverse por el último partido. Sin tardanza, ordenó a su jente que se alistara para la marcha, i persuadió al gobernador de Santa Fe, López, a que le acompañara con cuatrocientos jinetes.

Entre todos los espedicionarios, componian mil hombres. Soler mandaba un ejército de cerca de cinco mil. Pero eso no acobardaba a los montoneros de López i Carrera, quienes sabian por esperiencia que la desproporción numérica no era en aquella multitud indisciplinada un obstáculo para la victoria.

El 28 de junio de 1820, los dos bandos opuestos se encontraron en la cañada de la Cruz, i los defensores de Buenos Aires sufrieron una completa i vergonzosa derrota, perdiendo setecientos ochenta individuos entre muertos i prisioneros, cinco piezas de artillería i dos banderas.

Un paso en falso, una torpeza política neutralizó para Carrera las ventajas de esta espléndida victoria. Se le antojó proclamar gobernador de Buenos Aires a su amigo don Carlos María Alvear. Era éste uno de los jefes mas impopulares, mas mal queridos de la República Arjentina. No

gozaba siquiera de las simpatías de los mismos carrerinos, de los que debian sostenerle. La elección de este gobernante causó la ruina del jeneral chileno.

El desastre esperimentado en la cañada de la Cruz habia aterrado a los habitantes de la capital; no pensaban sino en obtener las buenas gracias del vencedor, i habian comisionado ya cerca de él diputados que ajustasen las condiciones de su rendición; pero cuando supieron que Alvear era el designado para gobernarlos, cuando tuvieron noticia de la soberbia insoportable que el solo título habia infundido a aquel gobernante, todavía sin súbditos, sintieron reanimarse su valor, i resolvieron sepultarse bajo los escombros de la ciudad, antes que someterse a semejante dominación.

Carrera, para doblegar aquella rebeldía, rodeó con sus tropas a Buenos Aires. Por diez i nueve dias, la estrechó con un sitio rigoroso; pero al cabo de ese tiempo, emprendió la retirada para Santa Fe, conociendo la imposibilidad de lograr su intento con la jente de que disponia, i en la estación en que se hallaba.

VIII.

El coronel Dorrego, que habia sucedido a Soler en el gobierno, se aprovechó de este descanso, pa-

ra formar en unión de La Madrid i don Martín Rodríguez una división de tres mil hombres.

En estas campañas irregulares, los ejércitos se levantan en dias, i se disipan en horas.

Los carrerinos supieron, durante la marcha, que el gobernador de Buenos Aires los seguia con sus tropas a la distancia respetuosa de treinta leguas. Se burlaron de tanta prudencia, i despreciaron hasta tal punto a los porteños, que se desdeñaron de poner en práctica las precauciones de uso.

Siguieron caminando como quien va de paseo, e indagando apenas lo que hacía ese enemigo que venía a retaguardia. Bien pronto tuvieron por qué arrepentirse.

A fines de julio, una parte de los soldados chilenos estaba acampada en San Nicolás con sus jefes, Carrera i Benavente. López, con su división, se hallaba siete leguas mas al norte de la provincia de Santa Fe. Otros cuerpos i destacamentos estaban situados en parajes diferentes.

El 31 de julio, al anochecer, el gobernador López tuvo noticias de que Dorrego pensaba sorprender a los chilenos en San Nicolás. Procuró informar al punto a don José Miguel de tan importante descubrimiento.

Alvear, que estaba presente, no quiso consentir que se despachara un mensajero con el aviso, i se encargó de llevarlo en persona.

Efectivamente, partió con todas las muestras de

una estremada dilijencia; pero durante el tránsito, se detuvo en una quinta, i pasó toda la noche entregado a las dulzuras del sueño.

Mientras esto sucedia en el campamento de López, llegaban al de Carrera enviados de Dorrego con proposiciones de paz. Era este un ardid del jeneral porteño para infundir mayor confianza a sus descuidados adversarios.

El 1.° de agosto, a la madrugada, don José Miguel salió con los parlamentarios para ir a convenir con López en las bases de las estipulaciones.

Apenas partidos, cayeron sobre los chilenos los tres mil soldados de Dorrego. La sorpresa fué completa, i por consiguiente, la confusión cual era de aguardarse.

Don José María Benavente, que, en la ausencia del jeneral en jefe, habia quedado con el mando, puede decirse que no contaba para resistir sino con doscientos cincuenta jinetes. Le bastó, sin embargo, ese puñado de hombres para sostener desde la salida del sol hasta el medio, dia un combate encarnizado contra un número tan superior de enemigos.

A esa hora, pudo ponerse en salvo con solo ciento treinta de sus bravos compañeros; los demás habian perecido.

Los porteños se apoderaron de todos los bagajes i municiones, i obtuvieron un triunfo verdadero, aunque nada glorioso.

López, irritado con el revés sufrido, aseguró la persona de Alvear, cuyo proceder se prestaba a interpretaciones poco favorables; i pretendió fusilarle junto con los parlamentarios de Dorrego. Carrera le contuvo, proporcionó un bote a Alvear para que huyera a Montevideo, i se despidió de este su viejo amigo, asegurándole que no le creia un traidor, pero que jamás volveria a militar con él bajo las mismas banderas. Así se separó de un hombre que, en dos ocasiones, le habia sido tan funesto.

El desastre de San Nicolás no vino solo.

A los doce dias, los montoneros federales esperimentaron una nueva derrota en el arroyo de Pavón. Dorrego, a la cabeza de dos mil seis cientos porteños, destrozó a trescientos enemigos, entre los cuales se comprendian los ciento treinta chilenos de Benavente.

Carrera i López se retiraron a la provincia de Santa Fe, allí reunieron los restos de su división, hicieron levas, llamaron en su socorro algunos indios; i en pocos dias, levantaron un cuerpo como de mil hombres. Con estos elementos, volvieron a invadir la provincia de Buenos Aires.

Una escaramuza feliz en San Lorenzo, i la toma del pueblo de Pergamino, que guarnecian tres cientos cincuenta enemigos, les hicieron pronosticar buenos resultados en la nueva campaña.

El 1.° de setiembre de 1820, se avistaron en el

Gamonal con las fuerzas de Dorrego. En esta ocasión, el número era igual por ambas partes. La deserción habia disminuido notablemente el ejército de Buenos Aires. Luego que vinieron a las manos, la victoria se declaró por los federales, i Dorrego escapó con dificultad, dejando en el campo muchos muertos i prisioneros.

Los habitantes de la capital le recibieron con un descontento manifiesto. La derrota que acababa de sufrir importaba el acto de su destitución. Así sucedió que, el 27 de setiembre, se nombró para que le remplazase al brigadier don Martín Rodríguez.

Entretanto, Carrera se esforzaba por persuadir a López que se aprovechase del triunfo marchando sobre Buenos Aires, i haciendo elejir en esta ciudad gobernantes que le fuesen adictos.

El gobernador de Santa Fe rehusaba con terquedad aceptar ninguna de las indicaciones que le hacía; estaba envidioso de la superioridad de don José Miguel, i habia comenzado a prestar oídos a las propuestas que le dirijian los ajentes de Rodríguez para que separase su causa de la del proscrito chileno. En aquel momento, no pensaba en abatir a la capital, sino en vender a su compañero.

La situación de Carrera llegaba a ser mui crítica. Solo disponia de ciento cincuenta chilenos. La guerra impedia a su aliado Ramírez moverse

de Entre-Rios, i le ponia en el caso de solicitar ausilio mas bien que de darlo. Mientras López se preparaba a traicionar a su amigo, Bustos, el gobernador que Carrera habia colocado en Córdoba, le traicionaba abiertamente, i se pasaba a los contrarios. Mendizábal i los *Cazadores de Los Andes*, eran deshechos en San Juan, al mismo tiempo que don Martín Rodríguez organizaba en Buenos Aires, con la mayor actividad i a toda prisa, un ejército respetable.

Parecia que Carrera no podia evitar su ruina.

En este apuro, encuentra repentinamente ausiliares donde menos lo esperaba. La fama de sus hazañas habia llegado hasta los indios de la pampa. Un veterano chileno de Carrera, que, por inclinaciones salvajes, habia abandonado la vida civilizada para irse a habitar con los bárbaros, i que se habia conquistado grande influencia entre ellos, fomentó el entusiasmo que don José Miguel les inspiraba. De todo esto resultó, que los caciques enviasen al jeneral chileno diputados para ofrecerle el apoyo de sus lanzas.

Carrera escuchó desde luego tal mensaje con asombro i desconfianza: ¿no sería aquello una red de sus adversarios? Pero después, instruido de lo que habia de cierto, aceptó la oferta, i se fué con su diminuta división a buscar en la pampa un asilo contra el furor de sus enemigos. En aquellas circunstancias, según la espresión de un

poeta, no le quedaba mas recurso, que su espada i el desierto.

IX.

Los indios vinieron a encontrarle para conducirle a sus tolderías; pero antes de alejarse de la frontera, sin que Carrera pudiera evitarlo a pesar de sus esfuerzos, asaltaron, en los últimos dias de noviembre de 1820, la población del Salto; i según su costumbre, cometieron en ella atrocidades sin cuento. Saquearon las casas, robaron las mujeres, i no respetaron ni los templos.

Los adversarios de don José Miguel se aprovecharon de este suceso lamentable para atizar la odiosidad pública contra un caudillo a quien detestaban. Como no podia menos de suceder, lograron completamente sus deseos. La irritación que produjeron en Buenos Aires las horrorosas escenas ejecutadas por los bárbaros en el Salto, facilitó el equipo de un numeroso ejército, con el cual don Martín Rodríguez partió en persecución de los montoneros. Sin embargo, no los siguió sino a larga distancia; i teniendo miedo de comprometerse mui adentro en la pampa, al fin abandonó el intento de alcanzarlos.

Carrera i los suyos continuaron su viaje en entera seguridad.

A los treinta i dos dias, llegaron a las tolderías

de los indios. Allí descansaron de sus fatigas, i vivieron algún tiempo.

Durante su permanencia en aquellos agrestes lugares, don José Miguel adquirió en breve sobre los salvajes ese predominio que, en otras épocas de su existencia, habia alcanzado sobre la jente civilizada.

Habia en ese hombre algo del Alcibíades griego. Poseia la flexibilidad de maneras de ese héroe ateniense que, en Esparta, ejemplarizaba con su sobriedad a los discípulos de Licurgo; que, en Jonia, era el mas voluptuoso; que, en Tracia, pasaba por el mejor jinete i el mayor bebedor; i que, en Persia, asustaba con su lujo a los sátrapas del gran rei.

Carrera también habia sido en España un oficial bravo i alegre; en Chile, un revolucionario hábil i audaz; en Estados Unidos, un proscrito circunspecto i emprendedor; en Montevideo, escritor i diarista; entre los montoneros de Entre-Rios i Santa Fe, incansable batallador; en la pampa, un gaucho eximio en el manejo del caballo i de la lanza.

Aprendió a hablar el idioma de los indios como el mas elocuente cacique, i les imitó hasta la perfección sus costumbres, como si se hubiera educado entre ellos. Los indios no le ocultaban su admiración, i no le nombraban de otro modo que *Pichi Rei* o *Reyecito*.

Carrera no permaneció por largo tiempo aislado en las tolderías. La ociosidad desmoralizó su tropa, que (advertiré de paso) no recibia ninguna paga, i desarrolló entre los soldados tendencias sediciosas.

El jeneral chileno estimó que aquel terrible mal no tenia mas remedio, que volver otra vez a los combates, i determinó ir sin tardanza a tentar en Chile la fortuna. Se despidió de los caciques sus amigos, i se encaminó a la cordillera de los Andes con un cuerpo de ciento cuarenta chilenos i cuarenta indios que le servian de baqueanos.

A poco andar, se perdió en la inmensidad de la pampa. Ni los indios, ni mucho ménos él, sabian absolutamente donde estaban.

Treinta i tres dias, permanecieron en aquella crüel situación, alimentándose con carne de caballo, i bebiendo agua salobre, que ni aun así encontraban siempre.

Al cabo, fueron a salir a la frontera de Córdoba.

En este punto, supieron que las provincias limítrofes de la cordillera estaban preparadas para cerrarles el paso. O'Higgins habia repartido entre ellas armas i dinero en abundancia, i les habia hecho además magníficos promesas para que detuvieran a su temido i odiado rival. Si los carrerinos querian llegar hasta Chile, tenian, pues, que abrirse paso por entre varios ejércitos. Esta con-

sideración no les acobardó, i continuaron su peligroso viaje.

En Chaján, encontraron una división de cordobeses, i la desbarataron. En el llano del Pulgar, márjenes del Rio Quinto, vinieron a las manos con otra perteneciente a la provincia de San Luis; i después de una pelea sangrienta, la aniquilaron casi del todo.

Después de estas ventajas, todavía les quedaba que combatir para conquistarse el permiso de trepar por los Andes; pero el recuerdo de sus recientes triunfos i la esperanza de otros nuevos, debian animarlos. Sin embargo, desistieron de su primera resolución, i volvieron atras.

X.

Voi a esplicar los motivos de esta variación, que quizá parecerá estraña.

Don Miguel Zañartu habia vuelto a la capital del Plata, i trabajaba con tesón en la ruina de Carrera. El estudio de los hechos le habia dado a conocer que una de las principales causas de la impunidad que conseguia don José Miguel, era la desunión de las provincias. En efecto, las fuerzas de cada una de ellas no le perseguian sino mientras él recorria sus respectivos territorios; pero una vez que se retiraba al de otra, abandonaban el cuidado de rechazarle a quien correspondiese.

No habia unión en el ataque, i era eso lo que salvaba al caudillo chileno.

Zañartu se empeñó en que los gobernadores ajustasen entre sí una especie de alianza ofensiva i defensiva para ausiliarse mutuamente contra las correrías de los montoneros; i cuando lo hubo obtenido a costa de mil dificultades, respiró, porque creyó segura la pérdida de Carrera.

Luego que hubo allanado este primer obstáculo, se puso a trabajar para que la destrucción de su enemigo fuera pronta. Hé aquí los medios que empleó para lograrlo. Persuadió a don Martín Rodríguez que lo que convenia para libertar de aquella guerra desastrosa a la República Arjentina era obligar a don José Miguel a que no retardase su entrada a Chile. En este país, estaban tomadas todas las medidas necesarias para castigarle luego que se presentase. De esta manera, conseguia Zañartu que Rodríguez se esforzase en acosar á Carrera, i en perseguirle de cerca.

Al mismo tiempo, dirijia comunicaciones en igual sentido a los demás gobernadores con el objeto de que cayesen en manos de don José Miguel, i le retrajesen de atravesar la cordillera con la amenaza de los grandes preparativos que se habian hecho en Chile para recibirle. Presumia que esta noticia le haria volver atrás, i estrellarse con sus perseguidores. La destrucción de don José Miguel sería así pronta, i se verificaria en la Rerública Ar-

jentina, i no en Chile, donde siempre ofreceria algunas dificultades.

Las previsiones de Zañartu se realizaron en gran parte. Los montoneros interceptaron uno de aquellos oficios; i habiéndose impuesto de su contenido, no estimaron suficientes para penetrar en su patria las fuerzas con que contaban; i pidieron a su jefe Carrera que tratara de engrosar su número, antes de continuar ellos la marcha.

Coincidió con este incidente el envío de un mensaje de Ramírez, por el cual anunciaba que iba a hacer una espedición contra Buenos Aires, i ofrecia a don José Miguel para después de la victoria un refuerzo considerable, caso que se volviese a ausiliarle con sus chilenos en la invasión proyectada.

Lo dicho esplica la determinación de retroceder que tomaron los montoneros después de la acción del Pulgar.

IX.

Cuando Carrera contramarchó hacia la provincia de Buenos Aires, la tropa de Ramírez no habia pasado todavía el Paraná. Para aguardar a que llegase, don José Miguel se puso a recorrer el territorio de Córdoba.

Nadie le opuso resistencia. El gobernador Bustos se retiró con su jente a un punto fortificado

en las inmediaciones del Rio Tercero; i de allí, no se movió. Todas las poblaciones de la provincia se entregaron sucesivamente a Carrera a medida que se fué presentando en ellas. Solo Córdoba le cerró sus puertas, i prefirió soportar un sitio antes que abrírselas.

En esta espedición, se unió al jeneral chileno con ochocientos milicianos el coronel don Felipe Alvarez, hombre mui influente en la provincia, que en adelante no debia abandonarle nunca, que debia acompañarle hasta el cadalso.

Carrera esperaba que su aliado Ramírez viniera a reunírsele al frente de un ejército de cuatro mil soldados; pero de repente supo que aquel caudillo acababa de sufrir una espantosa derrota, i que de todas sus lejiones apenas le restaban cuatro cientos hombres.

Las peripecias como éstas no eran asombrosas en aquellas montoneras mas bien que campañas. Nadie se asustaba por esas alternativas de desgracia o felicidad; don José Miguel, menos que cualquiera otro; sabía que eran cosa corriente en aquella especie de guerra. Así, sin desanimarse lo menor por tal revés, incorporó sus fuerzas con las reliquias que quedaban al gobernador de Entre-Rios, i los dos se encaminaron contra Bustos.

Al aproximarse sus enemigos, abandonó éste la posición donde se habia mantenido encerrado; i siendo perseguido de cerca por éllos, fué a para-

petarse en la Cruz Alta, villa de la frontera, que estaba fortificada para rechazar los ataques de los indios.

En este paraje, una torpeza de Ramírez hizo soportar un gran descalabro a los carrerinos, que fueron rechazados con pérdida, i forzados a replegarse.

Por este motivo, Ramírez i Carrera se disgustaron; i aunque no quebraron del todo, sin embargo, convinieron en volver a separar sus fuerzas, i en obrar con entera independencia uno de otro. Marchando hacia lados diferentes, se proponian además dividir la atención de sus contrarios, i escapar mas facilmente de la persecución.

Ramírez se dirijió hacia el norte para Santiago del Estero; i Carrera, al occidente para San Luís: queria acercarse otra vez a los Andes, la única barrera que le apartaba de esta patria a donde tan ardientemente deseaba regresar.

En las inmediaciones de la villa de Concepción, vecina al Rio Cuarto, encontró un cuerpo de tropas mendocinas; i aunque les era mui inferior en número, señaló con una nueva victoria todavía su peregrinación por la República Arjentina.

Esta facilidad para triunfar, a pesar de la escasez de recursos, dió a Carrera, entre los campesinos, la fama de hechicero. Aquellas pobres jentes no podian esplicarse tan constante i buena fortuna en la guerra, sino atribuyéndola a causas so-

brenaturales. Referian mil patrañas a este respecto. Contaban, entre otras cosas, que habia quien hubiera visto a Carrera, durante un combate, sacar del bolsillo un papel blanco, arrojarlo al viento, i hacer brotar de la tierra por la virtud de tal conjuro, lejiones de soldados cuyo empuje nadie era capaz de resistir. Una reputación como esta no dejaba de aprovecharle, i apartaba de su camino mas de un enemigo.

XII.

Don José Miguel, continuando su marcha, se apoderó sin resistencia de la ciudad de San Luís. Después de algunos dias de mansión en este punto, determinó trasladarse a San Juan para organizar un ejército, i emprender el pasaje de la cordillera en el próximo verano.

Con este objeto, puso en movimiento su división el 21 de agosto de 1821.

Don José Miguel era poco conocedor de aquella comarca, i se vió obligado a confiarse de guias que no tuvieron ningún escrúpulo en traicionarle. Comenzaron a conducirle por sendas solitarias i fragosas, donde faltaba el alimento para los hombres, el pasto para los animales, el agua para unos i otros.

La tropa habia salido de San Luis mal montada. Las correrías anteriores habian aniquilado los

caballos, i no habia habido oportunidad de remplazarlos. La áspera marcha de San Luis a San Juan acabó de poner inservibles aquellas bestias estenuadas.

Muchos de los soldados abandonaban sus cabalgaduras, a las cuales el cansancio impedia andar, i preferian continuar la ruta a pié, i tirándolas de la rienda. Otros, se veian forzados a cambiarlas por mulas enflaquecidas, que habrian podido suplir para un viaje, pero no para un combate.

Esta escasez de elementos tan precisos desconsolaba a los soldados, arrebatándoles todas las ilusiones. Así, marchaban desanimados, sin confianza en el porvenir, sin esa conciencia de sus fuerzas, condición de la victoria.

Carrera participaba de la misma inquietud, sentia el mismo descaecimiento. Nadie sabía mejor que él cuánto importaba la caballería en una guerra de esta especie, donde los encuentros eran por lo jeneral embestidas de jinetes.

Su situación se empeoraba a cada jornada. La fragosidad del camino disminuia por dias el poco vigor que restaba a los caballos fatigados por el duro servicio que se les imponia.

Sin embargo, no habia mas arbitrio que continuar adelante, i seguir superando con un trabajo indecible las dificultades del terreno. No podian retroceder de ningún modo. Poco después de la partida de los montoneros, los mendocinos habian

recobrado a San Luis. Los secuaces de don José Miguel no tenian ya a su retaguardia ningún asilo; i aun cuando hubieran conservado esa ciudad, ¿de qué les habria servido? Habian estado ya en San Luis, i la estenuación de la provincia no les habia absolutamente permitido proveerse de caballerías.

No les restaba otra esperanza, que la de proporcionarse en San Juan los caballos que necesitaban. Eso era lo único que podia salvarlos; mas para que así fuese, era preciso evitar hasta entonces el encuentro del enemigo. En la triste situación en que se hallaban, un combate era para ellos la derrota, la destrucción.

Convencido de esta verdad, don José Miguel ponia en juego todos los recursos de su injenio para ocultar su dirección a sus contrarios, i diferir toda pelea; ignoraba que sus propios conductores servian de espías a los mendocinos, i los mantenian al corriente de cuantos pasos daba la división.

XIII.

El 31 de agosto de 1821, se hallaba Carrera con sus compañeros en la Punta del Médano, lugar inmediato a la ciudad de San Juan. Pensaba con fundamento que aquel dia adquiriria los caballos necesarios para montar a sus soldados; i con este fin, desde el alba, se habia puesto en movimiento.

De repente divisó formado en batalla el ejército de Mendoza, que mandaba el coronel don José Albino Gutiérrez.

Esta fuerza alcanzaria como a ochocientos soldados. Don José Miguel apénas contaba con quinientos; i de esos, a lo sumo doscientos cabalgaban sobre caballos debilitados; los demás estaban a pié, o iban sobre mulas. Sin embargo, era indispensable venir a las manos, pues no habia remedio: o combatian, o se entregaban. Era imposible aplazar la acción.

El jeneral dió orden a Benavente de que se pusiera a la cabeza de los jinetes disponibles que tenian, i de que cargara con ellos.

El coronel Benavente obedeció.

El terreno era arenoso i movedizo; los caballos se enterraban en aquella tierra suelta, i esperimentaban la mayor dificultad para moverse; un polvo sutil i delgado quitaba la vista a los soldados, que los dirijian al galope contra el enemigo. Estos embarazos acabaron de rendir a aquellos hombres i a aquellos animales agotados de hambre i de fatiga. No obstante, continuaron a fuerza de espuela su camino.

Los mendocinos habian abierto delante de su línea una profunda zanja; la naturaleza del suelo les habia hecho aquella operación fácil i poco larga.

Los jinetes de Benavente se encontraron dete-

nidos en su carga por este obstáculo, i se desordenaron. Los que intentaron hacer saltar a sus macilentas cabalgaduras por sobre la zanja, cayeron rodando dentro de ella, i perecieron. Los demás no soportaron el tiroteo sostenido de los contrarios, i volvieron caras.

Diversas ocasiones, se rehicieron, i tornaron al combate; mas otras tantas, fueron de nuevo rechazados. Con esto, a despecho de las exhortaciones de sus jefes, los carrerinos quedaron completamente desalentados.

Estaban precisamente en ese momento de indecisión que precede a una derrota, cuando distinguieron a lo léjos una gran polvareda. No tardaron en averiguar que era levantada por las tropas de San Juan que venian en ayuda de las de Mendoza. Esta incidencia concluyó la función, i determinó la fuga de los montoneros.

Carrera, Benavente i el coronel cordobés don Felipe Alvarez emprendieron la retirada a la cabeza de ciento cincuenta soldados, último resto de la división. La caballería de Gutiérrez los persiguió por un largo trecho; pero al fin lograron tomar la delantera, i la dejaron atrás unas cuantas leguas.

XIV.

Aquel grupo de fujitivos continuó la marcha con toda lijereza; pero la velocidad con que cami-

naban no impidió que se tramase entre ellos, i se ejecutase en pocas horas una negra traición. La desgracia es a veces una mala consejera para los hombres, i suele despertar las pasiones depravadas que se ocultan en las almas.

Los compañeros de don José Miguel, considerando desesperada la causa de su jefe, comenzaron a concebir el designio de comprar su propia impunidad a precio de la entrega de aquel a quien hasta entonces habian servido, a quien hasta entonces habian respetado.

Cuatro oficiales, cuyos nombres i apellidos eran don Rosauro Fuentes, don José María Moya, don José Manuel Arias, i un tal Inchaurte, fueron los promotores de esa infamia. Dijeron a los soldados que Carrera únicamente trataba de escaparse para algún país estranjero, con sus principales amigos; i que a ellos, los abandonaria a la venganza del gobierno. Era preciso prevenir ese golpe, asegurar las personas del jeneral i de los oficiales, i rescatar su libertad a costa de la de éstos.

Los planes de aquellos malvados fueron aceptados; i tanto ellos, como sus cómplices, resolvieron ponerlos en planta sin demora.

Toda esta maquinación se habia fraguado trasmitiéndose las palabras por lo bajo de línea en línea, i sin que la columna hubiera hecho alto un solo momento.

La noche estaba oscura, i serian como las dos de la mañana.

Improvisamente interrumpió el silencio la voz de *alto!* pronunciada con violencia.

Los que no estaban en la trama, pensando que el enemigo los habia cortado, iban a prepararse para la defensa, cuando se sintieron sujetados por los mismos que marchaban a su lado.

Este pensamiento fué también el que ocurrió a don José Miguel, i alcanzó a esclamar:—*¡A mí, mis chilenos!* A este grito, se vió rodeado por varios individuos, entre los cuales se distinguian Inchaurte i Moya, quienes respondieron a su petición de ausilio:—*Está Usted preso, entregue las armas.*

Carrera, forcejando, logró libertarse de aquellos que pretendian asegurarle, i contestó con dos pistoletazos a sus intimaciones; pero habiendo errado la puntería de ambos, quedó desarmado a merced de los traidores.

El teniente irlandés Doolet, que trató de defender a su jeneral, recibió una grave herida.

Todos los oficiales quedaron prisioneros de sus propios soldados, menos el coronel Benavente, que consiguió fugarse.

Sin tardanza, los jefes del movimiento despacharon dos mensajeros el uno a Mendoza, i el otro al campamento de don Albino Gutiérrez, para noticiar a uno i otro punto lo que habia sucedido.

Luego que tomaron esa providencia, se pusieron en marcha para la ciudad. Conducian consigo a don José Miguel amarrado de piés i manos, como si fuera un facineroso. Le habian intimado so pena de la vida que no dirijiera una sola palabra a los soldados. Los jefes del motín temblaban de que recobrase sobre la tropa ese predominio que la reciente catástrofe no habia hecho sino adormecer.

En el primer alto que hizo la columna, Moya se manifestó pesaroso de su conducta; i a fin de reparar en parte el mal a que habia contribuido, obtuvo de sus cómplices permiso para escribir en nombre de los cuatro una carta a don Tomás Godoi Cruz, gobernador de Mendoza, intercediendo por la vida de los oficiales que conducian prisioneros.

Un jinete se adelantó para ser conductor de aquel escrito cuyo contenido misericordioso habia sido inspirado por el remordimiento. Antes de que entrasen a la población, regresó el enviado con respuesta, en la cual Godoi prometia el perdón que se le habia pedido.

XV.

Los montoneros llegaron a Mendoza la noche del 1.° de setiembre. Los oficiales fueron encerrados en el cuartel de Santo Domingo; Carrera i el coronel Alvarez, en un calabozo de la cárcel.

Estos últimos encontraron en su triste alojamiento a su amigo don José María Benavente, a quien una pesada barra de grillos impedia moverse.

Los tres prisioneros principiaron por contarse sus aventuras desde que se habian separado. Sabemos ya lo que habia ocurrido a Alvarez i Carrera. En cuanto a Benavente, poco después de su fuga, se le habia cansado el caballo, i se habia visto forzado a quedarse agotado de fatiga en medio del camino. Allí le habia sorprendido un destacamento, i le habia conducido a Mendoza. Habia entrado de dia a la ciudad; la plebe se habia agolpado a su pasaje, i le habia insultado; una mujer le habia dado un bofetón en el rostro, un hombre le habia arrebatado el sombrero, el capitán que le custodiaba le habia quitado el reloj.

Aquellos tres valientes sospechaban demasiado bien la suerte que debia estarles reservada; sin embargo, pasaron una noche, que quizá era para ellos la última, conversando tranquilamente, como lo habian hecho en otras ocasiones al rededor de una fogata la víspera de una batalla.

XVI.

Al dia siguiente, hizo su entrada triunfante en la ciudad el vencedor de la Punta del Médano, don José Albino Gutiérrez. Acampó su tropa en la

plaza principal; i con el tono de quien todo lo puede, exijió la muerte de Carrera, Alvarez i Benavente.

El 2 de setiembre, a las once de la noche, los prisioneros fueron sacados de su calabozo, i llevados a una pieza donde los esperaba el mayor Cavero, que desempeñaba las funciones de fiscal, el teniente Chenado i el mayor de plaza Corvalán. Cavero les notificó que nombrasen defensores.

Don José Miguel, tomando la palabra por sí i sus compañeros, contestó que mal podian proceder a tal nombramiento cuando no sabian de qué se les acusaba, cuando ignoraban los cargos a que deberian responder; que si el ánimo de los gobernantes era fusilarlos, debian dejarse de ceremonias inútiles, i condenarlos al suplicio por un simple decreto.

El fiscal, todo cortado, no supo qué replicar, i se limitó a decir que—*era preciso cumplir la orden que se le habia dado.*

Los prisioneros convinieron al fin en designar por defensores a tres oficiales del país, que sus propios interrogantes les señalaron. Ninguno de los tres elejidos admitió la comisión.

Los reos volvieron a ser encerrados en el calabozo, donde permanecieron sin ninguna novedad, i sin que se les hiciera saber ninguna otra tramitación de su juicio, hasta las ocho de la noche del dia 3.

A esa hora, los sacaron de nuevo, i les leyeron una especie de sentencia, concebida del modo siguiente: «Vistos, conformándome con el parecer del consejo de guerra, serán pasados por las armas en el perentorio término de diez i seis horas el brigadier don José Miguel Carrera, el coronel don José María Benavente i el de igual clase don Felipe Alvarez.—Mendoza, etc.—*Godoi Cruz.*»

Los tres escucharon sin inmutarse la lectura de esa pieza fatal. Desde que habian sido presos, aguardaban este resultado, i no les asombraba lo menor.

Don José Miguel pidió que le permitiesen hablar con el presbítero don José Peña, confesor de su suegra, i despedirse de esta misma señora, que a la sazón estaba confinada en Mendoza. El fiscal le contestó—*que veria.*

XVII.

Los tres condenados regresaron a su prisión, en la cual se les dejó solos e incomunicados hasta las seis i media de la mañana del dia 4 de setiembre.

Entonces entró a visitarlos don Juan José Benavente, hermano de don José María, que ejercia el comercio en la ciudad de Mendoza. Venía a decirles que no conservasen la mas remota esperanza de la vida.

Les contó que habia ido en compañía de mu-

chos ciudadanos respetables a pedir al gobernador intendente la gracia de su hermano el coronel. Godoi Cruz se habia ablandado con sus súplicas; pero les habia manifestado que no podia hacer nada sin la aprobación de don José Albino Gutiérrez. Los solicitantes, sin pérdida de tiempo, habian pasado con el mismo aparato a la presencia del jefe victorioso; mas Gutiérrez, dándose aires de conquistador, habia rechazado todos los ruegos, i permanecido inexorable. La sentencia iba a ejecutarse sin remedio.

Carrera volvió a instar porque se le permitiera una conferencia con su suegra i el presbítero Peña; tenia asuntos de familia que comunicarles. Le respondieron que las dos personas de que hablaba estaban enfermas, i no podian acudir a aquel llamado.

Don José Miguel hizo entonces que le trajeran papel i tinta, i se puso a escribir la siguiente carta a su esposa doña Mercedes Fontecilla:

«*Sótano de Mendoza, setiembre* 4 *de* 1821.

(9 de la mañana).

«Mi adorada, pero mui desgraciada Mercedes,

»Un accidente inesperado i un conjunto de desgraciadas circunstancias me han traído a esta situación triste. Ten resignación para escuchar que moriré hoi a las once. Sí, mi querida, moriré con

el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos, en país estraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. ¡Mas puede la Providencia, que los hombres!»

Llegaba a este punto de la última despedida que habia de dirijir a su mujer, cuando se introdujo un oficial para auncíar a los reos que probablemente no serian ajusticiados; tenia datos para creer que iba a revocarse la orden de matarlos.

Don José Miguel, tan pronto como hubo escuchado la plausible nueva, como si se hubiera propuesto tener a su esposa al corriente de todas las impresiones que iba recibiendo, continuó así la carta interrumpida:

«No sé por qué causa se me aparece como un ánjel tutelar el oficial don...... Olazábal con la noticia de que somos indultados, i vamos a salir en libertad con mi buen amigo Benavente i el viejito Alvarez que nos acompaña.»

Entretanto, Olazábal se retiró prometiendo tornar pronto con la confirmación de lo que les habia asegurado.

Trascurrió en seguida como un cuarto de hora.

Los prisioneros estaban ajitados por la ansiedad; no sabian si aquel sería o nó su último dia.

Al fin de ese tiempo, el carcelero se presentó en la puerta del calabozo, i llamó a Carrera en nombre del mayor de plaza.

Don José Miguel entendió lo que aquello sig-

nificaba, i pidió que le concedieran unos cuantos minutos antes de partir. Tomando entonces un lápiz, escribió por los dos lados de una angosta tira de papel: «Miro con indiferencia la muerte; solo la idea de separarme para siempre de mi adorada Mercedes i tiernos hijos despedaza mi corazón. Adios, adios!»

Alvarez habia salido poco antes con el objeto de prepararse para morir, por si no se realizaba la noticia de Olazábal.

Benavente fué dejado en el calabozo.

XVIII.

A la puerta de la cárcel, encontró Carrera la escolta que debia custodiarle hasta el banco, a algunos sacerdotes que le ofrecieron sus servicios, i al coronel Alvarez, que debia acompañarle en el cadalso, como le habia acompañado en la última campaña.

Los dos condenados estaban serenos, i desafiaban el odio de sus enemigos.

Un jentío inmenso habia acudido a presenciar aquel sangriento espectáculo.

Don José Miguel contempló aquella multitud de espectadores con la mayor sangre fria; pero magnifestó repugnancia de que hubieran venido mujeres a divertirse con un suplicio.—*¡Qué incivil es este pueblo!* dijo: *ya se ve, ¡educado por Luzu-*

rriaga! ¿En qué parte se ve que salgan las mujeres a presenciar este espectáculo?

Habiendo notado que un muchacho le estaba sacando la lengua, miró a aquel pilluelo maligno sonriéndose i con una alegría natural, que revelaba la mayor tranquilidad de espíritu.

Después se puso a examinar la guarnición que estaba formada i sobre las armas, e hizo al oficial que iba encargado de su custodia, varias observaciones relativas a la tropa.

En este momento, se le acercó uno de los sacerdotes diciéndole:—*que se ocupase en Dios, i no se distrajese con las cosas que le rodeaban.—A Dios,* le respondió Carrera, *le llevo, no en los labios, sino en el corazón, que es lo que vale.*

Cuando llegó al lugar del suplicio, el mismo donde habian perecido sus dos hermanos, se sentó en el banco sin ninguna apariencia de temor, pero sin afectación.

En ese instante, oyó pronunciar su nombre en alta voz; levantó la vista, i vió en un balcón unas señoras que parecian conocerle; se llevó la mano a la gorra, i las saludó con cortesía.

Uno de los relijiosos que le cercaban le indicó que perdonase a los que le habian ofendido, i pidiese él mismo perdón por su faltas. —*A mis enemigos,* dijo don José Miguel, *los perdono, si es que el olvido de sus agravios puede hacerles suspender la persecución contra mi familia.*

—*Por lo que a mí toca*, continuó, *como creo haber obrado siempre con rectitud, no solicitaré el perdón de ninguno de mis contrarios, i menos de los mendocinos, a quienes considero los mas bárbaros de todos.*

Después de esto, rogó que se entregaran a su suegra su reloj i una manta de valor que llevaba, para que ella trasmitiera estas prendas a sus hijos como un recuerdo del desgraciado a quien debian el ser.

El verdugo se aproximó para atarle los brazos. Al notar sus intenciones, don José Miguel, indignado, se puso de pié, i preguntó al oficial que mandaba la ejecución:—*¿Ha visto Usted alguna vez que un militar de honor se deje amarrar por un facineroso?*

Tampoco permitió que le vendaran los ojos.

Volvió a sentarse con gran calma sobre el banco, i colocó su mano sobre el pecho. Entonces la voz de *¡fuego!* se hizo oír, siguióse una descarga, i el jefe de los montoneros espiró en el acto. Dos balas le habian roto la frente, i otras dos, atravesándole la mano, le habian penetrado hasta el corazón.

El coronel Alvarez sucumbió poco mas o menos al mismo tiempo.

Don José Miguel Carrera perdió la existencia el 4 de setiembre de 1821, a los diez años dia por dia de haber comenzado en Chile su vida pública.

Aquel era precisamente el aniversario del primer movimiento que capitaneó contra el congreso de 1811. A las doce de la mañana de un dia que llevaba la misma fecha, se habia mostrado en la plaza de Santiago lujosamente vestido, victoreado por el pueblo i por la tropa, animado por la ambición, confiado en el porvenir, lleno de esperanzas. ¿Quién le habria dicho entonces que diez años mas tarde habia de perecer casi a la misma hora en un cadalso?

El verdugo cortó al cadáver de Carrera la cabeza i el brazo derecho, miembros que fueron clavados i espuestos a la contemplación de todos en lo alto de la casa que ocupaba el ayuntamiento. Algún tiempo después, fueron separados de aquel sitio, i enterrados en la misma tumba que guardaba los demás restos.

XIX.

Por aquellos dias, un cura de San Luís que habia conocido a don José Miguel, pero que era su enemigo, hizo una apreciación notable de las sobresalientes prendas con que le habia dotado la naturaleza, en una carta escrita para noticiar a otra persona la triste suerte que aquel habia corrido. Voi a copiar algunas de las palabras de ese adversario que, por su orijen mismo, dicen en elojio de Carrera mas que el panejírico de un amigo.

«Aunque la muerte de Carrera, escribia el dicho cura, es una felicidad, i su vida una calamidad para la patria, no he podido dejarle de sentir, porque mi razón i mi corazón tienen que luchar conmigo mismo, cuando recuerdo las aptitudes de este grande hombre, a quien traté algo de cerca.

«Su personaje físico era el mas interesante; sus ojos esprimian todas las pasiones de su alma; sus modales eran los mas arreglados i finos; su lenguaje ganaba todos los espíritus i corazones. El error i la mentira tenian en su boca todo el aspecto de la verdad i la sinceridad. No habia en él la menor pedantería; sus conversaciones las mas criminales tenian toda la decencia de la virtud; sus vicios ya no parecian feos desde que él comenzaba a hacer su apolojía. En una palabra, amigo mio, Carrera ha sido un hombre tan grande por sus talentos cual lo habian menester las necesidades de la patria; ella no producirá en mucho tiempo un jenio tan capaz como el suyo de hacer la felicidad o la desgracia pública. Creo firmemente que la Providencia se ha apiadado de nosotros, cuando le hizo perecer.»

XX.

Habiendo dado a conocer los hechos que produjeron el suplicio de Carrera, i las circunstancias

que lo acompañaron, solo me resta hablar del destino que tuvieron sus demás camaradas.

He dicho mas arriba que don José Albino Gutiérrez habia desatendido las súplicas de muchos vecinos notables de Mendoza que le pedian gracia en favor de Benavente. Tan dura repulsa no desanimó a los amigos de éste, los cuales determinaron tocar otros arbitrios para conseguir su objeto. Efectivamente, hicieron que volviera a dirijir en persona a Gutiérrez igual petición la mujer de don Juan José en unión de muchas señoras principales vestidas todas de luto. Esta vez el augusto vencedor se dejó enternecer, i concedió a las esposas e hijas lo que había negado a los maridos i padres. Merced a ese irresistible influjo, Benavente fué salvado.

Casi todos los demás oficiales de la montonera fueron remitidos a Chile; i de aquí, al Perú a disposición de San Martín.

CAPITULO XIV.

Reorganización de las bandas de Benavides en la frontera.—Ventajas que este caudillo obtiene sobre los patriotas.—Acción de Talcahuano.—Acción de la Alameda de Concepción.—Tercera insurrección de Benavides.—Acción de las vegas de Saldías.—Solicitud de Benavides para entregarse al gobierno.—Su tentativa para fugarse al Perú. —Su prisión en la costa de Topocalma.—Su ejecución.

I.

Casi simultáneamente con la insurrección trasandina de Carrera, que acabo de referir, inquietaban al gobierno de Santiago los progresos del caudillo realista Benavides en el sur de la república. La derrota de Curalí no habia agotado sus recursos, como lo habian esperado los patriotas. Después de una batalla que se habia creído decisiva en la contienda, aquel jefe de bandidos se habia levantado mas amenazante, mas formidable.

En el fondo de la Araucanía, habia encontrado nuevos elementos de resistencia; i con indios i dispersos, habia organizado nuevas bandas para renovar las hostilidades.

Los gobernadores realistas de Valdivia i de Chiloé le habian enviado ausilios de armas i de jente.

El virrei del Perú se los habia también remitido; le habia agraciado con los despachos de coronel, i le habia hecho entregar un cierto número de diplómas en blanco para que premiase a aquellos de sus subalternos que en su concepto lo mereciesen.

Este potentado, que veia con susto los preparativos que se hacian en Chile para invadir sus dominios, no hallaba otro arbitrio de estorbarlos, que atizar la guerra en nuestro suelo, i fomentar la insurrección de Benavides.

Sus cálculos le salieron erróneos; el director O'Higgins llevó adelante, como se ha visto, la espedición libertadora, no obstante las correrías cada vez mas alarmantes de los españoles en el sur del territorio; pero fué aquel un arriesgón atrevido en que casi se jugó la estabilidad de la república. Con el levantamiento de aquel ejército i escuadra, el estado quedó agotado; el erario se hallaba vacío; las tropas que restaban para guarnecer el país estaban aniquiladas.

Freire no tenia en el sur, sino el esqueleto de

una división. Los rigores de una campaña tan cruda, como era la que se hacía en la frontera, habian diezmado sus batallones, i puesto fuera de servicio a un gran número de sus soldados. No encontraba en aquellas comarcas devastadas por una larga guerra los recursos que necesitaba para reorganizarse. Tampoco conseguia que le vinieran de Santiago, por mas que lo solicitaba con instancia.

No era tal la situación de Benavides. Por las causas que he esplicado mas arriba, éste se hallaba boyante. Tenia reunido un ejército de dos mil hombres bien armados, i contaba con embarcaciones que pirateaban en las costas vecinas. Así, un jefe de bandoleros estaba mejor equipado, que el jeneral de las fuerzas chilenas.

Benavides reconoció las ventajas de su posición, i levantó el blanco de sus pretensiones. Ya no se contentó con hacer escaramuzas por las rejiones fronterizas, sino que pensó en dar batallas. En su campamento, no se hablaba sino de la toma de Santiago. Benavides mismo escribia al virrei que le mandase cortar la cabeza, si no se apoderaba de la primera ciudad del país. Aquellos montoneros, vista la debilidad del enemigo que tenian al frente, se juzgaban bastante fuertes para abrirse camino hasta la capital de la república.

II.

En setiembre de 1820, el resultado de las operaciones de Benavides comenzó a inspirar serios cuidados a los patriotas. En pocos dias, las tropas realistas ganaron tres victorias, i casi se posesionaron de todo el sur.

El 20 de ese mes, don Juan Manuel Pico, segundo de Benavides, a la cabeza de mil quinientos hombres, derrota completamente en Yumbel un escuadrón de cazadores mandados por el teniente coronel Viel. La buena fortuna de este último i la lijereza de su caballo le salvan de caer en manos del vencedor, que daba la muerte a todo oficial prisionero.

A los tres dias, el mismo Pico encuentra en el Pangal al coronel don Carlos M. O'Carrol; destroza su división; uno de los indios que siguen la montonera enlaza a este desdichado jefe mientras procura escaparse, i Pico le manda fusilar.

Tres dias después, Benavides que se ha reunido con el cuerpo de su teniente, obliga en Tarpellanca al mariscal don Andrés Alcázar a que se rinda, prometiéndole que respetará su vida i la de sus oficiales; i en seguida, con desprecio de lo pactado, ordena asesinar sin misericordia al jefe i todos sus subalternos.

Después de estos descalabros, Freire desconfia

de poder resistir en Concepción, i se retira con escasas tropas a Talcahuano.

El 2 de octubre de 1820, Benavides entra a la capital de la provincia, se establece en ella i encierra al intendente en el recinto del puerto.

Freire envía a pedir socorro con toda premura al director.

La noticia de los sucesos del sur inquieta a los santiaguinos. Nadie niega ya, en vista de lo que ha pasado, la posibilidad de que ese desertor que se ha levantado del banquillo para irse a insurreccionar, se aproxime con sus hordas hasta la ciudad donde el gobierno central ha fijado su asiento.

El director es el primero en reconocer la justicia de estos temores. Para conjurar ese riesgo inminente, da al coronel don Joaquín Prieto la comisión de trasladarse en el acto a los partidos que riega el Itata, a fin de que, reuniendo allí todas las milicias que pueda, contenga con ellas a Benavides, caso de que intente venirse sobre Santiago.

Junto con dictar esta providencia, remite por mar a Talcahuano un corto ausilio de tropas.

Freire resuelve entonces morir en el campo combatiendo i por las balas, ántes que dentro de una ciudad i por el hambre.

El 25 de noviembre, saca de la plaza sus batallones, i carga a Benavides, que le sitia. La certidumbre de que no tienen otra alternativa que la

victoria o la muerte, hace a sus soldados irresistibles. Los realistas son rechazados, i tienen que replegarse a Concepción.

Una copiosa lluvia impide a los patriotas completar inmediatamente su friunfo persiguiéndolos hasta allá; pero a los dos dias, el 27 del mismo mes, avanzaban hasta la alameda de Concepción, donde Benavides ha concentrado sus fuerzas. Aquí unos i otros renuevan la pelea, i los de Chile obtienen una segunda victoria mas decisiva, que la de Talcahuano. El valiente Freire, a fuerza de coraje, vuelve a las armas de la república el lustre que las anteriores derrotas les habian quitado.

Esta acción, como la de Curalí, parecia terminar la guerra.

Benavides fugó únicamente con veinte i cinco jinetes, llevándose consigo todas las prendas de valor que poseia, menos una que apreciaba mas que la vida, su mujer, Teresa Ferrer. Esta cayó en poder del vencedor, i quedó prisionera en Concepción.

Benavides no estaba tranquilo, mientras no la tenia a su lado. Su separación era para él el mayor de los males. Apenas estuvo en salvo, el recuerdo de su esposa no le dejó un momento de quietud. Teresa Ferrer era realmente para Benavides la mitad de su persona. A trueque de recuperarla, determinó arriesgarlo todo, aún la libertad, aún

la existencia. Sin que le contuviera el temor de ser aprehendido, regresó de incógnito a Concepción para arrebatar a su querida Teresa, i tuvo la dicha de lograrlo sin que nadie le descubriese.

III.

Luego que hubo puesto a cubierto de todo peligro el objeto de su amor, solo pensó en vengar su derrota. Pico recibió orden de asolar la frontera. Nueve pueblos fueron incendiados. Todos los fundos i chacras vecinas sufrieron igual suerte. Parecia que aquellos bárbaros querian convertir la comarca en un desierto para dejar un eterno recuerdo de su pasaje.

Benavides estaba, entretanto, casi enteramente destruido; para todos, i quizás para él mismo, su ruina era inevitable.

En esta apurada situación, la maldita captura de dos buques que cayeron en sus manos, el uno cargado de armas, vino a proporcionarle recursos para rehacerse. Mientras que él mismo reclutaba jente en la Araucanía, envió una de las naves apresadas a Chiloé en demanda de ausilios. Con los que le vinieron de la isla, i los que él se procuró en el continente, pudo formar, en la primavera de 1821, un ejército de tres mil hombres, el mas numeroso i el mas brillante de cuantos habia acaudillado.

Estaba visto: Benavides se levantaba mas terrible tras de cada derrota. Después de Curalí se habia convertido de montonero en jeneral de tropas regladas, i después de la derrota de Concepción, se hallaba a la cabeza de una división tan respetable, como nunca la habia tenido.

El pensamiento que dominaba a todos los oficiales de aquel ejército, desde el jefe hasta el último, era la toma de Santiago. Las poblaciones del sur habian sido saqueadas demasiadas veces, i estaban en estremo empobrecidas para que su ocupación halagara a los realistas. La opulenta capital de la república era la única presa digna de su codicia.

Benavides estaba disgustado consigo mismo por haberse entretenido el año anterior sitiando a Freire en Talcahuano, en vez de haber marchado directamente sobre Santiago. En esta ocasión, estaba resuelto a correjir ese error. Se encontraba decidido a caminar adelante, sin fijarse en lo que dejaba atrás. ¿Qué mella podian hacer al futuro señor de Santiago las reliquias esparcidas que quedasen a su espalda?

En el mes de setiembre de 1821, atravesó con los suyos el Biobio, para comenzar a poner en ejecución el plan que habia concebido. Marchó derecho sobre Chillán.

El intendente de la provincia, en aquellas circunstancias, se hallaba en Santiago; pero don Joa-

quín Prieto guarnecia a Chillán con la división que, por orden del director, habia en 1820 organizado en las rejiones del Itata. Se recordará que este jefe tenia por instrucciones impedir a los realistas el pasaje para Santiago. Prieto no las habia olvidado, i las cumplió al pié de la letra. Efectivamente, el 9 de octubre, salió al encuentro del enemigo, i le derrotó completamente en el sitio denominado vegas de Saldías.

Este descalabro detuvo a los conquistadores de Santiago mui lejos del término de su viaje.

Benavides i los que escaparon de la muerte o de la prisión volvieron caras, i corrieron a refujiarse en sus madrigueras de la Araucanía. El capitán don Manuel Bulnes, con un cuerpo de tropas, les siguió las huellas, i continuó hostigándolos hasta sus últimas guaridas.

IV.

Esta vez sí que la fortuna parecia haber abandonado para siempre a los montoneros realistas. El enemigo que los perseguia sin descanso, no solo era Bulnes, sino también la discordia.

Benavides tenia entre sus oficiales algunos peninsulares. Éstos habian esperimentado siempre cierta repugnancia en reconocer por caudillo a un criollo. El prestijio i los triunfos de Benavides los habian, sin embargo, forzado a la obediencia.

Pero su sumisión cesó junto con la prosperidad. La desgracia trajo, en vez de la unión que les era necesaria para defenderse, las rencillas i las competencias. Algunos de sus tenientes españoles echaron en rostro a Benavides como una traición el desastre de las vegas de Saldías, amotinaron sus bandas contra él, i comenzaron a obrar con entera independencia.

El proceder de sus subalternos exasperó a Benavides, i le puso fuera de sí. ¡Qué! ¿Habia servido con tanto tesón a la metrópoli para recibir semejante pago, para obtener por único premio la ingratitud?

La rabia i el deseo de venganza le transformaron de súbito en insurjente acalorado. Si de él hubiera dependido, en aquel momento, hubiera hecho la guerra a España con tanto encarnizamiento, como habia desplegado contra los revolucionarios.

Su posición era crítica; se veia perseguido por los destacamentos de Bulnes, i acosado por sus propios secuaces. En tal trance, dirijió a Prieto una carta i un oficio para proponerle a un mismo tiempo en ambos escritos una de dos cosas: o bien que la república admitiera sus servicios, que le serian mui provechosos para aquietar la Araucanía; o que se le permitiera retirarse tranquilamente con su familia i algunos amigos al punto que le acomodara. Al proponer este aveni-

miento, protestaba de su buena fe, i fundaba su resolución en la conducta díscola i desleal de sus subalternos españoles, i en el disgusto que le ocasionaba el que Fernando VII hubiera jurado una constitución. Benavides asentaba que se sentia dispuesto a sostener a un soberano absoluto, pero no a uno constitucional. Es casi seguro que él no entendia el significado de tales palabras; pero repetia probablemente lo que habia oído a alguno de los frailes con quienes cultivaba relaciones.

El coronel Prieto dió parte al gobierno de la solicitud de Benavides para que determinara lo conveniente.

Con fecha 20 de setiembre, el director ordenó que se le admitiera la primera de sus ofertas. Creia que la influencia de un hombre como aquel ahorraria mucha plata i mucha sangre en la pacificación de las comarcas del sur.

Pero no hubo medio de notificarle que su propuesta habia sido aceptada, i que estaba perdonado. Benavides se habia ocultado, i eran mui pocos los que sabian su paradero. Esta circunstancia le impidió acojerse a la gracia que se le concedia, i le perdió.

V.

Deseoso entretanto Benavides de salir de tan falsa posición, trató de abandonar el país, i de irse al Perú.

Habia buscado en Pilmaiquén, a orillas del rio Lebu, un asilo contra la saña de los suyos i las persecuciones de los patriotas.

Un dia del mes de enero de 1822, hizo venir a su presencia al jenovés Mateo Maineri, marino de la escuadra nacional, al cual habia hecho prisionero i obligado, según su costumbre, a tomar servicio entre los suyos; i señalándole una pequeña chalupa que tenia barada en la ribera del Lebu, le preguntó qué se necesitaria para llegar en aquella embarcación hasta el Perú.

Benavides sabía que el viaje era posible, aunque arriesgado. En otra ocasión, su segundo Pico habia emprendido por su orden uno semejante en un esquife casi tan débil como aquel, para ir a solicitar socorros del virrei.

Maineri contempló la chalupa con ojo intelijente, i replicó a su interlocutor que, haciéndole ciertas composturas, poniéndole dos boyas, i metiendo dentro cuatro hombres de mar, él se animaba a conducirla al punto designado.

Benavides mandó al jenovés que sin tardanza hiciera al bote las reparaciones necesarias, i él, por su parte, se encargó de alistar la tripulación.

En la Araucanía, no abundan los marineros. En su defecto, Benavides apalabró para que supliesen por ellos a un alférez i tres soldados.

Arreglados estos preparativos, el 21 de enero, se embarcaron en la chalupa los cuatro marineros

improvisados, Maineri, que hacía de piloto, Benavides, su mujer Teresa Ferrer, su secretario don Nicolás Artigas i un niño. Los hombres iban armados, como si fueran a un combate.

El secretario Artigas habia estado vacilando sobre si se comprometeria o nó en aquella escursión aventurada; pero Maineri le habia sacado de dudas prometiéndole que Valparaíso, i no el Perú, sería el término del viaje. Los dos se habian convenido en entregar a las autoridades chilenas la persona de Benavides para comprar a tal precio la libertad i la vida. Así, en aquella pequeña barca, donde no iban sino ocho personas i un niño, se tramaba una traición, i los mismos que por fieles habia escojido Benavides para compañeros de su infortunio, se ocupaban en maquinar la perdición de su jefe, mientras sus cuerpos se tocaban con el de éste en tan estrecho espacio.

La navegación duró diez dias. Fué este un tiempo suficiente para que las sospechas i las recriminaciones enemistaran al equipaje de la chalupa.

Notó Benavides que de noche desandaban en gran parte lo que de dia habian recorrido. Esta observación le hizo cavilar, i la suspicacia que le era característica se alarmó con ella. Reconvino a Maineri, pero éste le dió respuestas satisfactorias. Benavides aparentó calmarse; mas en su interior, quedó siempre convencido de que le traicionaban,

i tomó la resolución de volver a su proyecto primitivo de tratar con el gobierno.

VI.

Entretanto, se concluyó la provisión de agua. No podian continuar sin abastecerse de un artículo que es indispensable para vivir.

Estaban precisamente a la vista de las costas de Topocalma. Nada mas sencillo, que desembarcar, i hacer aguada; pero la prudencia aconsejaba esplorar el terreno antes de intentarlo.

Benavides ordenó a uno de los soldados que formara con dos odres vacíos una especie de balsa, i se dirijiera sobre ellos a la playa. Si alguien le preguntaba quién era, i qué jente ocupaba la chalupa, de donde salia, debia responder que pertenecia a un comerciante inglés de vinos i de choros, i que él iba por agua, la cual faltaba a sus compañeros de viaje.

El soldado prometió cumplir con sus instrucciones, i partió para su destino en la estraña embarcación.

Este hombre, como Maineri i Artigas, tenia sus pecados que hacerse perdonar. Pocos de los que habian servido bajo las banderas de Benavides eran inocentes. Buscó, pues, cómo merecer su absolución; i en vez de referir la fábula del comerciante inglés que se le habia acomodado para

el caso de una interrogación, fué de motu-propio, i sin que nadie le preguntara nada, a relatar cuanto sabía a tres hacendados de aquella vecindad.

Estos, en el acto, tomaron sus medidas para prender al famoso montonero de la frontera, e hicieron que el mensajero regresara a la chalupa, a fin de que asegurase a Benavides que no corria ningún riesgo en desembarcar.

Animado por este aviso, tomó Vicente tierra con sus demás compañeros el 2 de febrero de 1822. Estaba desasosegado; tenia como un presentimiento de lo que iba a sucederle. La primera persona que encontró en la playa fué un pescador. Benavides se le acercó, i le suplicó que corriese a casa del juez mas vecino para pedir un mozo i cabalgaduras que condujesen inmediatamente hasta Santiago a un coronel de la patria que traia consigo. Este coronel, según él, era portador de pliegos mui interesantes para el gobierno, relativos a los asuntos de Concepción.

Mientras el pescador desempeñaba su comisión, llegaron los tres hacendados de que he hablado.

Benavides les repitió el mismo pedido. Le replicaron que, hasta dentro de algunas horas, no podrian satisfacer sus deseos.

Tras de los tres hacendados, fueron acercándose sucesivamente los hombres que tenian preparados para el arresto. De repente, los fujitivos se

encontraron rodeados por un número mui superior, i Benavides conoció que estaba perdido. No le quedaba mas recurso, que la resignación. Toda resistencia habria sido insensata.

Un poco de apresuramiento en su fuga, una casualidad, una nada le habia impedido aprovecharse del perdón del director, i terminar quizá sin mas inquietud que sus remordimientos, el resto de su vida. Pero habia sucedido de otro modo, i la hora del castigo habia sonado para él.

El 23 de febrero, era sacado de la cárcel de Santiago i arrastrado en un serón para ser ahocardo en la plaza principal. Después de la ejecución, se le cortaron los miembros para que se clavasen en los parajes del sur que habian sido teatro de sus principales crímenes. El tronco fué reducido a cenizas en el llano de Portales, hoi barrio de Yungai.

Después de estas precauciones, todos quedaron bien ciertos de que el terrible Benavides no resucitaria, como en 1818.

CAPITULO XV.

Exijencia jeneral para que se organice legalmente la república.—Rivalidad de los ministros Zenteno i Rodríguez.—Trabajos del segundo en el ministerio.—Impopularidad que se habia atraído.—Arresto de Blanco Encalada.—Triunfo de Rodríguez sobre Zenteno.—Desavenencia entre el jeneral Freire i el ministro Rodríguez.—Venida de Freire a Santiago.

I.

La toma de Lima por el ejército libertador a las órdenes del jeneral San Martín, en los primeros dias de julio de 1821, habia abierto con un brillante triunfo la campaña del Perú, i reducido los realistas a un sistema puramente defensivo en su último atrincheramiento.

La ejecución en Mendoza de don José Miguel Carrera, el 4 de setiembre de 1821, habia aniquilado la facción que acaudillaba, i puesto fin a los temores de una guerra civil.

El suplicio de Vicente Benavides, el 21 de fe-

brero de 1822, habia, si no estirpado las montoneras del sur, a lo menos quitádoles todo su carácter amenazante.

La independencia del país podia ya darse por cosa asegurada. El archipiélago de Chiloé era el único punto de nuestro territorio donde se sostenian todavía los partidarios de la España, defendidos por las tempestades australes, i los escollos de una mar alborotada. Los habitantes de Chile no divisaban, como antes, el humo del campamento enemigo desde sus principales ciudades, i el cañón no resonaba sino mui lejos, al otro lado del mar.

La victoria i la paz llevaban naturalmente los espíritus al examen de la política. Las peripecias de una lucha cuyos resultados eran dudosos no distraian, como poco habia, su atención de los negocios públicos.

¿Qué se aguardaba para organizar el país? ¿Se pretendia acaso que una dictadura militar fuese su constitución permanente? Estas preguntas i otras análogas eran las que con enojo se dirijian, no solo los ciudadanos de alta categoría, sino también la mayor parte de la jente que pensaba.

La tardanza del gobierno en corresponder a aquellos votos suscitaba críticas i murmullos. La exijencia por la reunión de un congreso era un clamor jeneral. ¿Qué motivos con visos de razona-

bles podian alegar el director i sus consejeros para aplazar su convocatoria?

II.

Habia contribuido no poco a fomentar la indicada escitación en la opinión la ninguna unidad que reinaba en el ministerio mismo de O'Higgins. Formaban parte de aquel gabinete dos miembros que, en lugar de apoyarse, se miraban de mal ojo, i eran, puede decirse, los jefes de otras tantas facciones. Sus rencillas trascendian del interior del palacio a la calle, atizaban el descontento, i daban pábulo i materia a las conversaciones sobre negocios de estado.

Esos dos émulos eran don José Ignacio Zenteno, el ministro de la guerra, i don José Antonio Rodríguez, el ministro de hacienda.

El primero habia sido el compañero de O'Higgins durante todo su gobierno, su confidente i su amigo, el hombre de todas las simpatías i de toda la confianza del jeneral San Martín, el administrador laborioso i enérjico que, con escasísimos elementos, habia mantenido un ejército i organizado una escuadra. Estas calidades i estos méritos le habian dado una gran preponderancia en el gabinete i sobre el ánimo del director. Pero desde la entrada de Rodríguez, su influencia habia comenzado a debilitarse. En breve, no fué un secreto

para nadie, que Zenteno habia dejado de ser el ministro favorito. Un nuevo astro que se levantaba sobre el horizonte eclipsaba el brillo de su estrella. Rodríguez era el que dominaba sobre O'Higgins, i el que mandaba en palacio.

He mencionado en otra pájina las precauciones que hubo necesidad de tomar para protejer la elevación de este caballero al ministerio. A los pocos meses, el hombre que habia subido a ese alto empleo como a hurtadillas, bajo la protección del senado, i con el humilde título de interino, no encubria sus pretensiones de llegar a ser el ministro omnipotente, el verdadero director bajo el nombre de don Bernardo.

El 2 de noviembre de 1820, don Anselmo de la Cruz habia sido separado definitivamente, i Rodríguez le habia sucedido en propiedad. Esta determinación indicaba que se creia firme sobre su asiento, i que el antiguo realista desafiaba sin temor las antipatías de los revolucionarios exaltados.

Sin embargo, su posición era en estremo difícil. Aun sin tomar en cuenta los antecedentes políticos de su vida, que tanto le perjudicaban, la naturaleza sola del cargo que ejercia, habria asustado a cualquiera.

Rodríguez era ministro de hacienda en un estado sin tesoro i sin crédito. Los capitalistas rehusaban prestar al gobierno las cantidades mas mó-

dicas, a no ser que les fuesen garantidas por las firmas i los bienes personales de los gobernantes. ¡Tan escuetas se hallaban las cajas del erario, i tan poca confianza inspiraba el porvenir de una república recién nacida de entre trastornos i revoluciones!

A pesar de esa falta de medios, so pena de perderse, habia que sostener ejércitos i escuadra.—Sin fondos efectivos, o sin crédito que los supla, decia Rodríguez en uno de sus documentos públicos, no hai tropas ni marina; i sin éstas, no hai independencia ni gobierno.

La proposición era incontrovertible. Habia que contener al enemigo en el interior; habia que combatir contra él en el esterior; ni una ni otra cosa podia hacerse sin dinero. Pero ¿de dónde sacar fondos? ¿cómo crearse crédito?

El país estaba agotado con tantos años como llevaba de revolución. El pueblo se hallaba cansado de impuestos, i murmuraba. La sola contribución mensual ascendia a mas de cuatro cientos mil pesos anuales, desde el Maule hasta Copiapó. A los empleados de la lista civil, se les rebajaba una porción de su sueldo, i la otra porción se les pagaba mal.

Rodríguez procuró aliviar la condición de los contribuyentes, i lo consiguió. Suprimió todas las contribuciones directas i estraordinarias. Hizo que a los empleados civiles, se les satisficiesen ínte-

gra i exactamente todos sus haberes. Trabajó sin descanso i con tesón. Sus conocimientos habian sido forenses. Antes de entrar al ministerio, no sabia nada de economía política. Así estudiaba al mismo tiempo que administraba. De noche, leia a Say, Destut de Tracy o Galiani; i de dia, formulaba las ideas que habia bebido en las obras de estos autores, i que juzgaba realizables.

Antes de él, habia habido pocos ministros mas laboriosos. En algunos meses, dió una nueva planta a la contaduria mayor, a la tesorería, a la aduana de Valparaíso, a la aduana de Santiago, i dictó un gran número de ordenanzas o reglamentos fiscales.

Parece que esta actividad i este jénero de disposiciones deberian haber granjeado a Rodríguez una gran popularidad; i sin embargo, era todo lo contrario. Su presencia en el gabinete, lejos de proporcionar nuevos amigos a la administración de O'Higgins, no hizo mas que separarle muchísimos de los antiguos.

Rodríguez era mui poco estimado. Nadie le negaba su distinguida capacidad; pero casi todos atacaban su conducta.

La razón de este hecho está en el sistema que habia adoptado. Para improvisar recursos sin gravar al pueblo, habia recurrido al fatal espediente de dispensar toda especie de consideraciones, a veces ilejítimas e indebidas, a ciertos comercian-

tes o capitalistas que en cambio prestaban al gobierno en los apuros del erario una parte de sus caudales. El pueblo veia con disgusto esas negociaciones escandalosas, i ese favoritismo inmoral que permitia a unos cuantos engrosar sus bolsillos a costa de la jeneralidad por medio de monopolios o especulaciones reprensibles.

Los adversarios de Rodríguez abultaban todavia mas de lo que eran en sí estos abusos, que ante la justicia, son violaciones de la lei, i ante la política, torpezas, porque necesariamente habian de traer el descrédito de los que los toleraban o fomentaban.

Las hablillas del vulgo iban hasta suponer interesados en esas especulaciones clandestinas al ministro de hacienda, i a la hermana misma del director O'Higgins. No es menester desarrollar las consecuencias de esos rumores sobre el prestijio del gobierno. Se perciben con solo enunciarlos.

III.

He dicho que el jefe de la oposición contra Rodríguez era uno de sus mismos colegas, Zenteno. Ambos luchaban por la supremacía: el uno por conquistarla, el otro por conservarla.

Si Rodríguez contaba con el apoyo de O'Higgins, con el cariño de la familia del director, Zen-

teno contaba con sus largos servicios, con el sostén de la opinión. Los contendores tenian poco mas o menos fuerzas iguales. La lucha era dudosa en su resultado.

Un motivo de desavenencia, casi personal para el ministro de la guerra, vino a enconar la rivalidad.

Don Manuel Blanco Encalada tenia ciertas relaciones de parentesco con la esposa de Zenteno, i era además su amigo, su camarada de campamento, uno de esos marinos que la necesidad habia improvisado bajo la dirección del ministro, i cuyos despachos habian sido confirmados por la victoria. El apresador de la *María Isabel* gozaba, como era justo, de gran consideracion pública, i desempeñaba por aquella época el cargo importante de jefe interino del estado mayor jeneral, i comandante de armas de la capital.

Militar i emparentado con Zenteno, seguia la facción de su compañero de armas, i murmuraba contra Rodríguez. Éste, que lo sabía, atisbaba una ocasión para pagarle la deuda.

Blanco habia promovido con aprobación suprema una sociedad de personas respetables, que se congregaba en su propia casa, a fin de discutir sobre asuntos de beneficencia, i otros de utilidad jeneral. Ni el gobierno ni los mismos socios miraban la institución con el interés que habria deseado el entusiasmo de su fundador. Esto dió mar-

jen para que, una noche del mes de junio de 1821, en la cual se reunieron los miembros suficientes para formar sesión, Blanco se quejara de la apatía que observaba, tanto en los gobernantes, como en los ciudadanos, i dijera en medio del calor de su razonamiento que mas queria vivir en Turquía, que en Chile, o cosa parecida.

En el acto, hubo quien denunciara la espresión; i lo que es mas abominable, el gobierno ordenó al siguiente dia que se arrestara al comandante de armas, i que se le formara causa. Hai hechos que pintan una época, i uno de ellos es la anécdota que acabo de referir.

Zenteno, como era natural, se declaró el protector decidido de su amigo; i Rodríguez, su perseguidor descubierto. La cuestión dió orijen a que se agriara todavía mas la enemistad de ambos ministros. Sus celos necesitaban únicamente de pretestos para atacarse, i el arresto de Blanco vino a proporcionarles uno escelente.

El resultado fué que el acusado salió absuelto, pero recibiendo orden de ir a continuar sus servicios, no en la comandancia de armas, sino en la marina.

IV.

Aunque la solución que se dió al negocio de Blanco parece una especie de transacción entre

los dos bandos ministeriales, lo cierto es que Zenteno i Rodríguez estaban ya tan exasperados con sus competencias, que era absolutamente imposible que continuasen en el mismo gabinete. El uno o el otro debian salir por precisión.

Por un momento, pudo creerse que el antiguo favorito triunfaba sobre el nuevo.

En el mes de Setiembre de 1821, el director dió a Rodríguez los despachos de enviado estraordinario cerca del gobierno del Perú con retención de su ministerio. Esto se asemejaba mucho a una separación honorífica, pero efectiva.

Se nombró para que le subrogase interinamente en el gabinete a don Agustín Vial, viejo patriota, i uno de los hombres de su tiempo que mas conocimientos poseian en materias económicas. Este señor se puso a trabajar con todo empeño, talvez en el concepto de que su administración sería un poco mas larga de lo que fué. Mas apenas habia comenzado a realizar las reformas que tenia proyectadas en la hacienda pública, cuando una nueva e inesperada crisis ministerial vino a advertirle que su permanencia en el gabinete sería menos durable de lo que quizás habia pensado.

Rodríguez, aunque con diploma de enviado estraordinario cerca del gobierno peruano, no se habia movido de Santiago. Seguramente continuó desde su casa la lucha que en el ministerio habia sostenido contra Zenteno, pues, el 8 de octubre,

obtuvo éste título de gobernador interino de Valparaíso, aunque también con retención del empleo que estaba ejerciendo.

Como se ve, las dos salidas tuvieron mucho de parecido; pero hubo entre ellas la diferencia mui esencial de que Zenteno no volvió nunca a tomar la cartera de la guerra, mientras que Rodríguez, a los dos meses de esa fecha, volvió a ocupar su asiento en el gabinete.

Zenteno no tuvo sucesor. Los dos ramos de su ministerio, es decir, la guerra i la marina se encomendaron accidentalmente, el primero al ministro de hacienda, i el segundo, al de estado.

Con este arreglo, el triunfo de Rodríguez era completo. Puede decirse que quedaba de ministro universal, pues el carácter suave de Echeverría no podia oponerle ninguna resistencia. Era éste último uno de esos individuos que cargan con la responsabilidad de providencias en las cuales poca o ninguna parte tienen. La debilidad de su colega aseguraba la omnipotencia a Rodríguez.

V.

Sin embargo, la prosperidad del primer ministro no estaba sin nubes. Restábale un adversario mas temible, mas poderoso, que Zenteno. Ese era don Ramón Freire, el intendente de Concepción, que tenia un ejército bajo su mano, i la fama

militar mas respetada después de la de O'Higgins.

Freire no simpatizaba con Rodríguez, ni Rodríguez con Freire. Este último culpaba al primero de la penuria en que se encontraban los soldados de su mando. Era opinión jeneralmente esparcida que el ministro miraba con desconfianza a la división del sur i a su jeneral, i que eso motivaba la parsimonia con que se remitian los recursos para aquella tropa.

En efecto, aquellos soldados, sobre no recibir corrientemente el pago de sus sueldos, ni aun tenian muchas veces cómo alimentarse. Esta escasez de elementos redoblaba, para ellos, los rigores de una campaña que, por sí sola, era bastante cruda.

Freire participaba de las prevenciones de sus subalternos contra Rodríguez. Cansado de pedir por escrito remedio a las necesidades de su ejército, i de que se respondiese a todas sus reclamaciones con los apuros del erario, tomó, en la primavera de 1821, la resolución de trasladarse en persona a la capital con el objeto de ajenciar por sí mismo el ajuste de su división, i la provisión de los ausilios que le eran precisos para la guerra.

Esta visita del joven jeneral a Santiago fué una verdadera ovación. Todos los círculos, todos los bandos compitieron a porfía por ganarse su voluntad. Se conocia que hasta los políticos de vista

menos penetrante divisaban en Freire, sino por un cálculo previsor, a lo menos por instinto, el militar de cuya espada pendian los destinos del país.

El director le recibió con los brazos abiertos, i le acarició como a un hijo ausente largo tiempo del hogar paterno. Hizo grandes, pero inútiles esfuerzos para desbaratar sus quejas contra el ministro favorito, i procuró, aunque en vano, operar entre ellos una reconciliación sincera. Uno i otro se acomodaron un rostro placentero; mas Rodríguez conservó sus sospechas, i Freire sus resentimientos.

Por su parte, los miembros mas condecorados de la oposición rodearon al jeneral recién llegado, i pusieron en juego toda especie de seducciones, aun las del amor, para inclinarle a sus ideas. Le espusieron minuciosamente todas las acusaciones que habian acumulado contra la conducta de Rodríguez, pintándole su administración con colores sombríos i recargados.

Para añadir a los motivos patrióticos otros mas egoistas, le soplaron al oído, con destreza, que Prieto, el jefe de la división acantonada en Chillán, era el remplazante que le destinaba el ministro, i le citaron en prueba de la verdad de tal presunción el esmero con que el gobierno cuidaba del equipo i engrandecimiento de aquel cuerpo de tropas. Segun ellos, la intención de Rodríguez

era manifiesta. Queria combatir la influencia de Freire por la de Prieto, i oponer el ejército de Chillán al de Concepción. De ahí venía que favoreciese al uno, i tratase de debilitar al otro.

Freire los escuchaba, i se envolvia en esa circunspección recelosa que por lo común adquieren los militares en el campamento i bajo el imperio de la ordenanza. Hablaba poco, oia a todo el mundo, no manifestaba a nadie su opinión, concurria a las tertulias de los descontentos, i visitaba a los amigos del director.

Sin embargo, a pesar de esa frialdad aparente, los raciocinios de los primeros le habian convencido; muchas de sus acriminaciones le parecian verdaderas; algunas de sus palabras le habian herido en el alma; los procedimientos de ciertos gobernantes repugnaban a la honradez de este jefe que, antes i después de esa época, dió siempre laudables muestras de la mayor delicadeza en su conducta pública; estimaba en su interior justas las pretensiones del pueblo que reclamaba mas libertad, mas garantías; veia que, tanto en Santiago, como en Concepción, la jeneralidad estaba pronunciada contra el gobierno de O'Higgins, i que solo se necesitaba una chispa para que estallase una esplosión que nada podria contener. Es mui probable que la idea de encabezar esa insurrección naciese en la cabeza de Freire durante su mansión en la capital; pero, en lo que no cabe la menor

duda, es en que fué entonces cuando comenzaron a entibiarse sus relaciones con don Bernardo.

Era éste en estremo celoso del afecto de sus subalternos i amigos, i mui suspicaz. El proceder un si es no es ambiguo que observaba Freire, sin duda también las insinuaciones que no dejaria de hacerle Rodríguez, le hicieron entrar en sospechas. El ardor de su amistad para con el joven jeneral se enfrió notablemente. Dejó de tratarle con aquella franqueza i cariño, que en otro tiempo.

Freire lo observó, i acabó de resentirse con semejante variación.

Aunque los dos se guardaban mutuamente todas las apariencias de la cortesía, no eran ya amigos como antes.

El director principió a instar a Freire que regresase a su provincia, donde la tercera aparición de Benavides hacía necesaria su presencia. Freire replicó que, si no se le daban los recursos que habia venido a buscar, no se volvia.

O'Higgins tornó a apresurarle para que partiese; i habiendo recibido una contestación semejante a la anterior, terminó la conferencia diciéndole: —Pués bien, jeneral, si Usted no quiere volverse, no faltará a quien encomendar el mando de la provincia de Concepción.

Esta frase importaba un rompimiento, sino próximo, remoto. Hai palabras que no deben pronunciarse nunca entre personas que desean per-

manecer unidas, porque, una vez dichas, toda reconciliación bien sincera es imposible.

Habia sucedido lo que era de esperarse. Los miembros del gobierno habian comenzado por sospechar de un jefe, talvez antes de tiempo, i habian concluido por convertirle en verdadero enemigo.

Entretanto, llegó a Santiago la noticia de la victoria obtenida por Prieto en las vegas de Saldías. Este suceso hizo variar a Freire de resolución respecto a su partida. La prudencia le aconsejaba regresar al sur cuanto antes para impedir que un rival menoscabase en aquella comarca su influencia. Así, manifestó tanto empeño por volverse, como desgano anteriormente.

A la despedida, O'Higgins pareció restituirle su antigua confianza, i los dos se separaron con todas las señales de una mutua benevolencia. Era, sin embargo, aquella la última vez que debian estrecharse la mano sin un resentimiento personal en el alma.

CAPITULO XVI.

Convocatoria de una convención preparatoria.—Escándalo en las elecciones.—Apertura de las sesiones.—Renuncia i reelección de O'Higgins.—Contradicción entre la convocatoria i el mensaje presentado a la convención por el director.—Descontento ocasionado por la elección de don Agustín Aldea para diputado suplente por los Anjeles.—Amnistía.—Reposición del obispo Rodríguez en el gobierno de la diócesis.—Discusión promovida por don Francisco de Paula Caldera sobre la estensión de los poderes de la conveccion preparatoria.—Mensaje del ejecutivo para que la convención preparatoria redacte una constitución.—Oposición de don Fernando Errázuriz i de don José Miguel Irarrázaval.—Análisis de la constitución de 1822.

I.

Mientras estaba ocurriendo lo que acabo de referir en el capítulo anterior, un suceso de gran bulto ocupó esclusivamente la atención del público. El director, no pudiendo resistir por mas tiempo a las exijencias de la opinión, habia resuelto convocar un congreso que diese una constitución definitiva a la república.

El acontecimiento no podia ser mas importan-

te. Chile iba a pasar por uno de sus períodos mas críticos, a remplazar su organización provisional por otra estable, a entrar en una vida nueva. Habia suficiente motivo para discutir, para ajitarse. Hasta entonces, la guerra contra la metrópoli habia sido el objeto principal de todos los esfuerzos, el fin primordial a que se habian sacrificado los demás intereses del estado. Los españoles habian sucumbido en los campos de batalla. Habia llegado el momento de pensar en la constitución de la colonia, que tomaba su rango entre las naciones del mundo.

La gloria de O'Higgins hubiera sido ayudarla con su influjo a afianzar la libertad civil i política, como con su espada habia contribuido a que alcanzase su emancipación de la metrópoli. Una ambición egoísta i mal entendida le impidió comprenderlo.

El pueblo estaba cansado del réjimen militar i arbitrario; clamaba por leyes i garantías. Era peligroso, imposible, diferir por mas tiempo el cumplimiento de sus deseos.

O'Higgins se veia forzado a corresponder de algún modo a ese clamor jeneral por la convocatoria de un congreso: no tenia disculpa para retardarla. Pero obrando mal de su grado, no trató de satisfacer las exijencias de la opinión, i todo lo que hizo fué burlarla con una farsa.

II.

El 7 de mayo de 1822, promulgó un decreto que ordenaba la reunión de una convención preparatoria.

No habia nada resuelto ni estatuido sobre las muchas i graves cuestiones que ofrecian la organización de un congreso i la elección de los diputados. El directorio no podia determinar por sí solo en negocio de tan alta entidad. No tenia ninguna asamblea lejislativa a quien consultar. El antiguo senado estaba de hecho disuelto por la ausencia o renuncia de los miembros que lo componian. No quedaba otro arbitrio (i era de todos modos el mas razonable), que consultar a la nación por medio de sus representantes sobre las condiciones que debian observarse en la congregación del cuerpo lejislativo. El decreto del 7 de mayo tenia ese objeto i esos fundamentos.

Cada municipalidad debia elejir a pluralidad absoluta de sufrajios un individuo, vecino u oriundo del respectivo partido, para la convención preparatoria.

Se conferirian a los electores «poderes suficientes, no solo para entender en la organización de la corte de representantes, sino tambien para consultar i resolver en orden a las mejoras i providencias cuyas iniciativas les presentase el gobierno.»

Las sesiones de la convención preparatoria debian durar tres meses.

Hasta aquí todo iba bien; los adversarios mas injustos de la administración no habrian encontrado nada que objetarle.

El escándalo principió con las elecciones.

Junto con la convocatoria, se dirijió a cada gobernador una esquela firmada por el director, en la cual se designaba el candidato que debia ser nombrado por el respectivo cabildo, i se ordenaba que hiciese proceder a la elección en el momento de recibir la esquela. Al pié de ésta, debia apuntar la hora en que le fuese entregada, i la hora en que se verificase la elección. Con estas anotaciones, debia devolverla sin tardanza a don Bernardo por un correo estraordinario.

El gobernador de Rere cumplió como los demás con las instrucciones que se le daban; pero tuvo la feliz idea de dejar copia de la esquela. Héla aquí:

Santiago, mayo 7 *de* 1822.

«Mui Señor Mio,—Por los documentos que incluyo de oficio, verá Usted la grande obra que vamos a emprender para hacer feliz nuestra patria. Si la convención no se compone de hombres decididos por nuestra libertad, desprendidos de todo partido, sería mejor no haberse movido a esta marcha majestuosa. Usted es quien debe coope-

rar a llenar el voto público, haciendo que la elección recaiga en el presbítero don F. Acuña, de quien tengo entera satisfacción, pero debe Usted advertir que el nombramiento debe hacerse en el momento que Usted reciba ésta; de lo contrario entran las facciones, i todo sería desorden.

«Al pié de la esquela, anotará Usted la hora en que la recibe, i la del nombramiento, i me la devolverá cerrada aparte con el conductor, o por estraordinario dirijido a mí mismo.

«Espera de Usted este servicio, que sabrá distinguir su amigo afectísimo—*Bernardo O'Higgins.*

Señor Gregorio Tejeda, Gobernador de Rere.»

Escusado parece decir que todos los propuestos fueron electos unánimemente.

Habria sido mas llano i mas digno que el gobernador los hubiera nombrado, i hubiera ahorrado a los secretarios de cabildo el trabajo de levantar actas i de escribir oficios.

Este proceder produjo una indignación jeneral. La mayoría estaba disgustada de antemano con el director, mucho mas con su ministro. La impudencia del manejo referido puso el colmo al descontento.

Por desgracia, i para bochorno nuestro, esta manera de hacer elecciones, es, i ha sido frecuente, en las repúblicas hispano-americanas. Ese abuso que impide la espresión de la voluntad

naccional, i no las instituciones democráticas que ellas han adoptado, es una de las principales causas de todos sus trastornos. Pero en la ocasión a que aludo, el cinismo fué sin ejemplo, repugnante. No se guardaron siquiera las apariencias, como ha ocurrido en otras circunstancias análogas.

III.

El 23 de julio, el director O'Higgins instaló en Santiago con gran pompa i solemnidad la convención preparatoria.

Acompañado de todas las corporaciones, i en medio de salvas de artillería, se dirijió de su palacio a la sala de sesiones, a cuya puerta le aguardaban todos los diputados (*).

(*) La convención preparatoria se componia de los miembros que a continuación se espresan:

DIPUTADOS PROPIETARIOS ELEJIDOS POR LAS MUNICIPALIDADES.

Don Manuel Matta, diputado por Copiapó; don José Antonio Bustamante, por Coquimbo; don Francisco de Borja Valdés, por Vallenar; don José Miguel Irarrázaval, por Illapel; don Manuel Silva, por Petorca; don José Nicolás de la Cerda, por la Ligua; don Francisco de Paula Caldera, por San Felipe; don José Antonio Rosales, por Santa Rosa de los Andes; don Francisco Olmos, por Quillota; frai Celedonio Gallinato, por Valparaíso; don Santiago Montt, por Casablanca; don Francisco Ruiz Tagle, por Santiago; don Fernando Errázuriz, por Rancagua; don Francisco Vargas, por Melipilla; don Francisco Valdivieso, por San

Habiéndose sentado bajo el solio, pronunció unas cuantas palabras alusivas al caso, i procedió a tomar el juramento a los representantes. A continuación, les indicó que precediesen a elejir un presidente i un vice-presidente; i concluido el acto, i habiendo colocado en sus asientos a los nombrados, don Francisco Ruiz Tagle i don Casimiro Albano, declaró instalada la convención preparatoria.

Por último, puso en manos del presidente una memoria, i pidió a la asamble su pronta lectura, anunciándole que iba a esperar al palacio la resolución «porque queria ser el primero de los ciudadanos en la obediencia.»

Aquella memoria, no era otra cosa que un men-

Fernando; don Pedro Castro, por Curicó; don Casimiro Albano, por Talca; don Pedro José Peña i Lillo, por Linares; don Juan de Dios Urrutia, por Cauquenes; don Domingo Urrutia, por el Parral; don Juan Manuel Arriagada, por San Carlos; don Pedro Arriagada, por Chillán; don Santiago Fernández, por Concepción; don Juan Antonio González Palma, por Quirihue; i don F. Acuña, por Rere.

DIPUTADOS SUPLENTES ELEJIDOS POR LA CONVENCIÓN.

Don Agustín Aldea, por los Anjeles; don Pedro Trujillo, por la Florida; don Camilo Henríquez, por Valdivia; don José Antonio Astorga, por Osorno; i don José Antonio Vera, por Chiloé.

SECRETARIOS.

Don Camilo Henríquez i don José Gabriel Palma.

saje; pero entre los diversos puntos que comprendia, venía la renuncia del cargo supremo que estaba ejerciendo. La convención representó con viveza su papel en esta comedia ridícula, que ni siquiera tenia el mérito de la orijinalidad. Escuchó con un asombro aparente la proposición del director, i todos los miembros gritaron a una que era preciso forzarle a que permaneciese en el mando. Dijeron que una mutación de gobernante en aquella época, sería mas peligrosa, que una invasión, i ratificaron por aclamación en O'Higgins la *elección que habian hecho los pueblos*, confiándole la dirección suprema del estado, por el término que fijase la futura constitución.

Inmediatamente el vice-presidente acompañado de ocho diputados corrió a participar a don Bernardo el acuerdo que acababa de celebrar la asamblea, i a pedirle que volviera otra vez ante ella para que se le notificara de una manera mas solemne.

Luego que O'Higgins, en compañía de la comisión, se presentó de nuevo en la sala, el presidente le repitió lo que ya sabía; i el director contestó en los términos siguientes.—«Sacrificaré mis deseos a mi obediencia. El honor que recibo, solo puede hacerme continuar en el mando; bien que siento reanimarse mis fuerzas al considerar que la honorable convención aprueba por este acto cuanto he practicado anteriormente, i que sabrá guiar i

sostener su hechura. Sea mi silencio el intérprete de mi gratitud.»

IV.

El mensaje era una pieza notable, no solo por la renuncia del director, sino también por la mayor latitud que concedia a los poderes de los diputados, i por la especie de contradicción que habia entre él i la convocatoria.

Se recordará que esta última solo llamaba a los convencionales para organizar la corte de representantes, i resolver sobre las *mejoras i providencias* que propusiese el ejecutivo. El mensaje reconocia que la convención no investia todo el carácter de representación nacional; pero a pesar de esa declaración, le hablaba, no como a una asamblea preparatoria, sino como a un cuerpo verdaderamente lejislativo que estuviera facultado para dictar leyes, i tomar disposiciones trascendentales.

El director hacía ante ella dimisión de su empleo, lo volvia a aceptar de su mano; i como si fuera realmente la reunión de los diputados de la república, le recomendaba el ejército i la marina, i le pedia que atendiera a la instrucción pública, a la reforma de los códigos, a la creación de un fondo de amortización, al fomento de la inmigración estranjera, del comercio, de la industria, de

la agricultura, a la protección de la beneficencia pública, etc., etc.

Por el pronto, la convención no hizo alto en esta contradicción, ni procuró averiguar, en medio de aquella confusión de ideas, cuál era la estensión efectiva de sus facultades. Púsose a celebrar sesiones, i a discutir los asuntos que se le sometian, como si fuera el poder lejislativo de la nación.

V.

Dos de los primeros actos de la nueva asamblea causaron efectos mui diversos en el ánimo del pueblo.

Algunos de los partidos de la república no habian enviado diputados: unos, como Chiloé, porque estaban aun bajo la dominación española; otros, como la Florida, por haber hecho renuncia de su cargo el diputado electo; i otros, como Valdivia, Osorno i los Anjeles, por diferentes motivos. Para no dejarlos sin representación, se resolvió que la convención les elijiese suplentes.

En conformidad, se procedió a la votación; i con estupor de todo el mundo, resultó electo por los Anjeles don Agustín Aldea, hombre nulo bajo todos aspectos, que, para remate, habia tenido relaciones con Benavides, i que no tenia otro mérito, que ser primo del ministro Rodríguez.

Esta elección dió orijen a un sinnúmero de co-

mentarios injuriosos para el gobierno, i produjo una grande irritación. La introducción de Aldea en la convención se miraba como un insulto a la dignidad del pueblo.

No alcanzaron a desvanecer el disgusto ocasionado por este incidente, ni la amnistia que se publicó por entonces, ni la reposición del obispo don José Santiago Rodríguez Zorrilla al gobierno de la diócesis de Santiago, de donde habia sido separado como realista contumaz i peligroso desde la victoria de Chacabuco.

La convención, a propuesta de su secretario Camilo Henríquez, acordó enviar una diputación al director con el objeto de solicitar que solemnizase el 20 de agosto, dia de su natalicio, con la promulgación de una amnistía en favor de todos los que estaban sufriendo alguna pena por las disensiones pasadas. O'Higgins aceptó la indicación; pero tuvo el buen tono de rechazar la adulación monárquica de que se celebrase con ella el dia de su santo, i señaló en cambio el próximo 18 de setiembre aniversario de la revolución.

En vista de tal propósito, uno de los diputados de la comisión le pidió que al menos permitiera que se festejase su cumpleaños con la reposición del obispo en el gobierno de la diócesis. El director admitió la propuesta, caso de que la asamblea le manifestara ser así de su agrado, como en efecto no tardó ésta en hacerlo.

O'Higgins, desde tiempo atrás, deseaba, por consejo de su primer ministro, granjearse, con esta medida, el apoyo de la jente devota. El obispo Rodríguez tenia mucho prestijio i numerosas relaciones. El alivio de la persecución que se le hacía soportar, podia traer al gobierno gran popularidad en ciertos círculos.

Por otra parte, aquel encopetado eclesiástico no inspiraba mucho miedo al director. Habia mostrado enerjía, i defendido con calor los intereses de la metrópoli; pero era hombre de acero, mas bien que de hierro, i sabía doblegarse como el que mas a las circunstancias. O'Higgins habria podido dar a leer a quien le hubiera hecho observaciones sobre la tenacidad indomable i, por consiguiente, peligrosa, que se atribuia al obispo, una nota en la cual ese prelado, que pasaba por tan sostenido en sus opiniones, cumplimentando al jefe de la república por los progresos de las armas patrióticas, calificaba de *justa causa* la de la independencia, i veia en los triunfos de los revolucionarios «un testimonio indeficiente de los soberanos designios del absoluto dueño de los destinos acerca del de la América». Semejante flexibilidad debia hacer concebir a don Bernardo fundadas esperanzas de que aquel influente sacerdote contribuiria a sostenerle en el alto puesto que ocupaba.

El cálculo le salió fallido. El contento que produjeron la amnistía i la vuelta del obispo quedó

sobradamente compensado con la indignación que suscitaron la elección de Aldea, i demás sucesos que paso a relatar.

VI.

Entretanto, se promovió en la asamblea una discusión acalorada sobre la estensión de sus facultades. Don Francisco de Paula Caldera, diputado por San Felipe, sostuvo de repente en una sesión que los poderes de la convención preparatoria solo alcanzaban a organizar la corte de representantes, i a resolver provisionalmente hasta la reunión del congreso, los asuntos que el gobierno le consultase. La convención habia escedido sus facultades al deliberar sobre la renuncia del director supremo negándose a admitirla, i al reelejirle por un período cuya duración no se hallaba aun determinado. Fundaba su opinión en las palabras mismas de la convocatoria.

Caldera fué llamado al orden; pero su discurso causó una gran sensación, i algunos diputados exijieron que se discutiese aquella cuestión fundamental.

Tres representantes intentaron rebatir los asertos de su colega, i demostrar que la *convención preparatoria* era un verdadero cuerpo lejislativo, que resumia la soberanía nacional.

Don Casimiro Albano, verdadero hermano del

director por afecto i educación, dijo que aquella asamblea poseia facultades lejislativas, porque en ello se interesaban el bien i conveniencia de la sociedad; porque así lo habia declarado el gobierno, que, a mas de serlo, reunia la voluntad jeneral; i porque los miembros que la componian llenaban la confianza pública. Estas tres aseveraciones dogmáticas, que no desarrolló siquiera con mas palabras de lo que yo he dicho, parecian al orador otras tantas razones incontrastables.

Don Santiago Fernández añadió dos nuevos argumentos, que bien merecian agregarse a los del diputado Albano. El gobierno habia reconocido facultades lejislativas en la asamblea; luego las tenia. Los miembros de la convención habian sido elejidos por los cabildos que tenian un oríjen popular; luego los convencionales habian sido competentemente autorizados. Como se ve, el señor Fernández parecia entender que la soberanía residia en el director, i no en el pueblo, i que las municipalidades habian recibido de sus comitentes poderes omnímodos para que los representasen en todo i para todo.

Por último, Camilo Henríquez, la reputación literaria mas acatada de su época, i uno de esos hombres que siempre ponen su talento al servicio de los gobiernos existentes, manifestó que la asamblea podia estatuir sobre todo aquello en que estuviera pronunciada la voluntad nacional, como

si eso fuera cosa fácil de averiguar; i que ya que no habia otro cuerpo lejislativo, convenia que fuese ella la que dictara las leyes, mas bien que el ejecutivo. Este orador, como los dos anteriores, hallaba la lejitimidad del mandato de la convención en una delegación del director que antes de ella resumia en su persona los dos poderes lejislativo i ejecutivo.

Estos discursos descubren las ideas embrolladas que tenian los políticos de la administración de O'Higgins sobre el orijen i fundamentos de las autoridades públicas. El apocamiento que la dictadura habia producido en sus ánimos les hacía mirar al jefe supremo, como a un ser superior, que valia él solo por toda la nación. Estaban casi dispuestos a recibir como una gracia el reconocimiento i la consolidación de las garantías i derechos que corresponden a todos los hombres. El despotismo los habia amoldado a los hábitos monárquicos.

Sometido el asunto a votación, se declaró por todos los votos, menos uno, que la convención preparatoria tenia facultades lejislativas.

VII.

No pararon en estas las metamorfosis de esa asamblea elástica, cuya naturaleza conocia el pueblo soberano bien, pero que ella i el gobierno

aparentaban ignorar. De *preparatoria*, se convirtió en *lejislativa*; i de *lejislativa*, en *constituyente*.

El 28 de setiembre de 1822, es decir, cuando a la convención no alcanzaba a quedarle un mes de sesiones, O'Higgins le pasó un segundo mensaje con el objeto de apresurarla para que procediese a la redacción de una *constitución fundamental del estado*, reformando, cortando o adicionando la provisional que existia. «Sin que se dé primero esta lei fundamental, decia el director, no pueden dictarse bases i reglamentos para la representación nacional.» Era este el sofisma ridículo, la única justificación que se le ocurria para paliar aquella burla escandalosa, inaudita.

El pueblo se exasperó. La impopularidad del gobierno subió de punto.

En la convención misma, se formó una oposición acaudillada por uno de los cabildantes del año diez, don Fernando Errázuriz, hombre apasionado, de una enerjía estraordinaria, adversario temible por su riqueza, por sus numerosas relaciones de familia i de amistad, mas que todo, por la impetusidad de su carácter.

Los diputados disidentes componian una fracción demasiado diminuta para ganar el debate por el número de votos, mas no para triunfar ante el público por la razón.

En la sesión del 10 de octubre, don José Miguel Irarrázaval, joven diputado que participaba

de las opiniones de Errázuriz, se hizo el órgano de su partido, i no dejó réplica a los amigos del gobierno. En un discurso, lleno de moderación i de lójica, demostró que la convención no podia ser de ningún modo constituyente. Su misión no alcanzaba a dictar una carta fundamental, pues estaba reducida a objeto mucho menos arduo: la organización de un congreso que tendria por mandato el formularla. Las palabras de la convocatoria eran claras, terminantes; no daban asidero a la mas leve duda. El corto término que se habia fijado a la samblea, tres meses, el calificativo mismo de *preparatoria* que se le habia asignado, estaban probando, hasta la evidencia, la humildad de sus funciones. ¿No sería absurdo que un cuerpo que, a juicio de todo el mundo, al decir mismo de O'Higgins, no investia todo el carácter de representación nacional, viniese a tener mas facultades, que los futuros congresos, elejidos con todas las formalidades i solemnidades de estilo?

Esos raciocinios eran incontestables; pero la mayoría no obraba, ni queria hacerlo, por convencimiento, sino por servilismo. El director lo mandaba, i eso valia mas para ella, que los discursos mas elocuentes i razonables. Ni las valientes protestas de Errázuriz, ni los argumentos contundentes de Irarrázaval, lograron apartarla de esa senda que la conducia al descrédito, a la ruina.

El proyecto de constitución fué discutido i apro-

bado con tanta prisa, que los secretarios apenas tuvieron tiempo para redactar los acuerdos de la cámara.

La discusión de esa pieza notable terminó con las tareas de la asamblea el 23 de octubre de 1822.

El 30 del mismo mes, el director supremo juró observarla, i la mandó cumplir.

VIII.

Para dar a conocer ese código, cuyo orijen fué tan ilejítimo, i cuya vida fué tan breve, permítaseme copiar el juicio que ha emitido sobre él uno de nuestros mas competentes e ilustrados publicistas, don José Victorino Lastarria. Hé aquí cómo resume i analiza sus disposiciones fundamentales:

«*En la nación reside esencialmente la soberanía, cuyo ejercicio delega conforme a esta constitución.* Las autoridades en que lo delega son los *tres poderes independientes lejislativo, ejecutivo i judicial. El poder lejislativo reside en un* CONGRESO, *el ejecutivo en un* DIRECTOR, *i el judicial en los* TRIBUNALES DE JUSTICIA.

«Según la mente de este código, la cámara de diputados es como la fuente de todos los poderes; pero ella saca su autoridad, no tanto de la elección popular, cuanto de la casualidad.

«En cierta época señalada en la constitución,

los inspectores, los alcaldes de barrio i los jueces de distrito debian formar i pasar a los cabildos las listas de los ciudadanos elejibles para electores, que hubiese en sus respectivas jurisdicciones; i como aquellos funcionarios eran dependientes subalternos del ejecutivo, es evidente que no habian de poner en sus listas sino a los individuos de cuyas simpatías i voluntades pudieran disponer. Los cabildos, después de tal operación, procedian a un sorteo de un elector por cada mil almas, verificándolo sobre los nombres incluidos en las listas. Los ciudadanos a quienes la suerte habia dado el poder electoral, formaban un colejio en la cabecera del departamento, i hacian por votos secretos la elección de los diputados i suplentes respectivos.

«Constituida así la cámara de diputados, elejia siete individuos, de los que cuatro a lo menos debian ser de su propio seno, los cuales pasaban a formar un cuerpo permanente con el nombre de *corte de representantes*.

«Los ex-directores debian ser miembros vitalicios de esta corte; pero los elejidos de la cámara se renovaban cuando se hacía elección de director; i si éste era reelejido, podian serlo también los siete miembros.

«El senado se componia de todos los vocales de la corte de representantes, de dos comerciantes i dos hacendados, cuyo capital no bajase de treinta

mil pesos, nombrados por la cámara de diputados, de un doctor de cada universidad (habia una sola) nombrado por su claustro, de tres jefes del ejército de la clase de brigadier arriba, designados por el ejecutivo, i de los ministros de estado, de los obispos, de un miembro del tribunal supremo i del delegado directorial del departamento en que abriese sus sesiones el congreso, todos los cuales eran funcionarios que debian su puesto al ejecutivo.

«Este congreso, cuyo cámara alta representaba a la aristocracia del país, componiéndose casi en su totalidad de nombrados por el director supremo, i cuya cámara baja era la de diputados nombrados a medias entre el mismo director i la suerte, era el que daba las leyes, reuniéndose para este efecto cada dos años. Durante tan largo receso, la corte de representantes ejercia todo el poder lejislativo; pero sin que sus determinaciones tuviesen fuerza de lei permanente hasta la aprobación del congreso.

«El director supremo era elejido a su vez por este congreso, cada seis años, i podia ser reelejido por cuatro mas. Sus facultades eran amplísimas; i entre ellas, tenia la de nombrar, por sí solo en unos casos, o de acuerdo con el lejislativo en otros, a los miembros de los tribunales de justicia, cuyas —provisiones debian despacharse a nombre del director supremo.—Pero la atribución mas nota-

ble que le competia era la de nombrar la *rejencia* que habia de sucederle en caso de muerte, hasta la nueva elección; i debia hacer ese nombramiento tres veces al año, depositando el pliego cerrado que lo contenia, a presencia de las corporaciones i con ciertas ceremonias designadas en la constitución, sin perjuicio de poder hacer en cualquiera otra época las variaciones que quisiera en el nombramiento, sujetándose a las mismas ceremonias.

«*La persona del director era inviolable.* Semejante organización del gobierno representativo no era enteramente nueva, aunque estaba injeniosamente calculada para dar la preponderancia a la autoridad del director supremo. Ella tenia su modelo en las monarquías constitucionales que se habian formado en Europa sobre las ruinas del imperio de Napoleón. La única diferencia que le daba los aires de una república aristocrática, procedia de la temporalidad i de la elejibilidad del poder ejecutivo; pero es probable que después de aquel primer ensayo, este poder se hubiese convertido en vitalicio, i luego en hereditario. En lo demás, la constitución no habia descuidado las garantias individuales i los derechos políticos conquistados por la revolución; mas como era tan prolongado el receso del congreso, no tenian éstos otra salvaguardia, que la que podia prestarles el director con su autoridad permanente i pode-

rosa, cuando no se hallase investido de facultades estraordinarias. El poder lejislativo, i por consiguiente la corte de representantes, que lo ejercia permanentemente, podia investir al director de tales facultades en caso de *peligro inminente del estado.*»

A este exacto i bien trabajado estracto, nada mas tengo que agregar, sino que el artículo 84 de la constitución ordenaba que se tuviera por primera elección de director supremo la que la convención habia hecho al principiar sus sesiones en la persona de don Bernardo O'Higgins. Podia éste, pues, contar con añadir otros diez a los siete años que llevaba de gobierno: si el pueblo soportaba con paciencia el insulto que acababa de inferírsele, la reelección era mas que probable, segura.

Al fin de ese largo período ¿habria O'Higgins renunciado el poder?

El curso natural i lójico de los sucesos dejó en la oscuridad la solución de ese problema. La promulgación de la nueva carta agotó el sufrimiento demasiado prolongado de los chilenos. Puede decirse que ella fué el testamento de aquella administración. Afortunadamente para nosotros, no encontró herederos que cargasen con la responsabilidad de ejecutarlo. ¡Quiera Dios que jamás los haya!

CAPITULO XVII.

Escasez en toda la república i sobre todo en el sur.—Descontento del ejército de Concepción.—Agravio inferido al jeneral Freire.—El *temblor grande.*—Insurrección de la provincia de Concepción.—Insurrección de la plaza de Valdivia.—Insurrección de la provincia de Coquimbo.—Don Miguel Irarrázaval.--Entusiasmo del vecindario de Illapel en favor de la revolución.--Pasada a los revolucionarios de Coquimbo de la fuerza que marchaba a someterlos.

I.

Los últimos meses de 1822 fueron aciagos para O'Higgins i para el país.

Una escasez estremada aflijia a todo el país. El año habia sido malo, i el labrador no habia cosechado casi nada en esta tierra de ordinario tan fértil, tan productiva.

Las provincias del sur, particularmente, sufrian una hambre espantosa. Las calamidades de la guerra, que, por tanto tiempo, habian pesado sobre ellas, la marcha destructora de los ejércitos, el

vandalaje de las montoneras, habian talado sus campos, empobrecido sus habitantes, agotado todas sus fuerzas de producción.

Referíase con estrañeza, que hombres se habian suicidado por no tener que comer. La necesidad obligaba a los menesterosos a no despreciar para su sustento ni la carne de los lobos marinos, ni la de los animales que las enfermedades hacian perecer. En pocos meses, mas de setecientas personas habian muerto en solo la provincia de Concepción, por falta de alimentos saludables.

Para colmo de desgracia, guarnecia esa comarca un ejército hambriento como sus demás pobladores, que no recibia su paga casi nunca, desnudo hasta el estremo de haber compañías a las cuales la decencia no permitia presentarse en poblado.

Como ordinariamente sucede, el gobierno era acusado de todos los males, de aquellos de que era culpable i de aquellos de que era inocente. El pueblo le pedia cuenta de los escándalos de la convención, i de la miseria que soportaba.

El malestar físico hacía que las arbitrariedades injustificables de los gobernantes produjesen mayor indignación. Las poblaciones aquejadas por la escasez, estaban mas propensas a irritarse.

Los soldados del sur, sobre todo, murmuraban en alta voz. La guarnición de Santiago estaba perfectamente tratada, lujosamente vestida, corrientemente pagada, mientras que ellos, los ve-

teranos de la frontera, los defensores incansables de la patria contra las agresiones de los últimos jefes realistas, contra las invasiones de los bárbaros, carecian de ropa, i de pan. Se desconfiaba del ejército de Concepción, i habia un plan para destruirlo. La guerra contra Benavides se habia prolongado, porque el temor o la indiferencia habian escatimado, a los que la sostenian, todos los recursos precisos, aun las municiones para pelear. Estas i otras hablillas parecidas, formaban la conversación de los cuarteles.

El cínico proceder de la convención en sus últimos actos llevó a su colmo el furor de todos, de los paisanos i de los militares.

II.

El jeneral Freire agregaba a los motivos de queja de sus soldados, a los motivos de disgusto de todos los ciudadanos, ofensas personales que con imprudencia le habian inferido algunos de los altos potentados que rodeaban al director.

Como una precaución contra el hambre, el gobierno habia prohibido la estracción de granos para el estranjero. El intendente de Concepción, creyéndose autorizado por ciertas órdenes anteriores del director, habia estrechado todavía mas los límites de la prohibición, mandando que no se estrajeran granos de la provincia para la ribera sep-

tentrional del Maule; i con el objeto de poner coto a la codicia de los vendedores, habia fijado un precio al trigo.

En estas circunstancias, un comerciante ofrecíó tres mil pesos para el pago de la tropa, a condición de que se le permitiera estraer para el Perú seis mil hanegas de trigo. Freire consultó el negocio a una junta de guerra, i la propuesta fué admitida. Era urjentísimo dar a la tropa alguna cosa siquiera, a cuenta de sus sueldos atrasados.

El ministro de hacienda, que, como se sabe, estaba prevenido de antemano, vió en todas estas medidas, otras tantas usurpaciones de un subalterno que, ensoberbecido por la importancia de su posición, no trataba al gobierno con el acatamiento debido. Sin embargo, no se atrevió a reconvenirle. Freire era demasiado poderoso, demasiado temido, para que un superior cualquiera, aun cuando fuera el primer ministro, osase reprenderle.

Pero si no recibió una censura oficial, la recibió indirectamente por la prensa. Un artículo comunicado que se insertó en el *Cosmopolita*, periódico de Santiago, criticó la conducta del intendente de Concepción, i le echó en rostro la contradicción aparente que habia entre la prohibición de vender granos fuera de la provincia, i el permiso de estraer seis mil hanegas de trigo fuera de la república.

La tal contradicción no existia; pues la *prohibición* era la medida jeneral que se habia dictado para remediar el hambre que esperimentaban los habitantes de aquellas rejiones, i el *permiso* era una escepción particular destinada a satisfacer las urjentes necesidades del ejército. Aquellas dos providencias tenian una esplicación clara i sencilla para quien buscase el fundamento de ellas sin prevenciones.

Sin embargo, el artículo produjo sensacion. Era una cosa mui estraña que la prensa servil de aquella época atacase a un funcionario público, sobre todo a un funcionario de aquella categoría. Eso no se esplicaba sino por la intervención de algún personaje mui condecorado.

Lo que el público creia, Freire lo creyó también, i atribuyó el artículo a don José Antonio Rodríguez, el ministro favorito i su adversario declarado. Escribió entonces a O'Higgins, quejándose con amargura de la manera como se le habia atacado. El león habia sido insultado, i rujia.

El gobierno, que tuvo miedo, buscó como dar a Freire la mas cumplida satisfacción. O'Higgins le respondió asegurándole que podia contar con la amistad de Rodríguez, que éste nunca habia pensado siquiera en escribir semejante artículo, que todo lo demás eran calumnias de los anarquistas que procuraban dividirlos, que el mismo Rodrí-

guez se habia encargado de contestar la insolente diatriba, i que se indagaba con empeño quién era su verdadero autor para hacer pesar sobre él todo el enojo del gobierno. Junto con esta carta, se remitió a Freire un decreto que dejaba a su arbitrio la estracción por mar i por tierra de los trigos de Concepción.

Freire escuchó la satisfacción; pero le quedó el convencimiento de que no era sincera. Aquel incidente solo sirvió para darle la medida de sus fuerzas, i para confirmarle mas i mas en la persuasión de que en adelante su causa era mui diversa de la del director.

Con todo, poseia un corazón demasiado bien puesto para desear la ruina del gobierno de O'Higgins por un simple agravio personal. Si los gobernantes no se hubieran hecho culpables de tantos abusos, de faltas tan graves, Freire se habria mantenido quieto, i no habria buscado jamás en una sublevación la venganza de las ofensas que se le habian hecho. Mas si podia perdonar como hombre, no podia tolerar como ciudadano la arbitrariedad. Antes de prestar su cooperación a las medidas estremas para remediar los males públicos, interpuso con el director las amonestaciones de la amistad. Le escribió mostrándole el abismo donde se precipitaba, trasmitiéndole las quejas del pueblo, haciéndole ver la injusticia de ciertos procedimientos, la impolítica de ciertos

manejos. Estas advertencias no fueron escuchadas.

Después de eso, el amigo habia cumplido con su deber; tocábale al ciudadano cumplir con el suyo.

III.

Las dificultades que dejo referidas, no eran las únicas que inquietaban a O'Higgins.

Lord Cochrane i el jeneral San Martín habian chocado en el Perú. Esa fatal desavenencia habia convertido la escuadra chilena para aquel país en una especie de amenaza. Las autoridades peruanas i los jefes de la escuadra, en vez de ausiliarse, se hostilizaban seriamente. Esto fué causa de que lord Cochrane regresase a Valparaíso, donde ancló el 13 de junio de 1822.

Desde entonces, la mayor parte de nuestros buques de guerra permanecieron ociosos en el puerto.

El almirante bajó a tierra.

Las tripulaciones comenzaron a exijir el ajuste de sus cuentas. El atraso del erario impedia satisfacer sus reclamaciones. A fines de octubre, redoblaron sus instancias, i hubo en la escuadra una especie de motín.

Para calmar este alboroto, tuvo O'Higgins que partir apresuradamente para Valparaíso el 2 de

noviembre, a los dos dias de haber promulgado su famosa constitución, con sesenta mil pesos que se pidieron prestados a una casa de comercio.

Encontrábase en esa ciudad ocupado en ese incómodo negocio, cuando, el 19 del mismo mes, sobrevino por la noche ese espantoso terremoto que el pueblo no ha olvidado, i que llama todavía *el temblor grande*.

Apenas el director habia salido de la sala donde se habia alojado, cuando el techo se desplomó, i todo el aposento no fué mas que un montón de escombros. Con un segundo mas de demora, habia perecido. Los antiguos habrian mirado aquella calamidad como un presajio funesto; i ciertamente en esta ocasión, los sucesos habrian venido en apoyo de su superstición.

IV.

Casi inmediatamente después de este acontecimiento, i cuando O'Higgins aun no se habia vuelto a la capital, le llegó la noticia de que la provincia de Concepción se habia insurreccionado con el jeneral Freire a la cabeza.

Los pueblos del sur habian respondido con un levantamiento armado a la intimación de jurar la constitución. El ejército allí acantonado, que alcanzaria poco mas o menos a mil seiscientos hombres, habia fraternizado con los ciudadanos. To-

dos habian protestado contra los actos ilejítimos de la convención preparatoria, i todos exijian la pronta reunión de un congreso que organizase el país.

Los insurrectos de Concepción, antes de pronunciarse, habian ofrecido el mando al intendente don Ramón Freire. Este se habia negado a capitanear todo movimiento que tuviera el menor viso de personal, i en que se proclamaran intereses, i no principios; pero habia ofrecido su espada i su influencia para apoyar una revolución popular, dirijida a dar a la república una organización legal, que hiciese efectivos los derechos de la nación. En consecuencia, habia exijido, como condición de su cooperación, la convocatoria de una asamblea de diputados provinciales que determinase i autorizase sus procedimientos.

Para conformarse con el plan trazado por aquel jeneral, que, en esta conducta, daba la prueba de ser tan buen ciudadano, como valeroso soldado, los vecinos del sur habian congregado una asamblea de representantes de todos los partidos que componian la provincia; i este cuerpo, como el caso lo pedia, habia nombrado por su caudillo a don Ramón Freire, para que, al frente de un ejército, si no se podia de otro modo, hiciera respetar sus justas reclamaciones, que se resumian en la reunión de un congreso nacional (10 de diciembre de 1822).

El movimiento era, pues, no un simple motín de tropa, sino una verdadera revolución de pueblo. Los paisanos i los militares, todos los habitantes, casi sin escepción, abrigaban idénticas convicciones, i se habian armado para sostenerlas.

V.

Uno de los primeros cuidados del jeneral Freire fué destacar a la ribera del Maule, una compañía de cazadores a caballo, que avanzó sin obstáculo, i protejió la sublevación de todo el país que se estiende desde las márjenes meridionales de ese rio.

En seguida, en unión con la asamblea, escribió al cabildo i vecindario de Coquimbo, noticiándoles lo ocurrido en Concepción, i escitándolos a que imitasen su ejemplo.

Por último, hizo otro tanto con el gobernador de Valdivia, don Jorje Beauchef, i le dió orden de que se le reuniese a la mayor brevedad con la guarnición de aquella plaza.

Beauchef recibió con asombro una nueva tan inesperada, i quedó sumerjido con ella en una estrema perplejidad. Vacilaba entre las prescripciones de la ordenanza i sus deberes de ciudadano. Sin mas datos para determinarse que el pliego de Freire, no sabía realmente qué resolución tomar. En esa incertidumbre, adoptó el partido

de aguardar los acontecimientos; i mientras tanto, no confió a nadie el contenido de la nota que le habian enviado de Concepción.

Se hallaba en esa disposición de ánimo, cuando arribó al puerto la goleta de guerra *Motezuma*. Su comandante Covarrubio desembarcó sin tardanza, i entregó al gobernador oficios de O'Higgins, por los cuales le comunicaba la insurrección del sur, i le mandaba dirijirse inmediatamente con su tropa a Valparaíso.

Beauchef los leyó; i a continuación, pidió como amigo al portador que le diese a conocer con sinceridad el estado de la república. Covarrubio le contestó que, como hombre de honor, no podia ocultarle que toda ella estaba sublevada, si no de hecho, al menos de intención, i que consideraba perdida la causa del director.

Con esta esplicación, Beauchef salió de dudas, i tomó una determinación definitiva. Convocó al cabildo i a los oficiales de su división, les leyó las notas de O'Higgins i de Freire, i les manifestó que, aunque la obligación del soldado era sostener las autoridades constituidas, con todo, en el caso presente, juzgaria una sinrazón i una imprudencia no plegarse a un movimiento que estaba apoyado por la república entera i el ejército del sur, a que ellos pertenecian. Su opinión era que debian incorporarse a las tropas del jeneral Freire.

El cabildo i casi todos los oficiales aprobaron

el anterior dictamen. Fueron contados aquellos de estos últimos que protestaron contra él.

Se decidió que los disidentes quedarian de guarnición en la plaza, i los demás se embarcaron para dirijirse a Talcahuano en la goleta *Motezuma* i la fragata *Independencia*, que por entonces estaba bloqueando el archipiélago de Chiloé.

Beauchef llevaba consigo cuatrocientos infantes, cuatro piezas de campaña servidas por treinta artilleros, i víveres para un mes.

Luego que le llegó este refuerzo, mayor de lo que él mismo esperaba, Freire resolvió marchar sobre Santiago. Al efecto, embarcó su infantería i su artillería, e hizo rumbo a Valparaíso.

La caballería caminó por tierra a las órdenes de don Salvador Puga.

VI.

El 20 de diciembre de 1822, el cabildo i vecindario de la Serena se congregaron en sesión solemne. Acababa de llegarles la proposición de Freire i de la asamblea de Concepción, por la cual les invitaban a cooperar al triunfo del movimiento que acababa de operarse en el sur, haciendo de este modo respetar la voluntad de los pueblos. Los coquimbanos por unanimidad aprobaron el proceder de sus hermanos de Concepción, i determinaron trabajar con ellos por la libertad del país.

Como los del sur, establecieron una asamblea provincial, la cual delegó el poder ejecutivo a una junta compuesta de don Ramón Varela, don Juan Miguel Munizaga i don Gregorio Aracena.

Sin pérdida de tiempo, diputados provinciales i miembros de la junta ejecutiva se pusieron a trabajar con empeño en propagar la revolución por el norte, como los de Concepción la estendian por el otro estremo de la república.

Con este objeto, enviaron comisionados especiales a las distintas poblaciones de la provincia. En todas partes, el movimiento de la Serena fué acojido con entusiasmo. El descontento contra la administración de O'Higgins era casi unánime. Todos deseaban con ansia que se organizara el estado bajo un réjimen legal.

VII.

Illapel era la villa mas austral de la provincia, i en consecuencia, aquella que, por su posición, debia rechazar la primera los esfuerzos que indudablemente haria el director para sofocar la insurrección del norte. Importaba, pues, muchísimo que los vecinos de aquel pueblo abrazasen con calor la causa popular, i se pusiesen en estado de resistir a las tropas del gobierno.

Por este motivo, la asamblea de la Serena cuidó de elejir para ajente revolucionario en esta po-

blación a don Francisco Solano Lastarria, hombre activo i emprendedor, que no podia ser mas idóneo para el destino. Este comisionado se desempeñó perfectamente, i consiguió que el vecindario de Illapel se distinguiese, entre todos los demás, por su entusiasmo i decisión.

Es verdad que tuvo la buena fortuna de contar con la cooperación de don Miguel Irarrázaval, el padre de aquel joven diputado que negó a la convención preparatoria la facultad de dictar una constitución.

Era éste el mas rico propietario del departamento, i podia decir sin baladronada: *Illapel soi yo*. Pertenecia a una familia verdaderamente aristocrática, que habria podido ostentar sus blasones entre los titulados mismos de Castilla. Sus mayores habian combatido con brillo en la guerra de los treinta años; habian sido jeneralísimos de los ejércitos españoles, comendadores de las órdenes militares establecidas en la Península, virreyes de los reinos de la monarquía; i mas tarde, habian regado con su sangre la Araucanía, batallando contra los indios, como en Europa habian batallado contra los herejes.

Don Miguel, aunque abstraído de la vida pública, habia heredado de sus antepasadas el valor personal, i la prodigalidad de gran señor para protejer a cuantos le rodeaban. Su bolsillo estaba siempre abierto para todo el mundo. Esto habia

hecho que el ex-marqués de la Pica se hubiera ligado por beneficios a todos los moradores de Illapel, los cuales veneraban en aquel bondadoso a la par que altivo caballero al representante de la familia mas opulenta de la comarca, i amaban en él al protector jeneroso de todas sus necesidades.

A estos títulos, añadia Irarrázaval el prestijio de una hazaña reciente que le habia merecido la gratitud del vecindario. A principios de 1818, por un acto de valor, habia salvado aquella villa de una ruina completa.

Vivia entonces, por aquellos alrededores, un mestizo turbulento llamado Carvajal, que, por ciertas relaciones de servidumbre, profesaba opiniones realistas. Este se aprovechó del descontento que un cambio de cacique habia producido entre los indios de Chalinga, reducción inmediata a Illapel, i logró sublevarlos, a nombre del rei, dándose por ajente autorizado para ello por el jeneral don Mariano Ossorio.

Era precisamente ese 19 de marzo de 1818 que presenció el desastre de Cancha-Rayada, i la mayor parte de la población se encontraba en la iglesia parroquial celebrando los oficios del jueves santo, cuando el mestizo se precipitó sobre ella a la cabeza de doscientos indíjenas, seguidos de sus mujeres i niños. La santidad del lugar no los contuvo; i dentro del templo mismo, acuchillaron a varios de los asistentes. La resistencia fué impo-

sible. Carvajal aseguró a todos los notables, i los encerró en la cárcel.

El, con su tropa de bárbaros, se acampó en la plaza.

Treinta horas permaneció en aquella posición.

Los indefensos habitantes, trémulos, dentro de sus casas, aguardaban por momentos un saqueo i un degüello jeneral. Sus temores no eran vanos. Solo a fuerza de ardides, pudieron algunos individuos, que tenian influencia sobre Carvajal, obtener que retardara la señal.

Al fin, Dios se apiadó de aquella mísera población. Se anunció que don Gabriel Larraín i don José María Caballero, marchaban contra los insurrectos al frente de algunos milicianos.

A esta noticia, Carvajal hizo que su jente montara a caballo; i dejando una cierta porción de ella para custodia de la villa, salió al campo con el objeto de combatir contra los patriotas.

La reyerta no fué larga ni dudosa. Los indios, superiores en número i valentía, hicieron prontamente volver caras a los agresores. Se pusieron entonces a perseguirlos con encarnizamiento en todas direcciones. Pero mientras se entretenian i cansaban sus caballos en esta operación, se posesionaba de Illapel, el que debia reducirlos a la obediencia.

Don Miguel Irarrázaval estaba en su hacienda al tiempo de la invasión. No obstante, habia sa-

bido lo que ocurria, porque Carvajal, que le respetaba como todos los demás, le habia enviado a ofrecer, que si consentia en ello, le proclamaria gobernador. Irarrázaval no habia respondido nada, i se habia venido de incógnito a Illapel. Allí habia reunido catorce o quince hombres, i los habia armado del mejor modo posible.

Poco después de haber partido Carvajal, con una parte de los suyos, para cerrar el paso a los milicianos de Larraín, don Miguel se habia precipitado sobre los indios que habian quedado de guardia, i los habia obligado a rendirse.

En seguida, corrió al encuentro del cuerpo principal. Hallóle que regresaba vencedor, pero con los caballos estenuados de fatiga; apenas podian hacerlos moverse.

La sola vista del marqués, como ellos le llamaban, impuso a todos, menos a Carvajal, que venía a la cabeza, i que no desmintió un solo instante su osadía i su coraje.

Don Miguel llevaba en la mano una escopeta, cuya certera puntería era famosa en la comarca. Apuntóla sobre el pecho del mestizo, i le intimó que se entregara.

Carvajal abandonó su caballo, que de puro cansado para nada le servia; colocóse frente a frente de su adversario, con la mirada fija i la espada desnuda, i no le dió mas respuesta que—*el toro bravo no se rinde.*

La jente de uno i otro caudillo estaba, entretanto, silenciosa i atenta al resultado de aquel combate singular.

Irarrázaval soltó el gatillo de su fiel escopeta, pero la ceba no prendió.

Favorecido por este incidente, el mestizo se lanzó sobre él como un relámpago; pero don Miguel, aprovechándose de la ventaja de estar a caballo, retrocedió un buen trecho, i pudo renovar la ceba.

Apuntó por segunda vez; i por segunda vez, la escopeta no hizo fuego.

Se repitió lo mismo por tres ocasiones.

En cada una, Carvajal redobló la impetuosidad de su ataque. En una de sus acometidas, hirió al caballo de su contendiente en el anca.

Al fin, el tiro salió; i el jefe insurrecto, herido en la frente, midió con su cuerpo la tierra.

La muerte del caudillo produjo la completa dispersión de los indios. De esta manera, puede decirse que un solo hombre derrotó a doscientos.

Con tal proeza, Irarrázaval salvó a Illapel, i el pueblo añadió este beneficio a los otros de que se le confesaba deudor.

Contar con un hombre, como el que he procurado dar a conocer, era contar con el vecindario de la villa. Así es que éste aceptó sin discrepancia la proposición de Lastarria. Se destituyó al gobernador que habia, i se le remplazó por una

junta cuyo presidente era Irarrázaval, i vocales don Gabriel Larraín i el mismo Lastarria.

VIII.

Los nuevos gobernantes de Illapel no se durmieron sobre sus asientos. Previendo que el director no dejaria de enviar fuerzas para sofocar la insurrección del norte, acuartelaron las milicias, ordenaron una leva, i pidieron ausilios a la Serena.

Junto con estas providencias, enviaron ajentes secretos con cartas i proclamas a Petorca, la Ligua, Quillota i San Felipe, para conmover aquellas poblaciones. En todas ellas, los comisarios encontraron la mejor disposición, i recibieron la seguridad de que todas se sublevarian a la aproximacion de las tropas coquimbanas.

El gobernador de la Ligua, capitán de línea don Agustín Gallegos, no se limitó a responder favorablemente a las insinuaciones que se le hicieron, sino que se vino luego a Illapel a ofrecer sus servicios como militar, trayéndose un tambor i cuatro fusiles, que era todo el armamento que habia en el partido de su mando.

La asamblea de la Serena nombró a don Miguel Irarrázaval jeneral en jefe de las tropas de la provincia, i le remitió cuanta jente i recursos pudo.

Con esto, se formó una división de cuatrocientos hombres, que se componia de ciento cicuenta cívicos de infantería de Coquimbo, ciento de Illapel, veinticinco artilleros con dos piezas, i cien milicianos de caballería. A éstos, se agregaban unos treinta españoles prisioneros de Maipo, armados con fusiles, a quienes se habia prometido que la victoria sería para ellos la libertad, i los cuales constituian toda la esperanza de aquella división bisoña.

IX.

Entretanto se ignoraban completamente las operaciones del jeneral Freire, i los progresos del movimiento en Concepción.

La misma oscuridad habia respecto de la capital. Se aseguraba únicamente que habian partido fuerzas con el objeto de someter a los coquimbanos; pero no se conocia absolutamente ni su número, ni su dirección.

Para salir de incertidumbres, determinó Irarrázaval tomar la ofensiva, i avanzar. En efecto, se puso a buscar con todo empeño al enemigo; mas gastó varios dias en marchas i contramarchas, sin poder averiguar ni de qué condición era, ni el camino que traia.

Al cabo supo de positivo que la fuerza agresora se componia de un escuadrón de cazadores a

caballo (ochenta o cien hombres) capitaneado por el comandante Boile, i que venía por la costa.

Guiado por estos datos, estableció su campamento en la cuesta de las Vacas, a unas seis leguas de Illapel, punto por donde indefectiblemente tenian que atravesar los o'higginistas.

Los libres de Coquimbo no las tenian todas consigo, a pesar de su superioridad numérica. Eran reclutas que no se habian batido nunca, i los cazadores gozaban de mucha fama; sin embargo, estaban resueltos a cumplir con su deber. La noche que precedió al dia del encuentro, la pasaron en vela sobre las armas.

Cuando amaneció, en vez del escuadrón que aguardaban, vieron venir a escape cuatro cazadores gritando con todos sus pulmones: *¡Viva Coquimbo!* Eran portadores de un pliego del sarjento Madariaga, por el cual comunicaba que se habia insurreccionado con la tropa, i puesto presos a sus jefes. Pedia órdenes.

El júbilo que produjo en la división esta fausta noticia, se deja entender sin que se le describa.

El escuadrón fué incorporado a los espedicionarios; sus sarjentos i cabos, ascendidos; i los oficiales, remitidos con escolta a la Serena.

La división de Coquimbo no se contentó con esta primera ventaja, i continuó su marcha sobre Santiago.

Durante el tránsito, no tuvo combates que em-

peñar, sino ovaciones que recibir. El entusiasmo i la decisión de los pueblos eran superiores a toda ponderación.

Las milicias de San Felipe i de los Andes, en vez de procurar impedir el paso a los insurrectos, se incorporaron a sus filas, i abrazaron la revolución con tanto ardor, como los coquimbanos mismos.

Animado por tantas i tan espontáneas manifestaciones, el ejército improvisado de Irarrázaval marchó derecho sobre la capital, sin que le causara temor el que talvez iba a tener que habérselas con veteranos, i resuelto a coadyuvar con su presencia el alzamiento de los santiaguinos contra la ursurpación del director. Pero antes de llegar al fin de su viaje, supo que O'Higgins habia caído, i que el drama estaba terminado.

CAPITULO XVIII.

Esperanzas que al principio concibe el gobierno de sofocar la insurrección, i firme resolución que toma de hacerlo así.—Ofrecimiento de ausilio hecho por el gobierno de Mendoza.—Abatimiento que remplaza en los gobernantes a las ilusiones de triunfo.—Renuncia de Rodríguez.—Determinación que toma O'Higgins de caer con dignidad.—Tentativas para arreglar amistosamente la cuestión.—Efervescencia de las provincias.—Pasada a los insurrectos de Concepción de la vanguardia mandada por el coronel Cruz.—Conferencia tenida por los plenipotenciarios de O'Higgins i los de Freire.—Empeño que toma el director para que se le dé tiempo de retirarse del mando con las apariencias de una renuncia voluntaria.—Comisión dada a Zañartu para que vaya a entenderse con Freire.—Orden del director al jeneral Prieto para que se replegue con sus tropas a Santiago.—Junta de los oficiales de la vanguardia convocada por O'Higgins.—Preparativos del vecindario de Santiago para una manifestación solemne de su voluntad.—Poblada del 28 de enero.—Irritación que este suceso causa al director, i medidas que toma para ver modo de disolverla.—Precauciones de defensa tomadas por el vecindario reunido.—Invitación que dirije a O'Higgins para que comparezca a su presencia.—Negativa de la madre de don Bernardo para persuadir a su hijo que acceda a la invitación del pueblo.—Mediación de Rodríguez i de Cruz.—Sesión del Consulado.—Renuncia de O'Higgins, i nombramiento de una junta gubernativa.—Falsa alarma en el cuartel de San Diego.—Partida de O'Higgins para Valparaíso.—Llegada de Freire a este puerto.—Residencia del director i sus ministros.—Partida de O'Higgins para el Perú.—Amor que, en la proscripción, manifiesta a Chile.—Elección de Freire para director supremo.

I.

He dicho ya que el director se encontraba en Valparaíso, cuando recibió la noticia de la insu-

rrección que don Ramón Freire habia encabezado en el sur.

El primer movimiento de su alma fué la determinación decidida de castigar a los que para él eran unos anarquistas, unos rebeldes, i sostenerse en el poder, a despecho de sus enemigos, por la fuerza.

Uno de sus jenerales le abandonaba; uno de sus ejércitos le negaba la obediencia; una de las provincias desconocia su autoridad, ¿Qué importaba? Le quedaban todavía fieles otros jefes militares; le quedaban dos ejércitos, uno en Valdivia, otro en Santiago; le quedaba la escuadra para interceptar las comuniciones, para dominar las costas i el mar; le quedaba la capital con sus grandes recursos; le quedaba sumisa casi toda la república; le quedaban su espada i su prestijio. Tenia elementos de sobra para imponer la lei a los descontentos, para escarmentar a los revoltosos.

Tal era la disposición de animo que traia, cuando regresó a Santiago.

Don José Antonio Rodríguez i todo el círculo ministerial participaban de los mismos sentimientos. Era preciso sofocar a toda costa la insurrección; i según lo pensaban, tenian los medios suficientes para ello. Convenia hacer un ejemplar terrible, que impidiese para el porvenir la repetición de actos tan funestos i criminales.

La rabia i el calor del primer momento no les permitia apreciar, como era debido, los sucesos del sur, i prever los resultados que, en el estado de la opinión pública, ellos iban indudablemente a producir.

Esta fe en el triunfo, esta confianza en sí mismos, la indignación que la desobediencia de Freire i sus secuaces causaba a aquellos gobernantes que habian contraído, el hábito de ser siempre acatados, les infundieron un ardor i una actividad estraordinaria para prepararse al sometimiento de los sublevados de Concepción. Todo fué aprestos marciales, levas, acopio de armas i pertrechos, disciplina de cuerpos, movimiento de tropas, trascripción de órdenes a los gobernantes subalternos para que contribuyesen a la organización del formidable ejército que debia restablecer la paz en la república, i someter a los revolucionarios del sur.

Con fecha 16 de diciembre, el director supremo comunicó de la manera siguiente a la corte de representantes las primeras providencias que habia tomado, pidiéndole eficaces ausilios para llevar a efecto su firme propósito de reducir a los insurrectos.

«Escelentísima Suprema Corte.—Tengo el disgusto de anunciar a Vuestra Escelencia Suprema una desgracia alarmante. Ya se han recibido comunicaciones oficiales de la sublevación de los

díscolos de Concepción con el gobernador intendente a su cabeza. ¡Nuestra patria va a perecer! i los laureles de doce años de revolución van a mancharse con la sangre i estragos de la guerra civil; esto es lo que verdaderamente siente mi corazón. El éxito no es dudoso, i debe sernos favorable!; mas para asegurarlo firmemente, pido la mas enérjica cooperación de Vuestra Escelencia Suprema en la ejecución de mis planes. Vuestra Escelencia Suprema puede estar seguro de que mi espada, acostumbrada a vencer los enemigos esteriores, estará ahora también siempre a su lado, para conservar el orden, las vidas, la seguridad i las propiedades de los ciudadanos pacíficos, i no se colgará, como he dicho otra vez, hasta que no deje ni enemigos ni ingratos.

«La independencia i la paz, que, a trueque de tantos i tan heroicos sacrificios, goza Chile, no debia ser turbada, i menos por sus hijos..... mas el orden será restablecido a todo trance, i la constitución que hemos jurado, será sostenida.

«Facultado a este fin ampliamente por Vuestra Escelencia Suprema, al primer rumor de este desgraciado incidente, dí órdenes; i todas las providencias necesarias están ya dictadas para poner en pié dos ejércitos; una fuerza considerable está ya en marcha sobre el Maule; nuevas tropas van a seguirle; i espero que la razón o la fuerza destruirán en breve el jermen de la anarquía.

«Para llevar adelante estas medidas, se necesitan fondos i recursos estraordinarios; no los hai, i debemos proporcionarlos necesariamente; la urjencia es suma i de momentos; i en este negocio, no puede haber ni paliativos, ni demora. Yo dejo enteramente a la elección de Vuestra Escelencia Suprema los medios mas adecuados; pero ha de conseguirse i realizarse el fin. El ministro secretario de hacienda instruirá a Vuestra Escelencia Suprema de las circunstancias que nos rodean, i de las cantidades que indispensablemente se necesitan para salir de ellas.

«Dígnese Vuestra Escelencia Suprema fijar su alta consideración en lo relacionado, i aceptar los sentimientos de mi mayor aprecio. Palacio Directorial en Santiago, 16 de diciembre de 1822.—BERNARDO O'HIGGINS.—*José Antonio Rodríguez.*»

II.

Todavía una fausta noticia vino a robustecer las esperanzas de O'Higgins i sus amigos. Don Miguel Zañartu, el ajente diplomático de Chile en Buenos Aires, habia pedido su carta de retiro, i precisamente en aquel mismo tiempo, regresaba a su país. Estaba de tránsito en Mendoza, cuando se supo en aquella ciudad el alzamiento de Freire.

Los mendocinos, i sobre todo los gobernantes

de la provincia, eran mui afectos a don Bernardo, que habia recompensado jenerosamente sus servicios en la lucha contra Carrera. Por lo tanto, todos ellos recibieron con sumo disgusto la nueva del suceso, i lo consideraron, no como un negocio doméstico de tal república, sino como una calamidad americana.

Zañartu, con su talento i actividad habitual, sacó provecho de estas disposiciones favorables a su partido, e hizo que no quedaran reducidas a buenos deseos. En efecto, por las diestras insinuaciones del hábil diplomático, el gobierno de Mendoza, dejándose llevar del primer ardor de su entusiasmo, i siendo en esto el eco de aquel vecindario, ofreció a O'Higgins el ausilio de mil quinientos o dos mil soldados. Don José Albino Gutiérrez, el vencedor de la Punta del Médano, dijo de todas veras que si así se estimaba por conveniente, estaba pronto a marchar, en el término de tres dias, a la cabeza de esta fuerza.

Zañartu se apresuró a comunicar, por un correo estraordinario, al gabinete de Santiago estas promesas, que no eran sino puras promesas; pero que aquí aparentemente fueron creídas, i en consecuencia, recibidas con estremada satisfacción por los interesados.

Con este socorro estranjero, i los elementos de defensa de que disponian en el país, creyeron los o'higginistas que la victoria era segurísima.

¿Quién sería tan desconfiado para ponerla en duda? ¿Por qué motivos con visos siquiera de fundados, podria hacerlo?

En una carta, que tengo a la vista, escrita por Rodríguez a don José Antonio Bustamante, después de darle cuenta del ofrecimiento que acababa de hacer el gobierno de Mendoza, por medio de Zañartu, i de varios otros incidentes, todos favorables a la causa directorial, le anuncia que los sublevados del sur, conociendo, aunque tarde, que han obrado con lijereza, tienen prontos sus caballos para huir, i buscar la impunidad en la formación de montoneras; pero que don Bernardo toma sus medidas para cercarlos, i hacer inútiles aquellos preparativos de fuga.

III.

Sin embargo, estas ilusiones duraron poco. La marcha de los acontecimientos, la actitud del pueblo eran tales, que debian hacer palpar la realidad de las cosas i lo quimérico de las esperanzas de triunfo, aun a los parciales mas visionarios de la administración.

El 1.° de enero de 1823, llegó a Santiago la noticia de que toda la provincia de Coquimbo, desde la Serena hasta Illapel, estaba insurreccionada; i de que, como la de Concepción, exijia la reforma de los abusos, i entretanto habia reasumido su soberanía.

La importancia de este suceso, puede decirse, que, bajo el aspecto material, era insignificante, pero bajo el aspecto moral, era inmensa. En Coquimbo, no habia, como en el sur, un ejército veterano, capaz de hacer respetar a cañonazos la voluntad de los ciudadanos; pero habia una población ilustrada i numerosa que casi en masa protestaba contra la conducta del director i sus allegados. El movimiento del norte daba al de Concepción el apoyo de la opinión.

Así, las dos estremidades de la república se levantaban contra O'Higgins, i cada una de ellas por su lado dirijia sus fuerzas sobre el centro para propagar la conflagración por todo el país.

Santiago, bajo el peso del gobierno i de una fuerte guarnición, se mantenia quieto; mas era evidente que las simpatías de todos los habitantes estaban por la revolución. Los gobernantes no encontraban por donde quiera sino tibieza, disposiciones hostiles; no veian sino rostros que apenas disfrazaban el odio de que ellos eran objeto, o la alegría inspirada por las ventajas de sus adversarios; no escuchaban sino palabras frias, semi-ofensivas aun por la mala voluntad que dejaban adivinar. Nadie les manifestaba solicitud; nadie se mostraba dispuesto a servirlos con abnegación; nadie se les ofrecia, siquiera para consuelo, a sucumbir con ellos, i a participar de su desgracia. Los subalternos mismos de la adminis-

tración estaban revelando en sus maneras, que aguardaban nuevos jefes por momentos. Era claro para quien tenia ojos i queria ver que aquel gobierno llevaba ya las señales de la muerte.

Los hombres de la dictadura de O'Higgins habian cometido faltas mui graves, crímenes aun; pero ese abandono en la adversidad era un castigo bien doloroso, una espiación mui terrrible.

IV.

La sublevación de Coquimbo, el silencio hostil de la capital, abatieron a los gobernantes, i les quitaron todos sus brios. No consideraron ya la victoria como una cosa fácil; pensaron al contrario que obtenerla sería casi un milagro. A la confianza, sucedió el desaliento; a las ilusiones, el desengaño de la realidad.

El 7 de enero, don José Antonio Rodríguez hizo dimisión de su cartera; cedia el campo a sus adversarios, i se confesaba vencido.

Al dia siguiente, un decreto supremo le admitió la renuncia, dándole las gracias por sus buenos servicios i el fiel desempeño de su cargo.

Rodríguez, en la solicitud que con el objeto referido habia elevado al director, habia tenido cuidado de indicar la necesidad de la pronta reunión de un congreso, que terminase las diferencias con las provincias del sur i del norte, i de consignar,

en el mismo documento, que desde el principio de las turbulencias, habia sido éste su dictamen. Sin embargo, los hechos que he narrado, i el tono de los escritos que he copiado, no manifestaban tan buenas i conciliadoras disposiciones.

V.

No obstante el retiro de su primer ministro, O'Higgins permaneció en su puesto, pero ya no como antes, con ánimo de mantener la espada fuera de la vaina hasta no dejar un solo ingrato sin castigo, un solo revoltoso sin escarmiento. La fuerza irresistible de los acontecimientos habia doblegado su arrogancia i hecho mas humildes sus pretensiones.

Quizá conservaba todavía en el fondo del alma una vaga idea, que él mismo debia esforzarse en desechar como imposible, de retener el mando; la esperanza es el último amigo que abandona al hombre en la desgracia; pero lo que, en vista de los sucesos, ansiaba por conseguir, era, no tanto continuar en el poder, como descender con honor, con dignidad. Queria que no se le obligara a rendirse a discreción, que no se le espulsara a empellones de su palacio, que se le permitiera salir de él, como habia entrado, con la frente erguida; en una palabra, queria tratar, i no que se le venciera; renunciar, i no que se le depusiera.

Desde la salida de Rodríguez, fué este el blanco de todas sus aspiraciones, el objeto de todos sus conatos.

Para alcanzar el logro de tal deseo, contaba con un ejército bien disciplinado, i todavía fiel. Tenia avanzado en la hacienda de Quechereguas, provincia de Talca, un escuadron de cazadores a las órdenes del coronel don José María de la Cruz, jefe de la vanguardia. Las partidas de esta fuerza tenian frecuentes encuentros con otras tambien de cazadores que Freire habia destacado a las márjenes del Maule. Una división compuesta del número 7 de línea, de un escuadrón de caballería i de algunas piezas de artillería, estaba acantonada en Rancagua, bajo el mando de don Joaquín Prieto, que era jeneral en jefe del ejército de operaciones. Quedaban todavía de guarnición en Santiago, el rejimiento de la *Guardia de Honor*, comandante don Luis José Pereira, una compañía de artilleros, comandante don Francisco Formas, i el escuadrón de la escolta, comandante don Mariano Merlo.

Se habia procurado igualmente poner en servicio activo las milicias del país; pero casi todas ellas habian rehusado sostener la dictadura, i se habian desbandado tan pronto, como se habia intentado sacarlas a campaña.

O'Higgins confiaba en las tropas que acabo de enumerar, para obtener una capitulación honrosa.

VI.

Con esta intención, escribió a Freire proponiéndole arreglar sus diferencias sin derramamiento de sangre, por medio de comisionados de una i otra parte, que se reunirian en Talca.

Freire aceptó la propuesta, i nombró para el efecto a don Pedro Zañartu i a don Pedro José del Rio, miembros de la asamblea provincial de Concepción.

Don Bernardo dió sus poderes a don José Gregorio Argomedo, don Salvador de la Cavareda i don José María Astorga, i los autorizó para que tratasen con las condiciones siguientes; él renunciaria el mando, i lo delegaria en Freire; éste quedaba obligado a convocar inmediatamente un congreso constituyente; O'Higgins pedia para sí el jeneralato de un ejército ausiliar que don Luis de la Cruz acababa de venir a solicitar en nombre de los patriotas peruanos; si Freire preferia al título de director provisional el de jeneral de estas tropas, podia marchar con ellas, i en ese caso, sería don Bernardo quien quedaria obligado a reunir el congreso constituyente, i a depositar el mando en las manos de esta asamblea.

Los señores Argomedo, Cavareda i Astorga, partieron de Santiago el 18 de enero de 1823, para ir a cumplir su misión de concordia.

Luego que en su viaje comenzaron a recorrer el país, vieron con admiración «que los deseos de una reforma (son espresiones de ellos mismos) se habian jeneralizado hasta el estremo de apetecerla aun las últimas clases de la sociedad».

Para calmar la estraordinaria efervescencia que notaban en los ciudadanos, i ver modo de arribar a un arreglo pacífico, impidiendo que un levantamiento en masa de las irritadas poblaciones diese a la crisis una solución violenta i tumultuosa, adoptaron el arbitrio de congregar, a medida que fueron llegando a estas ciudades, el cabildo i vecindario de Rancagua, San Fernando i Curicó, i de manifestarles la disposición en que se hallaba el director de reunir un congreso constituyente, i de renunciar. Solo así pudieron apaciguar algun tanto la exaltación de los habitantes, i lograr que se mantuvieran quietos, aguardando el resultado de la negociación.

Sin embargo, los comisionados vieron todavía durante su viaje una nueva i alarmante muestra del desprestijio en que habia caído ese don Bernardo O'Higgins, antes tan influente sobre los militares, tan respetado por los paisanos.

La vanguardia que capitaneaba el coronel Cruz se insurreccionó, aclamó por su jefe a don Salvador Puga, i volvió sus armas contra el gobierno. Los soldados amaban a Cruz; era un valiente, i además los trataba bien; a pesar de eso, no pudie-

ron sustraerse al sentimiento jeneral que impulsaba a todos a pronunciarse contra las autoridades establecidas, i antes que servirlas, prefirieron abandonar a un jefe querido.

Los cazadores dejaron a la elección de Cruz: o que se pasara con ellos al ejército de Concepción, i continuara mandándolos; o que se volviera libre a Santiago. Cruz admitió la segunda oferta; se creia en el deber de venir en persona a dar cuenta al director del destino que habia corrido la tropa confiada a sus cuidados. En aquella época, O'Higgins pudo enumerar bien pocos oficiales que le probaran una fidelidad tan acendrada, como la del jefe de su vanguardia.

La insurrección de este cuerpo avanzado trajo para el gobierno la pérdida de todo lo que en la actualidad pertenece a la provincia de Talca.

Los enviados de don Bernardo, prosiguiendo entretanto su camino, se encontraron con los de Freire.

Abiertas las conferencias, unos i otros convinieron sin dificultad en que O'Higgins debia renunciar el mando, i separarse del gobierno.

Luego que estuvo acordado este primer punto, los comisionados de Santiago pidieron, en nombre de los eminentes servicios prestados a la patria por el director, que aquella separación no se asemejase a una destitución, i que fuese acompañada de circunstancias que no la hicieran indeco-

rosa para el majistrado cesante, que, después de todo, habia rejido por tantos años la república. Para alcanzar el fin indicado, proponian que se le permitiera delegar la autoridad al que habia de sucederle. Los plenipotenciarios del sur aceptaron sin embarazo la condición, i consintieron en que don Bernardo se retirase del poder con todas las apariencias de quien lo deja voluntariamente.

Entonces los otros demostraron las ventajas de que la delegación recayese en don Ramón Freire.

Aquí comenzaron las dificultades. Zañartu i Rio tenian instrucciones espresas para que el gobierno se constituyera en un triunvirato, en el cual estuviesen representadas las tres provincias de Santiago, Concepción i Coquimbo; por lo tanto, les era absolutamente imposible admitir la inindicación. Sin embargo, consideraban el arreglo propuesto por Argomedo, Astorga i Cavareda preferible a aquel para el cual venian facultados.

A fin de allanar el inconveniente, resolvieron que Rio regresase apresuradamente a Concepción con el objeto de solicitar que se le autorizara para acordar aquel artículo, i concluir en seguida el ajuste de las estipulaciones.

Todos estos pasos eran inútiles. Los plenipotenciarios de una i otra parte tomaron esta determinación el 29 de enero; pero precisamente el dia anterior, el pueblo de Santiago habia puesto término a la cuestión.

VII.

O'Higgins, luego que se convenció de que su permanencia en el mando era imposible, buscó cómo calmar la ajitación del pueblo, i cómo conseguir que le diera tiempo para descender con dignidad del alto puesto que ocupaba. Estaba reruelto a abdicar el poder; veia demasiado bien que no le sería lícito retenerlo mas; pero deseaba retirarse honrosamente, con las apariencias de quien abandona un empleo por su propia voluntad, i no obligado por la fuerza.

Queria hacer pasar su vuelta a la vida privada como un acto de desprendimiento i abnegación, i no como un acto que le hubiera sido impuesto por la insurrección del pueblo i del ejército. Consentia en hacer una renuncia; pero su orgullo se revelaba a la idea de verse forzado a ceder delante de un motín de soldados, delante de una revuelta de demagogos; a juicio del dictador, los procedimientos de los ciudadanos i de las tropas, no merecian otro nombre. El pensamiento solo de semejante humillación le era insoportable.

Estaba pronto a devolver esa autoridad que se le disputaba; los chilenos, que daban la ingratitud por recompensa a sus servicios, no eran dignos de que él los mandase; pero estaba también decidido a impedir que mano estraña viniese a

arrancar con violencia de su pecho la banda directorial.

Como ese héroe de Homero que, en medio de la tempestad i la batalla, desafiaba a los dioses del Olimpo, O'Higgins se ponia en abierta lucha con un pueblo entero, insolentado por la sublevación, enfurecido por las pasiones políticas. Sintiéndose impotente para someterlo i castigarlo, no se resolvia, sin embargo, a cederle el campo, sino imponiéndole sus condiciones.

Para que se le dejara salir de su palacio sin insultos, sin desdoro, sin humillaciones, prometió acceder espontáneamente a cuanto se le exijia por la fuerza. Ofreció renunciar al título de director, dejar preparada la reunión de una asamblea constituyente, hacer una amplia justicia a todos las reclamaciones.

Mas para eso, era preciso que no se le viniera a intimar con ejércitos, con pobladas. De otro modo, él sería vencido combatiendo. ¿I quién sabe? la suerte de las armas es siempre dudosa. Él también tenia soldados bravos i fieles; tenia la división de Cruz, la división de Prieto, la guarnición de Santiago. Si se empeñaban en recurrir a las armas, recurririan a ellas, i verian!

VIII.

Habia ordenado terminantemente a los redac-

tores de periódicos que no hicieran la menor alusión a las ocurrencias del dia; temblaba de dar con la publicidad pábulo a la ajitación de los ánimos.

A pesar de esta prohibición, hizo insertar en el *Mercurio de Chile* la renuncia del ministro Rodríguez. La retirada de su favorito era una prenda de la sinceridad de sus promesas, que daba a los descontentos.

En ese documento, se hacía además referencia a la pronta convocatoria de un congreso, como a cosa resuelta en el gabinete. Convenia grandemente que el pueblo tuviera conocimiento de este hecho para que se aquietara i aguardara el desenlace de la crisis en sosiego, i sin recurrir a las últimas estremidades. Lo que deseaba O'Higgins era conservar ilesa la dignidad de su persona, i conseguir, a costa de cualquier sacrificio, que se le respetara.

El mismo dia que se daba a luz la renuncia del ministro, partia para el sur la comisión conciliadora. Los amigos de don Bernardo cuidaban de comunicar a quien queria oírles cuáles eran las instrucciones de aquellos plenipotenciarios: iban a tratar de dar una soluciópu pacífica a la cuestión; O'Higgins prometia renunciar, i pedia que una asamblea legalmente elejida dictase una constitución; era necesario que los ciudadanos diesen tiempo para ajustar la negociación mencionada, i

que no precipitasen los sucesos con pretensiones indebidas, con actos reprensibles de impaciencia.

Todo esto estaba destinado a aplacar la irritación de los habitantes; pero todo era trabajo inútil i perdido. Un gobierno que carece de autoridad moral i de fuerza material, no puede hacerse respetar. Un hombre que está ya caído no debe lisonjearse nunca de imponer condiciones a nadie, mucho menos a los vencedores.

El plan de O'Higgins era irrealizable. Para poder llevarlo a cabo, habria necesitado de un ejército que le fuese fiel, i las tropas con que él contaba estaban insurreccionadas, si no de hecho, al menos de intención.

Acababa de saberse en Santiago la pasada de la vanguardia a los sublevados de Concepción, cuando se recibió la noticia de que el escuadrón de Boile habia hecho otro tanto en Illapel con los coquimbanos. ¿Qué recurso quedada entonces al gobierno? Los batallones que habia alistado para que le defendiesen, luego que llegaban a la vista del enemigo, en vez de pelear, corrian a engrosar las filas contrarias.

IX.

Estos sucesos manifestaron a don Bernardo que su situación iba de mal en peor; i que si no se

apresuraba a tratar con los insurrectos, corria riesgo de ser aprehendido en su propio palacio.

Don Miguel Zañartu acababa de llegar a Santiago. O'Higgins creyó que un comisionado como éste alijeraria las negociaciones, i le hizo salir sin tardanza para que fuese a ver modo de arreglarse con Freire. Zañartu llevaba la siguiente carta de introducción:

«*Santiago, enero* 25 *de* 1823.

«Mi distinguido amigo.—Nuestro amigo común don Miguel Zañartu parte inmediatamente a buscar a Usted donde le encuentre; no puedo tener un mejor intérprete de mis intenciones; cuanto Usted desee saber de mí, le será esplanado por él, i estoi cierto que todo, todo se conciliará de un modo honorable i conveniente a la patria. Estos son los deseos de su siempre amigo invariable.—*Bernardo O'Higgins.*

Señor don Ramón Freire.»

Después de las dos defecciones que acababa de sufrir, el director, queriendo vijilar por sí mismo sobre las tropas que le quedaban, determinó concentrarlas en la capital, aunque para esto tuviera que abandonar a sus contrarios el resto de la república. El gobierno comenzaba a agonizar: como sucede a los moribundos, la vida se retiraba de sus estremidades, i solo le animaba ya el corazón.

El 26 de enero, O'Higgins dió orden al jeneral en jefe de su ejército, don Joaquín Prieto, de que recojiera todo el armamento que se habia repartido a las poblaciones para la defensa, i se replegara a Santiago con la división de su mando acantonada en Rancagua. Daba por fundamento de esta disposición, no por supuesto el verdadero, sino la necesidad que habia de dejar a los ciudadanos completamente libres para cuando procediesen a la elección de los diputados que habian de componer el próximo congreso constituyente.

Ese mismo dia, reunió en su palacio a todos los oficiales de línea i de la guardia cívica que existian en la capital. Les hizo una pintura triste de la situación de la república; les pidió que, sin alistarse en los bandos políticos, fueran los defensores del orden, de las propiedades i de la seguridad de los habitantes; i concluyó proponiéndoles que se comprometieran por juramento al exacto desempeño de deberes tan sagrados. Dichas estas palabras, se retiró de la sala, i los dejó en libertad para resolver.

Muchos de los concurrentes habian prestado ya el juramento, cuando el mayor Barainca, interrumpiendo la operación, manifestó que la promesa que se les exijia era poco determinada, de sentido ambiguo, i que, a su juicio, el estado del país reclamaba la congregación, no solo de los militares, sino también de las corporaciones ci-

viles i eclesiásticas para que, entre todos, acordasen lo conveniente. Esta indicación fué apoyada por don Ignacio Reyes, don Domingo Godoi i un alférez de la escolta, i adoptada en seguida por todos los presentes.

El director supremo, luego que fué informado de lo que habia ocurrido, aprobó también el acuerdo; i al siguiente dia 27 de enero, mandó al ministro de gobierno Echeverría que dictase las providencias precisas para que aquella reunión jeneral se verificase prontamente.

X.

Esta apelación al pueblo venía demasiado tarde. Aquel mismo dia 27, los representantes mas caracterizados del vecindario habian determinado sin la anuencia de O'Higgins, congregarse ellos i los demás padres de familia en sesión solemne, i poner de una vez término a la azarosa situación en que se encontraba la república.

Era urjentísimo restablecer la tranquilidad. No podian vivir por mas tiempo en medio de tantas alarmas, de tantas zozobras, de tanta ajitación. La paralización de los negocios era completa, i estaba preparando la bancarrota de los particulares, la ruina de la república. Importaba que aquella anarquía cesase pronto; lo que la fomentaba era la presencia de un solo hombre, i por consi-

guiente ese debia caer, debia ser hecho a un lado; las delicadezas del amor propio de un individuo no podian hacer contrapeso en la balanza a los intereses de un pueblo.

Además, si el vecindario de la capital no tomaba en la cuestión la parte que le correspondia, los ejércitos de las provincias entrarian en la ciudad tambor batiente i banderas desplegadas, i como vencedores dictarian las condiciones del nuevo pacto social, organizando el estado según su conveniencia i capricho. Era preciso evitar a toda costa esa vergüenza; era indispensable atender a que no fuera ajada la dignidad de la capital de Chile.

Estas i otras consideraciones habian inspirado a los ciudadanos que entonces llevaban la voz entre los demás la idea de promover una manifestación solemne, imponente, que, dando a conocer de un modo palpable la opinión casi unánime de los santiaguinos, obligara a don Bernardo a que hiciera dimisión de la dictadura.

Dias antes aún, habrian puesto en ejecución el pensamiento, si no los hubiera contenido el temor de ser dispersados a bayonetazos por los soldados de la guarnición. Sabian, sin embargo, que los jefes de los cuerpos i la mayor parte de los oficiales habian mostrado en conversaciones privadas el mismo descontento, que los paisanos; pero nadie se habia atrevido todavía a proponerles el

proyecto, i a exijirles el compromiso formal de que cooperarian a su realización.

Al fin, el 27 de enero, los promotores de la reunión se decidieron a obrar a cara descubierta. Contaban con la aquiescencia del intendente de Santiago don José María Guzmán, con la aprobación de casi todos los miembros del cabildo, con el ausilio del comandante de artillería don Francisco Formas, con el del comandante de la escolta don Mariano Merlo. Faltaba solo asegurarse la ayuda de Pereira, que era la mas importante, pues la *Guardia de Honor* ascendia como a mil plazas.

Este jefe estaba estrechamente relacionado con O'Higgins, i era su amigo personal. Así, nadie queria encargarse de ir a preguntarle qué conducta observarian él i su rejimiento, caso de verificarse la manifestación que se preparaba.

Por último, don Juan Melgarejo i don Buenaventura Lavalle, dos jóvenes que se distinguian por su actividad en la maquinación, se ofrecieron para dirijir a aquel jefe una pregunta que era un si es no es peligrosa. Pereira les contestó con franqueza que su rejimiento no volveria jamás las armas contra una reunión popular tan respetable como la que se proyectaba; pero que, en cambio, exijia que la persona del director fuese considerada, i no recibiese ningún insulto.

Conocidas de un modo positivo las buenas dis-

posiciones en que se encontraba el comandante de la *Guardia*, no habia ningún embarazo para ejecutar lo pensado.

Sin pérdida de tiempo, los mismos Melgarejo i Lavalle redactaron unos carteles por los cuales se invitaba a los ciudadanos para que, al dia siguiente, 28 de enero de 1823, se congregasen a resolver lo que mejor conviniese a la república; i ellos mismos, protejidos por las tinieblas de la noche, fueron fijándolos en las esquinas de la ciudad.

XI.

El 28 de enero, entre las diez i once de la mañana, la parte mas visible del vecindario comenzó a juntarse en los salones de la intendencia, que ocupaba entonces la casa de los obispos al costado de la catedral. Asistieron a aquella reunión los hombres mas condecorados de Santiago, i entre ellos, algunos que jamás habian tomado la menor injerencia en la política.

A las doce del dia, la concurrencia, que no cabia en aquel edificio, resolvió trasladarse a la sala del consulado, donde ahora se reune la cámara de senadores. Hubo jente para llenar, no solo esa sala, sino también el patio.

Todos los individus de aquella asamblea, verdaderamente respetable por muchos motivos, estaban acordes en que don Bernardo O'Higgins debia

ser separado del mando. No veian otro medio de conjurar la multitud de males que amenazaban al país.

Entretanto, el director era informado en su palacio de lo que estaba sucediendo, i se ponia furioso al saber una manifestación que reputaba un desacato contra la autoridad, un insulto a su persona. Bien fuera que le engañasen los que le llevaban las noticias, bien que la indignación no le dejara comprender la importancia de aquel acontecimiento, lo cierto es que se obstinó en mirar aquella reunión como *una asonada promovida por unos cuantos demagogos i cuatro mozos de café*, i que prometió no dejar impune tamaña insolencia.

Al instante impartió órdenes para que los comandantes de la escolta i de la *Guardia* tuvieran listas sus tropas respectivas.

No tardó en saber que Merlo, aunque no habia rehusado obedecer, habia hablado de respetos al pueblo, i manifestado la resolución de no cooperar a ningún acto hostil contra los ciudadanos reunidos en el Consulado.

A esta noticia, sube de punto su furor. Se dirije del palacio al cuartel, acompañado de solos sus edecanes. Busca a Merlo; en presencia de los soldados, le arranca las charrateras de los hombros, i se las pisotea; después le arroja a empellones para la calle.

Los soldados victorean al director. O'Higgins

les da a reconocer por su comandante a don Agustín López, i sale con ellos a la plaza. Allí los deja formados; i con un corto número, se encamina al convento de San Agustín, donde se hallaba acuartelado el rejimiento de la *Guardia de Honor*.

El centinela que está a la puerta hace ademán de atajarle el paso.—*Esa consigna no se estiende al director supremo de la república*, le gritó O'Higgins con voz tonante, i sigue su camino, sin que el soldado se atreva a impedírselo.

Pereira le recibe con consideraciones, i procura calmarle; pero le hace entender que, en caso de un conflicto, no se halla dispuesto a embestir contra el pueblo, aunque sí a exijir que se güarde todo el respeto debido a la persona de don Bernardo.

O'Higgins, en medio de su acaloramiento, da él mismo a la tropa las voces de mando para que se ponga en marcha; no es obedecido. Pereira le recuerda con moderación que el comandante es quien debe entenderse con los subalternos, i que es a éste a quien el director debe trasmitir, para que se cumplan, las órdenes que tenga a bien.

O'Higgins le toma entonces del brazo; director i comandante, enlazados de ese modo, se ponen a la cabeza del rejimiento, i van a situarse en la plaza, que guarnecia ya, como lo he dicho, la mayor parte de la escolta.

En este lugar, permaneció largo tiempo don Bernardo ajitado por la mas violenta indignación, impaciente por castigar a los *revoltosos* del Consulado, i dudando si podria contar o nó con la fidelidad de una tropa que acababa de darle muestras tan poco equívocas de insubordinación.

XII.

Al mismo tiempo que el director toma contra la asamblea del Consulado las medidas hostiles que he referido, ésta, por su parte, no se descuidaba, i se preparaba a la defensa, por lo que pudiera suceder.

El intendente de la provincia, que puede decirse, era quien presidia aquel solemne *cabildo abierto*, dió orden a los oficiales de la guardia nacional para que reuniesen sus soldados i los pusiesen sobre las armas. Se hizo que el cuerpo de artillería, que desde temprano se habia plegado al movimiento, viniera a fortificar con sus cañones el cuartel de San Diego, donde los cívicos se encontraban situados. Se mandaron trasportar de la maestranza, al mismo punto, fusiles, sables i municiones, i se incitó a los ciudadanos a armarse en apoyó de la causa popular. El llamamiento fué escuchado; i en pocas horas, quedó improvisado un verdadero ejército de voluntarios, que estaban dispuestos a sostener, aunque fuera a costa de su sangre, la justicia de sus pretensiones.

La asamblea del Consulado estaba, sin embargo, mui distante de querer recurrir a la violencia; su mas ardiente deseo era evitar cualquier conflicto. Si dictaba aquellas disposiciones marciales, era precisamente con el objeto de hacerse respetar, i de impedir, por la ostentación de sus recursos, todo pensamiento de resistencia, que la desesperación pudiese inspirar a don Bernardo. Conocia que éste, en el estado de las cosas, no podria emprender nada de eso con provecho; pero temia que una tentativa imprudente produjese males irreparables, desastres innecesarios, i talvez una matanza que, por largo tiempo, hiciera derramar lágrimas.

A fin de prevenir el intento que suponia posible en el director, le envió una comisión, de la que hacian parte don Fernando Errázuriz i don José Miguel Infante, encargada de invitarle con todo respeto en nombre del cabildo i del vecindario a que se apersonase en el Consulado, i fuese a oír las peticiones que el pueblo habia acordado dirijirle.

O'Higgins recibió a estos diputados en la plaza al frente de su tropa formada en batalla i con las armas en descanso; escuchó el mensaje con impaciencia i enojo, i respondió:—*que el cabildo fuera de su sala de sesiones no tenia ninguna representación; que el vecindario reunido tumultuariamente en asonada tenia aun menos derecho para pretender*

entrar en arreglos con la autoridad suprema de la república; que se restituyera el cabildo a su sala, que se disolviera aquel tumulto; i entonces, solo entonces, consentiria él en oír lo que tenian que decirle.

XIII.

Cuando los ciudadanos del Consulado supieron la altanera contestación de don Bernardo, la actitud amenazante que tenia al frente de sus soldados, determinaron no separarse hasta haber logrado lo que se habian propuesto; pero al mismo tiempo, decidieron no recurrir a los medios estremos sino en último caso, i trabajar cuanto pudiesen para alcanzar sus propósitos de una manera pacífica i amistosa. Sintiéndose fuertes por el derecho, querian observar toda la moderación i dignidad propias del augusto carácter que investian en aquellas circunstancias. Deseaban que no hubiera nada de violencia, nada de arrebatos coléricos; era preciso que la opinión del pueblo, espresada claramente, triunfase por su sola virtud.

Convenia hacer entrar en su deber a don Bernardo con suavidad, sin derramamiento de sangre. ¿Para qué arriesgar la vida de un solo hombre antes de haber agotado todos los arbitrios de restituir al director esa serenidad que le habia sido arrebatada por la rabia del vencimiento, i sin la cual no podia apreciar su situación como era debido?

O'Higgins amaba i respetaba mucho a su madre.

Algunos creyeron que quizás una boca tan querida le haria entender la razón mejor que cualquiera otra, i fueron a manifestar a la señora los riesgos a que se esponia su hijo, las desgracias que una terquedad inútil iba seguramente a atraer sobre la ciudad.

Aquella matrona era tan altiva, como don Bernardo, i estaba tan encolerizada, como él.—*Preferiria*, contestó a los que procuraban inspirarle susto para que interpusiera su influencia, *ver a mi hijo muerto, antes que deshonrado. No le dirijiré una sola palabra sobre este asunto; tiene sobrado juicio i edad para gobernarse por sí solo.*

Cuando se perdió la esperanza de que las insinuaciones maternas aplacasen al director, se recurrió a las amonestaciones de la amistad.

Se ordenó que un mensajero corriese en alcance de don Luis de la Cruz, que, aquella misma mañana, habia salido para Valparaíso, ignorante de lo que iba a suceder, i le pidiera, en nombre del vecindario reunido, que volviera a servir de mediador entre el pueblo i su amigo don Bernardo, el cual se empeñaba en sostener una lucha que, aunque desesperada, no dejaria por eso de producir males irreparables. Al propio tiempo, se enviaron algunos comisionados a indagar si don José Antonio Rodríguez se prestaria a hacer servir su

valimiento con O'Higgins para persuadirle que no le quedaba mas arbitrio que ceder.

Estos últimos no tardaron en venir a anunciar a la asamblea que el ex-ministro accedia con gusto a la solicitud.

Con esta seguridad, se pidió a Rodríguez que escribiese una carta a don Bernardo aconsejándole la dimisión del mando supremo, i que él mismo concurriese al Consulado para que apoyase la indicación con su presencia i palabras, cuando el director compareciese ante el vecindario, lo que indudablemente habia de suceder. Rodríguez escribió la carta como se le pedia, i vino a sentarse entre los miembros de la reunión popular.

Entretanto, Cruz acudió presuroso al urjente llamamiento que se le habia dirijido. Luego que estuvo informado de cuanto sucedia, i de las intenciones que abrigaba la asamblea, marchó sin tardanza a verse con el director para conseguir que desistiera de su primera negativa a las instancias del pueblo.

Encontró por el camino un edecán que, en nombre de O'Higgins, iba a intimar a la asamblea que se disolviera, si no queria esponerse a los resultados de una desobediencia. Cruz cargó con la responsabilidad de hacer suspender la orden, i se llevó consigo al portador de ella.

Llegado delante de O'Higgins, le encontró siempre enfurecido i dispuesto a persistir en su pro-

pósito. Le esplicó entonces cómo era que habia retrocedido del camino de Valparaíso por llamamiento del vecindario, i cómo era que, por comisión de este mismo, iba a solicitar que el director pasase al Consulado.

Don Bernardo, en contestación, le repitió con tono despreciativo la frase con que habia estado justificando hasta aquel momento su conducta: —*Esa reunión, salvo reducidas escepciones, solo se compone de demagogos i mozos de café.*

—*Se engaña Vuestra Escelencia*, le replicó Cruz con firmeza; *vengo de allá, i puedo asegurarle que se halla congregada en ese sitio la porción mas notable de los habitantes de Santiago.*

—*Entónces me han informado mal*, dijo O'Higgins con alguna vacilación; pero todavía persistió en su primera resolución.

Cruz i Pereira tuvieron que gastar aun mas de un cuarto de hora para hacerle cambiar de propósito.

Al cabo de ese espacio, lograron atraerle a su opinión. O'Higgins pasó a su palacio a revestirse de todas sus insignias; i adornado de esa manera, se encaminó al Consulado en compañía de Cruz i Pereira, i seguido de su escolta. La *Guardia* permaneció en la plaza.

Serian como las cuatro de la tarde.

XIV.

La venida de don Bernardo se anunció en el Consulado por un gran movimiento entre los asistentes.

Era tanto el jentío que llenaba el edificio, que costó trabajo abrir un estrecho pasaje al primer majistrado de la república, que, mal de su grado, acudia al llamamiento del pueblo. Al fin, a costa de algunos esfuerzos, O'Higgins pudo atravesar la muititud i colocarse en el sitio de honor, a la testera de la que en el dia es sala del senado. Quedóse de pié con el rostro encendido, la mirada airada, el cuerpo algo inclinado adelante, las manos apoyadas sobre una mesa,

Al bullicio que habia producido su llegada, siguióse el mas completo silencio.

Don José Miguel Infante se levantó, i principió a hablar recordando la lamentable situación de la república, probablemente para deducir de aquí la necesidad de que O'Higgins renunciara el alto cargo que estaba ejerciendo.

Éste clavó sañudo su vista sobre el orador; e interrumpiendo su discurso, le preguntó impetuosamente: —*El individuo que ha tomado la palabra, ¿qué títulos, qué derechos tiene para hacerlo?*

Esta apóstrofe inesperada cortó a Infante, que quedó sin saber qué responder.

Entonces Errázuriz saltó de su asiento gritando con voz retumbante:—*El título que tiene Infante, Escelentísimo Señor, para dirijiros la palabra, es el haber sido uno de esos diputados del pueblo a los cuales Vuestra Escelencia ha rehusado escuchar cuando, por encargo de esta respetable reunión, hemos ido a buscarle a la plaza principal.* En seguida, se puso a enumerar los fatales resultados de esa tenaz persistencia que mostraba O'Higgins para retener el mando a despecho de sus conciudadanos; habló de la continua alarma que habia alejado del país toda tranquilidad, de la guerra civil que devoraba a la república, de la anarquía que la estaba destrozando; i concluyó exhortando al director en nombre de la patria a que evitara, dimitiendo su empleo, la desgracia de los chilenos, la ruina completa del estado.

A su vez, O'Higgins pareció conmovido i turbado. Pidió que los presentes nombrasen una comisión para discutir con ella el asunto, i tomar una resolución. Así se hizo, proponiendo don Mariano Egaña los miembros que debian componerla, i aclamándolos el pueblo a medida que los iba designando.

XV.

En el acto, el director i los comisionados se pusieron a dilucidar aquella ardua cuestión.

O'Higgins negó al vecindario de Santiago el derecho de exijirle una renuncia, i negó también la urjencia de la medida. Él habia recibido de la representación nacional la investidura de su cargo, i los vecinos allí congregados no eran sino la representación de una ciudad. El director de toda la república no podia ser removido por el vecindario de sola la capital. Por otra parte, ¿para qué tanta prisa cuando en aquel momento sus pleniponteciarios debian estar ajustando con los de Freire las condiciones de la paz?

Segun refiere Domingo Santa María en su biografía de Infante, el intendente Guzmán rebatió victoriosamente la primera de estas objeciones. —*Es cierto, Señor*, dijo, *que Vuestra Escelencia es director de toda la república, i que aquí no se encuentra sino el pueblo de Santiago; pero yo tuve también la honra de concurrir a la reunión popular que nombro a Vuestra Escelencia supremo director, i esa reunión se hizo solo del pueblo de Santiago, i con un número de personas mucho mas limitado que el presente.*

La segunda objeción fué igualmente bien contestada. Si estaba resuelto a retirarse, ¿para qué la demora, cuando con su dimisión todo se arreglaba, todo se pacificaba?

El director i los comisionados se dieron todavía algunas esplicaciones, hasta que al fin el primero convino en delegar la autoridad a una

junta de tres individuos que el pueblo le designaria.

XVI.

Luego que la concurrencia estuvo informada de esta determinación, elijió por unanimidad para vocales de la nueva junta a don Agustín Eizaguirre, don José Miguel Infante i don Fernando Errázuriz.

O'Higgins comenzó entonces a desprenderse de la banda.

—«Siento, dijo, no depositar esta insignia ante la asamblea nacional, de quien últimamente la habia recibido; siento retirarme sin haber consolidado las instituciones que ella habia creído propias para el país, i que yo habia jurado defender; pero llevo al menos el consuelo de dejar a Chile independiente de toda dominación estranjera, respetado en el esterior, cubierto de gloria por sus hechos de armas.

»Doi gracias a la Divina Providencia, que me ha elejido para instrumento de tales bienes, i que me ha concedido la fortaleza de ánimo necesaria para resistir el inmenso peso que sobre mí han hecho gravitar las azarosas circunstancias en que he ejercido el mando.

»Pido mui de veras al cielo proteja del mismo modo a los que deben sucederme».

Dichas estas pabras, depositó la banda sobre la mesa que tenia delante, i prosiguió:—«Señores, al presente soi un simple particular. Mientras he estado investido de la primera dignidad de la república, el respeto, sino a mi persona, al menos a ese alto empleo, debia haber impuesto silencio a vuestras quejas. Ahora podeis hablar sin inconveniencia. Que se presenten mis acusadores. Quiero conocer los males que he causado, las lágrimas que he hecho derramar. Salid i acusadme. Si las desgracias que me echais en rostro han sido, no el efecto preciso de la época en que me ha tocado ejercer la suma del poder, sino el desahogo de mis malas pasiones, esas desgracias no pueden purgarse sino con mi sangre. Tomad de mí la venganza que querais, que yo no os opondré resistencia. Aquí está mi pecho».

Al decir esto, entreabrió violentamente su casaca, haciendo saltar dos o tres botones, por la impetuosidad del movimiento, i mostró su pecho desnudo, como para presentarlo a los tiros de sus adversarios.

Viendo esta acción, los circunstantes se pusieron a gritar:—*No tenemos nada que pedir contra vos jeneral. ¡Viva el jeneral O'Higgins!*

—*Bien sabía*, dijo el ex-director, al parecer mui satisfecho de aquella esplosión de entusiasmo, *que nadie podria con justicia demandarme cuenta de males que solo han sido el resultado de las cir-*

cunstancias; pero de todos modos, os agradezco la manifestación con que acabais de honrarme.

XVII.

En este momento, turbó la reunión el ruido de un grande alboroto en la calle, i el estruendo de descargas i cañonazos, que se dejaban oír a alguna distancia.

Los concurrentes pensaron, desde luego, que sin duda la guarnición se habia dividido en bandos, unos por O'Higgins i otros por el pueblo, i que habian venido a las manos; pero poco a poco, la calma volvió a establecerse, i se supo que todo no habia sido mas que bulla.

Era el caso que los ciudadanos armados que ocupaban el cuartel de San Diego, habian estado mirando todo el dia con desconfianza la actitud indecisa de la *Guardia de Honor*. Esto habia motivado que aseguraran a varios soldados de este cuerpo, a quienes habian sorprendido separados del resto de sus compañeros. Los voluntarios de San Diego creian que cada uno de estos prisioneros era para ellos un enemigo menos.

A eso de la oración, sabedor de tal ocurrencia, el jefe que habia quedado en la plaza, al mando del rejimiento, envió una partida para reclamar la libertad de sus subalternos.

Los centinelas avanzados en las bocacalles in-

mediatas al cuartel, tan luego como distinguieron el uniforme de la *Guardia*, dieron la alarma, i anunciaron que venian a atacarlos.

Bastó este falso aviso, para que cívicos i artilleros prendiesen fuego a sus armas, i estuvieran tiroteando al aire por mas de un cuarto de hora. Por último, reconocieron su error, i volvieron a permanecer quietos, como antes.

XVIII.

Luego que los señores del Consulado se cercioraron de que aquella bullanga no habia sido mas que puro ruido, i que todo habia pasado como lo dejo dicho, continuaron su sesión.

El tiempo habia corrido, i serian como las nueve de la noche.

O'Higgins manifestó que, después del arreglo convenido, su presencia era inútil, e indicó que iba a retirarse. Nombróse una comisión para que le acompañase hasta el palacio, i casi toda la concurrencia hizo voluntariamente otro tanto.

XIX.

La conducta del vecindario de Santiago en este dia fué firme, llena de calma i moderación, noble, jenerosa, imponente. Se hizo respetar sin recurrir a la violencia, sin perder un solo instante su dignidad con los arrebatos de la cólera.

No cedió un solo punto a las pretensiones del dictador, i le obligó a que compareciese a su despecho, ante el pueblo; pero en cambio, se mostró magnánimo con el caído, i le guardó toda especie de consideraciones en su desgracia. Fuerte con la justicia i con el triunfo, no se complació en insultar al vencido, e hizo lo menos amargo que le fué posible el infortunio de un hombre que, si habia cometido grandes faltas, habia prestado también grandes servicios a la patria.

El 28 *de enero de* 1823, es una fecha que el vecindario de la capital puede escribir con letras de oro, al lado de *el* 18 *de setiembre de* 1810.

Los hechos como esos honran a los pueblos, i deben servir de ejemplo para sus descendientes.

Tan pronto como se supo en la división de Prieto la abdicación de don Bernardo, el número 7 de línea se amotinó, deponiendo a sus jefes, so pretesto de que eran o'higginistas incorrejibles. Así, puede asentarse que ni uno solo de los cuerpos del ejército se mostró bien fiel al director, i que todos ellos, cuando menos, manifestaron simpatías por el movimiento del pueblo.

XX.

O'Higgins partió inmediatamente para Valparaíso, con permiso de la junta gubernativa de Santiago. Llevaba la determinación de embar-

carse para el Perú. En ese puerto, fué a alojarse en casa del gobernador Zenteno. Una compañía del cuerpo de Pereira, le servia de guardia de honor.

Estaba allí, cuando arribó Freire de Talcahuano con su división.

Los dos jenerales tuvieron una entrevista cordial i amistosa; pero Freire se vió forzado a tomar una providencia severa, seguramente a su pesar.

El ejército del sur, animado por el espíritu de provincialismo, supo con sumo disgusto que la junta de Santiago, sin anuencia de las otras provincias, hubiera decidido acerca de la suerte del ex-director. Miró esta disposición como una usurpación de los derechos que correspondian a los demás pueblos, como un ultraje a la dignidad de éstos, i exijió una satisfacción.

Para acallar los murmullos, Freire tuvo que censurar la conducta de la junta en este negocio, i que ordenar se residenciara al director i sus ministros.

Esta era una medida puramente de circunstancias. Así no produjo ningun resultado serio, ni para don Bernardo, ni para los individuos que le habian acompañado como ministros en la última época de su gobierno.

A los cinco meses de encontrarse detenido por este motivo en Valparaíso, O'Higgins recibió el siguiente pasaporte, que era mas bien un certifi-

cado de sus servicios, altamente honorífico para su persona.

«Escelentísimo Señor.—Solo las repetidas instancias de Vuestra Escelencia han podido arrancarme el permiso que le concedo para que salga de un país que le cuenta entre sus hijos distinguidos, cuyas glorias están tan estrechamente enlazadas con el nombre de O'Higgins, que las pájinas mas brillantes de la histaria de Chile son el monumento consagrado a la memoria de Vuestra Escelencia. En cualquier punto que Vuestra Escelencia exista lo ocupará el gobierno de la nación en sus mas arduos encargos; así como Vuestra Escelencia jamás olvidará los intereses de su cara patria i la consideración que merece a sus conciudadanos. Yo faltaria a un deber mio, que Vuestra Escelencia sabrá apreciar altamente, si a la licencia no añadiese las dos condiciones siguientes: 1.ª circunscribirla a solo el tiempo de dos años; 2.ª que Vuestra Escelencia avise al gobierno de Chile sucesivamente el punto donde se halle. Esta misma nota servirá de suficiente pasaporte, i al mismo tiempo de una recomendación a todas las autoridades de la república que existan en su territorio, i a sus encargados i funcionarios que se encuentren en países estranjeros, para que presten a Vuestra Escelencia todas las atenciones debidas a su carácter i consideraciones que le dispensa el gobierno.

«Dios guarde a Vuestra Escelencia muchos años.—Santiago de Chile, julio 2 de 1823.—*Ramón Freire.—Mariano Egaña.*

Escelentísimo Señor Capitán Jeneral de los ejércitos de esta república Don Bernardo O'Higgins.»

Con este pasaporte, O'Higgins se dirijió al Perú, país que él habia elejido para su destierro, i que el cielo destinaba para su sepulcro.

Hai un elojio que tributarle por el amor que nunca dejó de manifestar a Chile durante su proscripción. Su caída era justa, su desgracia merecida; pero él, cegado por la pasión, no podia considerarlo así. Sin embargo, jamás, como otros proscritos, maldijo la tierra de su nacimiento; jamás cesó de estimar como el título mas preciado su calidad de chileno. Como tantos otros en igual situación, no parodió la célebre imprecación de Escipión el africano contra Roma:—*Ingrata patria, no tendrás ni aun mis huesos.* Al contrario, su mayor deseo era volver a visitar, antes de morir, ese Chile que las instituciones republicanas habian hecho en pocos años libre, rico i floreciente, i que él habia conocido pobre, atrasado i esclavo.

No pudiendo regresar a esa comarca por cuya emancipación habia derramado su sangre, i cuya independencia habia proclamado, se entretenia en estudiar el mapa de este suelo querido, en trazar

sobre él caminos i canales, en inventar proyectos para la prosperidad de esa patria cuya entrada le estaba prohibida, en escribir a los amigos que acá habia dejado para que trabajasen en la ejecución de esos planes.

No obstante, don Bernardo O'Higgins no debia volver a pisar nunca la tierra de sus hazañas, de sus glorias, de su felicidad, de su afecto. Era esa la dolorosa espiación que estaba reservada a las graves faltas del dictador.

El 31 de marzo de 1823, el jeneral don Ramón Freire fué elejido director supremo. La república bajo la dirección de este valeroso soldado, i mas que eso buen ciudadano, iba a entrar en un nuevo período de su existencia, i a hacer el ensayo de las instituciones liberales.

ÍNDICE.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

CAPITULO VIII.

CAPITULO IX.

CAPITULO X.

CAPITULO XI.

CAPITULO XII.

CAPITULO XIII.

CAPITULO XIV.

CAPITULO XV.

CAPITULO XVI.

CAPITULO XVII.

CAPITULO XVIII.

FIN DE LA DICTADURA DE O'HIGGINS.


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 055238536